ANGEL DE ESTRADA (HIJO)

Calidoscopio

BUENOS AIRES
1911

ANGEL DE ESTRADA (HIJO)

Calidoscopio

BUENOS AIRES
1911

OBRAS DEL AUTOR

VERSO

Los Espejos.

Alma Nómade.

El Huerto Armonioso.

La Plegaria del Sol.

PROSA

Cuentos.

El Color y la Piedra.

Formas y Espíritus.

La Voz del Nilo.

Los Cisnes Encantados.

Redención.

La Ilusión.

Visión de Paz.

Calidoscopio.

CALIDOSCOPIO

AL CALIDOSCOPIO

Pequeño anteojo, microscópica gruta, alucinante cueva de Aladino, ¿quién puede ponerse á estudiar el engaño de tus espejos, y tus falsas piedras preciosas? Tu manivela gira, como el astro y como el hombre. El espectáculo cambia. Palacios, jardines, constelaciones, ciudades, en fantástico viaje se forman y se derrumban, se erigen y se renuevan. El humo de tu cristal es mágica bruma de ensueño. El alma, menos brillante que tú, pero no menos inquieta, te saluda y te imita; vibra, y con la realidad de sus sensaciones, construye, bajo el sol y la luna, armoniosas quimeras.

ISADORA DUNCAN

Se alza el telón y alguien nos dice: « Ejecuta danzas griegas. » Ni un laurel, ni un boscaje de mirtos, ni un templo, ni una playa de mar azul, ni un recorte de monte sagrado. Aparece la inmensa sala, desnuda, entre muros de tela gris, azul, verdosa: el fondo de un acuario á través de un sueño. La música de Glück, en aquel vacío, insinúa la pregunta: «¿por qué la soledad del cuadro?» Isadora surge vestida de Ifiginia, y la incógnita se despeja: su paso lo convierte en templo. Danza, y comprendemos. Aquellos telones sin pinturas, ni perspectivas, están prestos á reflejar las imágenes que, á su contacto, brotarán como de linterna maravillosa. La forma de la mujer, real y viviente, exhala gracia impalpable y fugitiva. Acaba de nacer, como Venus, del mar. Trae los pies desnudos; los Amores, saltando sobre los

delfines, han tenido tiempo apenas de envolverla en gasas; y ella, sin mirarse en el espejo infinito, sabe que es la aurora.

Y es algo más: un milagro del ritmo. Danza, naturalmente, por placer, siguiendo, no la música, sino su júbilo. Y, sin embargo, la música se hace carne en su cuerpo. Las imágenes, intangibles, sugeridas por las notas, se visten en su figura. Las cuerdas de los instrumentos se dilatan en hilos de luz y mueven los miembros del ser real, pasándole el flúido ideal de su mágica existencia. No hay movimiento de sus actitudes que no sea eco plástico de los acordes. Lo que Glück agita, en el reino interior, viviente y quimérico, ella lo vuelve viviente y cierto. Pero á su vez lo que inspira su forma escapa á la expresión. Y el espíritu, sin perseguir palabras, se deja envolver, iluminar, y, estremeciéndose, sonríe, con la inconsciencia de un rayo de sol, que danza en una rosa, embriagado por el perfume mismo del cáliz.

El programa dice: « Ifiginia y las doncellas de Calcis, juegan en la playa ». Pero no es Ifiginia la que se recrea; es toda la frescura del mundo. Lo que salta entre sus manos no son las conchas nacaradas, ni los caracoles sonoros, son los sue-

ños rientes de las felices quimeras. Dominados y vencidos, los aprisiona; dan nimbo de sol á sus cabellos, ponen éter bajo sus talones, llaman abejas zumbantes á sus labios; y las imágenes vibran en nuestra mente, y las sensaciones renacen y encadenan nubes, alas, flores, en círculos de lumbre que se vuelven de armonía.

El programa dice: « Ifiginia saluda con las doncellas de Calcis á la flota griega ». Pero no es Ifiginia la que salta. Es todo lo que hay de joven y gozoso; es el tumulto de las promesas del corazón. Es la hermana, en la torre de Barba Azul, esperando salvarse de la realidad. Es la virgen griega de la poesía, es la mujer universal de los cuentos; es el eterno femenino despojado de veneno al descubrir en las naves del horizonte la plenitud de la esperanza consoladora. Luego, raya el suelo, vuela y condensa sus ritmos en aérea agilidad; mágica inmortal se transforma en psiquis de los cementerios. No se quema en las lámparas de los sepulcros. Vibra con recuerdos; sonríe á la existencia; retorna á los Campos Elíseos; y lleva á las sombras, y á los laureles nostálgicos, el rumor humano de su veste.

Después se refugia en un rincón de cielo; sos-

tiénela su gasa; se antoja un matiz adormecido en una nube. Vuelve á danzar como hija del sol y hermana de las rosas. Es la virgen enamorada. Su contorno intangible, siembra inmateriales gracias; la anima un soplo del alba; reflejó el misterio de los muertos, para amar con fuerza el encanto de los vivos; y marcada por el beso de Afrodita, más blanca que sus palomas, más fresca que sus espumas, se arroja en brazos de Ceres.

El programa dice: «Bacanal». La orgía consiste en agitar sazonados trigos; á su paso fulgen las cosechas, y acuéstase contenta, tocando la madre de tanta vida. En su danza se expande el transporte de la Naturaleza con una ilusión de regocijo que se envuelve en velos de oro.

Y cuando el programa dice: «Ronda con su escuela de niños»; la joven, aun más ligera, da la visión del sol y su cuadrante. Pero no señala minutos de tiniebla, de dolor ó melancolía. Sus imágenes, rientes, eclipsan la evocación del fresco de Reni. Los niños, hechos con carne de primavera, son las Horas, y ella la fuente espiritual de sus alas.

Un mismo arrebato estremece la guirnalda, que, al girar, enciende promesas de ventura, y nues-

tras quimeras y sueños, se enlazan con la mujer y las notas... En el eje de la espiral del encanto, sobre la sonrisa de su juventud, los ojos de la maga muestran lágrimas de contento. ¡Ah! las piedras preciosas cubiertas de rocío!

La tela violenta cae como un hachazo de la realidad: ¡en el aplauso sube la gratitud hacia la reina de ventura, que nos hiciera vivir un instante de olvido!

LAS VIUDAS

La quilla del buque despierta hervideros de espumas, en claroscuros y bruscas claridades. Crujientes sabanas de curvas voluptuosas reflejando la luna se hacen de nieve. Cual revelación de un poder interno, asentado en arrecifes de corales, y no cual ojo de fuego del farol del mástil, surge entre las alburas una rosa de sangre.

Sobre el puente, están de pie las dos viudas. La brisa juega vivaz con los velos negros de sus tocas. Abajo van los cadáveres de su luto hacia el natal continente. Vuelven después de haber

buscado felicidad y riqueza, con abundancia de dolor y de lágrimas.

El bauprés cabecea. Las sabanas de espumas palpitan y la rosa de sangre desaparece. Los blancores deslumbran. Las chispas rojas filtran nuevamente el incesante fuego de sus entrañas por entre las nieves de un oculto volcán. Más allá, los mástiles y cordajes, las galerías y los botes se dibujan sobre el mar, huyendo hacia la popa. Las mujeres no se mueven. Entre los contornos fantásticos, que no simulan proyección de cosas reales, los espectros vivientes se congelan en su duelo.

Del salón lejano llega el vibrar de una orquesta. Arrebatadores acordes, con ardorosa alegría, desmayándose en nostalgia inefable, encuentran sudario envolvente en las ondas. Los arpegios, al morir en los aires, trazan estela de indefinibles ideas, más instable que el surco de la quilla, y así, el son pensante, resulta más fugitivo ante el eterno rumor del mar. Las estrellas miran impávidas. Las dos mujeres se estremecen. El espíritu, que se tendió á lo infinito, tras las notas, les vuelve más entristecido con la sensación de la luz. Las sabanas níveas, rodean el barco, lo acarician, y, al huir, ofrecen á los espectros la atracción de un

abismo, que, llamándolos desde las aguas, con el éxtasis de la luna, quiere adormecer sus visiones de sombra, en el blancor de sus armonías.

Las cubiertas se llenan de movimiento. Se oyen palabras, ráfagas de risas, el baile ha concluído. Los tumultos se apagan. Las puertas se cierran. Las luces se extinguen. Quedan los faroles del rumbo. Reinan las sombras, el silencio y el sueño.

Los espectros del puente cuchichean. Llegó la hora de descender; sólo entonces, como á ladrones, en medio del reposo, se les permite ir á velar á los cadáveres. El navío surca feliz las aguas, y la muerte es huésped que deben ignorar los viajeros.

Las mujeres enmudecen. El espectáculo del cielo maravilla. En la vasta pradera de nieve luminosa, tiembla sobre tallo invisible la flor de un astro. La luna se oculta á veces; caen entonces sobre la inmensidad charcos de sombra. Las nieblas palpitan al hundirse, y las blancuras refulgen alzándose. Escapado con lentitud de las densas nubes el blanco disco, vuela después rápido entre los vapores ligeros. El movimiento precipita la obscuridad al fondo de las ondas, y, revolviéndose en ellas, arranca de sus propias entrañas la gran lámina de alabastro. En el cielo los tules se ras-

gan, se vuelven de argento; tenues, se opalizan, y los dos infinitos, el uno con sus nubes silentes, el otro con sus aguas sonantes, se confunden en una esfera de melancólica apoteosis.

Las dos viudas se miran. La luz penetra también en sus negros velos, que reflejan con la vida de la luna el alma de sus rostros. El buque marcha como cargado de una humanidad que hubiese perdido la conciencia. Los espectros no se retiran: alertas, insomnes, van, cual tumbas de amor y de júbilo, callados en la alta noche, respirando atmósferas de misterio. Son el destino cierto, ante las alegrías que ofrecen olvidos y las quimeras que ilusionan con sus alas. No se mueven y hacen augusto el puente, cual si llevasen los cadáveres al lado. Las penetra un supremo frío al pensar en el nuevo día. ¡Ah! ¡el sol que ríe y la onda que canta!

Espesas nubes envuelven en asalto la luna. Sobre el mar se tiende sombra tan siniestra, que parece ahogar sus rumores. Las aguas pierden su melancolía en la trágica invasión de un desamparo sin esperanza: las mujeres, rígidas como las esculturas del bauprés, señalan más que ellas el rumbo del navío...

EXPOSICIÓN DE AUTOMÓVILES

Los automóviles se alínean en el « hall » gigantesco del Gran Palacio. Los contemplamos desde la galería alta en la tarde gris. Monstruos de acero parecen, esculpiendo informes penumbras desmesuradas.

Luego se encienden abajo las construcciones. Las luces palpitan como luciérnagas, se convierten en arroyos, forman ríos circulantes; culebrean, traen y llevan arenas de zafiros: después suben, tiemblan, se inmovilizan. Así, surgen ojivas de catedrales, arcos romanos, frontones griegos; ajimeces de alicatados árabes; exploxión de brillos que determina círculos; glorietas italianas, de oro; pagodas búdicas, de plata; cúpulas que unen á las estrellas del más alto firmamento, los rubíes de la más honda mina; mundos de fuego interno bajo superficies de alabastro y mares níveos entre islas

de ágatas multicolores; obeliscos graníticos erizados de micas parpadeantes; savias ígneas, estallando en mil juegos, con el transporte de una plegaria encegueciente.

Alzamos los ojos. El espacio entre los cristales produce el vértigo inverso; en el fastigio se dibuja azul una estrella. La lumbrerada de las piedras preciosas se exalta: la irradiación quiere hendir los ámbitos para llegar al astro. Si éste fecunda el aire, la vida del cielo se confundirá á la tierra, erigiéndose un palacio con dos infinitos. No hay tiempo de pensarlo. Un solo relámpago concentrante estremece el vacío, deslumbra y plasma el universo de los dibujos. Es como si explotase un sol de esmeraldas con otro de rubíes, de zafiros y topacios. Es como si el polvo de su ruina renaciera en escudos y coronas, en cubos y en rombos, en hieroglíficos y arabescos, en bosques ardientes, en cascadas de chispas, en interiores de mar, en grutas azules. Y más allá, en los rincones abiertos al interior del castillo, cráteres de volcanes rojizos, prolongan incandescencias purpúreas: el milagro de la electricidad con la fantasía de los gnomos modernos, da razón al conjuro de los viejos cuentos de hadas.

Después del deslumbramiento, diséñanse las líneas de las máquinas, y desaparecen las formas informes de las penumbras. Entre el fulgor de aceros, barnices, cristales, un negro torrente humano, oprimiéndose, estáncase cual caravana de hormigas en las humedades del suelo. Así, la magnificencia brilla maravillosa sobre la turba y los automóviles. Esta industria aumenta la riqueza de Francia: ¡sea! Pero también está en camino de cretinizarla. No se lee porque no hay tiempo. Los hogares se descalabran más porque se vive más fuera de las casas. Por igual razón se frecuentan menos los teatros, y el aumento de gastos aleja de la compra de cuadros y estatuas. Además, en las ciudades es incómodo por el ruido y feo como coche. Su velocidad echa á perder los paseos borrando las siluetas de las mujeres. Las calles de París empiezan á evocar las de Nueva York; hoy el Pincio de Roma resulta más elegante que el Bosque de Boloña. Comprendemos el vértigo de las grandes rutas, y el beneficio de su poesía cuando un Maeterlink ó un Mirbeau animan con sus nervios el viento. Pero en cambio no hay paisaje que no viole el turismo irritante.

Toda la inteligencia necesaria, para resolver los problemas que tal máquina implica, se pone al servicio de la riqueza inconsciente. El automóvil hace de la imbecilidad humana un relámpago. Las mismas ropas hirsutas, casi simbólicas, de sus adeptos, los confunden con imágenes de bestias. Lo que palpita de salvaje en el fondo del ser, el impulso de pegar bajo la acción del instinto un trompetazo de elefante ó una cornada de toro, se manifiesta en la torpe elegancia de volar y aplastar gentes, metiendo terror por aldeas y caminos.

Ganas dan de barrer á escobazos la turba y las máquinas. Ganas dan de oir en la apoteosis del hierro una música hermana de sus colores. De pedir á los genios mitológicos que llamen á los silfos germanos, y de ver en los aires al son de los invisibles instrumentos, sus danzas fantásticas. Ganas dan de invitar á los espectros de la Francia de otro tiempo á la fiesta divina. ¡Sí! que vengan en sus carrozas y en sus palanquines, entre el vuelo de los Amores pintados, trayendo en sus cajas un poco de silencio, de belleza y de ritmo!

BERLIOZ Y WÁGNER

Colonne nos invita en un Domingo de Pascua á oir el *Réquiem,* de Berlioz, y la *Consagración del Parsifal.*

«Día de llanto en que el hombre culpable renacerá de su ceniza para ser juzgado», canta el coro sobre el texto del Oficio de Difuntos. Berlioz sintió estallar la escena como una tempestad en su cráneo. Él mismo cuenta que apuntó las notas estenográficamente: los acordes pasaban en relámpagos de infinita lumbre... El clangor de las trompetas convoca á los muertos de los cuatro horizontes. Los timbales, con escalofríos de angustia, y los instrumentos de cobre en ríspida fanfarria, reproducen el estupor de los devueltos á la vida. No son niños que nacen y lloran inconscientemente, son seres con conciencia, que después de un sueño secular, abren los ojos al espanto. El conjunto trágico, de las orquestraciones poderosas,

entre fiebres de inspiración calenturienta, se convierte en viento de armonía. Luego, oprime, aterra, penetra, sacude; los sobresaltos de los timbales caen como descargas eléctricas; los cuerpos se inclinan, tras la ráfaga—que poseyéndolos huye—semejando árboles exhaustos, al perder esa savia tumultuosa. El Ofertorio cambia los cantos. El coro de las almas, más que con el tormento, purifícase con la misma armonía, flotante en la blanca claridad, aspiración de sus anhelos. En «Hostias et Preces», un grito universal implora por los muertos, y remata en un lamento desolado que significa: «Sed misericordioso, Señor, nosotros, abrumados, no tenemos fuerzas para orar.»

Llegamos á un nuevo paisaje. El cuadro disolvente de la música se renueva. Estalla el «Sanctus». Los cielos y la tierra resplandecen ante la gloria del Dios de las naciones. Hosanna, cantan los frescos manantiales, la límpida luz, el mar azul, las espumas níveas, el árbol, la flor... En el ardimiento cruza una ráfaga de aurora. Al menguar los coros el acento del hombre, concentra el tumulto de los ecos dispersos. La gloria de Dios, que alegre vibró en las cosas, se entristece en las fuentes del espíritu. El júbilo se transforma en

plegaria á través de un clamor de llanto; y la Naturaleza, callándose, deja triunfar á la voz humana, que es al fin universal elegía... Sobre la música del maestro de Francia va á levantarse la del maestro de Alemania. Aun sentimos las angustiosas estridencias, el movimiento de los sudarios que dedos crispados desgarran, los ímpetus de esperanza en los gritos de misericordia, los acordes de sollozos que azotan las alas de los ángeles, y ya empieza á dibujarse el cuadro del Parsifal conmemorando la Cena divina.

El viejo Gurnemans introduce al caballero destinado á obras de Gracia y Redención. Violines y violoncelos lo saludan. Las notas abren mágicos surcos, donde flores de luz se pierden en olas de plata. Así, de los penetrantes acordes fluyen torrentes de maravillosa claridad. Después, las trompas de los caballeros traen al templo, desde el bosque, los preludios del motivo central; y mézclanse á los rumores las invisibles campanas de torres que tocan lo Infinito.

Los caballeros llegan. Se aproximan á las mesas de la comunión. Los escuderos descubren la copa: el tema, indeciso aun, adquiere en los violoncelos dramáticos, amplitud de misterio. En lo

alto, óyese la fórmula: « Tomad, este es mi cuerpo; tomad, esta es mi sangre.»

Los místicos paladines se postran y oran. En la orquesta estalla realmente el acento de Dios, por la red de las volantes armonías. La Orden comulga. Sus regocijos y los coros infantiles de la bóveda del Graal, se enriquecen con los cantos de los ángeles que bajan del cielo. Las campanas vuelven á sonar dando á los anhelos de la Fe las alas de un himno. El tema del milagro, repercute victorioso; la voz de los niños esparce rosas que encuentran en la voz de los ángeles celeste rocío; y, al fin, todo murmura entre acentos de ensueño, de esperanza, de lágrimas: « Cree, ama, espera ». El comentario resultaría inútil. Es menester oir, sentir, sufrir, gozar, para saber lo que es una muerte de inefable amor, con el espíritu desvanecido en la música sobrehumana.

Salimos evocando las batallas de ambos luchadores contra la prensa y las turbas. Pensamos en el panfleto del célebre Fetis, en el mismo París, sobre Wágner, y en la defensa admirable de Baudelaire: los poetas serán siempre los adivinadores del genio, y no los profesionales de la crítica. Vemos á estos artistas befados, casi miserables, y nos

preguntamos cómo el peso de la grosería no aparta á veces la tierra de su camino. Evocamos también un recuerdo de Judit Gautier. Pegada al brazo de su padre, salía de los Italianos, teatro del naufragio del *Tannhäuser*. Los detuvo un hombre, que, frotándose las manos hablaba del escandaloso tumulto. La niña empezó á tironear al escritor, que, si había protestado en la sala, oía con flema al filisteo. Cuando se alejaron: « ¿Quién es ese imbécil?» — preguntó ella. « Hijita » — respondió Gautier: « un gran francés también incomprendido, el pobre Berlioz.»

Pueden hoy los maestros dormir en paz á la sombra de su gloria. Se les acaba de unir en un triunfo de apoteosis. Sus rencores volviéronse polvo con sus cuerpos, y de sus almas luminosas sólo nos queda la armonía. Agradezcamos á Colonne la gran idea de celebrar así la Pasión de Cristo, repitiéndonos ante las notas, las palabras de Képler ante las estrellas: « ¿Tiene real importancia para mí que mis contemporáneos acepten mi descubrimiento? Si el Todopoderoso ha esperado seis mil años para que alguien vea lo que Él había hecho, yo puedo esperar doscientos para que alguien comprenda lo que he visto.»

CLEOPATRA

Faraones, dioses de cabezas felinas, pájaros hieráticos, colosos abrumantes, se miran en silencio, en el Museo Egipcio, de Londres, con expresión infinita de hastío, condenados á la inmortalidad de la piedra. Evocamos á Tebas, á Menfis, á Heliópolis, y al Nilo. Entre los murmurios del Támesis, el dolor, el júbilo, y las aspiraciones de los hombres, siempre iguales, nos hacen decir: las mismas aguas en diferentes riberas... Un obelisco roto, nos recita los versos del poeta, enamorado en París, del Oriente:

Sur l'echafaud de Louis Seize
Monolithe au sens aboli,
On a mis mon secret, qui pése
Le poids de cinq mille ans d'oubli.

Gautier que escribió también *Une Nuit de Cléopâtre* hubiese querido ver la momia de la

reina. Se discute si es la suya; y mañana quizá se la dará otro nombre. Hela ahí. No de pie como sobre el navío: no en la derrota de Accio, tendiendo á Antonio sus claras pupilas:

> Et sur elle courbé, l'ardent Imperator
> Vit dans ses larges yeux ètoilès de points d'or
> Toute une mer inmense où fuyaient des galères.

No intentando enloquecer á Octavio, no seduciendo á César, no subyugando el mundo: vencida por la muerte, prisionera en su caja, ofrécese miserable á las miradas curiosas del visitante. La tapa que la cubre, sin embargo, quiere recordar el trono. Las ramas de árbol de su cuerpo se convierten en dibujos de siervos, cual si toda la savia de la tierra le produjese esclavos. Y sobre sus ojos redondos, inmóviles de momia, los pelos le tejen una aureola, de más allá de la vida, con los rayos de un sol obscuro.

La mujer real viste un traje rojo, mortaja de púrpura, cuyas sombras esmeraldinas se metamorfosean en aves de inmortalidad religiosa. La cabeza, fuertemente ligada, oculta enigmática los filtros de la seducción petrificados. Y de piedra, diséñase el cuerpo que resumió las gracias de

Sulamita, la perfidia de Salomé, la voluntad de Semíramis.

¿Pero es ó no la momia de Cleopatra? El sol ha dado el último argumento.

Un día escapó un peine de las muselinas y lo dejó allí, el egiptólogo del museo, quizá un poeta. Y cerca de la invisible cabellera irradia, cual caracol nacarado, que no agitándose en ese río, conserva el murmurio de sus ondas, y sueña con el perfume de sus orillas. Se le mira y se piensa en el sedoso pelo, manto que cual ala de una tienda, caía sobre el cuerpo de amorosas batallas... Luego movieron el ataúd, y el sol de una clarabova tocó su diestra. Abrióse la piel á la tibia caricia, estremeciéronse sus tendones, y la mano estirándose, buscó en el peine su cetro... ¿Cómo dudar de la autenticidad de la momia? El más abstruso hieroglífico nunca fué mejor iluminado.

SALÓN DE WATTS

Esta obra de hermosura, de símbolo, de vida, mezcla de gracia y fuerza, se antoja resultante del pensar general de una raza, que á través de las manifestaciones del arte, busca líneas superiores y morales. Hay en ella como hálitos de la estética de Ruskin. En la inmovilidad torturada y pensativa de los cuadros, los sentimientos animan las formas y los colores. He aquí un paisaje de nieblas azules sobre tierras amarillentas. Los seres, entre nebulosas, ya vibrantes, muestran la esperanza etérea de la inmensidad en los ojos, y los dejos de la greda maternal en los miembros. La mano ordenadora y soberana, apenas se vislumbra en el Caos.

Mirad á Eva, real y vaporosa, reina de la vida. Se pasea sin sexo, como la más bella fuente. Saluda á las flores del jardín encantada y sin an-

gustia. Luego, la sierpe, verde como las hojas del manzano en que se enreda, le habla; y, un tigre, arrollándose á sus pies, murmura: «come y tendrás en mi piel un trono». Tras el pecado, en el tercer lienzo, despliégase sensual y mórbida; la savia del Paraíso corre de su nuca á sus talones envenenándose en su belleza. Pero su rostro no se ve, apoyado en el árbol, que riega con sus lágrimas. Las ramas lujuriosas tienden sus frutos, y exhalan un soplo cómplice, al recibir el llanto del arrepentimiento. Las raíces, contradictorias bajo esa fecundación, ofrecen el bien y el mal, mezclando el verdor de sus hojas á los cabellos de oro. Y los cabellos de la mujer, reflejan de modo tal el sol en la vida, que serán capaces de agitarla en la rigidez de la muerte. ¡La Muerte! Su reino está asegurado: la hermosura perecerá en sus brazos de hielo y podredumbre. Las formas existentes se impregnan ya de su misterio fatal... Ved los ojos de una trágica figura que, fosforesciendo, agujerean las tinieblas más hondas. Y ved su pelo, dorado por el fuego de los hornos subterráneos. En su ropaje verdoso cabrillean las escamas de infernales serpientes. El clarín de su

mano, puede rasgar la mudez de las cavernas y estremecer los ámbitos del orbe.

La misma figura se reproduce, envuelta en las melancolías luminosas de un sol agonizante. Los pliegues del manto le cubren la cabeza, y no dejan libres sino sus ojos, que se clavan en el globo terráqueo, sujeto á sus manos. Absorbida, y no oyendo nada de las voces de la Naturaleza, es solitario fantasma enamorado de todos los hombres: es la Fatalidad, que mira el mundo, echándole desde sus pupilas la tristeza de mil lunas.

Abajo sonríe el Amor, y por la montaña hacia el alba plena, conduce á un niño, rosa recién abierta, crepúsculo matinal de infancia y juventud. Y una de sus grandes alas, que amengua el frío, defiende su cuerpo, y acariciándolo lo enaltece como con manto y aureola. El mismo Amor triunfante se yergue después sobre dos muertos. Resplandecen el oro de su pelo y el azul etéreo de sus alas: da una gran voz, quizá plegaria, enseñando á las almas de sus víctimas el camino de las alondras. Luego, preséntase cual extraviada criatura, entre las flores que le sirven de cuna. Una imagen, de espaldas, le señala el mun-

do, y le dice: «he ahí tu imperio»: no se le ve el rostro, mas ostenta el mismo manto lunar de la Fatalidad, y es, sin duda, la Muerte.

Sobre un lecho, bajo níveo sudario, se acusa un hombre. El silencio de la cámara, cual frígida ráfaga, pasa sin hacer ruido. Á los pies del anónimo despojo, un abanico, un libro, un laúd, una copa, una espada, una flor, un yelmo. *Sic Tránsit.* Y ahora la Parca, muestra, en fin, la faz: ángel enorme semejante á un profeta del Buonarotti, toca las nubes con su frente; surge fatigado de la triste gloria de causar dolores; y un altar se yergue á la sombra de su manto. Varias figuras expresivas la imploran, y el cuadro se llama, la Corte de la Muerte.

Un amor, débil niño, se apoya en la crin de un león, miserable como él, incapaz de darle apoyo con su cabeza, ni con su piel calores. Un mendigo, de rodillas, acrece su musculatura al doblarse sobre la muleta. Un sacerdote, envuelto en púrpura, acompaña su súplica incensando las rosas de una joven blanca como su túnica nívea. Un guerrero asienta la mano sobre el altar, ofreciendo el reino que conquistó su espada. Y un profeta en vez de alzarse al ángel de exterminio,

mira desalentado un infolio abierto, en cuyo pergamino fulge en letras de oro, una sola palabra: *Finis*.

La esterilidad de los ruegos condénsase en una visión obsesora que atrae: su hermosura es igual á su nombre: Esperanza. La tierra gira á través de nubes en silencio que no turban los astros: y sin seres, solitaria, boga augusta, con el mutismo de los hombres muertos. Sobre su esfera, se sienta la ideal figura, más que pintada, esculpida por su ropaje verde. El no ver, pues lleva los ojos vendados, le ayuda á mejor oir; y escucha en el espacio algo que repite en su arpa, para agitar el espíritu de las tumbas.

Frente á ella, Mammón, el demonio de las riquezas, adelanta un repulsivo, innoble rostro, viste túnica de rey, esgrime dos bolsas de oro, y aplasta á los jóvenes, cuyas ilusiones y cuyos cuerpos muerden juntos el polvo del más áspero oprobio. Para coronar este enjambre de visiones, Watts ha encontrado la tela.

Un mundo se tiende abajo, y sobre él en una nube, varios niños se acarician ante la clámide purpúrea de una mujer, que armoniza sus gestos con las palpitaciones de la tierra y el ritmo

de los astros. Es la Caridad. Su leyenda dice: El espíritu del Cristianismo á todas las Iglesias reunidas.

Comprendemos á los que sostienen: no debe discutir de cuadros quien no siente el júbilo de admirar una granada jugosa, rojiza, exenta de toda idea y todo sentimiento. Es cierto. Pero si la pintura, puramente literaria, deja de ser pintura; cuando los contornos más armoniosos, y los matices más delicados, rebosantes de realidad, animan ideas y sentimientos, producen un arte superior á la granada, pues con ella misma, despliegan el espíritu que le dió sus rubíes. He ahí el caso de Watts. De sus telas puede aislarse una fruta en su carácter de fruta, mientras hace suya la gran palabra de Carlyle: «La noche, llena de sueños, se despierta y se vuelve día». Ante ese sol, seres de carne y hueso, sufrientes ó gozosos, realizan símbolos, bajo el aspecto de eternidad que diría Gautier: su árbol de hermosura mete bien hondo sus raíces en la tierra, se alza con todos los jugos ciertos de la vida, y oculta su copa en región inaccesible de misterio.

MENDIGA

En Savoy Street, callejón encerrado entre el Strand y el Támesis, la iglesia de la parroquia da sobre un jardín lleno de tumbas. Desde su silencio, interrumpido por raros pasantes, oímos el tumulto de la City: al pie de sus verjas duerme una pordiosera. Trae en su cabeza una gorra, especie de plumero hecho con las telas de araña de todo el barrio. La cubre un chal que fué amarillo; sus zuecos recuerdan los herrados de las torturas medioevales. Sobre sus rodillas, ofrece violetas de trapo: es un jirón humano de miseria, una bruja horrible que apiada.

Un enorme policeman conduce á una niña; y la niña pasa en puntas de pie, sin hacer ruido. La anciana, apoya su cansancio en el reposo de las lápidas: el sueño le descendió como una limosna de lo invisible. La criatura lo comprende, el gigante son-

ríe; y sonrisa y precaución son otros dos regalos. Caiga el óbolo del viajero sobre las violetas marchitas; que al despertar no llore la ausente el haberse dormido.

LA FLAUTA ENCANTADA

El príncipe Tamino y la princesa Pamina han vencido á las potencias de la Noche; á la lluvia y á sus ímpetus de muerte, al fuego y á sus soplos de exterminio; y delante de Sarastro, en lo alto del templo, celebran nupcias que el sol bendice al producir la aurora.

En realidad, lo que fulge con el sol, es el genio de Mozart, triunfando sobre el discutible poema de Schikaneder. Sus melodías, envuelven el espíritu, que, semejante á una mariposa, sacude en la red los hilos de los arpegios. Los sones dejan obsesión mecedora; se van en cristalinos arroyos, tornan sin apagarse, y el murmurio mismo engendra el caudal insistente. Así, se respira en atmósfera diáfana, que los divinos cantos forman

reflejando la simplicidad del agua, de la luz, del aire.

Y sin saber por qué, al final de la ópera hemos visto surgir de la sutil trama armoniosa, con la verdad inquieta de las alucinaciones, una escena que borraba en absoluto la real de los ojos.

La flauta encantada del príncipe convocaba ninfas radiantes de blancura. Marchaban fatalmente, tras el esclavo, fundido en un ébano que era casi una lumbre. Y penetraban en un pantano verdoso donde todo el albor sucumbía entre fosforescencias. Y la humanidad de la orilla en un silencio de muerte, recibía de lo alto lluvia de flores, sonoras al tocar sus cuerpos fríos como cadáveres.

LA EFIGIE DE ISABEL

Las muñecas de la reina Victoria, del palacio Kensington, nos han hecho pensar en las fiestas del Jubileo; en el cortejo imponente de príncipes de la Europa, de príncipes exóticos de Asia y África, de ministros de toda la tierra; en el des-

file del ejército imperial, negro, blanco, amarillo, que había substituído en los juegos de la soberana, á las muñecas de la niña. Y las relaciones de esos recuerdos nos llevan á ver la efigie fúnebre, la muñeca en cera, de Isabel la Grande.

Está en Wéstminster. Desfilamos por entre bosques de marmóreas estatuas que ofenden el severo bronce de las hermosas tumbas antiguas. Decimos que ofenden, ante el mal gusto derramado á manos llenas, en un tumulto teatral y desarmónico de monumentos. Sobre ellos se eleva la capilla de Islip, donde yace la imagen de la reina. De asombroso parecido, llamó la atención de la corte y del pueblo, junto al ataúd, en el día de sus funerales. Hoy estremece, repele y atrae, espectral y viva. Su corona de perlas, rubíes y esmeraldas, le oculta el pelo, apretándole la frente. Tiene por aros escudos de perlas. Los collares de rubíes y zafiros, mezclándose á perlas, le forman círculos en guirnaldas. Encajes verdaderos, de los usados en vida, le tejen una alta gola, lo único del atavío sin perlas. El traje purpúreo, que, abullonándose en las caderas, desciende en ondas marrones, aparece recamado de esas macizas lágrimas. Y perlas brillan en el

manto de armiño que la cubre, y en los brodequines de oro que la calzan; y con el cetro y el manto en las manos, es un fantasma de perlas y de púrpura.

¡Fantasma alucinante! Bajo dos cejas, finas como sus labios, que se antojan no haber asilado ninguna sensualidad, sus ojos pequeños y fríos, vibran como dos asombrosas cuentas de acero.

No vive su vida natural; se la cree resucitada. Sabe que no existe, que no manda, que no reina; y la domina la angustia, porque no ha perdido su majestad. La amante de Léicester y de su hijo Essex, la enemiga de María Estuardo, á quien nada, ni nadie detuvo en sus caprichos; la fundadora de la grandeza de Inglaterra, en Europa y en América: mira sus virtudes de reina, y sus faltas de mujer, con ojos de insomnio febril. Toda su existencia se concentra en un minuto, y ya en lo enigmático y en el misterio, sufre por no poder mandar á ese minuto, como á un amante ó como á un soldado. ¡Ah, que no huya, que se detenga y que la escuche! Su imagen aspira á una inmortal juventud de estío, y si el milagro se realizara, sentiríase más grande: tal pensamiento enciende el silencio de la Abadía. El rey latino

que lanzó á la Invencible Armada, para borrar la Isla del mapa, no podría contemplarlo sino con lágrimas, ante la pérdida de continentes enteros. Mas ella, de pie sobre la tumba de Victoria, cual sobre un trono, clamaría triunfante, que no es muñeca infantil como las de Kensington, y que sólo en apariencia, son sus perlas y sus púrpuras, las de un fantasma!

LA CASA DE CARLYLE

La pequeña calle de Cheyne Walck sale al malecón de Chelsea. Las casas del barrio apacible, llegan hasta el Támesis. La vida burguesa no altera su tranquilidad: los hombres parecen respirar con menos inquietud que los árboles. Sentimos poderosamente la impresión de ciertos cuarteles de Londres, semejantes á lagos serenos, que forman como escudos, á los que vuelven á sus hogares, lejos de los ríos tumultuosos de la lucha diaria. El mismo Carlyle en su *Sartor,* ha definido á la áspera ciudad, « bullente como un

vaso de Egipto, rebosante de víboras amansadas, donde lucha cada una por sacar la cabeza más alto ». Y con verdadera curiosidad llamamos á la puerta del pensador. Aquí encontró su silencio. Silencio que fué la fragua de su acero viril; ayer, amable en Ecceifechan; hoy, lleno de rumores en las playas de Werth; mañana, terrible, casi salvaje, en las landas de Craigenputock. Silencio que en épocas diversas de su angustia laboriosa le dió la conciencia de que « las olas rugientes del tiempo no debían ahogarlo, sino elevarlo hasta el azur de la Eternidad.»

Taine ha estudiado cómo Hégel y Goethe, cómo la filosofía alemana se fundió en Carlyle, se modificó y se convirtió en idea inglesa. En él, como en todos los puritanos, « el hombre espiritual é interior, se liberta del hombre exterior y carnal, desentraña el deber á través de las solicitaciones del placer, descubre á Dios á través de las apariencias de la Naturaleza, y más allá del mundo y de los instintos sensibles, apercibe un mundo y un instinto sobrenaturales ». La crítica de Taine es brillante, pero seca. Edmond Barthélemy lo ha hecho notar, refiriéndose al movimiento reaccionario en Francia, después de Birón, Balanche, La-

martine, Caro, Montegut, y también á las ideas positivistas con que Taine afrontaba ese trabajo. Lo más curioso de sus páginas, en cuanto se refiere al estilo y á las ideas, es que mucho de lo que censura se le puede aplicar á él mismo. En realidad, lo poderoso de Carlyle, lo profundo y lo admirable, está en su temperamento, estremecido siempre por una ráfaga de alucinante misticismo. Es lo suficientemente filósofo para « comprender », aunque declare que le cuesta leer á Kant; y cuando la semilla se transforma en planta, el viento de Dios la sacude, la completa, y en vez de arrancarla, hunde á sus raíces en más hondas entrañas. « El hombre que no puede venerar, que no sabe habitualmente venerar, aunque sea presidente de cien sociedades reales, y aunque lleve en su cabeza toda la mecánica celeste, y, toda la filosofía de Hégel, y el resumen de los resultados de todos los laboratorios y de todos los observatorios, es un par de lentes detrás del cual no hay ojos.»

Cuando se piensa así, así se siente, luciendo intensidad singular y misteriosa: y en su propio espíritu se encuentran las substancias capaces de fosforecer y penetrar las tinieblas de la historia y de la vida. Él las alumbró á su modo, con su

religión, su moral y su filosofía. Supo desentrañar la verdadera función de los caracteres, y darles su verdadero valor glorioso; esclareció la identidad de la Fuerza y el Derecho; y presentó la doctrina dirigente del heroísmo precipitador de las metamorfosis de la sociedad, compendiada mejor que en todo, en la última frase de su Mahoma: « Ya lo he dicho: el Gran Hombre fué siempre como un relámpago salido del cielo; los otros hombres lo esperan como combustible, y entonces ellos también se inflaman ». Así, artista de imaginación calenturienta, vivió con sus evocaciones de hechos y de espíritus, actualizando la historia, en hojas de papel, como en relampagueantes fotografías. Relampagueantes es la palabra. Escribe con saetazos de luz, hasta cuando se pierde en las implacables divagaciones de su « humour »; y si el misterio lo obscurece á ratos, el grito de la alondra espiritual rasga la nube y busca el alba. Otras veces ese mismo estilo, es águila sonora. Palpitan sus alas en la borrasca; el rayo no le funde la lengua, y lanza su inspiración más de un acento profético. Se puede no pensar con él á menudo: creer, por ejemplo, que Stirling tenía razón en

sus objeciones religiosas; pero es imposible no admirarlo, y no sentir que abrigaba las virtudes que buscó en sus protagonistas.

En la puerta de su casa hay un medallón y su efigie. Una anciana nos abre. No conociendo la biografía del escritor, y sólo sus libros, puede imaginársele en otro marco, al perseguir sombras, por los Campos Elíseos del pensamiento. Pero el Carlyle altivo que ni tomó en cuenta las proposiciones de Lord Jeffrey y de la *Edimbourg Review,* para no sacrificar una coma en un original, murió sin bienes, y vivió á veces hasta en la miseria. Su casa de madera, semeja, desmantelada, las páginas de algunos de sus detractores. Mirad la gradería por donde subieron y bajaron, en sus meditaciones, reyes y magnates de lejanos y próximos palacios: es una escalera menesterosa, cubierta por un mal hule usado. Mirad el paisaje, por donde cruzó la reina de Saba en el Marib paradisíaco del *Corán;* es un terreno de diez metros, con dos árboles tristes, dentro de un muro de ladrillos. Se piensa en las casas de los suburbios de Buenos Aires, en que, á la sombra de una higuera raquítica, lavan ropa las mujeres, entre los picoteos de pollos y de gallinas.

Luego, su lecho de soldado, y su lavabo de vulgar loza azul, recuerdan una celda franciscana; y la frialdad de los muros, habla elocuentemente del sincero escritor puritano. Esta sensación de inquebrantable probidad, que se desprende de las cosas, nos hace olvidar la impresión lamentable de sus relaciones con la casa de Ashburton sin tener en cuenta los justos resentimientos de su extraordinaria Gooda.

El gabinete que sigue al dormitorio se transforma. Los manuscritos lo hermosean y lo magnifican: los retratos, pensativos, muestran en el grande hombre, ya joven, ya viejo, los mismos labios llenos de voluntad, y la misma barba poderosa, armonizándose á la frente, que oculta en pujante amplitud, lo que los ojos libran con intensísima lumbre.

Bajo las vidrieras leemos mensajes de reyes. Un autógrafo de Guillermo de Prusia, á propósito de su historia de Federico. Después, cartas de otros soberanos: ¿no lo era, por ejemplo Ruskin? Unas pruebas de los *Héroes,* impresionan curiosamente. Si se piensa en este manuscrito, tan personal,. se lo imagina como grabado en planchas de acero. Y fastidia el ver

palabras corregidas en lo impreso, y hasta un párrafo tachado y substituído por otro.

Luego, se exhiben deberes de colegio, y estudios del profesor de matemáticas, que, dando lecciones, se ganó el pan de sus primeros años. En otra vidriera están las cartas de Carlyle á su novia. Jane Welsh había amado á Irving, un joven pastor, muerto. Carlyle había sufrido una pasión desventurada también por Margaret Gordon. La suerte los puso al habla. La mujer, inteligente, comprendió al hombre solitario, tan combatido entonces por no decidirse á seguir la escuela de Bentham, y le tendió la mano. Las riberas habían perdido su frescura, el crepúsculo contaminaba las aguas, pero la corriente, marchando, aun podía reflejar la gloria. Lo soñado se realizó entre penurias y sinsabores, pues añadamos á la lucha por la vida, el carácter del marido, que, según su íntimo Froude, procuraba en materia de amor, una sociedad menos amable que la de un ventisquero sobre una montaña. Jane Welsh le fué un verdadero regalo de la Providencia, y, sin embargo, Barine ha podido con razón decir, que hubo entre ambos un drama doméstico. Los vivos remordimientos de Carlyle, hoy públicos en sus

notas, merecen una palabra de perdón. Saludamos, al pasar, los retratos de la mujer. Olvida esos dolores siempre dulce, y con regular, serena hermosura echa sobre la fisonomía ardiente del escritor, como sobre campos asoleados, la luna calmante de una noche bíblica.

Al retirarnos, la anciana que muestra la casa, nos advierte que no hemos visto la biblioteca. Entramos en un gabinete de toscas alacenas: los volúmenes ingleses, franceses y alemanes, se aglomeran en los rayos. De pronto damos al guía las gracias, con desmedido calor; nos mira sin comprender. Ella ha oído quizá que Carlyle se ocupó de un lejanísimo doctor Francia: ¿pero cómo explicarle nuestra sorpresa ante el caso inaudito, que después de tanto correr, es el primero y será posiblemente el último, de encontrar entre los libros de un hombre ilustre de Enropa, un criollo desterrado, que nos reconoce y sonríe? ¡Sí! no es sueño, ahí están los tres volúmenes, y con todas sus letras: *Historia del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán,* por D. S. Funes.

HACIA BERWICK

El tren vuela á cien kilómetros por hora; vamos arrebatados en una jaula verde que los árboles forman sobre los cristales con vértigo de zizzás y de reflejos. Á ratos sacudimos puentes, y la herrería ruidosa electriza nuestras plantas. Á ratos la noche de un túnel envuelve; y en la sombra, estertores agudos, asaltan una red que protesta hiriente. La desgarramos, y los genios de la obscuridad, sorprendidos, se lanzan contra los muros, vuelven sobre el techo y azotan los vidrios para apagar las luces. El sol, nace de nuevo en la bahía, con todos sus rayos, y explota con toda su fuerza. Otra vez las llanuras; otra vez las aldeas; otra vez las ciudades; otra vez los ríos.

Galopamos en el viento; y antes de recibir el choque, huyen á nuestras espaldas, planicies, ani-

males, árboles, hombres, casas. Las poblaciones danzan en cadenas; se siente en el impulso el frenesí de la locura; la música infernal está en nosotros. Todo gira sin descanso, la ebriedad aleja la fatiga: las fábricas, las torres, los barrios, los paisajes, son fantásticos derviches.

Las estaciones quieren aprisionarnos. La máquina, desde lejos, las espanta, y más altiva, más violenta, sacude, rabiosa, el polvo de los andenes. El campo avanza, el campo inagotable; el campo que brota del horizonte y grita: « aun restan por hollar montes y colinas». Y las ciudades se mezclan á la farándula. Aquí, York, con su Catedral imponente. Las torres se confunden á su cúpula, que es otra torre; y desaparecen en su torno las murallas romanas y las usinas modernas. Las aldeas rojas continúan: no tienen un edificio diferente; la falta de imaginación produce poder. Ostentan flores en las ventanas y cortinas en los cristales. Son de contramaestres y de obreros. Vibra una frase de Ruskin: « Nunca más dulces viviendas aplacaron el corazón del pasante con apacible gozo á mitad oculto, y, sin embargo, abiertamente confesado ». El «home» del país se antoja manantial de venturas.

El pueblo trabaja y no piensa: una clase esclarecida convierte el fondo de fuerza bruta en brazo de la nación, y su democracia inteligente resulta la primera del mundo. No analicemos; el mismo Ruskin podría recordarnos las angustias de todas partes; pero la impresión es esa.

El tren prosigue. Las casas rojas se hacen más sombrías. Transcendemos minas de carbón; y la púrpura de las fachadas lucha en vano con el hollín. Otra ciudad. Otra Catedral. Un castillo normando. Es Durham, y ahora, sus praderas verdegueantes, cuidadas, con chalets y toros que completan la impresión de paisajes en pintura.

Seguimos volando. Chimeneas como mástiles de un puerto; chimeneas como troncos de una selva; chimeneas como legiones de volcanes; ebullición, fiebre, humo, fuego. Armstrong y sus usinas; Newcastle y sus miles de casas: de nuevo el campo, con los relumbres del Tyne, y los animales que espanta el monstruo ululante. La inmensa sabana verde desaparece en un vacío de rocas, y renace azul en ondulación de espumas. ¡Salud, mar del Norte; salud, mar desconocido; salud, mar de Byron; salud, eterno mar de salubres sales!... Sobre sus aguas se tiende un puente. Sus

arcos, qué se amontonan, asaltan el cielo como Babeles concluídas. Caen en sus trampas los hombres, arrebatados por las olas. He aquí un peñón de resplandores en diamante. Las corrientes se dividen. Mezclan risas, cantos y lágrimas, los que, sin precipitarse de las arcas, contemplan á los unos entre nubes tenebrosas, y á los otros entre islotes encantados. En éstos, los náufragos hallan vestidos de luz, lechos de flores, diademas de perlas, armonías confusas, murmurantes fuentes, cantos de pájaros, voces humanas, melodiosos instrumentos. Y más lejos ¡oh Genio! pastor de las quimeras, bardo de los cantiles, develador de los horizontes, ¿qué ocultan las nubes de niebla, y las nieblas de misterio?... El cuadro se hunde y Mirza no oye la respuesta. Pero en vez de mirar como Addison el valle de Bagdad y sus tropas de búfalos, vemos donde el Tweed se echa en los mares, á Berwick sonriente sobre los altos peñones. El viento barre sus hollines, y la primera ciudad de Escocia fulge como un vaso que las olas llenan de espumas. El conjunto se borra, pues las calles se delinean. Otro pedazo de humanidad, sufriente y gozosa, nos codea sin penetrarnos, y se escurre

sin conocernos. El monstruo se decide á reposar un momento: de su fuga, de su estrépito, de su violencia, de sus visiones, no queda más que el humo que se escapa de su frente, como nuestras ideas, nuestros sueños, nuestra vida!...

EDIMBURGO

La High Street, muestra cómo la capital se ha construído. La gran calle unía el Fuerte y el palacio de Holyrood. Las luchas civiles y nacionales, eran tan aciagas, que Carlos Eduardo llegó á tener su corte en el castillo, mientras los ingleses ocupaban la fortaleza.

No sólo la nación, la ciudad estaba dividida en dos bandos. Ante la amenaza permanente, los edimburgueses no se atrevían á salir de su centro; se buscaban, se juntaban, se aglomeraban, y hubo edificios de treinta y dos pisos. Cuando la historia cambió, la metrópoli sobrepasó los muros. Wálter Scott, lo ha dicho en el canto V de su *Marmión:* «¡Oh, tú, ciudad de Edwin, cuya frente

se ceñía antes de acero: ¡cuán maravillosa metamorfosis has sufrido! Ahora te sientas en medio de los montes que te sirven de corte, semejante á la soberana que se reposa en un campestre asilo. »

Holyrood revive una sangrienta historia. En sus lechos, los fantasmas de la fiebre, las alucinaciones del peligro, las ebriedades de la lucha, tuvieron insomnes, hoy á un Carlos Eduardo, mañana á un duque de Culloden. Y á través de la larga calle, las imágenes se renuevan; las casas, simétricas y sombrías, dan la sensación del momento en que los Argyle hacían destrozar á los Montrose. El Fuerte, desde lejos se antoja peñasco gigantesco, transformado en baluarte; pues muros y rocas se confunden en una armonía de guerra. Torres, barbacanas, cañones, escudos, emblemas heráldicos, continúan la ilusión; parece que de la entraña terrosa, brotó la masa como un solo bloque, labrado por los genios de los combates. Y era inexpugnable. Si María Estuardo se rindió á su hijo, fué por falta de agua. La agria mole excluye toda la alegría, todo el encanto y toda la gracia, del menor hilo de cristal. Á su sombra, suena el lamento del cazador aprisionado: «Cuán

triste es medir el tiempo por la campana monótona y por el pobre rayo de sol que se desliza lentamente sobre el muro »... Pavimentos clivosos, llevan á las atalayas imponentes que dominan las redondas torres. Abajo, el puente levadizo cruza el abismo; arriba, cañones y ametralladoras cercan á un ilustre inválido de bronce, el Mons Meg. En las casernas los soldados escoceses, entre ejercicios militares, bailan danzas heroicas, que evocan las pírricas griegas. En un pabellón, una banda ensaya un *pibroch*. Enseñan los naturales que en él se oyen la marcha, el ataque, la lucha, la victoria. Nosotros no sentimos sino un clamor monótono. Se agita en los instrumentos el murmullo de las selvas y el de los ríos que las fecundan. Interminable, persistente, infinito, vibra en las cornamusas: están completas las hojas, que entre el Tweed del Sur y el Speg del Norte, endiademaron á las vírgenes de los clanes. Se comprende que el corazón escocés, mecido por esta música de infancia, halle en sus ritmos, la savia vivificante de todas las luchas. « Los viejos aires », aseguraba el gran poeta Burns, « traen á mis labios las rimas y las ideas. »

Entramos en una redonda torre. Aparecen el cetro y la corona, cantadas en un viejo poema:

« The steep and iron-belted rock,
Where trusted lies the Monarchy's last gems,
The Sceptre, Sword, and Crown that graced the brows,
Since Father Fergus, of an hundred Kings. »

Durante la invasión de Cromwell las joyas se transportaron al castillo de Dunottar, que cayó en poder de los ingleses. La mujer de un pastor las ocultó en sus ropas, y pudo cruzar el campo enemigo. Después de la Unión, se las guardó en un armario de cedro, donde, completamente olvidadas, las descubrió un día Wálter Scott. Éste, que escribió en un opúsculo su historia, hoy se las ha ceñido: el amor de su pueblo, lo consagra rey de sus ideas y soberano de sus sentimientos.

Al cuarto, donde María Estuardo tuvo á su hijo, lo caracteriza la sencillez: se le cree calabozo de fortaleza. Aquella mujer, especie de flor de Francia, desterrada bajo un cielo de tormentas, que hizo heroica la belleza que quizá alguna vez la llevó á delinquir; aquella legítima soberana, á quien pudo Schiller conceder estas palabras: « Cálmate Hanna, las joyas no forjan á las rei-

nas»; y que adornándose con su fe católica, su orgullo de raza y su grandeza de mártir, mandó después de muerta en el corazón de los caballeros y en la mente de los poetas; compuso aquí una plegaria, que resulta cruel, si se piensa en el germen de rebelde que la inspiraba:

Lord Jesus Christ that crowned was with thorns
Preserve the Birth whose Buddie heir is born.
And send Her Son Succession to Reign still
Long in this Realm, if that it be Thy will
Also grant O Lord whatever of her proceed
Be to Thy Glory Honour and Praise, so be it.

Preservad, Señor, pedía, al heredero de Escocia; dadle sucesión y que reine siempre, para tu gloria y alabanza. Prisionera, debió de recitarse muchas veces la plegaria, con lágrimas más amargas que el mar que vemos desde la cámara de su alumbramiento. Edimburgo, en efecto, se une con las aldeas, el puerto y las olas. La ciudad que domina el Fuerte, entre el palacio Holyrood y el monumento del Príncipe Consorte, tiende su parque, contenido allá, por la calle llena de hoteles á que baja; aquí, por la colina coronada de templos á que sube. Bajemos nosotros y miré-

mosla, bajo el mismo baluarte que nos sirviera de atalaya.

Un antiguo lago desecado, es hoy profunda ondulación de césped; lo coronan terrazas de piedra, con verjas de hierro. Ánforas rojizas rebosan de clemátides. En los subterráneos, las bóvedas de cristal de las vías férreas, hacen pensar en serres llenas de silencio y de flores, y no en máquinas, humos y silbatos. El pavimento de la terraza refulge como un mosaico, entre tablones de tierra cubiertos de geranios. Más lejos, rozagantes bombas blancas, iris azules, y graciosos helechos, tocan, con su regocijo de matices, los templos dóricos del Museo y de la Biblioteca. Así, se levantan entre flores y céspedes, los monumentos de Simpson, Ramsay, Livingstone, y domina á todos la torre aguda de Wálter Scott, sobre llamas de esculpidos candelabros. Es una aérea capilla gótica; las nubes cruzan á través de sus arcos y filigranas: el hombre inmóvil, es nube blanca también, sueño vagabundo de otras edades, metamorfoseado en estatua.

Las terrazas de piedra y el lago seco de verdura ascienden hacia la colina. Ésta, recamada de graderías, yergue en su meseta ondulante,

templos, obeliscos, hoteles; y llega al límite del abrupto Fuerte. Al otro lado, las terrazas y pendientes de césped, se confunden á la avenida de asfalto. Allí, los grandes negocios, en casas que son palacios, lucen sus enseñas de oro, sobre coches, automóviles, peatones, y todo el tumulto de la vida.

En un día de sol radiante, los edificios de las cúspides se hacen de sombra en el resplandor transparente; las sabanas de verdura sonríen en los declives y reflejan las largas siluetas de los árboles; las nubes pasan níveas entre los alicatados de Wálter Scott; y en la atmósfera estallan los contrastes de Edimburgo, ebrios de luz y de contento.

Las torres medioevales se mezclan á los hoteles contemporáneos; los ligeros templos de Venus tocan los graves metodistas; los obeliscos de los faraones velan las estatuas ecuestres de los Albertos. Pero en la alegría de la confusión pintoresca, prima, al fin, el recuerdo nacional, con sus luchas sangrientas, ya por un Darnley que ocupa el trono, ya por los odios personales de un Ochiltrie y un Bothwell; prima, ¡sí!, el cuadro de los patíbulos permanentes en las plazas; de

las predicaciones de Knox; de las guerras contra la unión; de los motines de Porteus; de las contiendas religiosas de Carlos I y Carlos II. Por eso los monumentos, los nombres de las calles, las placas conmemorativas, los baluartes con leyenda y con historia, más que la humedad del clima, producen la sombra que empaña y congela la riente aparición de los templos griegos!

LA CANONGATE

Wálter Scott ha incorporado la vida de Escocia á la imaginación del mundo. Lo que tantas veces ha dicho la crítica, obsede al recorrer las calles de Edimburgo. La única torre de la primitiva prisión, en vez de triste y silenciosa, se aparece trágica y llena de tumulto. Pensamos en el contrabandista, en la guardia tirando sobre los motineros, en la multitud arrancando la puerta ferrada, para prender al capitán y ahorcarlo. Así, *Heart of Mid-Lothian*, leído en la infancia, no es un libro, sino una acción viviente. Y á la sombra de

la torre, se levanta el templito de la Canongate, y en torno de la iglesia, el cementerio de la parroquia.

En el fondo, sobre una pendiente, surge la ciudad nueva. La vegetación de los muros trepa hasta la ondulante terraza; y el monumento octógono de Nelson, el obelisco de los grandes hombres de Escocia, la prisión actual con sus baluartes almenados, la torre redonda del Observatorio, y el templo dórico del Colegio Superior, convierten fantasmas de otras civilizaciones en realidades de piedra. El espectáculo pintoresco no logra detener los ojos; atrae la paz del apacible cementerio. Los muertos yacen en verdadera tierra íntima. Las humildes columnas rojas, las estelas grises, las urnas que cubren paños de mármol, se tienden ante los céspedes aterciopelados, que vivifican las humedades de las neblinas. La lápida del poeta Fergusson nos recuerda su rápida existencia, su amistad con Burns que le hizo levantar el túmulo, y el trágico fin de su extraña locura. Murió siendo casi un niño y sobre su tumba se lee:

No sculpturd marble here nor pompous lay
No storied Urn, nor animated Bust,
This simple stone directs Pale Scotia's way
To Pour her sorrows over her Poet's dust.

Y la Pálida Escocia, sin grabar « el epitafio pomposo », ni esculpir « el animado busto », ni poner la « historiada urna », guardando doliente sus restos, produce en el paisaje más que el efecto de una nación, el de una familia. Duermen allí, también, Adam Smith y Dugald Steward. El economista, contra un muro y una estela, que dice la difusión de su obra: el filósofo, bajo el cubo macizo del sepulcro de sus padres. Nuestro pensamiento transciende el mar, hasta los claustros del colegio. Evocamos las mañanas en que oíamos á nuestro profesor Bermejo, explicar por la primera vez, los *Sentimientos morales,* de Smith, y su doctrina de la Simpatía; los *Elementos,* de Steward, sus refutaciones á Condillac, y su teoría sobre la evidencia matemática. ¡Ah! la universalidad del reino, impalpable de las ideas. En esta lejana parroquia, creíamos á sus muertos completamente ajenos á nuestra vida, y de pronto nos hablan antiguos amigos... Suena un armonio. Un anciano pastor lo toca. Le vemos á través de los vidrios. La nave está cerrada: el sacerdote estudia. Murmuramos una frase del *Wakefield,* de Goldsmith: « Me siento ahora más feliz que un gran monarca; él no tie-

ne un rincón de fuego semejante, ni en su torno rostros tan alegres ». El cementerio, que exhala paz de familia, es una prolongación de su casa. El viejo, antes de morir, él mismo, mezcla sus notas á las brisas pasajeras, los musgos estremecidos, y el sol acariciante. En tal atmósfera, la hospitalidad del reposo, hecha tangible, duerme expresiva. Cual respondiendo al armonio, un jardinero, también anciano, riega macizos de rosas. Se piensa en las generaciones segadas, por defender el derecho de reposar en esas tumbas; y los dos abuelos velan y oran, sobre la tierra natal, el uno, con sus armonías, y el otro, con sus flores!

LA CASA DE WÁLTER SCOTT

En el paisaje de Escocia ondulan praderas, y en su medio colinas como olas de verduras más altas. La oda de Gray canta en nuestra memoria: «Felices colinas, encantadores boscajes, campos amados en vano; donde antes nuestra niñez erró extraña á la pena»... Los acentos se funden á las cosas, que continúan en el resplandor del aire, y en la placidez del silencio, las armonías de sus ritmos. Al fin de una alameda, se dibujan entre las copas, torres octógonas y techos cónicos: es el castillo de Abbotsford. El Tweed se desliza tranquilo, lamiendo el suelo que lo sustenta. Cruzamos muros con hiedras, jardines rebosantes de flores, y leemos la inscripción de bienvenida: «No olvides nunca que la mirada de Dios está presente.»

La biografía escrita por Lockart, yerno del castellano, nos cuenta sus recepciones. Después de

las cacerías, oíase el resonar de los viejos *pibrochs;* y el correr del vino en los nobles cristales, mezclábase al raudal de las anécdotas del poeta. Invitaba Wálter Scott á los amigos lejanos y á los vecinos próximos, haciendo á los extranjeros, según su expresión, «los honores de Escocia». Lleno de gusto resucitaba la Edad Media; y no nos sorprende el cuadro. Es como debía de ser. En el vestíbulo nos saludan los escudos de los clanes; y nos reciben plaids y vestiduras, adargas y rodelas, puñales y lorigas, capacetes y máscaras. Refulgen los aceros, y entre la herrumbe de las flechas, y el flavo pelambre de los ciervos, los ojos hueros de los cascos, se animan con el reflejo de las faces de los héroes. Algún biógrafo dice, que á no tener Byron y Scott un grave defecto físico, hubiesen acabado en terribles hombres de acción: nacieron como con grillos en los piés, y la visión de Bonaparte debió de amargarles el sueño. El bosque de esas armas, sacudido tantas veces por el aliento épico del evocador, nos trae la reminiscencia.

El coronel Scott, de arrogante apostura, preside la gran biblioteca. Murió á los cuarenta y cinco años, sobre su corcel de guerra. Pensamos en

Weimar. Oímos á Goethe, anunciando á sus amigos una carta de Escocia. En ella sir Wálter habla largamente de los suyos: así, la vida familiar de esta casa, se nos anima con el libro de Eckermann, cual si lejos de sus cuerpos fuese uno sólo el mundo de los espíritus.

Otro salón congrega los retratos. Los antepasados comentan la altiva antigua sangre, que encendió las creaciones del heredero. En el centro de un vecino gabinete, hay una mesa de caoba. Las crónicas, los infolios apergaminados, las actas de bautismos y defunciones, se juntan á los libros predilectos. Estamos en el laboratorio del anticuario y en el taller del artista. Vemos la colección de sus pipas. Pipas enormes, pipas pequeñas, pipas simples, pipas esculpidas, todas curadas por un humo que, acompañando las arduas vigilias, afinó las acuidades de la fiebre, para dar realidad á las nieblas del ensueño.

En el día, á través de sus cristales, miraba el castellano la corriente fecundadora del Tweed y las colinas de sus Roderick, de sus Douglas y sus menestreles. En la noche, los mantos, los retratos, los vestidos, las armas, se estremecían, y la silenciosa mesa de caoba vibraba con los amores

de Rob-Roy y los torneos de Ivanhoe. La sombra de los Jacobos de Escocia llegó á tocar la sombra de los Luises de Francia; y los humildes burgueses, y los señores maniacos, mezcláronse al espíritu de los líricos y feroces caudillos que, como en jaula impalpable, llevaban en buena compañía un ruiseñor y un buitre. El recuerdo los resucita, y guerrean, sufren y gozan, aman y odian: en el ambiente de los grandes desaparecidos, el alma fugitiva del que pasa se enciende en la inmortal estela del muerto.

En el gabinete mismo, dos finísimas copas muestran versos grabados. Wálter Scott se entretuvo en pulirlos con un diamante. ¿No es esto un símbolo? Las estrofas, transparentes en la materia fúlgida, como si las ideas fundiesen dos notas, la de la palabra y la del cristal, deben producir, al declamarse, un solo timbre de armonía. Desgraciadamente, si Scott, en el canto de la flor de Norman, por ejemplo, lo reconoce y lo ejecuta, más á menudo lo olvida; y en prosa, sobre todo, se abandona á la improvisación sin estilo. Y desgraciadamente también, si respeta los paisajes, y escrupuloso anima piedras y árboles, si estudia vestiduras, armas y costumbres, y fiel las

rehace, muchas veces olvida la realidad histórica y altera las almas por un efecto de espejismo. Carlyle lo lamenta proclamando la maravilla de sus dotes.

Chateaubriand, en su *Ensayo,* no le es suave: «El ilustre pintor de Escocia, ha creado un género falso; ha pervertido, según mi opinión, la novela y la historia; el novelista se puso á producir romances históricos y el historiador historias romanescas.»

Taine, en su célebre libro, no le resulta menos adverso: y prefiere en su obra lo que él llama la parte sólida, la creación del Anticuario, del barón Bradwardine, de Juana Deams, de las comadres, mesoneros y mercachifles del pueblo. Después propone una definición: «Es el Homero de la burguesía moderna»... Muchos bardos figuran en esta *Ilíada* ó quizá fuera mejor decir en esta *Odisea:* Eliot, Thackeray, Dickens; pero entre los ingleses sólo el castellano de Abbotsford, estremeciendo nuestra niñez, añadió con su caballería, á la primavera otra primavera. Cómo no amarle, á pesar de sus faltas, en nombre de inolvidables horas, que no hubiesen comprendido los enojos de la crítica: brisas de per-

fumes, manantial de frescuras, fuentes de rocío, ofreciéndose á toda rosa hija del sol... Al salir de la casa volvemos á considerar la inscripción. Pensamos en los altos ejemplos del poeta. Bebió á los cincuenta y cinco años un amargo cáliz, y ascendió un áspero monte.

El tren fastuoso de su hospitalidad le obligó á asociarse con sus editores; luego se vió envuelto en una bancarrota, y, aunque inocente, deudor de ciento diez y siete mil esterlinas. No aceptó ningún arreglo favorable; quiso pagar la enorme suma. Trabajó como un jornalero, hasta quedar paralítico, y murió víctima de su probidad. Había devuelto setenta mil libras. Tal fin se armonizaba con su existencia. Cuando así se vive, se tiene derecho á estampar sobre sus muros: «No olvides nunca que la mirada de Dios está presente.»

LA TUMBA DE WÁLTER SCOTT

«Burke retuvo la política de Inglaterra en el pasado. Wálter Scott llevó á los ingleses hasta la Edad Media; todo lo que se escribió, fabricó, edificó, fué gótico: libros, muebles, casas, iglesias, castillos». Así dice Chateaubriand, y la tumba misma del poeta, acaba la frase, continuando una tradición gloriosa.

El Tweed, que brilla delante de Abbotsford y de sus torres, conduce al cantón de West y al islote de su sepulcro. Los murmurios que acariciaron los versos de las baladas, rozan su silencio como música que ha perdido su letra. Frondosos olmos se ciernen sobre pétreas alturas. El río lima, violento, los grandes cantiles. Ondas de remansos se anudan y se desatan en espirales rítmicas. El centro de las aguas refleja el cielo azul, y la corriente imita la nube pasajera, cubriendo

su borde de tenues espumas. Un bote abierto aparece junto á la orilla. Se piensa en el de Carón, roto en la Escocia, como los moldes clásicos; pero los urisks románticos han echado un puente sobre el abismo. En él los árboles forman una bóveda: las raíces centenarias saliendo al sol, tejen nudosas redes; un muro señala la senda; á su fin está el cementerio.

Piedras, troncos y ramas, nos envuelven en un claustro, estremecido, palpitante, con alientos de frescura, filtraciones de luz, cantos de pájaros, cortinas de insectos. Los pinos se multiplican, los olmos desaparecen, y reina el árbol del clan antiguo: « Enhiesto en la roca hendida, probado por el choque de las tempestades, más el viento redobla sus esfuerzos, más él se afirma sobre sus raíces. Nuestro pino no es un arbusto del borde de la fontana, floreciente en el mes de mayo y marchito en el invierno: el día en que arrastren las rachas la última hoja del monte, el emblema de nuestra raza se regocijará más vivo en su follaje ». Así decían al viento los remeros de la *Dama del Lago.* Y cuando el jefe del clan necesitaba de sus vasallos, se hacía una cruz con uno de sus gajos. Luego se la quemaba, y, mojándola

en la sangre de un macho cabrío, los emisarios se la pasaban en cada aldea. Al presentarla proferían la hora y el lugar de la cita; el guerrero desertor era muerto como el animal y quemado como el árbol. ¡Pinos rumorosos, pinos cadentes, pinos centenarios, vosotros contáis esas historias, y murmurando los lais de los menestreles, evocáis al poeta que, con Allan-Bane, revivió las cenizas de los hogares moribundos!

Á poco, primitivos cairns, acumulan piedras sobre cadáveres. Luego, lápidas con epitafios se mezclan á los troncos, y las cruces tocan las hojas. Después, gigantesca ruina las contiene, las limita, les presta sombra: es Dryburgh Abbey. Una ojiva muestra un brazo erguido, y fragmentos de columnas; otros arcos recortan en el aire lienzos azules. En un rincón de capilla se tiende una reja; y á través de los calados, cuatro sarcófagos simples y severos, dibujan su granito gris y su granito rojo. Wálter Scott reposa junto á milady; á sus pies está el hijo, y contra el muro el yerno, que fué su biógrafo. Sobre las gruesas lápidas los nombres: en lo alto las armas del linaje; y más arriba nidos de palomas: he ahí lo que adorna la soledad romántica de los sepulcros.

Divisamos á la distancia un oquedal de cipreses, y nuevamente los pinos buscan con sus ramas sobre la tierra, sus propias sombras entre el duelo de los muertos. El segundo cuerpo de la Abadía alza sus ventanas, abiertas, y sus rosas sin cristales. El firmamento, que ha perdido el sol, encierra su luto en las ojivas; las curvas, calladas, corresponden á su mutismo; y el azul etéreo forma sereno acorde con la roja piedra. Lo continúan las trepadoras del ábside, los jaramagos de las grietas y las margaritas de los céspedes. Las palomas aletean en los arcos; los pájaros pían en los ramajes, y el silencio no es menos profundo. Así, el vestiglo, al impregnarse del cielo, se viste de su augusta majestad; y sobre el desamparo inerte, en la plenitud del espacio, la copa de un cedro que sale de un claustro, parece una isla viva.

Nunca sepulcro ilustre, fijó el reposo eterno de una breve existencia, con armonía más pura. No existe sitio mejor para evocar su ensueño. Óyese el arpa del Norte, que estremeció las praderas de Ascot y las encinas de Windsor, comunicando al mundo como deseaba: « las fiestas y los combates, los amores y las armas, el gozo del bardo, y la pompa de la caballería. »

Pensamos en la tumba de Chateaubriand. En la cumbre del Bey bretón se yergue una cruz de granito, mecida por los murmurios del mar ó azotada por las tormentas. Descansa allí el genio extraño, melancólico, radioso, del que, inquieto como las olas, anheló la serenidad de los espacios. Imaginámoslo en la muerte reconciliado con el poeta de Ivanhoe, pues sólo describiría bien el encanto de Dryburgh, su voz, matizada y rítmica, que reina de un arte de hermosura, dió espuelas de oro á sus frases de gentilhombre. Sólo ella podría responder á la dama de Norman, á la virgen de Douglas, que resplandece y dice: «El extranjero no respeta en absoluto la gloria de nuestro padre, porque no la siente. Feliz escritor que agitó en su torno la atmósfera de los lagos, de las montañas, de las grutas, de las selvas. Feliz intérprete de lo muerto en la naturaleza viva, y de la vida en los siglos muertos. Feliz hombre que buscó la savia en nuestras raíces y tocó la luz en nuestras cimas. Forma palpable de nuestro genio intangible, infundió acentos á los sepulcros antiguos; tejió con nuestras quimeras resistentes mantos; forjó escudos con nuestras esperanzas; y, magnánimo en el análisis de nuestros vicios, y grandioso en

el despliegue de nuestras virtudes, fué el bardo del alma de la Escocia.

En esta tumba, última armonía de sus pensares, lo corono yo, su predilecta, descendiente del Corazón Sangriento. El Pino natal de mi campeón Roderick-Dhu, florece sobre sus armas: es aquí donde abre sus inmortales ramas; aquí donde los hijos del suelo escocés encuentran sombra, para sus penas y su alegría, y nuestras aves, cuna, para sus alas y su canto!»

LOS PRIMEROS FRÍOS

Desde lo alto de la gruta de Enghien el lago aparece envuelto en bruma transparente. La luz crepuscular, hecha con recuerdos que mueren á los pies del invierno, penetra en el espíritu, arropándolo en manto sutil de ensueño. Las guirnaldas marchitas del parque se inclinan sobre los céspedes verdes; piden en vano á los geranios aun rojos, colores para vivir, y alumbrar la tristeza. ¡La tristeza! Como hada del paisaje, real y quimé-

rica, despoja las últimas ramas vestidas. Los desnudos esqueletos de los árboles pensativos, guardan silencio augusto, mientras rueda la hoja crujiente. El crepúsculo es corto. La noche se precipita rápida y se la cree gozosa; ya no la detiene la lenta muerte del sol estival. Pero antes oye á las músicas del parque. El vals vibrante da á sus notas el matiz de la luz, expira sobre el lago, y añade á los acordes la agonía de las hojas, de las flores, de las aguas. Silente en las cosas, cantante en los instrumentos, se funde en la misma sensación, y todo el paisaje se esfuma, amortajándose en igual armonía. Los cisnes nadan á lo lejos. Las leves curvas de sus estelas reflejan la postrer vislumbre: son epitafios furtivos de las transparencias estivales, encerradas en las tumbas de cristal. Y las aves, bogando, parecen oir, con un cuello de misterio, un movimiento de elegancia, y un soplo de elegía.

Entre los dibujos del parque, sobre el camino enarenado, hay una sola figura humana. Solitaria en un banco, escucha con aire de supremo abandono. Luce en su sombrero de paja de Italia, rosas veraniegas, y se ha puesto un manto de pieles. Es así, la niña, el estío pasado y el in-

vierno nuevo; es la juventud, feliz en todas las estaciones. La actitud ficticia de su tristeza aumenta la verdadera de nuestro corazón. Para un pintor sería: «La imagen de los primeros fríos». El vals expira, y mueren las últimas lumbres. Ella alza la cabeza; nosotros inclinamos la frente. En el gran silencio de sombra, ya no se ven bogar los cisnes, con su cuello de misterio, su movimiento de elegancia, su soplo de elegía...

ALAS

Los cóndores, graznando, se abaten sobre la montaña. Sus alas vencen las furias del viento, y sus picos arrojan entrañas de víctimas. Vibran en sus ojos llamaradas de guerra, y engendran visiones de sangre, en cumbres de borrasca.

Las mariposas, en torno de las plantas, tejen ligeras cadenas de matices; en silencio cantan amores; volubles, vienen y se alejan; encantadoras, engendran visiones tranquilas en cumbres sonrientes.

Las alas son bellas. Ya sombrías, ya coloreadas, ya ágiles, ya pesantes; y el alma sueña y se dice en un himno: «Con alas se asciende, con alas se baja, divina es la nube que disuelve las suyas en lágrimas, para olvidar el rayo de los cóndores y engendrar el arco iris de las mariposas.»

LA FUENTE

Toda fuente inmóvil se antoja un cadáver; mas, de su flanco inerte, corre el agua viva. El alma, oyendo sus armonías, se adormece para soñar despierta. El murmurio derrama en el regocijo, frescura; su voz encierra el aliento de las próximas flores. Pero todos sus himnos son en mí elegías; pero todos sus arpegios brillantes, dan notas obscuras... Era el primer día primaveral, en un mes lejano de un tiempo desvanecido. Por la abierta ventana salía un aire de Lulli. La canción suspirante hería los follajes, como un rayo de luna que se volviese canto. Damas y señores, de acento alegre, saludábanse, espectrales, con re-

verencias melancólicas; jamás en el contento de mirar el sol habíase sentido más intensa la sombra de volver al sepulcro... Myrtale, en su sonrisa espiritual, reflejaba esas imágenes. Dos lágrimas respondieron en sus ojos, á las penas de las notas; y en su llanto, el cortejo de un mundo exquisito, real y fantástico, moría, cual si la canción se hiciese de nuevo rayo de luna.

Yo, entonces, murmuré: «Tu llanto sale del hondo misterio que oculta el sonido.»

Ella, enigmática, repuso: «El fúnebre destino avanza»... Las dos lágrimas de sus ojos, crecieron en raudal: con el semblante bañado, dijo: «Estatua soy que mana el agua fecunda del dolor. Recoge mi lloro: formemos la fuente.»

Llena de infinita tristeza me tomó, temblorosa, una mano. Corrían siempre las lágrimas de quien era la estatua del presentimiento; y sobre nuestro grupo cerníase el hálito de la muerte... Otras aguas sonantes han marcado el correr de olvidadas horas; mas perdura aquella tarde de agonía. Y cuando hoy una fuente, infiltra su regocijo fecundo en los tallos de nuevas flores, su himno es para mí elegía, y sus arpegios brillantes exhalan notas obscuras!

AÑO NUEVO

Media noche. Luna en el cielo, sol en las almas. En la fiesta, perfume, amor, juventud. ¡Año Nuevo! Flotante cual copo de nieve, tenue nube es símbolo del muerto. La luna lo amortaja. Las estrellas son cirios, palpitan llameantes y le velan. ¡Año Nuevo! Trae en la frente rosas, y en las manos racimos. La vida va á exaltarse. Corred, nocturnas horas. Venid, alegres albas. Quiero anunciar el nacimiento al sol y pedirle albricias. ¡Ah!, sí, que me conceda el vigor de su salud y el brillo de su gloria. La ventura ríe en el sarao. El baile jubila. La ilusión de las luces se transforma en hada. Horas de paz, llegad, las viejas arrebataron las amarguras. Cantemos la juventud. El árbol naciente cría raíces en tierra de esperanza. Pradera, como novia gentil, luce tu verde manto. Con aves y con flores el nuevo año te dará un

beso. Ya el niño grita radioso, ve en su zapato un arlequín. La bendición paterna desciende sobre el hogar. El enfermo sonríe á la mariposa de los cristales. La estéril se siente llamar madre. Los perfumes de la brisa ofrecen formas tangibles á todos los deseos. Fulge la cruz en la torre; la campana despeña notas más blancas que sus palomas. En el altar, radiante, está el Niño divino. La multitud se acerca como los pastores de Belén, y embellece la nave la estrella de los Reyes Magos. La tierra canta. Orad, los que despertáis al golpe del ala de una alondra, por aquellos que asilan la tristeza de las tardes. Todo es amor en la sonrisa del nuevo año. La fiesta se enardece. ¡Oh!, ¡vals de armoniosa luz, templa con tus arpegios el entusiasmo!... Ya cruza la vocinglera ráfaga. Pero una vibración insólita solloza en la orquesta... ¿Quién eres, nota del dolor? ¿Por qué tu intangible ser quebranta el júbilo? Ea, te escucho... ¿Cómo? ¿No eres queja del violoncelo? ¿Eres un alma? ¿Has animado los destierros y conmovido las tumbas? ¿Sales así de la caja sonora, porque hace un año, en igual noche, vistiera luto quien te arranca con arco de alegría, para lanzarte como flecha de

amargura?... ¡Ah! ¡porque no cantan todos cuando cantamos! Vana ilusión, sueño fugaz, no hay año nuevo... Ya palidecen las bujías: el oriente se transparenta. El pájaro no sabrá si el rocío de la aurora es perla de la flor ó lágrima de la noche.

LOS ÚLTIMOS COPOS

El río, el campo, la aldea, reflejan el sol entre nubes que se deshacen en lloviznas. Los árboles, lavados y alegres, saben que aquel llanto es de gozo. Evocan bajo su fecundidad, las espesas nieblas del invierno, las implacables borrascas, los días cortos, las noches largas, el reino cruel de la sombra pesante.

Sobre las amapolas purpúreas, parecidas á los labios de Nicia; sobre las campánulas de oro, idénticas á los cabellos de Nicia; sobre los pensamientos azules, semejantes á los ojos de Nicia; se abaten mariposas blancas, conjunción del invierno y la primavera.

Se despiden de la estación muerta y saludan á

la nueva; brillan cual una sonrisa triste; y la hermana de las campánulas, de los pensamientos, de las amapolas, que tiene del sol y de la lluvia, exclama con la voz del paisaje: «los últimos copos de nieve se han vuelto mariposas de dicha.»

Así, las mariposas palpitan cual sus ideas entre las campánulas de los cabellos, las amapolas de los labios, y los pensamientos de los ojos. ¡Oh, Nicia, melancólica amante, hija de la gracia, claro espejo de la gentileza, permite que bese sobre tu boca, la divina metamorfosis de las alas!

NOCHE DE CARNAVAL

EL ALMA

¿Qué deseas en el sarao, faja radiante de luna? Triste y pálido rayo, ¿qué buscas entre las mujeres y su contento?... El peregrino errante te confía su oración. Las ruinas aman tu caricia que torna insomnes sus tristezas. Los desiertos adoran sentir idealizadas sus arenas, ante tus montes delicados. Las hiedras te llaman su primavera y encuentran en tus destellos las flores armoniosas de su

elegía... Vuelve al jirón de esas hiedras, al arco de las ruinas, al seno del desierto. Te esperan los espectros que vivificas y los viajeros que perdieron el rumbo...

EL RAYO

Soy algo más que un pálido rayo. Soy el genio animador de las memorias. ¿Temes que bese tu frente? Miro con ojos robados al fondo de las tumbas... La fiesta te hace señas. Muchas hermosas suspiran, creyendo que aun puedes tender en las rejas fantásticas escalas. Ve á respirar sus flores. Yo bañaré la hierba que impide leer el nombre de una lápida.

EL ALMA

¡Ah!, te fuiste sin oirme, pálido rayo... Soplo amigo del huerto, barre la nube que vela el astro: debo decirle que soy una fuente y que si retrato el firmamento alegre, lo tiendo siempre en inefable gemido.

UNA MÁSCARA

¡Ea! lírico loco, alma gentil, blanco Pierrot, ¿qué discurres en el balcón? ¿Quieres transfor-

mar en palabras los perfumes de la noche? ¿Quieres convertir en notas los reflejos de la luna? ¿No ves que la luna y la noche no te oyen, embozadas en sus velos? ¡Ah, las pérfidas volubles! Ven á mis fieles brazos: comienza la orquesta.

LOS VIOLINES

Vuelen las almas. Hablen los rayos. Rían las máscaras. Somos todo: la tristeza, la alegría; la muerte, la vida; la claridad, el misterio...

SALOMÉ

Cuenta el Evangelio de San Marcos, con más detalles que los otros: Herodes prendió á Juan por el temor de su prédica. Algunos le llamaban Elías y todos le creían profeta. El tetrarca, en oyéndole, meditó: es aquel Juan que mandé degollar, resucitado de entre los muertos. Y le puso en una cisterna y le tomó afecto. Hizo así muchas cosas por su consejo, reconociéndole varón justo

y santo. Mas Herodías, furiosa, empezó á armarle lazos, pues no ignoraba el anatema del cautivo: «No es lícito tener la mujer de su hermano.»

Llegó el día en que Herodes celebraba su nacimiento. Estaban convocados los Grandes de la corte, los Tribunos, los principales de Galilea. La hija de Herodías danzó, y fué tan del gusto del concurso, que Herodes, dijo: «Pídeme lo que quieras, y te lo daré, aunque sea la mitad de mi reino.»

Pronto tuvo el rey la cruel contestación, y debiendo cumplir su juramento mandó matar al profeta. Salomé había repetido el voto de Herodías, y San Marcos añade: «Uno de la guardia trajo la cabeza en un plato; y la dió á la mozuela y la mozuela la pasó á su madre.»

Oscar Wilde no ha respetado la tradición en su drama, que la música de Strauss sigue. Salomé, hastiada del mundo, se enamora del cautivo. Tiene amadores mil, y todos le son indiferentes. Su único pensar, su capricho supremo, su dominante anhelo, es besar al hirsuto profeta. Juan, sacado de la cisterna, la rechaza. Herodes acude al jardín después del banquete. Salomé danza. Pide, como en el Evangelio, la cabeza. Se la

traen, la envuelve en su manto, y acerca á sus labios de fiebre la boca de hielo. En este momento la música se dilata en onda de pujante inspiración; en el resto, la admirable y sabia urdimbre de sus temas cortados, acaba por derrotar: no siendo un técnico, nos parece muy difícil comprender integralmente la belleza de la ópera en una noche. La danza de la Trouhanowa resulta maravillosa. La hija de las estepas heladas, interpreta en el jardín de Oriente la ciencia de Herodías; y entre las palmeras, que la brisa mueve, palpita el corazón de los hombres como los astros del cielo.

El viejo Flaubert se hubiese estremecido de gozo; pues en su célebre reconstrucción siguió las indicaciones del Evangelio y describió la danza, tal como la evoca la Salomé rusa. «Sus pies pasaban uno delante del otro, al ritmo de la flauta y de un par de crótalos. Sus brazos, redondos, llamaban á alguien que huía siempre. Ella le perseguía más ligera que una mariposa, como una Psiquis llena de curiosidad, como un alma vagabunda presta á tomar su vuelo.»

El anonadamiento sigue á la esperanza. Seduce el visaje inmóvil de la criatura, mientras sus pies no se detienen, y tiemblan sus dos senos. La

fiebre recorre sus venas, y al abrir los párpados echa chispas. Aléjase un instante para volver terrible. Á los crótalos suceden las arpas: Salomé padece el amor impetuoso que busca aplacamiento. Y « danza como las sacerdotisas indias, como las nubias de las cataratas, como las bacantes de Lydia »... Nosotros pensamos: la mujer de Galilea, convertida en rusa, al son de la música alemana, entre versos ingleses, sacude en una sala de Francia la asistencia cosmopolita, con olas de ensueño, realidad y poesía. Nunca más palpable surgió el misterio potente. Es el brutal secreto del instinto, revelado por mano de fuego entre encantadores velos. Es la idea ahogada en la fuerza, precipitando al mal y al dolor. Es la fatalidad que aleja de Ofelia, de Beatriz, de Grenchen, y hace perder la gloria por Cleopatra, ó perpetrar el crimen de Herodes, ó ajarse como un clavel entre las manos sucias de Carmen: es la condena imperiosa por la parte leonina de la esfinge humana. Y al salir del teatro, no evocamos en la noche la Salomé rutilante de Moreau, sino la apacible de Luini.

Adelanta la mujer. Sus cabellos de oro, mezclándose á un tenue resplandor de púrpura en-

vuelven las carnes ambarinas. Sus cejas son divinos arcos, y sus ojos, indiferentes flechas. Sus labios, conservan aún la voluptuosidad de la danza; simulan pétalos, con el recuerdo del sol, que acaba de ocultar la nube. Áureas filigranas bordan sus senos sobre la nívea camisola de lino. La cubre una túnica verdeante, donde crepusculares algas brillan en la transparencia de misteriosos reflejos acuáticos. Sus manos, al sostener una bandeja, escapan pálidas, de mangas de ámbar caliente. Un brazo trágico hiende el obscuro fondo. Dedos formidables depositan en el plato la cabeza del profeta. Pero nadie mira su hermosura ni su palidez de lirio exangüe. Cumpliendo la orden de invisible poder, la garra anónima entrega el despojo á la vendimiadora fatal, más impasible que las hoces. La mujer que sembró el veneno de sus ojos chispeantes, entre los ritmos de su cuerpo diabólico, recibe el fruto con menos interés que el labriego la espiga; y se da cuenta de que la cabeza está en el plato porque le hace peso.

¡Cuán admirable símbolo! Y aun no es todo. El discípulo más fino del Vinci, el pintor de tanto ángel puro, retrató en la Salomé á su querida. ¡Quién sabe de qué drama fué silencioso telón el cuadro!

LA TUMBA DE LOS GONCOURT

Nadie sintió como estos dos hermanos la inquietud perenne de la sensación, al poner su sensibilidad en contacto con los seres y las cosas. Nadie tuvo como ellos el amor de las letras, hasta vivir en las páginas del libro como monjes en los claustros del convento. Nadie sufrió más de la crítica, pues empezaron su carrera con un ejemplo de rara altivez, ejecutando en su Demailly á la prensa, en tiempos en que los escritores se degradan adulándola. El menor, *mort á la peine du style,* como dijera el mayor, no vió saludada su obra ni recompensado su esfuerzo. Ellos, sin embargo, apartándose de Michelet, habían con sus estudios del siglo XVIII y su sociedad de la Revolución y el Directorio, abierto la senda de Taine. Ellos habían inaugurado el romance naturalista, y no Zola, con *Germinie Lacerteux.* Ellos habían

precedido con *Manette Salomón* al impresionismo antes de que triunfasen Monet, Sisley ó Renoir. Ellos, saturando sus obras de elemento nuevo, prestaron al modernismo todas sus formas, desde los medios canallas hasta los ambientes elevados. El mayor, por fin, impulsó la novela aristocrática, que ha sido la cantera y ha hecho la fortuna de Bourget y tantos otros. Se dice que no manejaron ideas generales; por de pronto, el juicio, que tiene algo de verdad, está lejos de resultar absoluto, y luego una obra debe juzgarse por lo que es y no por lo que al crítico se le antoje que sea. Poseyeron la gran marca distintiva, un estilo personalísimo, fórmula viviente de la sensación en la segunda mitad del siglo pasado. Con todo, solamente Edmundo, que vivió 74 años, pudo, en banquete de gloria, oir el homenaje de la Francia letrada. Por eso es doble el afecto y la admiración que inspiran estos creadores de nervios luminosos, estos vibrantes enfermos, que, entre las congojas de la incomprensión, no renunciaron jamás al delito de tener talento.

En el cementerio de Montmartre visitamos su sepulcro, grande y severo sarcófago, de mármol obscuro. En la parte superior las dos caras de la

lápida construyen un ángulo obtuso, donde se leen los nombres de Charles y Cecile Huot de Goncourt. Las fechas del nacimiento de los padres, 1789 y 1798, hablan del siglo XVIII, cuna espiritual de ambos escritores.

En la parte primera de la lápida, bajo sus nombres, se indica simplemente su nacimiento y su muerte: 1822-1896 dice la del mayor; 1830-1870 la de Julio. Damos tantos detalles por si esta página cae en manos de algún goncourtista que se interesase.

Dos medallones en bronce realzan el mármol del sarcófago: el de Edmundo, con rostro pensativo y pujante; el del menor, con perfil de camafeo, lleno de juventud, gracia y delicadeza. El segundo es el mejor retrato del artista. El mismo sobreviviente que trabajó en él, lo ha descrito: «He pasado el día en casa de Lenoir. He rebuscado el parecido de mi hermano sobre el esbozo del medallón, hecho para su tumba. Guiando al escultor, he podido afinar la gruesa materialidad que diera á su rostro, y recortar la parte inferior, donde tenía su linda y pequeña boca. Los dibujantes han siempre alargado esta parte de la faz en detrimento de lo alto de su cabeza. Luego

he podido rehacerle la línea de la nariz, perfectamente justa. Y con gozo interior, interrogando las fotografías mentirosas y los dibujos, expuestos en un diván, he visto resurgir en el fragmento de tierra, poco á poco, y tanto como el recuerdo lo permite, el perfil amado»... Hoy aparecen á los ojos del viajero, cual si dejando de charlar, meditasen para siempre en una inmortal mesa de trabajo. En los ángulos del sepulcro dibújanse guías de hiedra; en el centro, frescas rosas; y hojas secas que caen sobre las flores forman aureolas á los rostros y á los nombres.

¿Quién puede cuidar en las noches esas hiedras y esas rosas? Varios espectros con manos filiales. Actrices y princesas que embellecieron las horas de otro siglo; una modelo que engendró con el color y el ritmo la amargura y la muerte, Manette Salomón; una mujer que murió de pensar, madame Gervaisais; una niña que murió de sentir, Renée Mauperin; una brutal ramera, Elisa; una delicada religiosa, Filomena; una plebeya, Lacerteux; una burguesa, Cherie; una reina de Francia, María Antonieta; y todas infundirán á las flores un pensamiento piadoso, equivalente á una gota de agua inmortal... Nos vuelve á la

BIBLIOTECA AMÉRICA UNIVE

realidad el ríspido barrer de una escoba: turba el silencio profundo bajo las alamedas, entre las tumbas diseminadas en avenidas y pendientes. El guardián, á lo lejos, inclinándose, perfílase en el crepúsculo, como un segador de Millet. Pero no siembra ni cosecha, amontona las hojas de los plátanos. Y tiene algo de trágico en su mutismo, imagen autómata, símbolo de inquietud, implacable genio que ahuyenta la paz para que los muertos piensen: « todo lo que fué verdor será barrido; páginas armoniosas, dibujos de sueños, realidades plasmadas, nimbos de laureles.»

En la tarde helada las hojas parecen arrancar nieve de los árboles. Claustro pensativo y sonoro, al menor soplo del cierzo, es el despliegue de copas escuetas que remata en la tumba de Gautier. « El entierro de Julio de Goncourt », escribía Flaubert á la madre Sand, « ha sido afligente; Théo lloraba á cántaros ». Ahora duermen todos, en la paz de diversos rincones de su dulce Francia. Pero el silencio del sepulcro de los Goncourt se puebla de voces. Son las páginas del *Journal,* y las fases del sufrir literario, analizado en sus más íntimas fibras, con acres hieles, ráfagas de indignación, crisis de desfallecimiento,

corrientes de ebriedad, y al fin de la tortura con la muerte de los nervios. ¡Pobres grandes escritores! ¿Por qué ese invencible impulso, que lleva á tanta congoja, en vez de fabricarse otros júbilos en la vida? Helos aquí en el eterno reposo. No más olor de imprenta en libros nuevos, no más batallas de primeras representaciones, no más artículos escritos por la envidia recelosa de los iguales y el odio torpe de los tinterillos... La tarde cae; en el fondo de las perspectivas se apaga en desolación consciente el resplandor del crepúsculo. Suena una campana. El cementerio va á cerrarse. El cierzo murmura á los árboles palabras de adiós, inexpresables y vivientes: los pájaros, callan más que con sueño, entumecidos en las sombras.

Un estremecimiento conmueve la necrópolis. Se oye un silbato. Pasa sobre el puente, tendido ante las tumbas, un automóvil lleno de calor y de vida. Volvamos á la ciudad dejando á los Goncourt los crisantemos que les trajéramos. «Hoy—dice Edmundo, en un acceso de tristeza de su *Diario*—llevé una corona á Julio. Pobre tumba; piedra abandonada de los muertos sin familia: ¿cuando desaparezca vaya quién se acordará de que

existe? Nadie »... Vosotros, los que en el siglo XX vais á padecer el tormento de escribir, venid oyendo la palabra de un poeta, que conoció también esa angustia y ese gozo:

Prier Dieu pour leur âme et par des fleurs nouvelles,
Remplacer en pleurant les pâles inmortelles
Et les bouquets anciens!

PATIO

En el patio del Petit-Palais, el siglo de los Luises sueña. Viñas de oro se enlazan á las columnas dóricas. Dibújanse los portales, y, sobre los balaústres, urnas y grupos en bronce reflejan el sol de Grecia y de Roma. En la galería circular se piensa en la Villa de Adriano, y en sus poetas coronados de rosas. Algún fondo muestra el reverso de las vidrieras góticas de la exposición interna. Más allá, frisos amarillentos y muros rojizos, son lienzos de linterna mágica en que se esperan ver las bailarinas de Pompeya. Vengan, vibren, danzen, vuelen, con sus gasas de

rayos de luna, entre los faunos blancos sobre fondos negros, y los toros negros sobre fondos blancos. En el centro, los estanques brillan. El césped, aterciopelado, espónjase riente; el agua le infunde la fresca alegría de su vivir. Rosas de fuego realzan su verdor, y los grafitos que sirven de orilla á la fuente, traen en su azul de esmalte y en sus áureos nervios, reminiscencias de un harem oriental arrullado por el agua. Nenúfares, también azules, y también de oro, en el corazón de los cálices, quieren avanzar hacia las flores del mosaico: la brisa, impeliéndolos, no vence á las raíces que los detienen en las márgenes. Más allá, los iris de Florencia evocan la cuna de Leonardo y pronuncian la palabra Renacimiento, como que para la imaginación vive la ciudad embalsamada en la época de los Médicis.

Un rudo guerrero oprime á una mujer, que alza en los brazos á otra joven, más hermosa. ¿Rapta sabinas, entre los rubíes sangrientos de las nínfeas, y el azur piadoso de los nenúfares? ¡No! Esas formas palpitantes en la transparencia, enverdecidas por el aliento de las victorias regias, no nacen en el estanque, son un reflejo, aunque parezcan surgir de la Perséfone antigua.

Levantad los ojos y veréis el grupo de una Proserpina imitando el de Juan de Boloña, como centro triunfal del patio.

Así, poetas, reyes, artistas, de la Antigüedad, de la Edad Media, del Renacimiento ; de Grecia, de Roma, de Francia, de Oriente, confunden las épocas, ante un sol que ha muerto, pero que el Tiempo no logra enterrar, como ciertos astros de fulgor más eterno que su cuerpo. Y ese patio, es imagen simbólica del alma contemporánea : alma inquieta y nerviosa, vibrante y sufriente, que, cargada de historia y de visiones de siglos, va viviendo mil vidas, sonámbula entre las realidades, y sólo salvando del naufragio la lámpara del ensueño, para torturarse nuevamente bajo su luz evocadora !

EL RELOJ DE MEAUX

Nos dan la dirección de la hospedería, marchamos, no se encuentra un solo ser viviente. Sombra que impenetrable asciende de los muros y baja de las nubes ; callejas empinadas, apariencias

siniestras, pavimentos ríspidos, casas austeras; algún farol que agoniza en el aire; todo adelanta en la sensación de un día del Milenio, sepultado sin esperanza de aurora.

En el silencio absoluto de la tiniebla estalla el reloj de la Catedral. No se dibujan sus torres; pero vela mientras Meaux descanza. La campana grita su existencia. Insomne, exhala notas de carrillón, las notas vuelan en arpegios, y los arpegios sacuden cristales. El timbre claro, sostenido, potente, dispersa alas zumbantes. No tiene edad y teje y desteje algo de eterno, concebido más en el espacio que toca, que en el tiempo que marca. Lo sentimos, estremeciéndonos, en la noche inmemorial. Alienta superior á su torre. Cada vez que repercute, un alma canta en la hora al irse. Se anima alucinante. Es la pertua aurora del sonido en la noche de los ojos. Es llamamiento al corazón sufriente y al espíritu meditabundo. Cae cual piadoso acento de una inaccesible estrella, por si acaso no todos los hombres duermen. Decide destinos, da derroteros, y solemne y triste, armonioso y consolante, acerca á lo desconocido esperanzas que no mitigan las angustias. Nos invita á partir cual una Beatriz, y

es ángel que nos cubre con sus alas: la Beatriz abre su manto, el ángel vuela y el espacio permanece obscuro. De ahí la inquietud, y porque no halla palabras quiere convertir sus sonidos en antorcha. Pero la voz vibrante no llega á luz, se extingue, y en el espacio, sobre su muerte, reina un resto de armonía...

Dejemos la ciudad sin verla bajo el sol: conservemos la impresión de su noche y de su sueño, sin más vida que la de su campana, inefable en su torre, con un eco del paso de Dios sobre las alturas misteriosas...

SAINT-JEAN DES VIGNES

Entre los trigales verdes de Soissons, llenos de alertas trabajadores; entre bosques de olmos y álamos juveniles; entre las auras apacibles de la tarde; entre las gallinas de los huertos, que se querellan, y los gorriones que pían en los guindos; entre los caminos blancos y los jardines coloreados; se levanta el ruinoso templo. Está abierto

al soñador en el día, y á la luna en la noche. En su campo santo, las devoradas cruces se mezclan al polvo de los muertos. La lección de paz de sus cosas baña la mente: el angustioso vestigio de la febril inquietud del corazón se acerca á la Naturaleza, donde el Dios de la hermosura habla del Dios del sufrimiento, que expira en la cruz del ábside.

Las grandes rosas sin vidrieras, engastan vastos círculos azules. El vestiglo de piedra cánta en su silencio y reza en su canto; las emociones del viajero, completan la plenitud del acorde. Las dos torres gigantescas, sobre el arco, en que el Cristo reina, muestran gárgolas descantilladas, cubiertas de jaramagos. Hollamos los escalones solitarios, carcomidos por los pies de otros hombres. Pequeñas ojivas en cada plataforma, construyen sobre el vacío pequeños claustros. Vemos abajo, las cruces obscuras de los hastiales góticos; arriba, el claro cielo, y al parecer ascendemos en su dominio de éter.

En todas partes, las grietas del Tiempo ahondan los agujeros de las balas prusianas: los años y la guerra han destruído la fábrica de paz. En el interior, miramos despojados de sus cam-

panas los trípodes de hierro, y nuestros pasos adquieren ecos retumbantes. Es un nido gigantesco sin sus águilas sonoras. Es el signo de la tristeza sobre la alegría; es el signo del silencio sobre los rumores de la vega; es el signo de la muerte sobre la vida de las labranzas. Las palomas, en las hornacinas, no temen el despertar de los bronces; pero sus alas pierden el hechizo de agitarse en un espacio que el son vuelve de plegaria. Y, tristes también al volar, palpitan sobre el aéreo cementerio de notas: sus alas blancas dibujan los sudarios de esas invisibles criaturas de armonía... El viajero fatigado, lejos de las ásperas ciudades, cree por un instante abolidos los afanes del siglo. Y se alegra de que las campanas no vibren; el silencio responde mejor á su propio espíritu. Así, en la soledad de la alta paz siente el aliento hospitalario de un sueño de olvido. Así, en esta cúspide, oye, en lugar de los repiques, sus ritmos religiosos; y el alma, semejante á la abadía, melancólica como ella, buscando el sol, cúbrese de flores que dan al viento perfumes y levantan al espacio matices.

LA ABADESA DE LA ROCHEFOUCAULD

Las tres naves de la Catedral de Soissons reciben en la explosión de sus alburas, verdosas transparencias al proteger la tienda de cristal, donde la hostia nívea refulge en la custodia de oro. Hay en el espacio místico, luz de primavera inspirada en velos de comulgantas: primavera que produce en el centro hojas juveniles; en el coro aladas flores; y en el ábside, frutos violetas, amarillentos, purpúreos, con gama cálida de triunfal estío. Único tono contrastante en el primer ambiente blanco es la abadesa negra, es la madre María. Hija de François de la Rochefoucauld y de Gabrielle Duplessy de Francourt, la sacó del Paracleto Luis XIV, y traída á la Catedral, presidió el Capítulo en 1683. Construyó los altares de la fábrica, y dió al presbiterio la forma de una red extraordinaria de arabescos, que caza las

estrellas que ella misma dibuja, proyectándose en el cielo de los vidrios. Hoy la abadesa lee su libro de Horas, sobre un tronco de árbol. Helechos cubren la corteza gris, cual de ceniza, en que la dama ha dejado su luto ante la nueva luz de su alma. Y el hábito de la religiosa, arrodillada, es de mármol negro, desde la toca hasta las sandalias: sólo sus manos de marfil aparecen blancas, como su rostro de alabastro.

Llegan á nuestros labios las máximas del gran duque. No sabemos hasta qué punto se le pueda llamar personalmente pesimista. Se conocen los entusiasmos de su alma romántica, queriendo raptar á la reina y á mademoiselle d'Autefort; se conocen sus dolores en la muerte de sus hijos y del príncipe Longueville; se conoce la frase de Sévigné á propósito de la muerte de su madre: «lloraba con una ternura que me lo hacía adorar»; se conoce la delicadeza de sus relaciones con madame de Lafayette; ¡sí! no era un espíritu nativo de roca, sin más riego que su propia hiel. Él mismo ha dicho que la penetración sobrepasa su límite, y á veces, siguiendo su dicho, exagera; pero, interpretando como quería Sainte-Beuve, se toca la justa línea. No es menos cierto que su

sagacidad le llevó á una visión cruel del hombre; y no es menos cierto que esta flor de su casa, vuelta estatua, parece agregar á las máximas piedad consolante por los extravíos, oración por los seres imperfectos de arcilla, luz que, como en los vitrales de la Catedral, se transforma sobre su breviario en prisma de esperanza!

MOLINO

El río Marne se escurre entre los muros de piedra que forman los arcos del puente del molino. Desde el siglo XII está sobre ese cimiento, y desde entonces, á la tarde, la nobleza de su fábrica aguza la serenidad de la hora. Sobre el cristal líquido, que albicante brota de sus engranajes, van y vienen golondrinas, rasgando el aire con gritos alegres.

Los cuerpos desiguales del molino, se yerguen sobre pilotes. En lo alto, los triángulos de pizarra cortan el cielo; y las líneas rojas, despercudiéndose, en las fachadas, se mezclan á las ma-

cetas de flores, que sonríen en las rejillas. Las molineras, asomándose, se inclinan sobre las espumas, prestas á oir una trova, como en la evocación de las antiguas estampas.

Bajo la vetustez de entrantes y salientes, giran y laten cinco ruedas: son los corazones de la vida poderosa que estremece los varios pisos. Entre sus aspas de obscuras zonas, á través de los movimientos, vislúmbranse lampos azules. Y en aquel pestañear con escapadas al infinito, el alma se hipnotiza más que como una piedra que cae en el agua, como una nube que recorre el espacio.

El trigo rubio desde los techos, baja á los tubos de los compartimentos; y triturado sale de las últimas sedas, cual lluvia de nieve. Así, llega al agua que ayer fecundó su plantío, y hoy da la fuerza transformadora. Hermana agua, cantan las golondrinas, tú eres dulce y pujante, transparente y misteriosa, tú eres anhelo y acción, belleza y plegaria... Más allá de los álamos, que visten las riberas curvilíneas del río, ondulan los trigales. Los obreros de la molienda se abisman en el paisaje, con expresiones honradas de salud y contento: cercanos al suelo, nutricio, la ben-

dición que vibra en la espiga, les toca el cuerpo y les serena el alma. Volvemos á mirar la harina del pan y de la hostia: desciende como el maná bíblico. Y ante el vetusto edificio como ante un nuevo templo, el corazón une la imagen de la mies al vuelo de las golondrinas, la imagen de los dos sustentos á las alas de una eterna primavera!

LOS BUEYES DE LAÓN

De nubes espesas caen finas lluvias de estío. Un velo de plata, tejido por invisibles manos, se deshila en los aires, y en la negrura de las torres, se trueca en perlas, y se disuelve en lágrimas. La Catedral dibújase en atmósfera de sutil tristeza. Los santos meditan en los pórticos. Los pastores ofrecen sus dones al infante. La gran rosa atrae con su duelo sombrío y hace soñar con sus interiores estrellas. En los balcones, las celosías cierran párpados gigantescos sobre dormidos ojos que esperan para despertarse el canto de las campanas. Los poliedros de los ángulos de

las torres exágonas, forman templitos abiertos en libres atalayas.

En ellos, los serafines adoran á la Virgen, y estampan en el espacio sus grandes alas como nubes inmóviles. Quimeras misteriosas, en gárgolas fantásticas, se inclinan hacia la tierra; la lluvia de sus fauces se mezcla á la plegaria de los angélicos labios: el rezo es esperanza que asciende, y la fecundidad bendición que baja.

En otros baldaquinos, magníficos bueyes, tienden sus vibrantes aspas, á la caricia del agua. Pensamos en páginas de Osanan recientemente leídas, que estudian la evolución del paganismo en la fe nueva. Los artífices de la Catedral, elevada en la más alta cúspide de la colina, quisieron inmortalizar sus humildes y pacientes colaboradores. ¡Ah! la bella idea llena del ingenuo frescor de una época primitiva. Virgilio abandonó al Dante sin ver él mismo la mansión de Beatriz. Sobre las torres góticas, que cubren en el mundo el que fué templo de la niña celeste, brillan las nobles bestias, semejantes al eco plasmado de una Égloga!

EN SAN MARTÍN DE LAÓN

La nave gótica es un templo del silencio, perdida en un apacible barrio de la villa provincial. El ángel del púlpito repliega sus alas: el clarín de sus labios, se antoja congelado. La sagrada meditación de las cosas, se anima como un ser viviente. Un Cristo, en aquella soledad, no conserva ni el grupo fiel, cuando lanza su pensamiento la gran voz del Gólgota: *Eli, Eli, lamma Sabacthani.* El sol abrasa al Crucificado, y murmura con la expresión de sus lumbres: « Bajo del cielo azul y sobre las vidrieras místicas, me convierto en púrpura; dibujo lampos juveniles en las vetustas ojivas; enciendo chispas en lampadarios que no calientan cirios; presto á las palidecientes rosas, savias que les vuelven la ilusión del vivir, y á todo lo meditabundo, alas de color que parecen nimbos de recogimiento; pero no turbo el silencio, y, sin

hacer un ruido, soy como la oración mental de un serafín de gloria ». Calla, siempre brilla y no añade que es algo más: símbolo de un corazón, alejado de los hombres, á quien el amor enaltece, y que, por el placer de amar, derrama sus luces en homenaje de sus ardores!

EL ÓRGANO DE LA CATEDRAL DE LAÓN

Más allá de la verja del coro, en cuyas moharras se han clavado cirios llameantes; más allá del altar, visible, entre las filigranas de los hierros; más allá de los ángeles de mármol blanco, que traen en sus velos soplos de cielo azul; más allá de las tres naves, coronadas por ojivas hechas con alas; más allá de la perfecta sencillez griega de este templo gótico, el órgano se dibuja bajo el brillo de la mística rosa.

El silencio profundo se repliega en sus trompetas. Dos columnas aprisionan haces frágiles de cristal; y los tubos, como alzando cuernos de luna, tienden los labios platíneos de un cáliz.

Sobre él, la vidriera, semejante á una hostia, abre la maravilla de sus pétalos. Lucen éstos llamas de amor ardiente, azules triunfales con esperanzas oídas, morados sombríos rebosantes de súplicas no escuchadas, y los pequeños círculos se funden en el grande, cual si las oraciones de la fe que envuelven, tomasen la forma de la flor divina. Y la hostia fantástica, al surgir del cáliz gigantesco, se engasta en el órgano, de modo que los matices parecen el recuerdo de sus voces mudas... Pero el coro se llena de monaguillos. El incienso perfuma. Los diáconos custodian al obispo. Los ciriales adelantan. En la nave se eleva un himno. El órgano responde: en sus trompas astíllase tonante la luz de la rosa; los pétalos no son ya el recuerdo de sus acentos; vibran como vestes de los sonidos; y la hostia de colores, sobre el cáliz de plata, se transforma en astro!

CORAZÓN INVERNAL

Ni una bicicleta, ni un automóvil, ni un coche en el bosque de Bolonia. La nieve lo cubre. La negra pensativa figura de algún guardián, se desliza sobre el tapiz blanco. No se le oye caminar, y, á medida que se aleja, parece perder su substancia, vago, aéreo, confundiéndose á las sombras.

En el centro del sudario, desgarrado por los troncos, se yergue la gran gruta. Es el corazón del bosque. El ritmo de su cascada le revela en otros meses el ritmo de su vida; pero hoy, al través de su curva de hielo, los líquenes muestran informes apariencias de sueño nebuloso. Su sangre cristalina no corre; se ha petrificado; y el bosque muerto, encuentra en la metamorfosis de la gruta, el espíritu visible de su silencio.

La nieve no la tapiza toda. Los músculos mons-

truosos de algunas rocas envuelven sus salientes obscuras, en despojos de armiños. Las acacias negras, hunden sus troncos, con brillos de serpientes verdes, en los montículos de espumas blancas. Los abetos, vestidos de polvos de arroz, de brillanteces de azúcar, de algodones espesos, se inclinan sobre la sábana alba que anima la misma pendiente que amortaja. La nieve de la gruta, rompiéndose en los grandes huecos, desciende mezclada á jirones de hiedra. Los álamos, finos, dan la sensación de encajes tejidos con sombras. Y espectros invisibles en la luz del día, tienen en los troncos su crisálida, y en esas sombras su manto.

La blancura de los bordes del lago, llega hasta la linfa: blanda nieve forma la ribera de su hielo duro. Sobre la lámina, los cisnes lentos, van hacia la gruta; y se vagorizan, etéreos, sobre la imagen del invierno: el corazón del bosque se hace universal y concentra lo infinito. Á la espalda, por un abeto del lago, el sol desciende entre las hojas, que dibujan en su carmín llameante, hieroglíficos de indescifrable tinta. Al frente, por un abeto erguido en lo alto de la gruta, la luna grácil asciende y blanquea el

fastigio de los ramajes. El sol parece bajar al peso de su sangre; la luna subir en alas de su nieve; porque el sol se lleva la púrpura del cielo, la luna se transparenta, y porque el *rubí* fué de gloria, la palidez es de apoteosis.

En tanto, sobre la tierra, el cierzo mueve con alientos de elegía el encaje de los álamos. Antes de vestir sus espectros, saludan como abanicos, al satélite que remonta, y despiden al astro que se hunde. Los cisnes, melancólicos, murmuran: «El bosque muerto no necesita de paseantes solitarios: el sol, al ocultarse, encendió en los cielos un cirio. Y en la noche, nuestra nieve con alma refleja esa lumbre en su verdadero sepulcro de armonía»... El errabundo acalla su pensamiento, huye de su imaginación, teme turbar el mutismo con la voz de sus ideas.

LA TUMBA DE HEINE

Una familia alemana se acerca: las mujeres colocan flores sobre la losa, escriben sus nombres en hojas de una cartera, y las ponen en un bolsillo de bronce que tiene el monumento. ¡Curiosa ceremonia! Lo que debieran hacer, es sentir no visitarle en Alemania, y verse obligados á dejarle tarjetas en Francia.

Se van y nos acercamos. El conde de Joinville, ayudante de campo del duque de Borbón, reposa al lado. Un plátano cubre su sepulcro, con una horcadura que sale del suelo brotada hasta en sus raíces. Sus gajos altos aparecen cual vértebras negras, bajo el esplendor de las ramas; y la savia estalla juvenil en su copa, tendida hacia el monumento de Heine. El día radiante no muestra nubes. Los pájaros pían; las palomas arrullan: la primavera canta al febril ensueño, de la alucinante

fantasía, que hizo del poeta un maravilloso sonámbulo.

Al otro lado, cual colocada por el Destino, se eleva una acacia muerta dentro de una verja herrumbrosa. No se puede leer la inscripción de la lápida. Sobre el anónimo cadáver, el árbol raya el cielo azul, con un abanico obscuro impregnado de tinta en polvo. Á falta de hojas propias lo visten guirnaldas de hiedra. Es el único verdor de ese tronco de silencio, que evoca los dolores del hombre de genio. Los dos árboles forman su arpa: aquí, con la sequedad potente y la ironía cruel de la destrucción y de la muerte; allí, con el ensueño vivificante en la risueña esmeralda del esplendor armonioso.

Le vemos aclamando á Hégel, creyéndose un dios, para sentirse respectivamente ateo, deísta y cristiano, sin afiliarse á ninguna Iglesia; le vemos en pleno sanşimonismo, fabricándose una religión panteísta y socialista, y un ideal de amor al pueblo que, por otra parte, detesta, cuando le analiza su orgullo de aristócrata; le vemos en las ciudades con un temperamento endiabladamente sensual, ebrio de vida, suspirando por la calma de los paisajes primitivos; le vemos nacionalista,

al pensar en su cuna del Rin, y cosmopolita, al seguir los destinos de su raza; le vemos siempre sincero en sus sarcasmos y en sus entusiasmos, y siempre contradictorio en sus ideas y sentimientos. Quiso ser filósofo, político, tribuno, y, en realidad, con una de las más agudas sensibilidades del siglo, fué un gran poeta en almas diversas, como quien dice una planta con el himno de varias aves. Entre esos elementos complejos de sus cartas, de sus confesiones, de sus obras, de su vida, la imagen del poeta sueña.

Sueña sobre una corona que es nimbo de volúmenes en mármol. Sueña sobre cuatro lámparas que dejan escapar llamas de piedra. Sueña sobre las cuerdas de una lira que alza una psiquis de oro. Y á su busto lo talló un cincel de sufrimiento. Su frente de muerto-vivo, abatida por invisible cruz, se inclina cual una rama al peso de sus flores. ¿No brotaron sus más bellos versos de sus miserias físicas y de sus amarguras morales? Los párpados de Heine han caído sobre la luz de sus ojos, para que contemple en la sombra el resplandor interno de su espíritu... Dejamos á la cabeza marmórea con un parchazo de oro en el cuello: el brillo palpita por el movimiento de

las hojas del plátano. El poeta supo cantar el prodigio del sol en los cármenes y en los desiertos; pero lo quisiéramos despedir entre las melodías de las baladas, bajo la luna que lo bautizó en su primer llanto!

OYENDO EL "CID"

He venido á oir una vez más, entre hermosos versos franceses, el eco de Guillén de Castro y de nuestro romancero español. La sala rebosa, y no hay patética situación, ni brillante tirada, ni acento de heroísmo, ni grito de amor, que no repercuta en la multitud estremecida. Heine escribió alguna vez á Lewald: « Yo respeto á Corneille, y amo á Racine; han dejado obras maestras; pero su tiempo pasó para la escena: llenaron su misión ante un público de gentileshombres que se consideraban herederos del heroísmo antiguo, ó que, al menos, no rechazaban este heroísmo con pequeñez burguesa ». La ovación que miro y oigo, le responde. Por otra parte, muchos críticos

modernos dan por enterrada la tragedia, sin observar que se la resucita cada vez que se la representa. Este entusiasmo lo he sentido ya, oyendo el *Poliuto* del mismo Corneille, ó la *Berenice* de Racine, ó el *Edipo Rey* de Sófocles, ó, aunque no sea completamente una obra clásica la actual *Medea* de Catulle Mendes. Lo único que no muere en el mundo es la verdadera hermosura, de Esquilo á Shakespeare y de Shakespeare á Maeterlink, cuando, fundida en un estilo, se alza por sobre toda distinción de escuela y toda clasificación de género.

El teatro, á causa de su misma naturaleza, debe ser composición plástica de pasiones y de ideas. Asistiendo á las representaciones de la Comedia Francesa se percibe algo que no se ve tan bien en la lectura, y olvidando las críticas, sobre todo las de Schlégel, que tengo más presentes, se acaba reconciliado con las unidades dramáticas. En *El Cid*, Corneille sólo se acuerda de la de acción, apenas de la de tiempo, y suprime la de lugar. En el *Poliuto* respeta estrictamente á todas, y el drama tiene más arquitectura y adquiere mayor interés. El poeta, obligado á tomar lo esencial, desecha lo accesorio que pueda ocurrírsele; así, la unidad de acción, necesaria como hija de la Naturaleza, gana en di-

bujo y en fuerzas. Y como el teatro es acción, y aquí no acción á lo Scribe ó Sardou, sino envuelta en raudales de hermosura, con raíz en los corazones y en las almas, una tragedia como *Poliuto* resulta perfecta. Perfecta como una fábula de La Fontaine, ó una máxima de La Rochefoucauld, al pie de una perfecta estatua griega, en una platabanda perfecta de Versalles. Luego vendrá Racine, síntesis de un instante de gloria, en la madurez de una raza. De estas ideas me saca una sensación, que, dominante, me aleja de Corneille y el *Romancero*. Paul Mounet presta su voz de trueno al dolor de don Diego, sin poder vengar la afrenta del conde. Mounet-Sully, haciendo inaudito esfuerzo por rejuvenecerse, convierte sus años en los veinte del Cid, y corre á lavar el deshonor del padre. Me obsesiona el contraste entre la vida y la escena. Como don Diego combatiera á moros y á cristianos, el actor ha combatido á críticos y á filisteos. Allí la causa era el rey y aquí el arte. Hoy su vigor decae, y, á punto de abandonarlo, canta la fuerza, el heroísmo, el amor, la juventud. Cuando Mounet-Sully se quite la cota, su hermano, aun robusto, después de hacer de viejo achacoso, le consolará de su sueño de

una hora. Tan es así, que, visiblemente exhausto, se apoya en su brazo para recibir la ovación del público. Vibran en los apiausos las corrientes eléctricas que ha derramado la primavera en flor del héroe de hierro. ¡Qué novela poderosa, de melancolía humana, podría, con relámpagos de Balzac, escribir uno de estos actores! El aire del telón penetra cual ráfaga de hielo ante la sonrisa infinitamente triste del Cid victorioso.

LAS DOS HERMANAS

Mies esplendente capaz de engendrar el sol en sus fibras de oro, es el casco perfumado de la implacable mujer de ojos verdes, que evoca el mar y el abismo; de la diamantina virgen á cuyos pies se muere, como ante el templo cerrado de un misterio inaccesible.

Jirón de sombra pensativa es el cabello negro de la mujer de ojos azules, que revelan amor y misericordia; de la diamantina virgen, á cuyos pies se suspira, como ante la onda de incienso de un altar hospitalario.

¡Ah! las dos hermosuras que deparó el destino á corazones ardorosos y á mentes inspiradas. Pienso en los campos yermos desecados al sol. La sed de la tierra se irrita ante el cielo; su alegría sin nubes hace delirar por su luto con lluvias. Á veces la noche piadosa vierte su rocío, y las hojas y las flores adquieren un poco de juventud, para morir mejor bajo la respiración llameante... ¡Oh! tú, la taciturna compasiva, no llores sobre mi alma, no me vivifiques en tu sombra: la virgen impasible, no olvidará que el sol fatídico es la fragua de su casco de oro!

EL AHOGADO

Cantan las sirenas bajo la luna. Sus colas, estremecidas, tejen liras de argento. El poeta, desde un peñón, oye el canto de las armoniosas hijas del mar.

Ofrecen sus consuelos en las grutas interiores de nácar, sobre lechos de corales.

El poeta se echa al abismo; no volverá á mi-

rar el sol, ni la luna, ni los naranjos en flor: la vida busca la muerte... ¡Ah! no; el cadáver huye de la sombra. Le falta el peso de su existir, y flota. Flota, rompe las aguas, y asciende hacia e sol, la luna, la ribera y los naranjos en flor: la muerte busca la vida... Ya no hay cantos en las olas, la luna se oculta, las sirenas desaparecen; pero el mar, fosforescente, muestra en cada chispa verde un ojo de misterio!

LA LÁGRIMA ARMONIOSA

Á lo lejos, frente á la ventana, el verdegueante monte surge como esfuerzo del mundo, para tocar las nubes blancas y serenas.

Una mujer, pensativa, clava en sus laderas los ojos azules.

Bajo su pelo de oro, grácil, casi aérea, se antoja el símbolo de una mujer viviente en un astro.

Del jardín sube en canción suspirante, tristeza ardiente y ternura soñadora. Los ojos azules transforman su color en luz, y su luz en lágrima. En el

pecho de la mujer, sobre un tallo de acero, un lirio de alabastro yergue pistilos de oro; y la lágrima baja de los ojos al cáliz rutilante.

Dice entonces su artífice que allí está y lo cree perfecto: «el lirio no se vuelve carne de flor vívida, al sentir el llanto, hijo de la música, porque el mundo de la poesía ha perdido la virtud de sus esplendores.»

La mujer pensativa sigue inmóvil, el enamorado enmudece, la canción no calla, y el monte anhela tocar aún la serenidad blanca de las nubes divinas!

SU DIVINA MAJESTAD

Salgo del cementerio de Roma, en un día de sol, con el recuerdo de su jardín, de sus panteones de mármol, de sus escaleras magníficas. No parece aquello el reino de la muerte: la vida prolonga sus palacios y sus salones, en un parterre de plantas y de estatuas.

Á dos pasos encuentro un extraño cortejo.

Ocho muchachos levantan sobre una plancha una niña muerta. La alfombra raída que la cubre, deslizándose en el movimiento, deja ver un traje en jirones que le sirve de sudario. La temblorosa mano de un hombre la arregla, y detrás una veintena de niños y de niñas, astrosos, mugrientos, en cabellos, rodean á un clérigo, maestro de la escuela, cuyos zapatos, los únicos de la compañía, aumentan con su propia pobreza, la del séquito. Algunas de las criaturas llevan rosas sueltas y manojos de violetas. Desfilan ante el gran cementerio, y, naturalmente, no entran en él: el sacerdote ora, y los chicuelos responden; el sol hace más atroz la unidad de su miseria. Una extranjera mira y solloza. ¿Por qué si hay de esas lágrimas, hay de estos desamparos? Varios ingleses se detienen. Alguno prepara su kodac: otro tiende la mano y dice simplemente: «¡Oh, no, silencio!» Silencio, sí, para que murmure la voz oculta en las oraciones: «Muchos atormentados en la llama, pedirán á Lázaro, el mendigo, que moje la extremidad del dedo en agua, y refresque sus lenguas». Ni coche, ni ataúd, ni corona, ni cirios, dan la dirección de las pompas fúnebres; pero vio-

letas y rosas, hablan de un sepulturero invisible. Ha dejado á la niña en el seno de su Padre; y conduce la ficción del cuerpo hasta el seno de la tierra. ¡Silencio, sí! Cristo pasa...

EL ESTÍO

La golondrina, dice: «Mis alas fatigadas no pueden vencer las ondas del viento. Me duele abandonar el bosque, y corro más allá de los mares, en busca de las ruinas de templos y palacios, en donde reina el calor de la nueva primavera.»

La fuente dice: «No desaparezcas ¡oh! calor de nuestro reino. Los espejos ensoñadores de mis aguas retratan cisnes y arboledas; el hielo próximo me estremece de pena.»

El bosque, dice: «¡Ah, los cortos días y las largas noches! No os vayáis horas interminables de sol. Que el viento agite aún las ramas en mis brazos armoniosos, que se perfume en mis flores, y abata el fruto en la mano anhelante del hombre.»

Así, el bosque, la fuente, la golondrina, hablan

con el Estío. Una racha riza las aguas turbias, arranca las hojas secas, se lleva la voz de los pájaros friolentos... El Estío responde á la golondrina, á la fuente y al bosque: «Soy yo quien se desvanece. Mi súplica es plegaria estéril. El sol se aleja, me muero, y antes de expirar, las hojas se me escapan de la mano, el calor se apaga en mi frente, las aguas se hielan á mis pies, las flores me amortajan sin tocarme, y siendo todo de luz me esfumo cual una sombra. ¡Oh! tú, fuente que te lamentas, hallarás tu espejo; y tú, árbol, tus flores; y tú, golondrina, aunque fatigada, verás el sol primaveral en los templos destruídos; sólo yo no volveré aunque reine la estación de mi nombre». La postrer palabra se ahoga en un golpe de cierzo, y el poeta siente que el estío encuentra en su corazón la verdadera tumba!

LA MUERTE DE BEETHOVEN

En casa de Sully Prudhomme un señor, desconocido para mí, me habló alguna vez de su filosofía. Le pregunté si había escrito libros; me respondió que varios, publicados sin nombre de autor. Los firmaba con tres estrellas; era una trompeta de Dios; el viento zumbaba en su bronce y no le pertenecia el sonido.

Pude creerlo loco; sin embargo, busqué sus obras; me hallé con un hombre original y de vasta cultura, á veces obscuro, pero siempre interesante.

Su recuerdo me obsedia al dirigirme al Odeón, donde se representa el drama de Fauchois. ¿Por qué analizar hasta en sus más mínimos detalles la existencia de un gran artista? Beethoven debió firmar con tres estrellas, en su caso realmente simbólicas. Fué una trompeta en que sopló el viento de Dios, ó, por mejor decir, el viento del

hombre aspirando á Dios, con sus alegrías y sus dolores. Que en todo resultó contradictorio. Que en la vida despreció el amor adúltero, no compartió el venal, y deseando casarse siempre, murió celibatario. Que tuvo veinte prometidas: Eleonora, Giulietta, Bettina, Teresa, Amelia, la condesa Erdody, la baronesa Ertmann, y la Malfatti; que las adoró por igual y que, generalmente, él rompió esos amores. Que hoy enviaba sus amigos á paseo, con gritos de rabia; y al otro día los llamaba, casi llorando, afectuoso y efusivo. Que en política sus ideas oscilaron. Que en religión creyó en una rara mezcla de catolicismo, de fatalismo, de panteísmo, de agnoticismo, y de varios otros consonantes en lucha. Todo eso es sabido; pero dejémosle en paz. No vemos la utilidad de dibujarlo en una inalterable agua fuerte, como no comprendemos el prurito de recordar sus vómitos y discutir su ictericia. Mas hay quien le revive para pelearse con Wawruch, á causa del diagnóstico de su muerte, y quien recurre violento al recuerdo de la autopsia. ¡Oh, miseria!... Una vez visto el drama, la aprensión desaparece. El poeta de Beethoven olvida esas discusiones. La pieza está lejos de ser una obra maestra. Es un re-

tazo de biografía, en cuadros plásticos y hablados, ya largos y mediocres, ya concisos y felices. Los versos, también desiguales, aquí tienen vuelos, allí caídas, y cosa rara en un escritor de cultura, rasgos de mal gusto. Pero todo se encauza en su final, admirable como concepción, y que, lleno de savia luminosa vale una pieza entera.

Desgraciadamente, á pesar de los elogios de la prensa, Desjardins, es detestable. Parece no haber oído nunca música del maestro, y cuando suenan en los actos overturas y cuartetos, puede contestar que dado su papel, está sordo. ¡Sí! varias veces sordo. Su Beethoven ataca los nervios. No resulta doloroso; hace simplemente gala de un mal humor de celibatario. Su voz de trueno constante, aleja la idea de todo cantar. Se antoja un granadero de la Guardia metiéndose en piel que revienta como á un guante fino con mano grosera. Sin desmayar, hasta el fin, ruge los versos en vez de armonizarlos con los detalles de su muerte. Acaba de ver el robo de su sobrino, último golpe en su tortura; luego, agonizante, siente la auténtica tormenta que lo despidió del mundo. Fauchois ha explotado como tema central la sordera del maestro. ¡Quién no recuerda los gritos de amargura y casi

de espanto de sus cartas íntimas! La nariz de Cyrano, es inferior como conflicto dramático. El Destino de las antiguas tragedias trajo á la buena hada, que exclamó: « Te haré el primer músico del mundo » ; pero la mala, dijo: « serás sordo ». Y aquí, en el postrer instante, cuando el hombre se queja de su familia ausente, las Nueve Sinfonías surgen ante el artista. No son las nueve musas griegas, sino sus creaciones transformadas en hijas.

Todas están: la Primera, joven águila, cuyas alas sin plumas retroceden aun al embate de los vientos. La Segunda, ocultando en su felicidad sonora las penas de Giulietta Guiciardi; amazona mágicamente ataviada, que no muestra sus heridas. La Heroica, con su estallido fúnebre, divinización del dolor humano, ya en la cumbre de la plenitud genial. La Cuarta, de Teresa de Brunsticsk, desplegando inmortales sonrisas sobre quiméricos reflejos de lagos azules. La Quinta, que revolucionara su arte, al proclamar el reinado de la voluntad. La Pastoral, uniendo las voces físicas de la Naturaleza, á las intimidades morales del alma. La Séptima, en que Wágner admirara la apoteosis de la danza, ante la filosofía de sus ritmos. La Octava, espiritual y ligera. La Novena, con sus voces humanas, pro-

longación de los instrumentos, y su inaudito himno de gozo, triunfo de la armonía misma. Pero él no las escuchó; y en esta escena hablan. La Vida se enternece. ¿Cómo ella que le debe la expresión de todas sus emociones, le dejará partir impasible? Las hermosas figuras lo llaman, lo arrullan, lo consuelan, y entre el sonar de la orquesta se bautizan inmortales. Al fin las oye. Se pone de pie. Su brazo, estremecido, se alza, dirige, su sonrisa es el sol. Giran las mujeres en su torno, y la Muerte, reina del mutismo, detiene un instante, arrobada, el concierto de los divinos astros.

Luego, da, violenta, el golpe de su hoz; y la batuta, que cae, precede al cuerpo, pidiendo á la tierra, con un resto de armonía, la paz del silencio!

BLANCURAS

Cerezos, perales, manzanos, tienden rutas de inmaculados brillos: las flores, como alas, tiemblan bajo el sol; se han detenido sobre los ramajes en albas de alabastro. Cruzan las comulgantes; y

los tules de espuma, sus rostros pálidos, sus ropajes de lino, prosiguen el fulgor de las flores aladas.

Van hacia el templo, con sus cirios y las alfombras de margaritas, que huellan, se antojan caídas de sus propios velos. Van hacia el templo y más allá del campanario, y de las níveas palomas, sus almas cristalinas, encuentran altares aéreos en la gracia de las nubes.

¡Oh, la primavera de la blancura!... Fatigado peregrino cierra los ojos, sino puedes para mirarla, añadir á velos, almas, nubes, y flores, la transparencia de tus lágrimas.

EL PALACIO

Extraño sueño, fugitivo como un cuadro disolvente. En un parque fosforescían luciérnagas fantásticas. Un río lleno de góndolas besaba sus verjas. Sabíamos que la tierra encerraba las minas maravillosas de los gnomos; y un negro palacio, informe, erigía fachadas y perfiles. Repentinamente

cantaron las ondas del río: cada burbuja de linfa exhalaba la voz de una sirena. Y todas las piedras preciosas de las entrañas, diluídas en savias de luz, ascendieron por la arquitectura, que, resplandeció vibrante, cual árbol vestido en primaveral aurora. Y las savias se volvieron consistentes, y el palacio mostró estatuas, ventanas, rastrillos, torres de rubíes, de diamantes, de amatistas. Las filigranas se encendieron en fuego; y la brisa dispersó aladas pedrerías al son del río melodioso. Las góndolas se estremecieron para recogerlas; pero deshacíanse en los aires cual inaccesibles flores. Y el palacio, despojándose de sus galas, consumido en su ardorosa vida, apareció como un obscuro esqueleto. El río cesó de cantar; las góndolas, melancólicas, bogaron sobre la corriente hasta morir en los mares. El bosque se apagó en la sombra; la tierra antojóse de cenizas. No quedaron sino los chorros sollozantes, á que se confundía el eco de nuestros pasos solitarios... Ante el sueño nos dijimos: «¿No es esto la inspiración, que se devora en su propio canto?»... Y despierto, parecían llorar aún, las fuentes de los jardines.

LA SERENATA DE BRAGA

En los salones de los duques de Caprara reina profundo silencio en torno de un violoncelo: los descotes y los plastrones brillan bajo las arañas. Una señora nos murmura: « interpretada por el mismo autor ». No tenemos tiempo ni necesidad de preguntar su nombre. Dos notas del piano indican la serenata. Habíamos oído ya, en Roma, que Braga, muy necesitado, tocaba sus obras, mal vendidas. Miramos la cabellera del anciano inclinada sobre el violoncelo como onda de fino argento. Una voz de mujer responde. La melodía lenta, pasada á través del llanto, suspira, gime, envuelve sonora, insiste en su pena, se mece, estalla, se reprime, y nuestros ojos no ven los cabellos blancos... Ven una vieja quinta á dos mil leguas de Roma. Ven un corredor de jazmines cubierto de parras. Ven una pileta á la entrada de una calle de paraísos. Ven el sol entre las hojas de la vid, que dora un racimo negro, y echa

tejos de oro, sobre el mosaico. Y la serenata, en una sala vecina, al cruzar las rejas, se impregna de blancuras en los jazmines: así, las notas resplandecen y perfuman, dispersándose ante el ataúd ideal de una muerta misteriosa.

¡Sensación viva, fresca, alucinante! Oímos la voz de una abuela que da una orden. Sentimos el rastrillo del jardinero. Desaparece la sociedad que nos rodea, con títulos que figuran en Lepanto, en los Concilios, en la historia del mundo. La lamentación, sigue esparciendo sus aromas, sobre la muerta invisible... La lanza nuestro maestro Panizza haciendo lo que aun nosotros no podemos. Estamos en las pacientes escalas, emblema de los balbuceos necesarios de la infancia. No aparecen en la melodía y han sido su fuente: cuando ya aprendidas se nos deje libres, una canción completa nos brotará como obra propia. Y exaltará alegrías que no conocemos, ó lágrimas que no hemos vertido... Los años pasan. En un salón hospitalario de la ciudad tantas veces evocada, suena la serenata antigua. La modula el artista que la creó. Y la oímos cual complemento armonioso de una triste vida, sabiendo ya que los júbilos y las amarguras, son más hondos en la realidad que á través de los

primeros arpegios. Estos estudios, en la melancolía de lo desaparecido, charlan inocentemente como el agua, visten el oro del sol, exhalan el aroma de los jazmines, y tienen el gusto de las uvas. ¡Ah! las inexplicables y por lo tanto misteriosas, las felices que no volverán nunca, las infantiles, las divinas escalas! Sus sostenidos y bemoles, semejantes á los pasos del niño, estaban lejos de imaginar el dolor de un nocturno de Chopin, de un lied de Shumann, de una sonata de Beethoven. Y ni siquiera las cosas podrían hoy devolverlas: el viejo emparrado y los cercos tupidos, transformándose en parques, de líneas geométricas, se antojan acordes de una pensada sinfonía... La serenata concluye. Sufrimos un choque viendo que no se levanta con su violoncelo el maestro Panizza, el simpático hombre que, acordándose de aquella quinta, compuso el *Réquiem* de nuestros hermanos muertos. El cuadro se desvanece y vuelan varias sombras. Luego el autor verdadero, aclamado, cruza ante nosotros. Y pensamos que debe decirse: «Los aplausos no se llevan al Monte de Piedad». Y no nos acercamos á saludarle, temiendo que agregue con amargura: «ni las emociones tampoco.»

LA TRISTEZA DEL ERMITAÑO

Inclinado hacia la tierra, Jesús oraba en el Huerto de los Olivos. Sobre sus hombros pesaba un mundo impalpable; y en el aire, entre los murmullos invisibles de la brisa, sentíase la invisible presencia de seres con alas. Brotó sangre del divino cuerpo, y un ángel resplandeció junto al maestro. Tenía en las manos un reloj de arena, cuyo cristal reflejaba el esplendor de sus cabellos, y se puso á contar la agonía cruenta. Una, dos, tres veces, lo volvió entre sus ebúrneos dedos y después, sobre un peñón, consideró la arena.

Meditaba en la indiferencia de su esterilidad, tan incapaz de fecundaciones, como de sentir angustias en el ritmo de sus horas. Pensaba que con aquel residuo del amargo mar se había quizá amasado el corazón del hombre; y sus ojos se humedecieron, y sus lágrimas fueron tantas que llega-

ron á la arena. El cristal escandeció: era líquida brasa: se escurrió de las celestes manos y el polvo ardiente, se transformó en nube de incienso. El ángel se fué al cielo, seguido por los vapores leves, cual por lampos de luna... Así soñaba, bajo el pleno sol, un ermitaño en su tienda de palmeras; y al despertarse tocó sus ojos suavísimo fulgor. Desde entonces, con honda tristeza, no ha visto más la nube, y volverla á ver es todo su anhelo en este mundo!

CRÁNEOS

Ciertos paisajes graban aguas fuertes en rincones de la memoria; el tiempo les añade un velo, y esa bruma los conserva. Á veces el interno cuadro, sin saberse por qué, cual si la célula vibrara, despliega sus colores, y luego vuelve á su conservadora mortaja.

Hoy, ante el Loira, pienso de pronto en el Duero, y en vez de mirar las islas diseminadas en sus aguas, veo los castillejos portugueses entre flo-

recidas verduras. Y Porto se dibuja vago, hasta deslumbrar repentino en torno de una gran iglesia, centro pintoresco de viejas construcciones. En frente de esa altitud hay otra altitud de casas verdes, rojizas, amarillentas. Y la ciudad, al pie de nuestra meseta, desciende á un fondo, ondula, se dilata, y corona la nueva cumbre, cual si fuese un valle edificado.

En tal sitio, uno de los paisajes urbanos más curiosos de la tierra, un vetusto tiempo asila un patio lleno de calma. La efervescencia de abajo sube á morir en él, con un rumor de ola que se disuelve y expira. Es una conjunción entre el caserío y el cielo, entre la vida y la muerte. Cubre los muros, casi tocándolos, el plafón de un firmamento terso: una nube antójase el hálito de un ángel invisible, vagando en la azul transparencia. Al patio lo circundan claustros: en las columnas de sus arcos los fustes presentan la oscilación inmóvil de llamas pétreas. En el centro, un túmulo yergue maciza cruz de granito, que custodian cráneos en los cuatro ángulos. Los cráneos revestidos, más duros que el mármol, victoriosos dentro de la costra potente, desafían en la ruina del hombre, al viento que no dispersará su polvo. En la paz sagrada del lugar, son para el pensa-

miento melancólico fuentes de vida, y quisiérase decir la palabra del Tabor: « Qué bien se está aquí: construyamos una tienda »... Los años pasan, el rincón resucita en la memoria, é ilumina el silencio con sus imágenes sensibles. Se le vió un minuto y se le recuerda toda una existencia... Las márgenes del Loira me acercan al castillo de Amboise. Su mole grandiosa se impone al espíritu. El claustro de Porto se esfuma: ha vuelto á envolverse en el sudario misterioso que lo embalsama y lo eterniza.

ALAS BÍBLICAS

Una tormenta de nieve se abate sobre París. No la poética nieve, que danza al son de los ritmos que inspira; no la nieve de alas desplumadas en tenue lluvia, como en las amables leyendas que oyen los niños calentándose en las chimeneas; no la nieve que graciosamente cubre los árboles con un velo nupcial mientras la savia invisible sonríe bajo el sudario inerte.

Durante dos días y dos noches, ha caído, violenta, airada. En ráfagas de guerra, en torbellinos de granizo, ha cubierto techos con ansias de desplomarlos; ha hecho desaparecer las fuentes; ha impedido en las calles toda circulación de vida. París se antoja sin un solo habitante: no cruza un hombre, no rueda un coche, no se ve un gendarme. Se piensa en las estepas de Rusia. El ejército del Emperador no está lejano; van á desfilar enfermos, espantos, heroísmos estériles, ante la hosca Naturaleza.

En el blancor irradiante algún tronco de árbo estampa segmentos de tinta obscura. Los cristales de casas y negocios, muestran en el interior sus luces en pleno día, y las sombras de sus habitantes vagan como espectros desterrados de las calles. Deja de nevar y se ilumina la nebulosa del cielo. En su ambiente brumoso se enciende una claridad de alabastro. Y en medio de la desolación de muerte, cruza una paloma. Se detiene en un quiosco de periódicos, sepultado en la nieve. Luego salta á un castaño, y de allí vuela á la cúspide de un plátano. Busca algo sobre el esqueleto, y con el pico y las patas, desaloja los copos; trabaja largo rato y descubre un nido. ¡Ah, la mensajera del

buen tiempo! Es la misma del pasado estío: las alas de sus pichones, crecían ante sus ojos, como las hojas del árbol.

Ahora, entre las pajas que limpia, fulgura cual la paloma del Arca. Las aguas han bajado; pueden los hombres salir de sus hogares y barrer los despojos de la tormenta. Los quioscos van á abrirse; ya se preparan peatones y coches; el bulevar se animará con todos sus odios, sus risas, sus intereses, sus maldades, sus júbilos, sus dolores. La paloma vuela. Lo único libre de las nieves es su nido de casto y divino amor. Vemos desaparecer su imagen pulquérrima, blanca como los copos del cielo, su imagen de gracia que huye del lodo, su imagen que volverá en la primavera, y que hoy se lleva el hechizo inesperado de su sensación bíblica!

LA VICTORIA DE SAMOTRACIA

La luz de una claraboya del Louvre, abrasa la Victoria, que se yergue en la escalera bajo la irradiación de simbólicas mujeres. La Asiria de alas negras y temblores purpúreos, ostenta en los ojos inmóviles, la visión de los reyes colosales de Susa, de las quimeras monstruosas de Etbatana, de los arqueros azules de las murallas babilónicas. El Egipto, vlste traje de momia, pliega alas de cuatro colores, ofrece las manos llenas de lotos, y oye atento el rumor del Nilo. La Grecia luce un peplo de oro. Su túnica se le escapa en pliegues. Lleva en las orejas, escarabajos de piedras preciosas. El pelo le desciende en bucles cortos. Una de sus manos, empuña el hierro que conoce el fuego de los altares, y la otra, una Victoria. Roma contempla altiva á la Loba, y esgrime un gajo de laurel, que,

en los montes del Lacio, cortó con una espada.

Luego, cuatro ángeles combinan los medallones de Fidias, Gondea, Vitrubio y Ameniseb, realzados por estrellas, sobre fondos de mosaicos bizantinos. En las vecinas vidrieras, sellos de la época, muestran á la estatua, que toca su clarín, semiborrada, pero completa. Esfumándose también en los tapices antiguos, aparecen escenas de cortes y cacerías; los ojos, vanamente, quieren iluminar el drama de los colores vencidos. Al pie, como en campo, del mismo batallar contra el Tiempo, frisos fragmentarios, randas y raíces de corazón, corintias flores de acanto, volutas jónicas, metopas destruídas, se mezclan á los restos de la rotonda de Arsinoe. Y saliendo de un rojizo muro, domina todas las evocaciones, la Victoria mutilada en la proa de su pétreo esquife. El artístico viento amalgama los pliegues de su manto con la frescura y el júbilo soberano del mar. Sus alas, como de dúctil piedra, son elegantes hasta lo increíble: se piensa por ellas en un soplo de Inmortalidad, hacia un infinito de gloria. El cuerpo, magnífico, quizá más hermoso que el de la Venus de Milo, palpita y se dibuja, en la transparencia de su veste. La estatua perfecta que se lleva en

los ojos, encuentra en la Victoria su más aproximada maravilla. El manto teje cascada de vuelo á partir del vientre, pegándosele antes como tela húmeda; y en el pecho soberbio, el chitón se antoja simbólico, ofrecido por los hombres, pero puesto por los dioses. Y siendo así, maciza, parece flotante: la esbeltez de sus alas se tiende á todos sus miembros; y la gracia de su mármol semeja en su agilidad una condensación de ligeras espumas.

En días radiantes, cuando la penumbra huye de su plinto, su carne y su peplo se transparentan, y animándose se convierte en Victoria universal de un arte. Se cree que las Venus, Dianas, Apolos, Junos, hijas de Grecia y Roma, y las estatuas del Renacimiento, y las modernas, marchan detrás de su hermosura, buscando con lo que tienen de humano, lo que les falta de divino. Ella, sin cabeza, más muda que una esfinge, sigue sobre la nave, y le basta su mutilado cuerpo para presidir el desfile, brillantemente triunfal bajo el sol, y bajo la luna, misteriosamente melancólico...

LA VENUS DE MILO

Divagamos por el Louvre entre tritones, nereidas, cupidos, que entrelazan flechas y espumas. Eurípides, sin brazos, sentado sobre la inscripción de sus tragedias, mira á Esculapio y á un árbol donde se enrosca la serpiente. Las estatuas exhalan el frío de sus mármoles, sin poderse calentar con la gracia de sus formas. Hay horas en que el espíritu está muerto á toda sensación. La Ariadna del Vaticano, aparece sobre un sarcófago. En los muros brillan bajos relieves. En una metopa del Partenón, Hércules ofrece á Minerva, nívea manzana del jardín de las Hespérides. Destácase un montón de lápidas latinas, con cariátides en los ángulos: amontónanse trípodes de pies leoninos; Ceres tiende su cuerno, donde los frutos se plasman en inmóvil movimiento; aquí Psiquis divaga sobre la tierra puestos los ojos en el cielo, y sus

alas se antojan aletas de delfines; allá un sátiro danza infatigable cual condenado á un suplicio; la musa de la Oda pulsa la lira marmórea convencida del silencio de las cuerdas; un grave Demóstenes, nos arroja pensativo la tristeza de su inmortalidad helada.

Así, llegamos hasta la Venus de Milo. Después de recorrer un cementerio creemos entrar en el templo de su diosa. Todos los mármoles han sentido las nostalgias del destierro, y han llorado inútilmente sus colinas de sol, sus altares con fuegos, sus acrópolis con palomas, sus viñedos lujuriosos, sus academias reposantes, y hoy, combinando su hastío con el nuestro, forman atmósfera de frígido blancor, donde el alma, huyendo de sí misma, se agita dolorosa.

¡La Venus divina! La miramos una vez más. Á un costado, una gran vidriera, se abre al cielo. Un farol del patio, proyectándose en el cristal, adelanta su reflejo impalpable, hasta la estatua maciza. Sobre cortinajes de púrpura, destaca su pétreo encanto, de maravillosa flor sin perfume. Al otro lado, en la sala de Melpómene, el sol, blanco en el torso de un Apolo y en la túnica de Euterpe, coloréase al morir, en un mosaico. Más allá, en el cristal de

otra ventana, refléjase, escueto, con brillos temblorosos, un plátano del Sena.

Al pie de la Venus dos pintores, silenciosos, la copian. ¿Qué hacían los brazos ausentes de la estatua? Las hipótesis se contradicen; una cree que ofrecía una fruta ó empuñaba un cetro, otra que completaba un grupo. Quien sabe si el destino consciente, no le quitó los brazos pensando con misterio: toda estatua debe carecer de algo, para que la imaginación vibrante, complete mejor la obra... El peplo de sus flancos, que se enreda á sus muslos, es como la ola de su cuna pristina.

Evocamos nuestros himnos de Grecia y no nos levantan: las estatuas conservan su hermosura, pero nos dan la impasibilidad de sus ojos. Así, suenan tristes, palabras que Hugo escribió quizá, con gozo: *L'art est le produit necessaire et fatal d'une intelligence limitèe, comme la Nature est le produit necessaire et fatal d'une intelligence infinie. L'art est à l'homme ce que la Nature est à Dieu.*

Pensamos luego en el mismo Hugo. Fué á visitar á Chateaubriand en una hora de agitación política. El ministerio rebosaba de gente: no era el momento de hablar de letras como otras veces.

Sin embargo, el canciller, se puso á buscar entre un rimero de papeles una carta. « Tened—exclamó —esta noticia os pertenece; me comunican de Constantinopla la compra de una maravillosa Venus hallada en Milo ». Y le pasó la nota, como un cetro: podía, en efecto, la estatua, servir de puente más alto que los tumultos políticos, entre el viejo aquel y aquel joven, los dos mayores poetas de Francia... En su reposo absoluto, en su calma augusta, en su serenidad dichosa, la Venus recuerda el prestigio de la isla que su nacimiento hizo sagrada. Un visitante llega. Pesadamente crujen sus botines. ¡ Cuán lejos estamos de las sandalias con alas! La diosa, sorda, inmóvil, ni enardece los ojos, ni mira, ni adquiere brazos; y su actitud nos irrita, cual si para vencer nuestro hastío hubiésemos abrigado la esperanza de un milagro.

LA TUMBA DE BAUDELAIRE

Aislado contra un muro de Montparnasse reposa el poeta. Le forma fondo una cortina de hiedra. Sobre el sombrío verdor resaltan rosas biancas, geranios purpúreos, heliotropos azules. Esas flores sencillas exhalan sus aromas, apenas perceptibles, como plegarias intimidadas, ante el sepulcro del cantor de sus hermanas infernales. ¿Por qué, sin embargo, nos resultan simpáticas, y estando fuera del jardín del Mal nos parecen armónicas? Oid lo que murmuran á la brisa que las mueve: « Baudelaire descansa, lejos de sus visiones perturbadoras. Nuestras corolas humildes, en vez de perfumes enervantes de pecado, le brindan el frescor de una paz sin sueños »... En cambio, el monumento inspirado en su obra nos produce intolerable efecto. Se nos antoja la carátula de un libro, plasmado en piedra; y nos choca

cual un desentono, entre las tumbas del cementerio... Lo vemos en el verano de una tarde de julio: varios días de lluvia, y un sombrío cielo entoldado, dan á la atmósfera tintes invernales. Bajo el contraste de la estación reinante y la evocada, en esa paradoja de la luz que alienta con frío, la tumba aumenta su efecto extraño.

Baudelaire, tendido y envuelto desde los pies al cuello en apretadas bandeletas, es una anacrónica momia. En lo alto, el busto de un hombre sostiene su barba sobre puños crispados, con rostro en que vibran pensamientos amargos de eterno insomnio. Á sus pies se estampa un vampiro repelente, y sus alas caen como jirones de un sudario roto.

Cierto es que Baudelaire sintió la atracción de la muerte, no á la manera de los griegos, que ponían en las estelas fúnebres amores hermosos, sino con los horrores de las danzas macabras de la Edad Media. Cierto ès que cantó al Vampiro:

Toi qui, comme un coup de couteau
Dans mon cœur plaintif est entrée.

Cierto es que al fin del poema declara: «Si el puñal y el veneno mataran á mi enemigo, mis besos

resucitarían el cadáver fatídico». Cierto es que si se piensa en un ave para su sepulcro, acude la sanguinaria, antes que el ruiseñor de Heine ó la alondra de Mistral. Pero evocad sus versos en el cementerio mismo, y por un efecto curioso cambiaréis de idea. Declamad, por ejemplo, su *Chanson d'Après-Midi*:

Sur ta chair le parfum rôde
Comme autour d'un encensoir:
Tu charmes comme le soir
Nymphe ténébreuse et chaude.

Ah! les philtres les plus forts
Ne valent pas ta paresse,
Et tu connais la caresse
Qui fait revivre les morts.

Los dos últimos versos no se presentan, como forma imaginativa, de celebrar una fuerza, sino con caracteres reales; y la certidumbre de que sólo un supremo milagro podría levantar los muertos que nos rodean, nos hace sentir la artificialidad inútil de la estrofa. Recitad en seguida los sonetos *Le Revenant* y *La sépulture d'un poëte maudit*. El espectro sale camino de la alcoba de su amada; la araña teje sus telas, los lobos aúllan, las brujas, famélicas, danzan. Visiones que estre-

mecen en un gabinete, entre los cuadros, la chimenea y la luz discreta de las lámparas, resultan, en la paz inalterable del cementerio, hijas de un juego irrisorio.

Baudelaire no deja por eso de ser un gran poeta. No es, como pretende Bourget, un medallón al lado del busto de Sainte-Beuve, quizá porque el mismo Sainte-Beuve insinuó hábilmente la anterioridad de su Delorme, sino busto él mismo, muy aparte, creando «*le frisson nouveaux*», que dijera Hugo al leer *Les Sept Vieillards* y *Les Petites Vieilles*. Pero el dintel del cementerio es principio de otra vida. El reposo sagrado se opone á toda voz: la palabra alimenta un exordio de profanación. La Muerte, murmura: «Sólo podrían hablar los que están mudos para siempre». Y volved á recitar *Le Vampire* y comprenderéis que no puede eternizarse allí el ave que abandonó á su presa, precisamente en la tumba. El monumento de Baudelaire nos conquistaría en una plaza de París, evocando sus angustias entre el ajetreo de los vivos; mas el sepulcro es puente en que el poeta creía encontrar su nueva antorcha.

Hay en las *Flores del Mal,* algo más que las correspondencias de sensaciones, que originaron

el movimiento del Simbolismo, cosa que Brunetière pareció no querer advertir. Villiers de l'Isle Adam, intenso escritor del misterio, exclamaba al morir, con el recuerdo de sus dolores, y la certidumbre de su resurrección: *¡Oh! je me rapellerais de cette planète terre.* Baudelaire pertenecía á su familia. En el pesimismo profundo de su obra se agitan misteriosos relámpagos. Su libro pinta vicios que esperan redención. De sus versos se escapa la horrible tristeza de la carne. No goza como un pagano de la vida para extraer sólo su júbilo. La intervención de Satán aumenta el remordimiento. Después de sus orgías,

Dans la brute assoupie un ange se reveille.

Ante la osamenta podrida y evocadora del cadáver de una mujer, exclama:

Alors, ô ma beauté! ditez à la vermine
Qui vous mangera de baissers,
Que j'ai gardé la forme et l'essense divine
De mes amours décomposés.

Esa atracción de los espectáculos inmundos, y de la repugnante fealdad, reside, por contraste, en su insaciable amor á la Belleza. Pide á las hem-

bras sensuales, si desean su ardor, que las lágrimas obscurezcan el esplendor de sus pupilas. Otras veces, una visión más ideal que las metamorfosis de la prometida de Poe, cruza el abismo, y borra las lujurias:

Sa chair spirituelle à le parfum des Anges
Et son œil nous revêt d'un habit de clarté.

Asaltado por la angustia, la vergüenza, el remordimiento, el hastío, se dirige á ese ángel de alegría; entre el grito de las venganzas, con los puños crispados en la sombra, se dirige á ese ángel de bondad; víctima de la fiebre, arrastrando los pies y removiendo los labios, se dirige á ese ángel de salud; cubierto de arrugas, con la desesperación de envejecer, se dirige á ese ángel de belleza; y lo único que desea en vez de salud, bondad, hermosura ó alegría, son sus oraciones,

tes prières
Ange plein de bonheur, de joie et des lumières!

Así, como entre el tumulto de las concupiscencias, la figura humana fulge casi seráfica, en medio de las blasfemias, de su satanismo, no olvidará á quien reina desde el trono omnipotente:

J'implore ta pitié, Toi, l'unique que j'aime
Du fond du gouffre obscur où mon cœur est tombé.

Tales invocaciones, gritos y lágrimas, estériles en la maldad de una vida devorada por el crimen, el vicio y la neurosis, despiertan ecos ultraterrestres, cual símbolos prestos á purificarse en el dolor, realizando su esperanza fuera del mundo.

He aquí sus palabras sobre la poesía: «El admirable instinto de lo bello, nos hace considerar la tierra y sus espectáculos como vislumbre y correspondencia del cielo. La sed insaciable de todo lo que significa un más allá, es la viviente prueba de que somos inmortales.

Por la poesía y á través de la poesía, por y á través de la música, el alma entrevé esplendores detrás de la tumba. Y cuando un exquisito poema saca lágrimas al borde de los ojos, esas lágrimas no significan un eco de goce, son más bien el testimonio de una melancolía irritable, de una postulación de los nervios, de una naturaleza desterrada en lo imperfecto, que quisiera poseer inmediatamente, sobre la tierra misma, un paraíso revelado.»

La Muerte, pues, en su último poema, transfórmase en tránsito salvador:

O Mort, vieux capitaine, il est temps! levons l'ancre!
Ce pays nous ennuie, ò Mort! Appareillons!
Si le ciel et la mer sont noirs comme de l'encre,
Nos cœurs que tu connais sont remplis de rayons!

Al otro lado del abismo puede abrirse el infierno. Pero rayos de esos «conocidos corazones» han iluminado también, acordes en que vibra la plenitud del verso, con gravedad majestuosa á lo Beethoven:

Soyez béni, mon Dieu qui donnez la souffrance
Comme un divin reméde à nos impuretés,
Et comme la meilleure et la plus pure essence
Qui prépare les forts aux saintes voluptés!

Je sais que vous gardez une place au Poëte
Dans les rangs bienheureux des saintes Legions,
Et que vous l'invités à l'eternelle fête
Des Trônes, des Vertus, des Dominations.

Con la frente transfigurada recurre á todos los universos y á todos los tiempos. Las joyas de la antigua Palmira, los metales ignorados, las perlas del mar, engarzadas por la mano de Dios, no bastarían para tejer la mística corona:

Car il ne sera fait que de pure lumière
Puissée au foyer saint des rayons primitifs,
Et dont les yeux mortels, dans leur splendeur entière,
Ne sont que des miroirs obscurcis et plaintifs.

Por eso, el monumento simplemente angustioso nos agradaría lejos de la necrópolis, alzándose entre nuestras inquietudes, afanes y miserias: aquí, la antorcha del puente ya ha brillado para el viajero.

Baudelaire escribió un libro inmensamente triste, ante la divina pureza, enfangada en los vicios de los hombres. Eso le será contado con mayor dulzura de la que imaginaba Sainte-Beuve... El poeta tradujo á Quinçey, lleno de amor, como lo revelan las perfecciones que puso en el estilo. Quisiéramos ver sobre su tumba, cual si fuesen sus musas, apoyándose en el mármol de luminosa Cruz, á las tres vírgenes de la célebre visión: Nuestra Señora de las Lágrimas, Nuestra Señora de los Suspiros, y Nuestra Señora de las Tinieblas.

LA PSKOVITAINE

Oyendo esta ópera rusa de Rinky-Korasakow, se siente el placer del verdadero teatro musical, lejos de los trajes modernos, pero cerca del corazón de todos los tiempos. Se siente el placer de la historia que parece leyenda, y de la leyenda que se vuelve real, en alucinante atmósfera. ¿En qué ópera, cuyo nombre no recuerdo, baja un personaje de su bicicleta y entona una romanza? Puesto que las sinfonías y sonatas, son para los conciertos, donde se oye la música más pura; la senda del gran arte en el teatro está en el tipo de *Lohengrin,* y no en la *Safo,* de Daudet. Rinky es un músico nacional y ha estudiado el alma de las multitudes. Éstas se mueven entre decoraciones nuevas de un violento impresionismo; y la pintura contribuye, con su carácter extraño, á la sensación del conjunto. El poema, muy malo, re-

sulta, sin embargo, interesante al revelar la figura de Iván el Terrible.

La creación de Chaliapine se convierte en realidad viva. Verle llegar sobre el caballo, con sus ojos llenos de relámpagos, su respiración jadeante, el sable alzado dominando el pueblo, es sentir toda la Rusia, y descubrir, al fulgor de su actitud violenta, un mundo desconocido. Luego, la acción empieza. Actúa aquel que mezclaba sus escrúpulos religiosos á sus amores sin freno; que repudiaba á sus esposas, envenenándolas, pará tener la certidumbre de que no le serían infieles; que lanzaba sus osos salvajes sobre los patinadores de los ríos congelados; que alzaba en sus hombros el féretro del visionario Basilio, y al retirarse á los conventos, mostraba á los frailes, desnudas ninfas esculpidas en oro; que mezclaba espumarajos de cóleras aterradoras á los balbuceos de plegarias humildes; que unía la farsa á la tragedia, coronando como zares á los conspiradores, sentenciados á muerte. Actúa Iván, supersticioso, brutal, sanguinario, tierno; y la nación, en vez de llamarle bandido, le aclama respetable. Y actúa en el poema, debatiéndose contra el destino, que le matará á su hija, amante de Toutcha, su adversario. Actúa,

trágico, con espíritu rebosante de rabias y remordimientos, dominando á veces la orquesta, pintoresca y poderosa, de mil timbres diversos, popular y ardiente, mística y solemne, salvaje y delicada. Todos esos contrastes, en que apuntan las esperanzas patrióticas, tejen sombríos ambientes, y el espectador palpita arrebatado, envuelto en el enjambre de los temas.

Chaliapine representa y es un músico excepcional. Funde al actor y al barítono en un acorde perfecto. Hace olvidar los procedimientos convencionales, se transforma en la figura terrible, y por él, la Rusia, se vuelve ópera; pues, cantan, naturalmente, los guerreros, los popes, las vírgenes, el pueblo, cual obedeciendo al Zar en un vasallaje de armonía.

Y cuando en el último momento, el gigante siniestro que hemos visto soberano en su corcel de guerra, se precipita sobre el cadáver de la virgen, da la sensación del roble herido inclinándose sobre una rosa... Los coros religiosos le responden; el pueblo, de rodillas, llora con él, y el poema ruso se hace universal, mostrando en medio de su altivez la miseria del alma humana!

LA PIEDRA FILOSOFAL

Con birrete y túnica de astrólogo, mirando correr el Sena, y pasar las nubes, más allá de las fortificaciones, trabajaba entre signos esculpidos sobre los muros. París aparecía á lo lejos; lo dominaba desde su colina; y esperaba hacerlo su esclavo.

En su extraña locura, no pensaba en su riqueza real, perdida en mil proyectos ilusorios. Veía su espejismo en el futuro. Sabía que la tierra pertenece al más opulento; que la inteligencia, el heroísmo, la nobleza, y la cortesía, armas de otra edad, se eclipsan ante el oro. Su armadura y su espada, su manto y su laúd, revivían áureos, sin aceros y sin cuerdas, entre reflejos de minas fabulosas. En el interior de sus morteros, en el cristal de sus retortas, en las llamas de sus hornos, los genios danzantes de la

imaginación, le preparaban una diadema. Todas las pedrerías del mundo pasaban en ríos: la red cabalística de la fórmula triunfante, deteníalas en sus nudos. Luego adornaban el palacio de su imperio, pues soñaba con una corte de sabios, de mujeres, de poetas, digna de cantar las alabanzas de su nombre.

En el otoño su fiebre se transformaba en delirio. Los árboles vestían matices de topacio y púrpura; el fuego de las hojas rojizas modelaba el metal de las amarillentas. Así, el viento poderoso, cubría parques y selvas de monedas volantes; y después, en torbellino, las sorprendía en las noches tachonando el firmamento. Las estrellas temblaban prontas á desprenderse; una exhalación saltaba de la fragua de lo infinito escribiendo el poema de su gloria; el universo giraba en torno de su laboratorio, y la piedra central de su ensueño, resplandecía cual sol de los astros de oro.

Y cuando le hallaron muerto, precisamente en un día otoñal, exclamó uno de sus amigos: «No le lloremos como parece llorarle el paisaje con la lluvia de hojas que animó su fiebre. Ha sido feliz en su quimera. Queriendo conquistar la vida la

olvidó: de su existencia misteriosa de trovador ó guerrero, si la tuvo en otro tiempo, sólo podía perseguir en nuestro mundo la locura alquimista de la piedra miserable. »

DOÑA BERTA

Las cotas, los cascos, los escudos, animándose repentinamente, ornaron espectros, ante la luna mágica. Crujieron las coyunturas con ritmo épico, y bailaron los fantasmas. Deteniéndose, alzaron las espadas sobre el airón de los cascos, y bajo el puente de acero cruzó destellante un resplandor níveo: era una guirnalda de pierrots fantásticos envuelta en vientos de armonía.

La condesa Berta se estremeció, entre un capitán de hierro y un pierrot de lumbre.

El soldado de músculos broncíneos la oprimió sobre la dureza de sus arreos; la mujer sintióse semejante á una rosa: sus propias espinas se le clavaban en los pétalos de perfume.

El pierrot, alerta, la libertó presuroso, haciendo

de sus mangas alas; y flotando con ella, escapó por los rayos de la luna, hasta la ebriedad del éter.

Iban hacia el astro; mas poco á poco las manos del poeta se entumecieron en la lumbre, tan romántica como helada, y ambos se abandonaron á un vértigo de muerte.

La condesa despertó en su lecho. Sobre el muro se veían las armaduras inmóviles, y á sus pies el carnavalesco traje del último baile. Había soñado y respiró tranquila; pero doña Berta, meditó en su sueño, y dos lágrimas temblaron en la verde luz de sus ojos.

EL POETA Á LA NUBE

Nube que has dicho en la noche á los astros: «rodeadme, soy el espíritu del que duerme entre los hombres»; nube que acabas de reflejar la aurora, cual sí, al despertar, ese espíritu se vistiese de sol y púrpura; nube etérea, nube alada, nube fúlgida; detén tu nieve de ensueño sobre mi vida de lucha.

¿No me oyes y te lanzas á través de los cielos? Abandono mi tienda firme para seguirte á ti, ¡oh tienda irreal de la mente que vuela! ¿Apresuras tu curso? No importa, en mis pies vibran alas. Corre, corre, pues nada me intimida, ni nada me contiene: los guijarros me son blandos tapices; y la sangre que empieza á brotar de mis plantas recuerda la púrpura de tu aurora, ¡oh, nube etérea, nube de luz, nube de vértigo! Si no te deslumbra tu propio albor, ve cómo á través de los abismos mi amor engendra puentes. Ea, párate sobre la montaña; brilla en su cumbre; subo á buscarte. Allá, en la altura, serás mi escudo. Allá, en la altura, serás mi faro. Allá, en la altura, serás mi gloria. Gracias, ¡oh, mi fuerza; oh, mi lumbre; oh, mi nimbo! Te miro fija, y asciendo victorioso.

. . . . . .

Dime, ¿dónde fulges? ¿Por qué senda del espacio has huído? ¿Es posible tanta tristeza en cielos tan azules? ¿Cómo no has impreso estelas armoniosas? ¿Mis pies se han ensangrentado para no encontrar tu nieve? ¿No miente la flor que suspira? ¿No miente el viento que zumba? ¿No miente el pájaro que gorjea? ¿Eres este lago?

¿Toda tu gloria volante se disolvió en inerme linfa? ¿Te has vuelto espejo porque aun conservas el recuerdo de tus alas? ¡Oh, nube etérea, nube de luz, nube de vértigo, en tu transparencia de agua refléjase otra alta nube! Comprendo; he subido á la cumbre para hallar mi ilusión, sepultada en la hondura del monte que domina la tierra!

LA FUENTE ENVENENADA

La favorita del Tetrarca se va sin cortejo por los campos solitarios. Huye de las maceraciones de perfumes; una simple túnica la esculpe; se ha suprimido las ajorcas de oro, los collares de perlas, las cadenillas de rubíes. Despoja un teberinto y se teje una diadema; quisiera, desconocida, vagabundear como una aldeana. ¡Ah, quién le diese la ventura del libre viento! Perfumarse en los nardos y zumbar luego en las higueras y en los olivos, cual cuna cantante de la fecundidad inconsciente. No sembrar la inquietud; no morirse de hastío, víctima de las propias pasiones, despertadas y no

sentidas. Ser como los pájaros, como las fuentes, como las flores. Escapar para siempre de su alma, que tiembla con un recuerdo, y que habita un cuerpo de belleza y de angustia... Camina más alegre. El gentil acento de las palomas en un ciprés, cae leve como ligera pluma deshecha en un murmurio. Y la pluma cándida, convertida en voz, le dice emocionada en impalpable soplo: «Sea feliz la reina que es mujer y es rosa.»

La tarde moribunda fulge sobre las eras. En una fuente el firmamento multiplica su misterio, y encuentra el eco armonioso de su agonía. La mujer lo contempla sonriéndose. Las aguas tienen singular pureza; las algas bogan en los senos transparentes; los reflejos encienden alados prismas. ¿Por qué se estremece? ¿Será posible que su hermosura envenene aquel cristal diáfano?... El sol se enreda en los hilos de las algas; los hilos son maravillosos cabellos; y el astro dibuja sangriento la faz del profeta!

EN LA ACADEMIA

El nuevo académico es Paul Hervieu. En realidad, no ha llegado aún á la plenitud de su talento, y se puede esperar mucho de su esfuerzo. Ha escrito novelas, y entre ellas en forma de cartas: *Peints par eux-mêmes*. León Daudet lo compara á Laclos, y mezcla su nombre al de Maquiavelo; quizás exagera; pero el libro despierta gran interés, á ratos apasiona, y se aproxima á una obra maestra. Ha contribuído también á la evolución de la escena; ha renovado la pieza de tesis con procedimientos del Teatro Libre; y los análisis secos, hechos con alma y nervio, á propósito del divorcio, en *Les Tenailles* y la *Loi de l'Homme*, completan la fisonomía de sus obras.

Lo recibe Brunetière. El Todo-París, político, social y literario, rodea á la princesa Matilde, último resto glorioso del Imperio, y á madame Adam,

centro de un hogar contemporáneo de ciencia, política y arte. Las bancas del Instituto parecen presididas por la venerable figura del químico Berthelot. Los extranjeros de más distinción ocupan asientos en el fondo del embudo que forman las tres tribunas descendiendo en anfiteatro. El día penetra nebuloso por los cristales de la célebre cúpula: en el pálido ambiente, sobre los fondos verdes, una ondulación de sombreros, palpita con flores, alas y plumas.

La presencia del enjambre elegante, contribuye á dar carácter al torneo literario. Los oradores deben saber que ante todo es necesario no aburrir. Las palabras caen en un medio exigente y acerado, al propio tiempo que entre abanicos amigos de la brisa sutil y del aire ligero. Alfredo de Vigni, en su recepción, pronunció un discurso memorable. Á cierta altura se dió cuenta de que fastidiaba: no se inmutó en su «Torre de Marfil» y sacó del bolsillo un lápiz de oro. Luego, cuando se oía una aprobación valerosa de amigo, la apuntaba cuidadosamente. Suponemos que Hervieu y Brunetière habrán hecho lo posible para no heredar en la circunstancia el lápiz del gran poeta.

Miramos, en tanto, la mesa del director, cu-

bierta de vieja tapicería verdosa : por lo exiguo del recinto toca los cristales de las tres puertas que lucen tres dedicatorias: á las Ciencias, á las Letras, á las Artes. Bajo sus marcos, ¡qué soplo de tradición, y qué desfile de sombras! Legouvé, casi centenario, puede, desde su asiento, evocarlas con sus gestos característicos. Pero faltan muchas de las superiores: Balzac, Baudelaire, Gautier, d'Aurevilly, Flaubert, entre otros, no han dejado aquí sus recuerdos. La gloria francesa ha iluminado el mundo sin cruzar, á veces, por estas salas.

El murmullo aumenta, los saludos que cambian las tribunas y el centro, alejan de lo pasado, para envolver en su ola. Fenelón y Bossuet, esculpidos en sus nichos, miran en actitud de hablar. Faltan, en torno, las pelucas blancas, las moscas de belleza, las pompas de la corte, los grupos de las alegorías, convertidos en auditorio de Academia. Pero el espíritu es el mismo, inmortal como el genio de Francia. Precisamente, un amante de la gran literatura clásica, va á contestar á un parisiense de la más pura esencia moderna. Y en ambos discursos, la espiritualidad y el arte del bien decir, dones de la raza, moverán los gestos, las actitudes, los aplausos y las sonrisas.

El dramaturgo ocupa su asiento al pie del tradicional pupitre, con Halevy y Heredia, sus padrinos. Al mismo tiempo el crítico sube hasta la mesa, entre el canciller Guillaume, ex director de la Escuela de Roma, y el secretario Gastón Boissier, que se antoja un casto Anacreonte risueño.

El nuevo académico, pálido, fino, elegante en su uniforme, lee emocionado, con voz temblorosa. El exordio concluye: Deschanel, luciendo una gran corbata, más abultada que su talento, da la señal de los aplausos. « República amable, república ateniense »: las palabras de Gambetta vienen á nuestros labios, pero dos horas después el mismo Deschanel, al presidir la Cámara, es posible que se cubra entre un vendaval de insolencias, gritos y puñetazos. Hervieu retrata á Pailleron y resucita al espiritual comediógrafo de *Le monde ou l'on s'ennui*. Empezó su discurso, lamentando que faltara allí, precisamente, su primer maestro. Mas después de su oración le sentimos pensar y le vemos vivir. Sus obras analizadas, su gabinete descrito, todos los detalles le vuelven á la existencia, de manera que puede reposar de nuevo llevándose algo del sol de este día... El ambiente, en efecto, va clarificándose; la palpita-

ción de alas, sombreros, plumas, sale como de una soñolencia; y á los matices alegres de la estación, los estremece bajo la vieja bóveda, un hálito juvenil de verano.

Brunetière responde. El apasionado crítico, que tiene en su nombre como en su inteligencia algo del chirrido insistente de la lima: el curioso espíritu que quiso aliar á Taine con Darwin, y definir la evolución de los géneros como en historia natural; que creyó en la ciencia como en Dios, y acabó por declararla en bancarrota; que con admirable lógica asegura ó se desdice, y con real talento analiza y clasifica; irrita á menudo y hasta subleva al ocuparse de la literatura contemporánea, pero halla siempre acentos que le alejan de la vulgaridad. Retrata á Hervieu, y por aquí y por allá la punta de la ironía asoma. Con todas las *nuances* de un virtuoso, destaca las numerosas frases incidentales, y no hay rasgo que no subraye su voz cambiante. Un período lanza al comenzar el brillo hiriente de un estoque y acaba en sonrisa; otro empieza en sonrisa y termina en golpe que guía su propio chispazo. Los aplausos estallan á cada instante, y él, nervioso haz de rayos, al hablar, los recibe con friáldad de hielo, al concluir...

El murmullo de los comentarios sube á la cúpula. Luego, el amplio patio recibe al público. Las conversaciones se reanudan animadas. El gris de las paredes seculares se arrebola con el resplandor fugitivo de las sombrillas. Y más allá del Sena, defendiendo el silencio interrumpido por este final de fiesta, el ala imponente del Louvre, oculta al París de los bulevares, el París estudioso del Instituto.

LUISA MICHEL

Luisa Michel va á hablar en la sala de la Bodinière; tema: «Plenitud del pensamiento humano en el siglo XX». Antes de su turno, Reichemberg lee poetas contemporáneos; la ayuda en la tarea Claretie.

La *petite doyenne* de la Comedia Francesa, luce un traje que envidia la platea mujeril; y en su busto, cuatro raras orquídeas evocan ópalos, que diesen bajo el agua luz casi verde, y al sol reflejos casi dorados. La casa de Chaume tiene

esa especialidad que, según el comentario, se produce en una *serre* del príncipe de Gales. Todas las actrices en este teatro, rivalizan en elegancia, y Luisa Michel surge como visión extraña. Su traje negro y su corsé inútil, en su cuerpo recto, la acercan á una variante del Ejército de Salvación. Parece intimidada, sobre todo por su sombrero, ante el derroche de lujo que mira, y el contraste la hace simpática. La conferencia empieza, pero una señora se propone no dejar oir. Reclama un banco para los pies, y prorrumpe en voz alta, si no se piensa obedecer á madame T... Le traen, al fin, el inútil embeleco y le piden excusas: nos acordamos de las bromas de Daudet á las mujeres de hombres célebres. El escultor finge no oir; y con movimientos nerviosos en las espaldas, semejantes á los de Zola, que está cerca, pregunta algo á Armand Silvestre. La predicción de Banville sobre el poeta, se ha cumplido. Retratándolo en su *Linterna Mágica,* exclamó: «no será extraño que en sus hermosos cabellos aparezca una tonsura, pues el dios Deseo, parecido á los cocineros ingleses, cuando se trata de un festín de bodas, no siente escrúpulos en desplumar los cisnes». La tonsura, añadamos, no es sa-

cerdotal; con avance furibundo le ha devorado toda la melena.

Bajo una pintura que, envuelta en gasas y rayos de sol, simboliza la Primavera, lee, entre dientes, su breviario, una vieja angulosa, metida en un traje azul de terciopelo, cubierta por una gorra, en forma de hastial. Su vecino arriesga una observación, y aunque la conferencia avanza, sigue murmurando sus oraciones; todo el mundo se pregunta á qué ha venido.

La sala, en tanto, está desorientada. Creía encontrar en el « Ángel Rojo », una calcetera de la Revolución, un tipo violento de marimacho. La ha visto en su imaginación, vestida de guardia nacional, como en el movimiento del 18 de Marzo; la ha visto pidiendo la cabeza de Thiers en cambio de la suya; la ha oído gritar iracunda en el Consejo de Guerra: *Si vous n'etez pas de lâches, tuez moi.* Y, resulta lo contrario: la voz dulce de la anciana destruye la imagen formada. Dice, en suma, cosas vulgares en medio de una argumentación pueril; pero el acento de sinceridad es tan profundo, que deja de ser ridícula. Las mujeres han olvidado su traje, y los hombres su rostro. Sus ojos hundidos en cuencas huesosas; dos cejas

que aprovechan su escaso capital, para dispararse en flechas al cielo; una nariz de bulto; su frente vasta, deprimida, casi acostada; su boca inmensa, y al sesgo; todo á un tiempo, se anima con sonrisa de inteligencia y dulzura. Describiendo el siglo XX comunica su calor. Las pasiones, las cóleras, que llevan á matar, se templarán en el amor del arte: todo el pueblo, educado, vivirá como un músico ó poeta. Las guerras se acabarán por el horror de los proyectiles matemáticos. Hasta la muerte misma, será sólo la natural, pues el estudio de los microbios reducirá las enfermedades. Y en su peroración pinta los encantos de un futuro paraíso.

Por último, se refiere á los niños. « He observado en los hijos de los pobres como de los ricos, la misma luz de una aurora inconsciente, un júbilo de mirada que nosotros no hemos conocido. La Naturaleza, sabia como una profetisa, pone una paz venturosa en esos ojos, porque verán los principios de la era nueva ó su reinado completo. »

La sala aplaude ruidosamente. Luisa Michel, con relámpagos de ira, habla en las reuniones populares entre los policías hostiles: el público de

la Bodinière se va con la sensación de haber oído á una amable abuela, contando un cuento de hadas, á sus nietos ya maduros.

LA MUERTE DE LA GIOCONDA

La sonrisa de su rostro, conjunción de encanto y misterio de la tierra, agoniza sobre lo infinito. El balcón invisible en que se apoya, la ofrece á las lejanías inefables del éter. Y la luz y el matiz, que el genio transformara en fuente de pensamiento y amor, se funde con esa sonrisa en el mismo carbonizado sudario.

Sus compañeros de salón, se conmueven en la tarde, cuando libres de las miradas de los hombres, pueden dar palabra á sus inmóviles movimientos. Luego, en atmósfera de maravilla, las imágenes se duermen, y sueñan, y esos sueños forman la única vida de su silencio.

Ayudar á la divina hermana, no perder su vecindad, volverle los colores entenebrecidos, desean hoy los seres fervorosos. *La Dama,* del Ticiano,

prorrumpe con armoniosa voz, cual si cantasen sus áureos reflejos: « Solamente un milagro, salvará el milagro de su sonrisa. Tú, Señor, que cambias en lo alto el agua en vino, cambia su sombra en lumbre ». *El Cristo*, del Veronés, responde desde su marco de columnas: « Mi poder no pasa de esta evocación de Caná y mi dolor es grande. »

La Virgen, de Murillo, dice con la melodía de sus blandos colores, cual si el azul de sus vestidos, iluminase sus palabras: « Á mi Hijo, el de la Cena, Leonardo le infundió la virtud de todos los prodigios. Mas, ¿quién osará buscarle en una noche? »

La Antíope, del Correggio, levanta la cabeza, y suspira con la tierna gracia de sus labios: « El Amor, que véis á mis plantas, no es necesario á mi imperio. Quizá, en la cuna de sus alas, flotaba ya la idea de ese vuelo. »

Resuena el murmurio varonil del *San Miguel*, de Sanzio: « Mis alas son las potentes ». Y el *Condottieri*, de Antonello, lo aprueba con su grito de mando... Á una gran ráfaga de esperanza, que dura lo que el viaje, sigue un opresor desencanto. El arcángel, inmovilizándose en su

marco, exclama: « También agoniza el Jesús de la Cena. »

La luna de la *Inmaculada Concepción,* pierde lumbre; *La Dama,* del Ticiano, busca la sombra de su esclavo; el *Condottieri,* concentra su formidable gesto; *El Cristo,* del Veronés, palidece en su nimbo; *La Antíope,* presta á su sueño el aspecto de la muerte; no quieren afrontar el alba, en sus actitudes de gloria. Y sobre la tristeza se oye al *San Juan*, de Leonardo: « Todos nos iremos: el reino de nuestro maestro no era de este mundo.»

DOS RETRATOS

L' strict necessaire suffit à la santé du corps, et quand s'y ajoute la grace et l'amour de Dieu, alors cette vie est pleine.

El hombre que así decía está retratado en el Louvre, por Chaserieux. Flaco, anguloso, se antoja una inmaterialidad viviente, envuelta en el hábito que la realza. Lacordaire llega del fondo de un claustro, cuyas columnas se pierden en la perspectiva.

Sus ojos, más que proyectándose hacia fuera, atraen con un abismo de fe, en que la llama es negra, como escapada de un fuego de misterio.

Á un paso de un claroscuro violento, surge la fisonomía ardiente de Chopin. Delacroix encontró un modelo armonioso para su arte, algo como el acorde natural de un alma de fuego con un rostro de nieve. Y esa nieve fulgura transparente al contacto de la interior hoguera.

Una de sus grandes admiradoras, observó algún día: « Chopin, en cada nueva pasión, pone el mismo fervor de imposibles sentimientos, es decir, igual amargura. »

Y las imágenes del monje y del artista, obsesionan cual si hubiese en ellas un mismo germen de misticismo estallante en diversas corrientes.

Los dos rostros reflejan el misterio de la muerte que domina la vida; en ambos arde un estro que allí se transforma en palabras, y aquí en notas; los dos buscaban lo absoluto en el amor; pero en la fisonomía ascética una estrella se ahoga en el lago de los ojos infiltrando la serenidad luminosa; y en la del músico la angustia esparce su luz violenta, queriendo fundirse en vano con el astro inaccesible.

EL JARDÍN HECHIZADO

Del sudor de sus fornicaciones, cayó una gota fecunda, y brotó en la tierra de su jardín, una rosa.

Del sudor de su trabajo, cayó una gota fecunda, y brotó una margarita.

Del sudor de una lucha, en que hirió á un hermano, cayó una gota fecunda, y brotó una violeta.

Del dolor de no reducir á una mujer, brotó una lágrima, cayó al suelo, y brotó un jazmín.

Del dolor de un odio impotente brotó una lágrima, cayó al suelo, y brotó un nardo.

Del dolor, ante el dolor de un pobre, nació una lágrima, cayó al suelo, y brotó un clavel.

El jardinero del sudor y del llanto recogió á sus flores. Brillaban con igual inocencia, con igual hermosura; y se marchitaban con igual pureza y

con igual esplendor. Y el mundo, las amó también, sin discernir en sus colores y perfumes, el oculto veneno, ni la escondida gloria.

Luego, en una mañana de luz, el jardinero vió temblar gotas de rocío. La tierra bebió la inmaculada frescura: nacieron rosas, claveles, jazmines, violetas, nardos, margaritas; y el rocío del cielo fulgía idéntico á su sudor y á su llanto. ¿Era posible que el crimen y la virtud produjesen las mismas flores? En vez de cantar jubiloso, sufrió al sentir, en la clara transparencia del rocío, del sudor y del llanto, un misterio de sombra. Y sin debelar el misterio, cayó de sus ojos una lágrima de arrepentimiento, que murió estéril. El jardinero, se estremeció penosamente, mas sonrió después... Lágrima de la tierra, milagrosa lágrima evaporada, dí, ¿en qué flor angélica de astro divino resplandeces ÿ perfumas?...

LA TUMBA DE GAUTIER

Hoy, 23 de octubre, hace 36 años que Théophile Gautier expiraba en un chalet de Neuilly. Una vez más decidimos visitar su sepulcro. Este hombre nos inspira profunda simpatía á través del recuerdo de sus últimos amigos, y esa simpatía nace también de su obra múltiple, extraordinaria, en que innumerables fragmentos componen modelos inalterables de lengua francesa. También porque dijo: « el mundo visible existe »; y porque, desinteresado y noble, ardiente y entusiasta, consagró su existencia á las letras, con un amor que le coloca lejos del mercantilismo de la actual literatura. También porque, con belleza incomparable, formuló la doctrina del arte por el arte; y porque fué él (justicia que le rinde Brunetière) y no Sainte-Beuve que la insinuó, quien hizo la « revolución pintoresca » en el arte de describir. Tam-

bién porque resulta del libro de Bergerac y del *Journal de los Goncourt,* un tipo completo de artista del Renacimiento.

Hojeando libros en los malecones del Sena, con el maestro Heredia, dimos hace tiempo con un volumen: *Le Tombeau de Théophile Gautier.* El poeta de los *Trofeos*, nos dijo: «Debe usted llevarlo. Es un homenaje de todos los escritores franceses: los más diversos credos, y las ideas más contrarias, se juntan en un mismo movimiento de admiración y de pena.»

Hoy, antes de ir al cementerio, recorremos sus páginas. Los poetas del siglo XVI elevaban á sus muertos ilustres, monumentos literarios, compuestos de elegías, con el nombre de Tumbas. Alfonso Lemère ha renovado en este caso la costumbre. Hugo abre la marcha. Gautier unió el romanticismo, no sólo con Ronsard como quería Sainte-Beuve, sino con Scarron y Saint-Amant. Así ha podido sostenerse que su obra es una demostración ilustrada del prefacio del Cromwell. Luego su múltiple personalidad fué el puente de la reacción contra el individualismo; pero siempre quedó fiel al chantre de la *Leyenda de los Siglos.* Hugo lo recuerda en el Día de los Muertos. Ya Gautier en

Le Chateau du Souvenir había escrito melancólicamente:

Les vaillants de dix-huit cent trente
Je les revois tels que jadis.
Comme les pirates d'Otrante
Nous étions cent, nous sommes dix.

Nadie, en efecto, llegó al teatro con mayor entusiasmo; nadie, con más arrogancia profirió la palabra de orden: Hierro; y nadie con más fervor escuchó el cuerno de *Ernani,* clarín de la romántica guerra. Ahora, el jefe, encanecido, saluda su hora próxima, y pide al soldado que parte, no le cierre la puerta funeraria. Después, canta su gloria. Gautier encontró lo bello sobre la tierra y va á los abismos á buscar lo verdadero. Vivió en constantes metamorfosis: Mago en Tebas, flamin al borde del Tíber, bonzo ante las ondas del Ganges, druida en Francia, puso en el arco de Dios la flecha de los arcángeles, y reuniendo á Rolando con Aquiles, señor de todos los rayos en una sola llama, dijo al crepúsculo: « en mi mente hallarás la aurora »... ¡Ah! no es extraño que al gemir, llore el gran lírico desolado entre las cunas y sonría á los sepulcros!

Paul Arene evoca el amor de Gautier por uno

de los hijos predilectos de la fantasía; hijo de las blancuras, caído de un astro de ensueño entre los dolores de la tierra. Por eso cuando se elevó el alma del poeta:

...dans les cieux une par une,
Les ètoiles ouvraient leur yeux,
Et Pierrot pleurait, et la lune,
Versait des pleurs silencieux.

Banville lo ve en los Campos Elíseos. Ayer dirigió las odas de vuelo de águila, hacia el rojo sol; hoy reconoce á Píndaro y á Aristófanes, bajo los grandes laureles rosas.

Pour que ta levre enfin ce rassasie
Dans le festin charmant,
Au millieu d'eux, tu goûtes l'ambroisie
En causant longuement.

Ludwig Benedictus, olvida la guerra reciente; el odio de ambas razas; el rencor de la nación despojada; el orgullo de la nación triunfante; y en lengua alemana, le rinde su tributo. Emile Bergerat, marido de su hija Stela, cree aún amortajarlo. Lo coloca en su ataúd. El viejo cedro aparece como él, robusto, como él herido en su vigor, y despojado de su corteza como él de su hastío.

Sobre el pecho, al lado de un rosario de nácar, una rosa blanca llena de gracia, busca para morir su corazón.

Cazaliz murmura el himno de Ariel, y exalta su metempsicosis:

Toi qui créais, peux-tu continuer ailleurs
Tes créations commencées?
Sur une ètoile d'or, verses-tu dans les fleurs
Pour les enflammer, tes pensées?

León Cladel, cantor de bosques, abandona los árboles, los verdes senderos, el aire cargado de savias, y contempla las estatuas del pintor del Ensueño. Claretie, añade, que en los mármoles antiguos, hizo correr Gautier, la sangre más pura de la Galia.

Luisa Colet, la hoy popular amiga de Cousin y Flaubert, evoca una escena de Ismailia. Millares de tiendas brillan sobre zonas de oro, azur y púrpura: los ojos del poeta resplandecen, acaricia el cuello de su dromedario, y habla:

Avec ce parler lent que le rêve modère.

Suena un cañón. Las turbas se precipitan hacia un rey del desierto: los compañeros de Gautier marchan con él y piensan: *¡Le vrai roi, le voilà!...*

Coppée recuerda ciertos ataques de la crítica de su tiempo, crítica nula como casi todas las contemporáneas de un poeta, sometida á pequeñas pasiones en los hombres de valer, é irremisiblemente torpe, en las manos de profesores miopes. El poeta de *Los Humildes*, se refiere al sutil perfume melancólico de los esmaltes y camafeos: se refiere á las lágrimas que el ojo avizor descubre congelándose en las reconditeces dé otros impecables poemas:

Tu leur prodiguais tes odes nouvelles,
Embaumant l'Avril et couleur du ciel.
Eux, ils répétaient: Ces fleurs sont trop belles,
Tout cela doit être artificiel.

Et poussant bien fort de longs cris d'alarmes,
Ils t'ont refusé blessure et tourments,
Parce que ton sang, parce que tes larmes
Étaient des rubis et des diamants.

Alexandre Cosnard, en un verso sintético, formula que el soldado de Hugo no sufrió su influencia en lo que su obra tiene de inmortal:

Il n'imita personne, et reste inimitable.

Charles Gros, espíritu sabio y excéntrico; uno de esos hombres que se prodigan sin dedica-

ción severa en varias artes y oficios; mariposas ebrias de sol, con cuyo voluble polen, ninguna planta puede contar; lo saluda porque el mundo halló una belleza más en su rostro y en su alma.

Dargenty le dedica una imagen que hubiese encantado al idólatra de Constantinopla y al soñador de Fortunio:

Et comme un soleil d'Orient
Tu te couches sans crépuscule.

Delamare recuerda su *Comédie de la Mort.* Nadie superó á Gautier en sentir la amargura de la Destrucción entre agitaciones; pero su triunfo de ahora resulta incompleto. ¡Oh, Muerte,

Sa figure à jamais resplendit belle et grande,
Il fait ton histoire et tu fais sa legende!

Paul Demeny estudia sus cualidades de pintor. En el *Albertus* dijo que la pintura reproduciendo, es á veces la rival y la igual de Dios creando. Con tal persuasión persiguió transposiciones de arte (especialmente en el poema inédito del libro de Bergerac) que tocan el reino de lo maravilloso. Y su amigo exclama:

La couleur n'eut jamais de plus fidéle amant,
Car il fait voir aux yeux ce que l'âme veut lire,
Et sa plume, en peignant, chante comme une lyre.

León Dierx lanza un *Saludo Fúnebre*, y su lengua, cual escudo golpeado por la espada de un héroe, suena con estallido que podría hacer volar las palomas de Venus, en torno de los dioses:

Salut! Tu fus l'amant des chimères lointaines!
Et tes yeux clairs cherchaient dans nos fleuves fangueux
Le reflet dont jadis ont fremi les fontaines!

Emplea el terceto del Dante, y concluye con el cuarteto de regla:

La suprême beauté loin de nous est bannie!
Mais nous la revoyons dans le miroir de l'art,
Depuis que le Rapsode erra dans l'Ionie.
Salut! Tu peux parler d'Héléne au grand Vieillard.

Frederic Dillaye, testigo de las fastuosas noches de la Ópera, cuando las *Willis*, de Heine, animaban los placeres de París, sin hablar de las borrascas posibles en la frontera, reanima la imagen de *Giselle*. En ese género fué la creación predilecta del amigo de la Grisi; y hoy trae,

... une tristesse austère
Empreinte sur ses traits contractés et pâlis.

En sus ojos brilla una lágrima; la lágrima cae en urna funeral de los países fantásticos de lo bello, y el alma de Gautier,

lumineuse et sereine
Monte, et vole chercher sa couronne de reine.

Camile Doucet profiere en gritos su admiración, y en quejas el dolor de sus recuerdos:

Ce luth, tombé du ciel pour enchanter la terre,
Je crois l'entendre encor, quand il semble se taire;
Il fremit sous le marbre... Une harmonie en sort.
....
Il revit dans ses vers; il chante!... Il n'est pas mort!

Pierre Elzear, ante la ceremonia de Montmartre, sueña con otros funerales. Lamenta no haberlo quemado entre laureles rosas; lamenta que un pensativo marinero ateniense no haya preguntado su nombre desde el Pireo; lamenta que los peregrinos no hayan bebido, al pasar, un poco de su grande alma esparcida en los aires.

Anatole France recuerda al nigromante de las formas preciosas, hábil maestro, que con la bondad hizo obra de luz. Mira su ataúd librado á los lentos y obscuros caballos; pero su esencia espiritual de visiones, vuela en la dulzura del éter:

Que pour nous l'univers se baigne tout entier
Des efleuves charmants de la pensée humaine!
Que sur tous les chemins oú le destin nous mène
Tes aparitions se lévent, ô Gautier!

Glaser, en rimas teutonas, lo aclama, glosando las viejas palabras de los gladiadores á César: *Ave Immortalis, moriturus te salutad.* Albert Glatigni, el curioso bohemio improvisador, que supo también escribir versos duraderos, deduce significativamente:

Pour renaître á l'espoir, il suffit que je voie
La stupeur que Paris, ce railleur sans remord,
Ressentit quand on dit que Gautier était mort.

Respondiendo al pensamiento de Anatole France, sobre la luz y la bondad, Grandet pinta al maestro en su chalet de Neuilly. Glorioso león, envejecido, tenía al estudio por compañero, á los jóvenes autores por amigos, y en las noches de teatro, cuando todo París complacíase en la caída de una obra,

Lui, tranquile, accoudé sur le bord de sa loge,
Écoutant tout passer sans parâitre surpris,
Aux efforts malheureux distribuait l'éloge.

La imagen del león se repite; la semejanza con la noble fisonomía del felino obsesiona: he aquí endecasílabos en su armoniosa lengua predilecta. Canta Luigi Gualdo:

Era forte nell'arte—era il leone—
Ne possedéa la maestà severa
E lo sguardo ripieno di visione
E la criniera.

Heredia evoca las ruinas de las obras materiales: sólo el poeta, al esculpir su monumento, se rie del Tiempo y del hombre. Y cuando el artista se llama Gautier, el monumento

Immortel et pareil à ce granit sans nom
Dont les siècles éteints ont légué la mémoire,
Il chante, dedaigneux de l'antique Memnon:
Car ton soleil se lêve et l'illumine, ô Gloire!

El maestro aficionaba los animales caseros. Ha escrito una obra deliciosa: *Menagerie intime;* y es incomparable por su gracia la página del prólogo á las *Flores del Mal*, en que comenta los gatos de Baudelaire. Ernest D'Hervilly recuerda esas características:

Entre, fantôme cher. O mon beau Gautier, entre
Dans la chambre où tes vers toujours seront aimés,
Et vois, emmachonnant ses pattes sous son ventre,
Mon chat Vizir qui dort sur mes livres fermés.

Después le habla de Éponine, de don Pierrot de Navarre, de Cléopâtre, de todos los amigos

de seda y runrún, gatos de las letras, si se puede decir así, que le acompañaron á pensar, con sus actitudes de esfinge. Y al fin estampa este rasgo de delicada tristeza:

Mais aujourd'hui ma voix est plus grave et plus lente,
Maître de Childebrand, prés de mon humble ami;
Hélas! ton souvenir me rend la main tremblante
Que je passe, rêveur, sur mon chat endormi.

Arséne Houssaye rememora sus adolescencias muertas, y más que nunca enterradas en el melancólico adiós. Gautier mismo describió esa vieja amistad del hôtel de Pimodán, evocando, enternecido, al pobre Gerardo de Nerval: ahora el sobreviviente, exclama:

J'avais deux compagnons de route sur la terre,
Mais la mort a passé deux fois sur le chemin.
....
O Théo! cher ami d'hier et de demain!
O Gérard! cher rêveur, ditez moi le mystere.

Jules Janin traduce un fragmento de la quinta égloga de Virgilio. Bien puede llorarse á Gautier como á Daphnis, y bien puede, una mano fraternal, grabar sobre su tumba:

Cy repose Daphnis, berger d'un fier troupeau;
Il aimait les forêts, les beaux vers, les étoiles!

Louis Judicis sintetiza en un soneto dos de las corrientes del valle rumoroso de aquel espíritu fecundo.

C'est l'Art qu'il adorait, Muses, sous vos figures!
Mozart de la Lumière, il rhythmait des peintures,
Titien de i'Harmonie, il peignait des chansons;
Ses Poëmes-Tableaux charmaient l'Œil et l'Ouïe
Et faissaient ruisseler sur la foule éblouie
La gamme des Couleurs et le prisme des Sons.

Auguste Lacaussade explaya, en cierto modo, la frase de Sainte-Beuve: «desde que Gautier escribe no hay nada inexpresable en lengua francesa». Las palabras, en efecto, rendíanle vasallaje, y se pudo decir que hasta

Le vrai ne le charmait que de beauté vêtu.

Georges Lafenestre evoca su inquietud espiritual. Bajo su velo de impasible, huía de sí mismo; su hastío le impulsaba á remotos países: luego encantaba con sus relatos. Nadie como él sintió la enfermedad pintada por Baudelaire; ó sea el anhelo de recorrer ciudades y desiertos, resplandeciente de viva llama, rebosante de amargos deseos, para encontrar que el mundo, enorme á la claridad de las lámparas, es pequeño á

los ojos del recuerdo. Sólo la Muerte, desde el fondo de lo desconocido, atrae con un vértigo capaz de ofrecer *lo nuevo*. Y Lafenestre exclama:

Fier ami du soleil et des sources rieuses,
Toi qui, du nord au sud, comme un gai vendangeur,
Cueillais sur les chemins tes strophes radieuses,

Déchirant, d'un regard pacifique et songeur,
Le grand voile où dormait la splendeur de la terre,
Te voilà donc remis en route, ô voyageur!

En Leconte de Lisle, la contemplación del cadáver, levanta una marea de cruel pesimismo. No tiene en cuenta su gloria, ni le importa que su siglo banal lo olvide ó lo exalte, sólo le envidia el no sentir ya,

La honte de penser et l'horreur d'être un homme.

Legouvé, vuelve por los fueros del artista, comparando su pluma al pincel de los venecianos. Mallarmé entona un *toast* fúnebre:

O de nôtre bonheur, toi, le fatal emblème!

Bonheur porque se está en un banquete; y Gautier *fatal embleme* porque ha muerto. Mallarmé, metamorfoseado en griego, no ofrece su copa de oro á *la magique espoir du corridor,* es decir,

á la esperanza de que Théo aparezca un poco retardado, según solía; no la ofrece;

Car je t'ai mis, moi-même, en un lieu de porphyre.

En todo el poema relampaguean hermosos versos: es una mezcla del autor admirable de *Las Flores* y del sibilino de *L'après midi d'un Faune.* Adondequiera que el maestro fuese, dejaba imperecedero encanto. Una vez estuvo en Auvergne; Gabriel Marc hace que su provincia le hable:

On se souvient de toi dans la salle gothique
Du vieux château bàti sur le roc granitique,
Dans cette salle d'arme où tu caussais le soir,
On dit tout bas: C'est là que Gautier vint s' asseoir.

He aquí el homenaje de Mistral y de otro país de Francia: la Provenza. La lengua de Mireya, entre en el cantar de las alondras y la madurez de las espigas, invoca sobre el amigo muerto, la Rosa de la Mañana.

Catulle Mendes graba un admirable epitafio: « Jóvenes vírgenes, derramad vuestras flores: el que duerme en esta tumba amó las vírgenes y las rosas... Joven pastor, conduce tu dócil hato á esta colina: aquel que sella sus labios apacentaba los

ritmos de oro en las alturas de lo bello... Sobre su frente esclarecida, enciende, ardorosa noche, tu múltiple antorcha; cisnes, para el cantor, cantad dulces virtuosos:

Mais tous, vierges et fleurs, pâtres, étoile, oiseau,
Ne pleurez pas, malgrè la plus juste des causes,
Car celui qui dort là dans un blême lambeau
Sut regarder sans pleurs les hommes et les choses.

En seguida un apóstrofe del poeta Merat, que, neurasténico, en estos días, acaba de concluir tan trágicamente:

O Sage, né du sang de l'aurore première,
Qui répandis longtemps pour ce siécle sans Dieux
Ton esprit magnifique, aimé de la lumière!

Monselet escribe también un epitafio. No es hermoso como el de Mendes, mas es justiciero. Evoca á Gautier, víctima del periodismo. El muchacho que creara á mademoiselle de Maupin, con la tranquilidad de un patrimonio honesto, perdió todo en las revoluciones, y á partir de Fortunio, donde aun dijo lo que quería decir, fué un esclavo. ¡Cuántas obras maestras malogró por miseria y por falta de tiempo, obligado á vivir en conciertos, exposiciones y teatros! Poseyó, quizá después de Hugo, el temperamento más rico de su época;

pero sin los medios y la habilidad de éste (que hasta tuvo la suerte de un destierro muy diverso al de Dante) no realizó en calma la plenitud de su ensueño interior. El epitafio de Monselet respira la verdad, cuando asegura:

De la lyre il fit ses amours,
Et vécut et mourut martyr de la copie.

John Payne, en lengua inglesa, lo aclama maestro del ideal. Su sepulcro, no es sepulcro, es templo; y su estatua, una gloria que deslumbra á las nubes.

Con pujantes armonías llega otra voz de la Isla. Los acentos del arpa de Anactoria tejen en red de lumbre el elogio más completo de Gautier. Swinburne saluda al hermano que busca las tinieblas de Perséfone. Pero puede también platicar con Homero, llevando en sus crines de león las abejas de Horacio, y por eso lo canta en exámetros griegos y latinos. Y creyendo que aun no ha cumplido, acude á las rimas de Francia en el rapto lírico de la oda:

La Mort, déliant cette aile inquiéte
Quand nous écoutons la bouche muette
Qui nous dit adieu,
Fait de l'homme infime et sombre un poëte,
Du poëte un dieu.

Oigamos ahora los votos del filósofo de la melodía. Llama á los dioses y les ofrece su cuerpo; quiere que lo tomen para

D'incorruptible éther l'embaumer pour toujours;
Et l'âme! l'envoyer dans la Nature entière,
Savourer librement, éparse en la matière,
L'ivresse des couleurs et la paix des contours!

El silencio envuelve la lira de Sully Prudhomme y suenan ya los acordes de la de André Theuriet. Anhela que la tumba trasladada á las pendientes de los Ardennes, escuche á las blancas paseantes, que Shakespeare evocaba en otro tiempo, bajo las selvas sonoras.

Augusto Vacquerie dice en un soneto la actitud patriótica de Gautier, cuando la reciente guerra alemana. León Valade ve en su obra una pirámide blanca que atrae el sol sin fúnebres humedades. Jean Aicard recuerda cómo en la vida universal oyó los ruidos de la Naturaleza mezclándose al encanto de las noches. Armand Silvestre (no el deplorable de sus últimos tiempos, sino el primitivo y gran cantor de los poemas paganos) celebra en versos vibrantes los labios que revelaron la maravilla de las palabras armoniosas. Y cerrando el libro, sobre todos estos rasgos de delicadeza, y

estas flores de inmortal admiración, se levanta un grito: Maestro, tú duermes, pero está despierta tu obra,

Où tout ce qui fut Toi brille comme un flambeau,
Jeune Dieu, fils de l'Aube et vainqueur du tombeau!

Con la mente llena de ritmos, seguido por la teoría de melancólicas gracias, y el coro de pujantes apóstrofes, y el séquito de ingeniosos adioses, nos encaminamos al cementerio... He aquí la curva avenida de los grandes plátanos. Hace treinta y seis años la multitud, apilada en tumbas y en verjas, saludaba el féretro. Hace treinta y seis años, Goncourt veía á Dumas, repasando su discurso antes de exclamar: «No lloremos á un hombre que comprendió y sintió todas las formas de la hermosura»... He aquí el sepulcro. Como hace treinta y seis años, hay flores sobre su lápida; como hace treinta y seis años, se despojan los árboles, y vuelven versos de entonces á nuestra memoria:

Et de peur d'eveiller le doux viellard qui dort
Tombez bien doucement feuilles jaunes des arbres.

Las guirnaldas de su losa son de crisantemos. Las ha puesto quizá su hija Judith, á quien él

hiciera aprender las lenguas del extremo Oriente, y á quien pasó el amor de las flores exóticas.

En la tumba, una lira de vid, se acuesta sobre un sol, que dora las cuerdas y los racimos. Una Musa, tranquila imagen, que perfilándose entre los altos sepulcros, mira hacia la tierra, oye atenta los pasos de los visitantes. En un costado del plinto se lee una cuarteta del artista:

L'oiseau s'en va, la feuille tombe,
L'amour s'éteint, car c'est l'hiver,
Petit oiseau, viens sur ma tombe
Chanter, quand l'arbre sera vert.

En el friso posterior, el mismo Gautier se pregunta: « ¿Dónde se encontrará al Tiempo sacrificado, y lo que en sus revoluciones se lleva de nuestra alma la eterna tempestad?». La Musa, apoyándose en un medallón, exhibe los rasgos leoninos del poeta. ¿Viene Rachel, que duerme á un paso, á declamarle sus poemas preferidos? ¿Abandona Heine su sepulcro, para advertirle contento, que Scribe reposa lejos, en el Père Lachaîse? ¿Sale León Gozlan de enfrente, y deploran juntos la muerte del bulevar y Tortoni? ¿Deja Mürger su estatua que derrama flores, y charlan un instante del Luxemburgo? ¿Los her-

manos Goncourt, desertan la severa tumba del fin de la avenida, y evocan á Saint-Gratien, á Flaubert, á la Princesa?... Leves ráfagas sacuden á los plátanos; las hojas descienden en lluvia; y las reciben, ánforas sin agua y senderos con tristeza. Todo es melancolía en la tarde, y el pétreo león, agitando sus crines, dulcemente dice: «Nada de eso pasa. No sé quiénes son mis vecinos. Me aburro en el sepulcro, nostálgico, como los obeliscos que canté en mis *Esmaltes*. La muerte es terrible: vístese de mármoles y de plantas, y no se puede hablar en su seno de flores ni de estatuas. Sólo la Escuela Normal debiera habitar los cementerios.»

Un caballero se acerca, depone una palma de rosas sobre la lápida, nos pregunta si somos de la familia, oye nuestra respuesta, y exclama:

—Su acento es español.

—Es decir, argentino.

—Yo soy inglés de Nueva York. ¿Quiere usted darme la mano?

El yanqui agrega antes de retirarse: «No hay mejor istmo de Panamá que la tumba de un gran poeta»... El león triste parece ahora sonreir al homenaje de tan lejanos visitantes: su posteridad empieza y lo saluda. Abandonamos el sitio, templo

en realidad efímero, con la ilusión de que en su sepulcro, guarda Gautier la llave del que es invisible y eterno!

EL DIPUTADO POR LA SAINT-BARTHÉLEMY

Desde una ala del Louvre veíamos la torre exágona de Saint-Germain L'Auxerrois; sus santos hieráticos entre las filigranas de piedra, en el centro de las fachadas triangulares; y los arabescos de las dos rosas, bajo dos ángeles que se detienen en el fastigio, cual si acabasen de cerrar sus alas. En la calle Rívoli, contra el ábside del oratorio, vislumbrábamos la estatua de Coligny y las imágenes de la Religión y la Francia, destacando sobre las hiedras su blancura. Allí se han grabado dos versículos de la *Biblia,* como dignos del muerto: « La memoria del hombre justo subsiste eternamente »; y « fué firme como si hubiera visto á Aquel que está invisible ». El Invisible, lo está á menudo por no mirar nuestras flaquezas, y las del almirante formaron torrentoso cauce; y el hombre justo no

debe traicionar ni mentir, y Coligny hizo ambas cosas. Á través de la historia, los que ejercitan los mismos vicios se dan la mano, para engañar á todos aquellos que no analizan los acontecimientos. Y por otra parte, no siempre la turba de los Homais inconscientes forja una atmósfera falsa; muchas veces, grandes espíritus como Voltaire, escritores distinguidos como Martin, ó escritores geniales como Michelet, contribuyen á propalar las calumnias y á convertir las mentiras en dogma. Bossuet, en la *Histoire des Variations des Eglises Protestans,* ha demostrado decisivamente, cómo el partido herético quería gobernar á la Francia pretextando la libertad del culto y la libertad religiosa, franquicias conseguidas tantas veces. Y nada les contuvo en su constante sedición, hasta el punto de entregarse al poder extranjero. Coligny y sus amigos, que no osaban declararse contra el rey, inventaron la fábula de su prisión. La reina de Inglaterra, terror de los católicos en su país, contribuyó á las maquinaciones. Un documento curioso del libro del duque d'Aumale sobre los príncipes de su casa, arroja luz sobre esos caracteres. El enviado de Isabel escribe á su soberana: «El Almirante

me dijo que si os libraban Calais, ó si guardábais el Havre, se cubrirían de infamia y de vergüenza, no solamente en este siglo sino en la historia. Todo el mundo hablaría mal de ellos y serían reputados infames». Y como en seguida cambió de parecer, entregó al Havre, y á Dieppe, y se comprometió á abrir Calais, es de fácil deducción la consecuencia vergonzosa. Sus partidarios, sin analizar las palabras de Coligny, más amables que él mismo, le han alzado un monumento. Se puso á las órdenes de Isabel, dicen, para vencer en su política, con la idea de echar á los ingleses cuando fuera dueño del país. En tal caso, el valiente capitán no hubiese llegado pronto á sus fines: pero, en tanto, Catalina mandó á Inglaterra su *ultimátum*, y muchos hugonotes de buena fe protestaron contra su jefe. Éste había tenido la precaución de no firmar el tratado de Hampton-Court y se rehusó á sostener á su aliada, que, á su vez, le llamó falso. El Almirante, temiendo malquistarse del todo con Isabel, no se unió á las tropas francesas del Havre. Basta eso para pintar á la ilustre víctima de la Saint-Barthélemy; mas su figura tiene otras fases interesantes.

Buet, en su obra sobre Francisco de Guisa, cata-

loga los horrores cometidos por los hugonotes. En una sola provincia, la Beauce, destruyeron trescientas iglesias. Las ciudades, teatro de indiscutible atrocidad, son innumerables: Bourges, Mortagne, Meaux, Usés, Béziers, Nimes, Reims, Orleans, Angulema, Maçon, Montauban, etc. Habría que hacer un índice alfabético con todo el mapa de Francia. La *Revista de Edimburgo* ha descripto *La Michelade*, y el artículo es de un protestante: el día de San Miguel llevaron al Hôtel de Ville á los católicos sorprendidos en sus casas. Antorchas encendidas iluminaban desde la torre la *massacre:* los heridos concluían en pozos; el agua salió, al fin, mezclada á la sangre.

Un extracto del *Theatrum crudelitatum hæreticorum nostri temporis*, publicado en 1587, da la mejor idea de la ferocidad protestante. Mirbeau, con fruto, hubiese podido consultarlo, antes de escribir su *Jardín de los Suplicios*. Hay detalles de esta naturaleza: En Chasseneuil, á un religioso conocido por sus virtudes, Louis Frayard, le hacen tragar aceite hirviente, y lo acaban á golpes de arcabuz. El Hermano Juan Avril, de 85 años, es echado á una sentina. Treinta seglares, enmurados en casa de Papin, mueren de hambre.

En Pat se pone fuego á una iglesia: los niños, que se arrojan por las ventanas, son vueltos á la hoguera. En Beaulieu, al maestro Pedro lo entierran vivo. En Mancina dan á un monje pedazos de su carne, asada, y después le cortan el estómago para ver cómo se digiere. Otras veces abren los vientres, los llenan de maíz, y los convierten en pesebres de caballos. En Angulema estrangulan al guardián del convento de San Francisco, delante de Coligny... Detengamos la enumeración en este nombre. Tales crímenes son anteriores á la Saint-Barthélemy: el jefe protestante, hombre de pelo en pecho, debió de pensar en la justicia de las represalias.

El sentimiento popular en su época le compuso un epitafio que contrasta abiertamente con el de sus correligionarios:

Passant, tu apprendras par la mort de celuy
Qu'en France on peut nommer Oloferne aujourd'huy,
Que de celuy qui vit meschant et détestable,
La fin communément est à ses mœurs semblable;
Car les mesmes tourments dont il a martiré
Les fidéles chrètiens, luy même a enduré.

Por otra parte, su política preparó el estallido. Hipócritamente había tomado parte en la conju-

ración de Amboise y había dado dinero al asesino de Guisa. La familia del duque se vengó á su vez, y la Iglesia puede lavarse por sobre las manos, la conciencia.

La matanza fué puramente política. Catalina había cometido un error, no aprovechando las victorias de Jarnac y Moncontour, capaces de libertar á la reyecía de acontecimientos tan luctuosos. Hizo todas las concesiones imaginables al Almirante, que al fin la amedrentó con su insolencia ante Carlos, y su dominación en el gobierno. Una primera tentativa de asesinato falló. La influencia de Coligny creció potente: lo demostraba su obcecación sectaria en la guerra contra España por atacar una dinastía católica. El rey creía en la sinceridad de su consejero; y cuando se convenció de lo contrario, su carácter impulsivo adoptó la resolución sangrienta.

Los protestantes no estaban en el caso de débiles corderos, como se les pinta; al contrario, sus fuerzas organizadas eran quizá superiores á las católicas; y temíase de ellas lo que no osaron. El rey no quería sino la cabeza de los jefes; pero como acontece en semejantes casos, al motín político se unió el popular, y el saqueo determinó más muer-

tes de las previstas. El duque Enrique de Guisa presidió la ejecución de Coligny.

Las víctimas, elevadas en la imaginación de historiadores y novelistas á muchos miles, llegaron, más ó menos, á dos mil, según Popelinière, escritor protestante de la época. El hecho es condenable como toda matanza de guerra civil; pero las verdades evocadas no nos inclinan á un llanto sin consuelo.

Así pensábamos mirando á Saint-Germain L'Auxerrois, á través de los vidrios del Louvre. De pronto un guardián abrió una puerta, y un guía, como dueño de casa, pasó al balcón con una veintena de ingleses. Al pie de las columnas corintias, veíase un tapiz de césped que llegaba hasta el viejo templo. No pudimos seguir mirando. « Aquí » — exclamó el guía — « se agitó el 24 de agosto de 1572 un pañuelo. La mano criminal de Carlos IX, la mano de la intolerancia, hacía señas á la campana del obscurantismo. Y respondió el son de alarma de Saint-Germain: iba á morir con ella la libertad de los justos que en nombre de la libre conciencia, querían fraternidad y justicia. Allí, enfrente, en ese baluarte de un dios de sangre y fango, el cardenal de Lorena, bendijo los pu-

ñales, como lo habréis visto en la ópera del gran Scribe; y allá, á la derecha, ustedes, señores, que pertenecen, sin duda, al regimen de la razón, saluden la estatua de Coligny, el capitán íntegro, ciudadano tolerante, mártir de los mandatos de Roma.»

Sin comprender bien el inglés deficiente del orador, todos seguían su índice, que señalaba las cosas, y hubo un murmurio. Nos acercamos al guía, muy satisfecho de su efecto, y en voz baja le dijimos: «El capitán íntegro traicionó. El hombre de dulzura supliciaba. El varón justo mentía. El apóstol del libre examen, aplicaba ese análisis para matar á quien no pensaba como él. El ataque político del 24, tuvo mil causas justificativas. El cardenal de Lorena no bendijo los puñales, por dos razones: primera, no hubo tal ceremonia, fábula como la frase de Vitelio aplicada al rey Carlos; segunda, el cardenal no estaba el 24 de agosto en París, sino en Roma. Y una última palabra: Roma ignoraba el plan: el Papa Gregorio, que era de extraordinaria dulzura, celebró el acontecimiento, creyendo en la conspiración inmediata contra la persona del rey. Y si usted desea (puesto que es soldado de la razón, siendo guía del Louvre), no caer más en los melodramas de

Scribe, ó en las calumnias de algún verdadero escritor, le mandaré tres libros: el de Lettenhove, el de Buet, el de Merki. Y si no quiere tomarse el trabajo de largas lecturas, consulte el de Helló. Así, entre otras cosas, verá que el historiador protestante Mackintosch declara completamente injusto, acusar á la religión y á Roma de la matanza.»

Dos días más tarde recibí una esquela agradeciéndome el envío. Y un año después, como encontrara en el Louvre, un regimiento Cook, y reconociera á mi guía, le seguí curiosamente desde lejos. Pasamos el Museo Egipcio, se abrió una ventana con el ceremonial conocido, y en la otra parte del balcón resonó la voz tonante: «Desde aquí la mano de la intolerancia agitó un pañuelo. En frente, en la iglesia, baluarte del obscurantismo, respondió una campana. El mártir Coligny fué asaltado en su casa. Roma, señores, bendiciendo los puñales, asesinó la razón y la libertad.»

En el público había una diferencia. Un señor tomaba notas, feliz con aquellos hechos, evocados en sus verdaderos sitios. Al guía, que no nos conoció, le dijimos con dulzura: «El año pasado usted hacía agitar el pañuelo en la otra balaustrada».

Gravemente, respondió, en tono de confidencia: «Puede ser; pero ahora es imposible entrar por *ahí*; ese *lado está en reparación*...»

¿Habrá algún amigo á quien le asalte la fantasía de buscar al cicerone? Inútil pena: ha cambiado de oficio. El conde de Mun pronunciaba ayer un discurso y aludía á la belleza de la Catedral de Chartres, cuando le interrumpió un grito: «Jesuíta». Algunos diputados, sorprendidos, sonrieron ante el pintoresco crítico; una inmensa mayoría aplaudió frenética; para ella la palabra significaba un insulto oportuno. Miramos al hijo de la fraternidad y de la inteligencia y le reconocimos fácilmente. ¿Cómo no saludarle con placer al verle lejos del Louvre subido en grado? Lo imposible de recordar nos fué su nombre: llamémosle el diputado por la Saint-Barthélemy, y añadamos que pertenece á la más rica circunscripción de la Cámara.

CLÉSINGER

Pasamos por entre dos puestos de carbonería, al fondo de un patio adoquinado. Hay una puerta; otra entrada; y en una especie de cueva de gitanos, empieza á dibujarse una inmóvil multitud blanca. Contornos perdidos en penumbra misteriosa luchan por reconstruir su vida neta. Nuestros ojos se habitúan. La luz se clarifica en el ambiente húmedo. Los yesos de Clésinger, allí amontonados nos hablan de los mármoles y bronces, hechos á su semejanza con un espíritu. Son los hijos primeros de la creación en fiebre: diosas y dioses, animales soberbios, bailarinas agitadas, criaturas hieráticas, el movimiento, el reposo, la gracia, la fuerza... Sobre todo ello suena la voz de una amable cicerone. Entre las figuras gloriosas, revive en sus labios, parte de la Francia desaparecida. Rememora las fiestas imperiales á que Clésinger asis-

tiera; saluda á Dumas, padre, cuyo busto enorme se destaca en un ángulo; cuenta cosas de Rachel que, modelo de una Cleopatra y de una Lucrecia, ofreció á dos caracteres tan distintos la misma fuente de encanto; define el cáracter de madame Sabatier, la presidenta del círculo de Gautier, amante de Baudelaire, transformada allí en Deyamira, cual queriendo, después de la muerte, espantar con su blancura el negror de la Duval, que la venció en la imaginación del poeta... La tarde cae. Se encienden bujías. Las formas se esfuman, y entre ellas, las sombras que se pasean, se mueven como entre sombras sólidas. La mujer sigue hablando. Cuenta la guerra. No defiende á Napoleón, pero no le anatematiza. Sedán fué un desastre, sin llegar á una vergüenza. La leyenda del Emperador, fumando tranquilo, entre los muertos resucitados mostrando los puños, se debe á caricaturistas inconscientes. La verdad, es que tras la derrota lloró en silencio, y que durante el combate buscó la muerte entre los obuses enemigos. La mujer vuelve hacia atrás. Recuerda el esplendor de París antes de la crisis sangrienta. Evoca los meses de la Exposición, cuando reinaba su querido artista, y el vendaval posterior de envidias, hasta que la Re-

pública reconoció también su talento. Crece el frío del ambiente. Penetra la humedad desapacible. Ella concluye: « hasta ahora no hemos visto al creador, que era él mismo, su mejor estatua.»

Nos alcanza un retrato. Impone, en efecto, su tipo de Benvenuto moderno, que en Roma y en París vivió como un príncipe antiguo. Á propósito de sus ojos, la cicerone exclama: « Parecían dos negros diamantes. Imagine usted al artista esculpiendo sus mármoles blancos entre el fulgor de esas chispas obscuras ». Pero en la cueva hace frío, mucho frío: nada libra de la sensación; los yesos tiritan; las memorias de un tiempo de esplendor no los calientan. Desgajan la tristeza del hombre, que después de pulirlos con sus dedos, dejó de acariciarlos con sus ojos. Los observamos bajo el mediocre brillo de las bujías. Aunque graciosas, majestuosas, airadas ó serenas, las figuras merecen á menudo, la crítica de Baudelaire sobre « el método abreviativo », y tiemblan al sacudir un instante el peso impalpable de la sombra. Abandonamos aquel sepulcro de realidades y de ensueños. En el patio la cicerone se saca del cuello una telaraña. « Es la de la gloria », le decimos, ayudándola: la mujer considera, quizá, su

hermosura marchita, y añade con sonrisa irónica: « por eso, en vez de un insecto, ha enredado una estrella. »

ALMANAQUES

Con una silueta (dibujada por un amigo francés), que ofrecía una gasa á las horas fugitivas, le ví perder sus hojas al primero. Y la parisiense, sonriendo, nos murmuraba en Buenos Aires, sin dejar de tender el velo: « Se me van los días, comienzo á ser inútil; quisiera en la última hora, envolverme en mis encajes, y morir dulcemente. »

Así desapareció el 31 de diciembre de 1907 en un cartón blanco, significando que todos sus minutos eran huéspedes de un vacío.

Una mano solícita, se llevó anoche á la parisiense, y al escribir votos de felicidad para algunos amigos, nos encontramos con un zuavo rojo, que tiene por mochila 365 hojas impresas. El desconocido, insólito extranjero, con ese gran número 1908, nos produce un malestar triste, de

que quizá van á resentirse las cartas que debían de ser alegres. Aquella preciosa chiquilla nos trajo pequeñas penas, sin grandes dolores. Muda amiga, se animaba á veces, preguntándonos algo de su patria, al vernos recorrer *Le Temps* ó *Le Gaulois*. Y también se inclinaba sobre sus poetas preferidos de Francia, tendiendo el velo, no sólo al Tiempo de que fué buena hada, sino al rítmico encanto de las rimas.

Pensamos en ella como en una muerta. Ayer era aun nuestra compañera, y hoy en su puesto el zuavo, instalado como en casa propia, se espiritualiza y habla ante nuestros ojos hostiles: «Estoy ya aquí, porque las horas no se detienen. Sin que yo marche, la carga de mi mochila pasará á tus hombros. Después de vivir, me sentiré más ligero, pero tú más pesado; y más joven como tú más viejo; así somos los hijos del Tiempo. El último día me dará alas, y libre de mis frutos volaré venturoso. Sin embargo, no temas. En años anteriores sufriste y tienes derecho á un poco de paz. Te seré propicio como la niña del velo»... Y aun no ha dejado de hablar, cuando ya decimos, supersticiosos como un viejo romano: «1908, Dios te oiga.»

LOS SELLOS

Aprisionados entre los corondeles negros, parecen mariposas de todos los países y de todos los climas. La misma mano que los coleccionó los hace pasar ante nuestros ojos.

Francia, Portugal, Bélgica: los sellos refieren la fuerza de una nación ó su poder decaído. Los de las colonias españolas, están dos veces muertos; pero los de Inglaterra se despliegan como un ejército. Componen el símbolo múltiple de una grandeza extendida por el mundo: los pequeños dibujos trazan una suerte de fantástico mapa. Colas de pavos reales, buques de velas henchidas, paquebotes de chimeneas humeantes, árboles del trópico, focas entre hielos, volcanes abiertos, efigies de soberanos, se mezclan y se combinan, traen alientos de comarcas exóticas, forman una constelación en torno del sol británico.

Otros sellos, con su sola efigie hablan de imperios destruídos y de reyes despojados. La vida de las naciones y la vida individual de los hombres, se estampa en los espectros de tintas palidecientes. Á veces, toda la gloria de una época se reduce al espacio de un timbre: ved ese Napoleón III, de barbilla azul. Á veces, esa misma pequeñez es como el germen de un árbol en que explotará la grandeza de una raza: ved á ese Guillermo I, de abiertas barbas.

Y luego cuentan sus largos viajes, sobre mares y tierras, á través de ríos y de montes. Dicen como fueron genios que ponían en marcha el amor, el odio, la decepción, la esperanza, la amargura, la alegría, todos los sentimientos y todas las ideas del mundo. Ahora, con los colores marchitos en su ambiente de muerte, se envuelven en tristeza de misterio. La tristeza les nace de su estéril existencia después de un viaje único que fué, en realidad, su efímera vida. El misterio les viene de lo que ocultaron al conducir una carta y que nunca dirán á nadie. Y los más viejos, los centenarios, sobrevivientes á los mismos hombres que estremecieron, esparcen glacial melancolía...

La colección sigue pasando. Cada sello, lejos

de su carta, es casi como una hora fuera de su reloj; algo impersonal que trayendo consecuencias, muere sin forma. El coleccionista los ha metido en el disco correspondiente cual si fueran insectos; no ha pensado si llevaron el verso de un poeta ó la cifra de un negocio. Y, ante tantas cosas que inspiran, y nada de lo cual existe, se vuelven mi-núsculas lápidas. El libro es un enigmático cementerio de secretos: en alguna página hay un sello suelto, y el aire que abre la ventana lo mueve como hoja seca sobre el sepulcro de los inmóviles!...

LAS VISTAS

Los mismos cromos á la entrada; los mismos faroles japoneses en el techo; las mismas flores de papel en el aire; los mismos reverberos violetas sobre los estereoscopios. Todo como cuando hace veinte años, la palabra «las vistas» era una palabra mágica. El gabinete estaba en la calle de Bolívar, en el inmueble del *Nacional,* de Sarmiento: hoy,

el de la Recova Nueva, es otro; mas parece reflejarlo exactamente con sus reverberos, flores y faroles.

El organillo suena también como entonces: en vez de un aire de Offenbach que aun evocaba á los viajeros la caída del Imperio en Francia, toca un vals de ciganos que recuerda las alegrías de París, azotando sus miserias y dolores.

Recorremos los grandes lentes. Un botón eléctrico los enciende; es la única diferencia: los de Bolívar se alumbraban con mecheros de petróleo. Asesinatos, terremotos, naufragios: el melodrama en pintura. Los paisajes y los hombres, no sacuden á la imaginación, compañera disipadora del hastío; por el contrario, aparecen ridículos sus oropeles impresionantes. Nada ha cambiado, pero no somos los mismos. El organillo vuelve á sonar. El rey Humberto se pone de pie, en una carroza, y recibe el balazo de un revólver entre nubes apocalípticas de humo y fuego. El *Sirio*, se hunde bajo gigantescas olas y las familias mueren abrazándose. Un terremoto abate la ciudad de San Francisco; las construcciones con los más extraños juegos de circo vuelan como acróbatas. Los japoneses y los rusos luchan; los acorazados estallan sobre un mar

que es un volcán abierto... Como siempre, hay una guerra en África; ayer guerreaban los zulús y los ingleses, hoy los etíopes y los italianos. Ahora resalta la gloria de Menelik; entonces dominaba el luto del hijo de Napoleón III. ¡Ah! cuántos estremecimientos de horror infundía el príncipe imperial, el príncipe desconocido y joven, transformado entre negros, en un muñeco de tiro al blanco... Miramos los paisajes que los estereoscopios reproducen: Jerusalén, el Egipto, Venecia, París, Londres. Los hemos visto después: lo que el espíritu sentía, estaba lejos del primer deslumbramiento ante los cuadros ficticios. ¡Quizá lo mejor fuera no viajar y quedarse con el gabinete infantil de vistas, bien oculto en el alma!

He aquí el infierno infaltable. Los muertos llegan á la cita satánica en automóvil, en lugar de descender de las carrozas de antaño. Dos niños comentan con grandes aspavientos. Cuando vengan como nosotros, el fuego será siempre el mismo, pero sus hijos verán á los condenados volar en areoplanos. Salimos á la calle, mientras el organillo toca: *La culpa de las rosas.* En el giro melancólico una marquesa se lamenta de haber cedido á su amor. ¡Sí! la culpa la tienen las rosas en

todo: las ciñe la vida en sus mujeres, en sus viajes, en sus curiosidades, en sus ambiciones, y, al fin, secas, se ríen de la imaginación que les prestó su savia... El vals sigue sonante, en un cilindro de modulaciones extrañas, agrias y dulces, como ciertas frutas: nos parece que en él, la juventud está matando á la infancia, sin sospechar en su triunfo, que no tendrá fuerzas para eludir la madurez hastiada!

IDEALISMO

Un niño recita, quizá de memoria, la lección de su manual: «*Esse est percipi*. Las cosas tienen un ser que consiste en ser percibido por el sujeto pensante. El idealismo filosófico ha nacido. Berkeley lo aclara y define, partiendo de que el mundo de los cuerpos carece de realidad objetiva. Después, desde Hume á Hégel, el sistema se modifica; cada filósofo cree estar en la razón, y al decir su teoría con seguridad absoluta, critica las anteriores. Y se puede resumir el todo en esta fórmula; luego, no son suficientes:

El idealismo personal de Hume, pues por lo menos hay que admitir con Kant las leyes del pensamiento.

El idealismo transcendental de Kant, pues por lo menos es preciso admitir con Fichte un yo absoluto.

El idealismo subjetivo de Fichte, pues por lo menos tenemos que admitir con Schelling una naturaleza y sobre ella y el yo un absoluto.

El idealismo objetivo de Schelling, pues debemos admitir con Hégel que ese absoluto es un pensamiento.

El idealismo absoluto de Hégel, puesto que ese pensamiento es al mismo tiempo una voluntad.»

Y más tarde el niño, ya bien consciente, leerá cien volúmenes, y advertirá que el idealismo al desarrollarse se confunde con lo que no es él, y que las hábiles palabras son una máscara del panteísmo. Y si en él cae, sentirá aparecer refutaciones más severas, y lo mismo le pasará con mil otras nociones. ¡Admirables círculos viciosos, en que el cerebro humano lucha, hasta que la muerte le aplasta como á un insecto! ¡Sagrada luz de esfuerzos que hacen en realidad olvidar la vida, hasta que un dolor que pide una esperanza interpone

su sombra! ¡Sistemas nacidos de vigilias y meditaciones, con apariencias de árboles robustos; pero estampados en un papel más frágil que una hoja seca!

En la última imagen verá su verdadero valor y su suerte, el niño hecho hombre. No prueban sino la fuerza de un genio ó de un talento. Para sus padres fueron una distracción á veces dolorosa; para los que no sienten el orgullo de la creación, no son sino una fuente de curiosidad, y luego un manantial de hastío... ¡Ah! el viejo Fausto, inmortalmente vivo; abrid las vidrieras ó romped los muros, que entre á torrentes el cristalismo son de las campanas pascuales...

EL MICROSCOPIO

Dormía junto al fuego, y una hada me dijo: «En nuestro reino todo lo humano tiene repercusión. Jamás comprenderéis vosotros las relaciones sutiles de que está lleno el mundo, y las de la tierra con el universo. Así, hemos adoptado vuestro

microscopio, no para buscar los microbios de Pasteur, sino para mirar las almas. Nuestro lente espiritual engendra la luz X. Vuestras cosas, subiendo, se purifican, y se mejoran en nuestras manos. Oye, ¿quieres mi cristal?, mira.»

Lo tomé; ví delante, acostado, un personaje insólito, y le observé la frente. Había allí un campo batido por el viento. Algunos hombres escrutaban el cielo. Traían zapatos usados, y ropas desgarradas por los zarzales. Alzaban las manos, y, sedientos, pedían agua. Reinaba una horrible sequía. Las nubes, sin detenerse, parecían buques afortunados ante náufragos de lo Infinito. De pronto sonrieron felices y les arrancó un canto de satisfacción el murmullo de una fuente... La agonía volvió á sus rostros febriles: el manantial estaba seco, y el rumor era el del viento en las cañas.

El hada me tomó el lente, descendiéndolo hasta el pecho del aparecido. En lugar de un corazón ví un jardín. Misterioso acento dijo un versículo del *Cantar de los Cantares;* y un ruiseñor agregó sobre un laurel: «He ahí el cementerio de las rosas.»

Brillaron tumbas pequeñas como las conchas nacaradas de una playa de ensueño. Vibrante, entre

los trinos del ruiseñor, se despertó un silfo, que puso en los sepulcros el cadáver de las rosas, haciéndoles las cruces con sus propias espinas... El hada se fué, y mientras desaparecía el insólito personaje, oí mi propia voz recitándole á su sombra:

Aun coin de mon feu vint s'asseoir
Un étranger vêtu de noir
Qui me resemblait comme un frère.

LA ROSA Y EL LIRIO

Reinan días de tristeza en un castillo del Loira. Las nubes se multiplican; ilueve sin cesar. Las plantas del parque están mustias, los pájaros no gorjean. El paje Mayo adora á la dama Primavera, que ni le oye ni le mira; pero que presentándole dos flores, le murmura una mañana: «Dime, ¿cuál es más bella? ¿Esta rosa de púrpura ó este lirio de armiño?»

El paje, ocultando su pena, cree callar su secreto, mientras responde: «La rosa inspira ale-

gría lírica: la rosa es llama perfumante. De la rosa puede brotar un rayo de gloria que parezca de sol... El lirio, pálido, es una elegía. Vive en él la idea de un amador doliente. En el lirio la blancura de nieve es congelado perfume. Y esa nieve podría manar un rayo de luna, si su fulgor no se volviese hilo de lágrimas...

Por las flores pienso en los pájaros. ¡Ah! la alondra es hermosa: hija del sol; salterio de la aurora; promesa de la vida. Pero es más bello el ruiseñor, que entre las hojas, busca estrellas, para gemir al misterio, sus dolores: arpa de la noche, es promesa de la muerte.»

La dama Primavera sonríe, pues ama, en realidad, á su paje Mayo: se torna, lo besa; y manda á las nubes que no intercepten ni el sol ni la luna. Y las alondras y los ruiseñores, las rosas y los lirios, cantan, brillan y perfuman, hasta hacer del castillo del Loira, un vibrante epitalamio de piedra.

EN LUJÁN

El pueblecito tan lleno de recuerdos, empieza á transformarse. La frondosa arboleda de la plaza, destruída, da lugar á un raquítico parque inglés; de la vieja iglesia de la Virgen nacional no queda rastro. Solo, de pie, el feo Cabildo, ofrece al visitante su venerable recova y tiene un aire simpático de cosa noble. Olvido en la basílica gótica, la silueta de las grandes Catedrales, y al ver correr el río cerca de sus muros, aparto la visión del Támesis, del Sena, del Rin, y encuentro en el curso humilde del Luján, con rumores de la niñez, el eterno mar de la Esperanza. Llego á la casa en que mi abuelo paterno pasaba sus veranos... Miro en el patio, enjambre alegre de niños; y entre ellos hermanos y hermanas que, anocheciendo á mitad de su día, aumentaron la fúnebre cosecha de la muerte.

Veo la imagen reconcentrada y severa del abuelo, como transplantado á nuestras tierras, desde una vieja novela castiza; veo la angulosa fisonomía del orador católico, el tío respetado, que tenía en el espíritu como el brillo de una espada de acero con el perfume de una nube de incienso. Encantando con su charla inagotable, veo la del otro vibrante artista que ilustró en el país argentino la crítica teatral. Veo al lado de mi padre y de los demás parientes, la figura curiosa de aquel amigo que sabía á Shakespeare de memoria, y que siempre fiel á los dolores de la familia, ocultó los suyos propios, hasta acabar trágicamente llevándose el secreto de su alma.

Bien hacen en no venir nuevos niños y nuevos hombres, á perturbar el silencio de los corredores y la paz de las sombras. El cielo nebuloso parece tocar las columnas de hierro y los techos purpúreos. La Santa Rita, tan cargada de flores, que siembra el suelo, se estremece cual si me conociera, al son del viento arremolinado. Oigo su voz que me dice: « Tienes razón, cuántos duermen ya en el seno del Señor. No has nombrado á tu madre, temiendo no encontrar la palabra que merece; pero sé que el traje de luto que vistes,

es por ella... Soy planta, es cierto, mas conozco los dolores. No olvido á los que ya no pueden pensar, y que me vieron florecer entre pláticas y risas. Mientras tú recorrías tanta lejana tierra, yo he embalsado siempre vuestros recuerdos familiares. Nadie, después de vosotros, vino por acá, de modo que toco con mis murmurios, el alma de mis antiguos señores»... Piadosamente me inclino sobre las santasrritas del suelo: en vez de llevarlas para los muertos, las arranco de su verdadera tumba. Lo son de memorias, los patios de las viejas casas; lo son y más tristes que las que encierran el polvo humano: no enmudecen como sepulcros de la muerte, nos hablan, realmente, como sepulcros de la vida!

EL AMOR LABRIEGO

Maravillado ante la sonrisa primaveral de la tierra, el Amor, elevándose, araba el azul de lo infinito, sonriente en el Carro de la Aurora.

En los irreales surcos, más difíciles de fijar que

el vuelo de los pájaros, llovían de su carcaj semillas de flores: gérmenes de todas las rosas, desde las humildes de los cercos hasta las abiertas en la gloria de los laureles.

Viendo el Amor que volaban como granos de polvo tangibles, en el éter impalpable, para caer sobre las cumbres de los montes, y aumentar su hermosura, se echó á gemir desolado.

Venus, exclamó: «¿Por qué no sigues los consejos de Ceres? ¿Por qué te empeñas en fecundar el espacio? ¿No lo sabías inviolable?»... El niño respondió, llorando: «¿Por qué me hiciste, entonces, el don de las alas?»

Cuando la diosa iba á contestar intervino la mujer doliente que, dormida, se forjaba ese sueño: «¡Oh, Venus! ¡déjale en su desconsuelo: la verdadera luz de los ojos del Amor, es el llanto!»

LA VIRGEN ANTIGUA

La más bella virgen del Ática se había dormido al borde de la fuente. Convertida á la voz del Apóstol, la asistía invisible un Ángel de la Guarda. Y el Amor, que siempre la seguía, la contemplaba triste; el Amor, enfermo ante su arco inútil y su carcaj estéril; el Amor que, despechado, no se le acercaba nunca, temiendo al forastero de luz, que él sólo veía por llevar una venda... Y se había dormido al borde de la fuente, la virgen de gracia y dulzura, ignorando que allí se escondía una celosa ninfa. Tan celosa, que decidió cegarla, mientras pensaba angustiosamente: «Si ésta hechiza dormida, ¿cuál no será su imperio al abrir los ojos?» Y la virgen estaba sin defensa; pues el Ángel, también dormido, parecía á sus pies la realidad de su sueño. La ninfa, entonces, se alzó violenta; mas, sin saber cómo, cayó

herida sobre la fuente transformada en tumba... El Amor, insomne, que veía todo, había despertado al Ángel.

APÓSTROFE MUDO

Un fauno del Capitolio dice á una dama del Guercino: «¿Cuál es tu nombre, misteriosa mujer? ¿Quién eres, desconocida deidad? ¿En qué lengua hablas, qué flores prefieres, qué selva te prestó sus savias, qué hombre conmovió tu corazón?... Con la llama de tus ojos fríos erizas mi carne hirsuta. Artemis desciende su casta lumbre sobre tu frente, y Venus palpita en tus flancos con fecundos fuegos... Ese tu contraste es arco, y lanzas la perversa flecha, con alas, puntas y raíces. Me penetra, y mi alma febril clama por los labios de la herida: Quiero morir entre tus brazos, como el viajante, en el vértigo del abismo coronado de flores!»

LA SIXTINA

Entramos en la capilla en una mañana de sol. Por la primera vez logramos verla inundada de fajas de luz. Palpitan partículas de oro, llevando desde las figuras, á los árboles y á las nubes de los paisajes, como un activo polen de gloria. Un pintor nos invita á subir á su andamio... Adelantan, respiran, y nos abruman, profetas, sibilas, Adán, Eva, ángeles, hombres y mujeres, bajo el Dios omnipotente, con todos los gestos del pensar, con todos los movimientos del sufrir, con todas las potencias de un universo que estalla para meter centellas de vida en los seres maravillosos.

Salimos al atrio, donde, entre columnatas marmóreas resuena y nos reposa el murmurio de las fuentes. Volvemos á pensar en Miguel Ángel. Creaba la belleza de sus gigantes, resol-

viendo los problemas de escorzos y perspectivas en bóvedas que dan el vértigo. La dificultad se hacía triple: en el fresco es imposible borrar los toques, y las pinceladas son cual jaques mates del color. ¡Ah, no resulta difícil comprender á Rafael! El violento solitario trabajaba hacía cuatro años, él fué un día admitido, y sintió como si el San Pedro se le viniera encima aplastándole con su arte. Hoy, el cantar burbujeante de las espumas, recita por nosotros á sus iris alados, el *Águila* de Heredia, que pudo escribir el Buonarotti:

Dans l'orgueil de la force et l'ivresse du rêve
Meurt ainsi d'une mort éblouissante et bréve.

EN EL JANÍCULO

Á la sombra del árbol del Tasso, miramos desde la cúspide del Janículo el paisaje de Roma y sus siete colinas. La ciudad se tiende abajo irguiendo sus cúpulas. Nos llega el rumor de las campanas. Asciende de las torres, el Ángelus, humano al nacer, sagrado al volar, divino al morir...

Una oda de Carducci suena en nuestros labios, agitando en el espíritu sus clásicas alas:

Monti d'Alba, cantate sorridenti l'epitalamio;
Tuscolo verde, canta; canta, irrigua Tívoli;
Mentr'io da'l Gianicolo ammiro l'imagin de l'urbe,
Nave immensa lanciata vèr l'impero del mondo.

Cual eco de las estrofas responde el hilo de agua de un sarcófago convertido en fuente. La encina del Tasso mezcla á esos murmullos el rumor armonioso de sus viejas hojas: el poeta en sus últimos días dejaba la celda del vecino San Onofre para meditar bajo sus ramas; y Filippo Neri, apoyado en su tronco, evocaba las más dulces parábolas del Evangelio. Una placa recuerda que ambos hombres dejaron aquí mucho de sus almas, antes de que ascendiesen envueltas en sus nubes de gloria:

ALL' OMBRA DI QVESTA QVERCIA
TORQVATO TASSO
VICINO AI SOSPIRATI ALLORI E ALLA MORTE
RIPENSAVA SILENZIOSO
LE MISERIE SVE TVTTE
E FILIPPO NERI
TRA LIETI GRIDA SI FACEVA
CO FANCIVLLI FANCIVLLO
SAPIENTEMENTE.

Así, la placa es, en tierra romana, evocación de las antiguas inscripciones griegas, expuestas en los lugares ilustres. Los paseantes la leen á menudo en voz alta. Cuando lo hace un itálico, la armonía de la lengua canta en el acento, y hasta los niños modulan las palabras cual si recitasen versos... Saludamos al bardo de *La Jerusalén*. Fatigado, llegó de Nápoles á esta colina. Un monje le abrió la puerta conventual, y él dijo: «Padre, vengo á morir entre vosotros». Poco antes de ser coronado, se cumplió su profecía: no tuvo la suerte del Petrarca.

El desfile de una banda militar nos aleja de su pensamiento. El pueblo, que la sigue, marca el paso. En España las gentes acompañan la tropa por el gusto de comentar; en Francia ensaya la multitud marcial talante; en Italia la turba silenciosa va indolente y gusta el contento de oir los ritmos. Evocamos la vieja *Traviata*, escuchada en la noche anterior. Solamente en la tierra del Tasso pudo nacer el genio de Verdi. ¡Qué soplo de pasión! ¡Qué manantial de ideas melodiosas! Fué árbol de prodigio, absorbiendo el numen de una raza, para transformar su savia de sol en hojas de armonía! Esos cantos que el

maestro legó á divinas voces, brotaron de un espíritu rebosante de cielo azul, entre el cristal de las fontanas y los pinos del Lacio... Un anciano nos vuelve al poeta de Sorrento. Se ha detenido: lee la inscripción. Encuentra el dejo natural y sonoro. No de otra manera los hijos de Túsculo, en los tiempos de Cicerón, leían los epitafios de la Vía Apia antes de entrar en Roma. Una mendiga se acerca, y nos pide limosna ofreciéndonos violetas...

Harmonie! Harmonie!
Langue que pour l'amour inventa le génie!
Qui nous vins d'Italie et qui lui vint des cieux!

El apóstrofe de Musset, en nuestra voz española, nos hace creer que con la brisa del Janículo y el rumor de su fuente, canta al pie de un simbólico laurel latino!

EL "HERMAFRODITA", DEL COSTANZI

Después de visitar la Grecia, y de sentir bien la escultura, arte tan difícil por su misma simplicidad, los mármoles de Roma producen un des-

lumbramiento. Se comprende á Miguel Ángel, que á los ochenta años, tocaba, ya ciego, el torso desnudo del *Hércules* del Vaticano. Los ojos se apasionan; y la superioridad de los griegos, se impone: la máxima de los profesores, alumbra esta vez como verdad plena. Para no echarlos de menos, es menester, precisamente, un Miguel Ángel. Cuando se ha mirado bien la *Venus* de Praxíteles, parece sólo bonita la *Borghesi* de Canova.

El rostro de los héroes y dioses helénicos, resumió la variedad humana en un tipo ideal, de continente inalterable, que da la conocida impresión de armonía luminosa. En Roma, varios modelos forman una excepción; y aunque con ellos no se pueda hacer una regla, el caso interesa. Las obras, conservadas en el Museo Nacional, de las termas, se delinean animadas por diversos estados físicos y morales: el *Perseo Moribundo* de la escuela de Lisipo, la *Furia Adormecida* de Praxíteles, el *Hermafrodita de Nerón,* cuyo autor se ignora. Ante tales mármoles, se piensa en una frase de Rodin, émulo de Miguel Ángel, y hermano de los griegos: « No serenamente, sino con besos apasionados, aquellos hijos de Atenas esculpieron sus estatuas. »

Hemos venido muchas veces á mirar el *Apolo* de Fidias, el *Efebo Arrodillado,* un torso de mujer, sin clasificación, y, sobre todo, el *Hermafrodita :*

On voit dans le musée antique,
Sur un lit de marbre sculpté,
Une statue enigmatique
D'une inquietante beauté.

Gautier, estudiando la voz de la contralto, en una pieza famosa, describió la estatua del Louvre. Esta de Roma la aventaja en hermosura. Es quizá, con el *Hermes* de Praxíteles, la más viviente de la antigüedad. Tiene caderas femeninas y sexo masculino: su rostro, expresión de la doble belleza, resulta tan suave, que en él no se compenetran el hombre y la mujer, como dos formas, sino que se funden como dos luces.

La imagen no resulta perversa, porque la envuelve un casto sueño virginal; y como las estrellas se visten de luz, y las flores de color, su blancura se viste de misterio. Es de preguntarse si las almas de Julieta y de Romeo, en fantásticas bodas, no han producido el ángel de sol y de armonía; y si el ser ideal de los dos espíritus encarnados, no se adormece, así, para soñar divino. Luego, la Be-

lleza sigilosa, quiere sorprender en su respiración el secreto, y hechizada por el ritmo, se duerme también, derramándose amorosamente sobre su cuerpo.

LA "SANTA TERESA", DEL BERNIN

No en la más bella de sus obras, dijo Teresa de Ávila:

> De tal suerte pudo amor
> Alma en mí te retratar
> Que ningún sabio pintor
> Supiera con tal primor
> Tal imagen estampar;

pero así lo pensó, y el Bernin quiso desmentirla. La santa, de mármol, en su humilde celda, invoca á Jesús, y un ángel, apareciéndosele, le dirige al corazón un dardo de oro. Teresa deja salir á los labios todo su espíritu, que en caricia de luz, le baña el rostro. El fuego, devorándola, inclina sobre el tallo frágil la flor de su cabeza. Su hábito flota, se repliega al impulso de un viento místico, la

envuelve, la levanta; es la nube del éxtasis. El mármol, animado, se *inmoviliza: su frialdad arde en* fiebre. El artista ha fundido á las Siete Moradas, con lo humano de su divino amor, en un delirante golpe de cincel, cual cuerdas de una lira que fuese capaz de un solo acorde!

CAUTIVA

Desde un alminar de Constantinopla vemos en el interior de una casa un jardín. Nos atrae el boscaje de sus cipreses, que, con el cielo y sus erguidas copas, le construyen una tienda; y más allá de las verduras, una tupida glorieta toca los salones, que evocamos misteriosos, en el silencio de tapices perfumados.

Una mujer saca el busto. Es Leila ó Soar, y los jazmines descienden en guías hasta su pecho. El cabello, negro y reluciente, recibe de las enredaderas, rosas. Parece una náyade desterrada en los aires, en prisión de algas flexibles de amor. La mujer contempla el jardinillo del harén, dice, y

mezcla su voz acariciante al murmullo del agua en la alberca, y al de la brisa en las flores:

« ¿Qué alma de poeta tomó la forma de esta fuente para cantar entre las rosas?... Baja lenta su linfa dormitante; gime, y reproduce el cielo. Y mientras no se extinga conservará lejos del espacio el lamento y el azul, en luminoso acorde... »

La cautiva enmudece, callando su amargura. ¿No acaba de llorarse á sí misma? Las flores funden el soplo de sus aromas al haz de los murmurios, y forman á su cabeza de reina pensativa, un impalpable nimbo...

LA MUSA

La tiniebla profunda es un abismo que se tiende como un manto. Por entre él, y en el cementerio, la Musa vaga: busca el sepulcro de aquel que fuera su más armonioso trovador: los epitafios no se revelan, y, desolada, gime. Las rosas de su mano agonizan queriendo transformar en luz sus perfumes.

En tanto, las nubes, lentamente se despejan. La Musa, esperanzada, vuelve á recorrer urnas, estatuas, cruces; pero en obscuros rincones se ocultan los epigramas de las lápidas. La Musa esta vez no gime: aja á sus pobres rosas; y su mirar se inmuta en los claros de la luna, abiertos á un infinito de tristeza.

. . . . . .

Detente, ¡oh visión pensativa! Cuando se extinguió la voz que amó tu espíritu, la Muerte hizo nacer un ciprés sobre su tumba. No podía olvidar que, sintiéndose cantar por ella, se adormeció emocionada. Luego, el Amor, de cabellos de oro, de labios de miel, de ígneos ojos, entre el gris, la amargura y el frío de los sepulcros, se acordó que debía á los himnos de tu poeta, sus más certeros dardos. Entonces, enloqueció á los pájaros, murmurando: son corazones con alas, pues les haré flechas con espinas de flores. Y, en el seno del ciprés, mandó construir el nido de un ruiseñor, que da á la luctuosa noche, la única forma posible de su divinidad impalpable.

Detente, ¡oh visión pensativa! Oye el trino de cristal en el arpa de sombra del ciprés vibrante. El rayo de la luna, por oirle, se filtra entre las

ramas, bañando una inscripción que es para ti de estrellas.

. . . . . .

La Musa se inclina; el ruiseñor canta, y el astro de nieve alumbra un epitafio: las rosas, felices, caen sobre el sepulcro.

EL RELOJ

La mujer aquella, venciendo las asechanzas del genio del Mal, había celebrado la virtud de las buenas hadas; y la reina del País Azul, ofreció á su hijo un reloj mágico. Sus minuteros, hechos con rayos de Felicidad y de Alegría, aseguraban una vida sonriente.

Creció el agraciado, y fué un hombre, lleno de amor, feliz entre el triunfo de la salud y el poder de la riqueza. Sus horas no se tiñeron nunca de melancolía, no se detuvieron un instante en el dolor, no rozaron jamás la amargura. El maravilloso don resultaba brújula de un navío, sobre aguas armoniosas, entre risueñas orillas. Pero, con todo

su magnífico secreto, no pudo alejar la muerte. Llegó, y sino en su círculo, sonó en otros cuadrantes que fuera de la existencia de su poseedor, marcaban el paso invencible del Tiempo. El enfermo llamó á su madre, que también había sobrevivido para evitarle penas. «Haz venir—dijo—al hada amiga». La reina acudió presurosa, y se entabló este diálogo:

—Detén el momento presente: tengo miedo de expirar en él.

—Perteneces á las Parcas. Mi reino concluye con la aurora y con el día. El crepúsculo ya avanza.

—Escucha... Quisiera un mes, una hora de sufrimiento. Temo el enigma, sin haber pasado nunca por el dolor: temo á la muerte, sin estar preparado para su sombra, como que llevo en los ojos la luz jubilosa de la vida.

La madre centenaria, más fuerte que el hada, pues tenía su corazón, se interpuso entonces: « Muere en paz, hijo mío, ese escrúpulo te salva. »

MEDALLA

Enorme, infinita, la forma ante la imaginación el espacio, con nubes espesas que cubren los horizontes y el cenit. Toda la campiña encorva sus árboles, bajo el llover, resignada, humilde, como para no atraerse el rayo. Las montañas, envueltas en los densos vapores, se dibujan en el hachazo de los relámpagos. La borrasca ruge; el viento pasa, en el galope de sus propios bramidos; es la convulsión, la sombra, la cólera, el espanto.

Y el reverso de la medalla es la serenidad, la sonrisa, la luz, el contento. Imaginamos al sol, bañando el dorso de las nubes con el placer de reposarse, sin llegar á múltiple color en las cumbres y abismos de la tierra. Lo vemos tenderse en el lecho de los vapores, feliz al encontrar para sus chispas de oro un sueño de reflejos blancos.

Si las imágenes físicas se transformasen en sentimientos morales, toda agitación y tormenta tendría un consuelo. Pero á ciertas medallas que el espíritu imagina, desgraciadamente el corazón no las funde.

AEROPLANOS

Sobre la pista de Jouvisy, los pájaros-hombres se agitan vigorosos, más allá de los árboles, con el rumor potente de sus motores. El biplano del conde Lambert domina á los otros; luego traspasa el límite ideal de la pista, y se lanza más que como ave, como piedra de una honda. Toma el aspecto de un punto, y el punto se pierde; los aviadores del circo carecen, para los ojos, de interés: todo el mundo se pregunta con angustia á dónde va el escapado.

Pensamos en el invento; le llaman mensajero de paz; se le mira como á la paloma del Arca, paseando una nueva rama de olivo. Pensamos en sus lejanos abuelos: Ícaro, que no se acordó de

la discordia del sol y de la cera; y la reina de las Arpías en el episodio de Virgilio. Pensamos en el árbol que, lleno de savia, quizá en ese bosque de Senard, soñó en ser buque, casa, altar, ataúd, en unirse al hombre en la aventura, en el gozo, en la meditación, en la vida y en la muerte; pero no imaginó vencer el vuelo de los pájaros anidados en su ramaje. Para ello se necesitaba el genio de un Leonardo, padre espiritual de las fantásticas aves.

El teléfono de París funciona: el bravo navegante circula en torno de la torre de Eiffel. He aquí lo que no discurrió el maestro de la *Gioconda:* las hazañas de sus ideas, transmitidas por la electricidad, que él quería desafiar entre las nubes. Es la primera vez que, á seiscientos metros, un aeroplano cruza una metrópoli; la primera vez que, sin temor, se olvidan campanarios, hilos, chimeneas.

Á la angustia de la multitud se junta el entusiasmo de los corazones franceses, porque es francés el corazón que en lo alto se armoniza con las alas pujantes y el estertor de los motores. ¿Volverá? ¿No volverá? El teléfono sigue funcionando. El ave temeraria se encamina al

campo. La emoción crece; y cuando en el horizonte los anteojos señalan un punto, un escalofrío jubiloso sacude al concurso enloquecido. Las exclamaciones que saludaron á Bleriot en la Mancha, tornan á los labios: ¡ah! ¡la inteligencia que suprime fronteras y une en fraternal concierto pueblos y razas!

El punto avanza y aumenta; pero un monoplano soberbio tiende sus alas hacia las tribunas. El aviador, sin poderlo dominar, cierra la corriente, y se abate violento. Se oyen ayes y gritos entre los espectadores: un hombre levanta el rostro ensangrentado, y una mujer muestra, en las piernas rotas, las carnes vueltas jirones. Nadie piensa en el triunfador de los aires, que llega. El deshecho aparato nos parece un símbolo, y la visión de fraternidad se esfuma. Pronto aquellos pájaros no encantarán los aires como el ruiseñor de la noche, ó la alondra del alba; los asolarán como las aves de rapiña; no serán, como las nubes risueñas en esta tarde azul, sino cual las sombrías, preñadas de rayos; y, rebosantes de pólvora, en nombre de las guerras nacionales ó de las revoluciones humanitarias, incendiarán campos y ciudades desde el espacio divino.

EL "MOISÉS"

Una voluntad de hierro lo hizo nacer de una mente de prodigio. Su sangre corre en sus músculos como el manantial en interiores de roca. El trueno duerme en sus labios. Al pensar vibrante de sus ojos se le siente en su ceño; es un arco tendido; no se le puede concebir más flecha que el rayo. En sus cuernos de piedra hay dos fragmentos de sol; y no sufre la nostalgia del Sinaí, está en su patria... Cuando el viajero se acostumbra á Roma acaba por adorar sus fuentes. El agua, humilde, cristalina y casta de San Francisco, convierte sus juegos en arpas de cristal ó en torrentosos órganos, arrullando todos los sueños y todas las ideas. Entonces, el *Moisés,* de Miguel Ángel, se yergue, y toma á su propio artista el cincel, para de un golpe milagroso, arrancar á la peña del Tiempo, ese canto incesante de los siglos!

FERNEY

Recorremos el castillo de la reyecía de Voltaire. Las perennes disputas con el cura Gros y el burgués de Ginebra, Mallet, en su carácter de sucesor de monsieur de Budée, señor de Ferney; el célebre pleito á propósito de la iglesia de la villa, en que intervino el Papa; las empresas económicas que concluían en ríos de tinta sobre papel sellado; en medio de esos procesos, las fiestas de San Francisco, patrono del lugar, y de San Luis, con sus banquetes, concursos de arcabuz, cortejos y fuegos artificiales; las peticiones al rey, las reyertas con los síndicos, las luchas con los vagabundos; las visitas de extranjeros al hombre ilustre, todo eso que se agita en nuestra memoria, no le impedía trabajar sin tregua, y mantener su universal correspondencia. Goethe le llamaba desde Weimar: «el más grande escritor

que se pueda imaginar entre franceses ». La crítica ha discutido si se trata de un elogio, ó si el juicio envuelve menosprecio, considerando ese arte como inferior y superficial, aunque rebosante de *esprit* y eficacia. No es extraño que así fuera, dado el peculiar carácter del creador del *Fausto,* puesto que la meditación no distinguió á Voltaire: lo cierto es que literalmente encarnó á su tiempo. Inferior á muchos de sus antepasados, y á no pocos de sus contemporáneos, ejerció influencia en la filosofía, en la novela, en el teatro y en la historia. Derrochó talento en todos los géneros sin tener genio en ninguno. Fué el hombre de las ideas claras y de las arquitecturas perfectas. De ahí le vino su gran fuerza; mas no tuvo para dirigir á la masa común, las condiciones del apóstol.

Su carácter era mediocre. Perseguidor de negocios, de pensiones y de títulos honoríficos; cortejó perpetuamente á la popularidad sintiéndose incapaz de soñar un solo instante con la grandeza de un martirio. Pero cuando dejó á Ferney para morir en París, y se le coronó en el Teatro Francés, la mediocridad moral del ambiente le acompañaba, y Villemain ha podido decir, en página que no le es adversa: *Tout venait pêle-mele, dans ce triom-*

phe; et l'himne de la gloire etait chanté par le vice. Aquí, en el primer salón del castillo, hay una curiosa serie de retratos. La iconografía á través de varias edades, tiene, al parecer, por objeto, producir, tras de muchos ensayos, la sonrisa que Houdón ha inmortalizado. Tal manera de mirar y sonreir no ha caído en tierra estéril; y hemos visto creer á más de un tonto, que la ironía consiste en la contracción de un músculo. Vienen, después, caricaturas severas ó elogiosas, casi siempre veladas, en alusiones mitológicas.

En otra sala se eleva un túmulo de pésimo gusto, con esta inscripción: «Mis manes reposan contentos, porque mi corazón está con vosotros». Al frente, en una mesa, se ofrece un libro de firmas, junto al tintero embetunado, y la mala pluma de rigor. En el muro, Catalina de Rusia y Federico el Grande, muestran sus rostros, nos recuerdan sus palacios, y traen á nuestros labios una frase sintética del Sottisier: *La science de la cour est comme la chirurgie, qui s'aprend par les blesures d'autrui.* Al decirlo, Voltaire no debía olvidar las propias. Por eso, quizá, tomó cariño á un deshollinador de Saboya. Latour, cediendo á sus ruegos, le retrató, y hoy, el niño, entre encanta-

doras medias tintas, nos sonríe desde la estufa.

En otro cuarto se expone la casaca del escritor. Los botones de nácar, las vueltas escarlatas, los dibujos bordados sobre el verde tierno, respiran el aire de su época. Olvídase al hombre que la vistió, con sus ideas y sus luchas, y toda ella da una sola sensación: es un traje del siglo XVIII. Melancólicos espectros, apoyándose en rojos tacones, esparcen susurros de encajes, y se mueven, se aproximan, la tocan, se desvanecen, dejando vagos perfumes. No hay duda: las mujeres, desde las reinas á mademoiselle Aissé, desde la Maintenón á las heroínas de Marivaux ó Laclos, imprimieron carácter á un siglo, que entre el polvo de los buduares, con los ojos vendados por Eros, fué á sepultarse en sangre. Sobre el sepulcro trágico vuela aún, mariposa sutil, la gracia de la cortesana ó de la princesa. La risa del patriarca de Ferney no la espanta: él también escribió más de un madrigal. Y sin oir sus sarcasmos, el Amor, evocado por los Goncourt, animó las cosas vivas y las cosas muertas, mezclándose á las palabras, palpitando en la música, siendo voz, acento y forma de un mundo. Ese mundo nos obsesiona un momento delante de la casaca. Así, un objeto puede, á veces,

más que el recuerdo de la vida de un hombre: es la semilla que, con magia, se transforma en árbol fantástico, vibrando en atmósfera alucinada.

Cerca del vestido, leemos en un cuadro la última estrofa de Voltaire. La dictó poco antes de morir, en marzo de 1778:

« Tandis que j'ai vecu on m'a va hautement
Aux badaux effarès dire mon sentiment;
Je veux le dire encor dans le royaume sombre
S'ils ont des prejugés j'en guerirai les ombres. »

Es la eterna canción. Si la ironía se lo pasa destruyendo, al revés del santo, divino entusiasmo que crea, añadamos que también dicta á veces mediocres versos. Es la eterna canción: suerte de cristofobia, de horror á las revelaciones del mártir, incomprendido. En las polémicas, que más que otra cosa lo han hecho célebre, las ideas no son de Voltaire; pertenecen á veinte escritores ingleses y á su compatriota Bayle. Él les dió el carácter de su *esprit* haciéndolas accesibles, pero rebajando, en suma, el nivel de tan altas discusiones. Carlyle, que lo dice ampliamente, demuestra cómo el profundo sentido de lo cristiano, escritura inefable en lo más puro de la naturaleza del hombre, le escapó en absoluto; cómo no vió sino la superficie, sin

comprender las sagradas, silenciosas, insondables profundidades... Ignoramos si curó á las sombras ó si recibió lecciones; mas sabemos que al mundo le inmuta siempre el misterio. La ciencia tiene su esplendor material, su gran espíritu y su límite: ofrecer traspasarlo es preludiar la bancarrota célebre.

Ignoramos si curó sombras ó si recibió lecciones; mas oímos un grito del sarcástico Heine: «el Cristianismo empieza con las cataplasmas». Poned en lugar del substantivo la palabra pena, y ese irónico emplasto, misterioso como todo lo que viene de la mies, se volverá de luz. Ignoramos si curó á las sombras ó si recibió lecciones; mas el hombre puede hoy, mejor que en su época, rehacer el estudio de la Revelación, indagando las armonías de la Religión y la Ciencia; y si no se dedica á ello por lo arduo de tales desenvolvimientos, puede, sin biblioteca, sentir la Fe en sí, por el Dolor y el Enigma... Salimos á lo alto de la casa. El aliento de una brisa sutil, envuelve viñedos y montes. En el jardín, robustos plátanos prestan sombra á una fuente: claustros de mirtos conducen hasta una estatua de Eva. Su gracia es tal, que la manzana de su mano se transforma

en fruto de sabor y de aroma. ¿Morirá el pájaro que la pica, oyendo á la musa del sitio? Penetrante llovizna humedece, más allá de los plátanos, el esqueleto de un olmo. Con igual indiferencia, las lágrimas recorren las ramas vivientes y los gajos desnudos. El pájaro canta, y los árboles, vestidos, dicen: «anuncia el fin de las nubes»; mientras el árbol, miserable, murmura: «llora triste al sol y á nuestras hojas». Es así el ave consolante de la ilusión inmortal que tiene un prisma en su voz de esperanza: el jardín no la mata; la virtud de su vuelo le ha impedido envenenarse!

EXPOSICIÓN CULINARIA

Después de visitar el salón de la Pintura, en el Gran Palacio, nos dirigimos al de la Cocina, en el Jardín de las Tullerías. El arte literario se ha mezclado en Francia con gran dosis de fino humor á esta debilidad del hombre: la buena mesa.

El horno, que tiene sus mártires, como Vatel, tiene también sus poetas: el Ragueneau de Rostand

más que un tipo, es símbolo de una raza. Anécdotas divertidas confunden el nombre de cocineros y señores. Amables tiempos aquellos en que Mignot acusaba por los tribunales al gran retórico del pseudo clasicismo. Boileau, que en su sátira del *Repás*, le había llamado envenenador, quiso demostrarle que no existía injuria, sino broma, pero él, sin perdonar, concibió un proyecto. Sabiendo que existía inédita una sátira del abate Cotin se la pidió, mandándola imprimir, para envolver con ella ciertos bizcochos de que todo París se abastecía en su casa. Boileau fué el primero en enviar á sus amigos deseando obtener los versos. Y á poco la cólera de Mignot se calmó : sus negocios aumentaron; las gentes acudían á verle; se había hecho célebre; y acabó por cantar á quien le deparara el soplo de la fortuna. Hoy, las cosas han cambiado, creando con más formalidad, una especie de Instituto de la Cocina. Y aquí, en el salón, están los maestros indiscutibles: Marguery, Lavournier, Galin; los presidentes de las Cámaras Sindicales, y los delegados de las sociedades de alimentación; Dubois, autor de la *Repostería Clásica;* Bordonnau, «Gran Premio de Honor» en los torneos de la cuchara. Pululan legiones de

chefs, con sus fracs y sombreros de copa, y con más medallas en los pechos que embajadores en día de ceremonia. Se comprende que todos están penetrados del célebre aforismo: *La découverte d'un mets nouveau fait plus pour le bonheur du genre humain que la découverte d'une étoile.*

Vemos una colección retrospectiva de sopas contando la historia de Francia. Diversas vajillas entre frutas adornan la mesa, en que no falta sino el espectro de los reyes. La flor de lis y el águila imperial se reflejan en los cristales. Llegamos á un admirable castillo; los azúcares, translúcidos, tienen fulgores de nácar y agonías de rosas, cerca de cándidos y sabrosos quesos, que murmuran los idilios de Teócrito. Es el momento de pedir algo, según Colnet, el cantor del arte de comer en casa ajena:

Alors tu peux tout dire; alors tout est souffert:
Tel doute á l'entremets, qui croit tout au dessert.

Luego aparecen panzas doradas de pavos, como auroras de las trufas. ¡Oh, tristezas de un desprovisto escritor! Para describirlas fuera menester la pluma con que Brillat-Savarin ensalzó en su irónico, delicioso, penetrante libro, el faisán de los ángeles de Loth. Desfilamos ahora ante ensaladas que encierran á la primavera en su frescura.

En torno estalla el tumulto de un enjambre de elegantes mujeres. Ganas tenemos de gritarles, como un célebre invitado de Luis XV: *Un peu de silence, on ne sait ce qu'on mange.*

He aquí una lucha literaria. Un turbot en salsa á la Rossini toca una página de la *Revue de Deux Mondes,* dentro de la tradición de Perroche, frente á un lenguado de Blanchet, envuelto en impresionista gelatina perlada, que le forma un acuario, con un fulgor del *Mercurio de Francia*. Los dos autores se maltratan en un folleto; y esto no pasa sino en París, donde Berchoux, sin agotar en cuatro cantos las apacibles glorias de la Gastronomía, pudo escribir épicamente:

Je ne suis point jaloux du poète lyrique
Qui semble se nourrir de fleurs de rhetorique;
Je vais, dans mon ardeur poètique et divine
Mettre au rang des beaux-arts celui de la cuisine.

BOHEMIOS

Nos cuentan esta anécdota: Tres amigos se paseaban discutiendo la oportunidad de hacer un buen almuerzo: «Quisiera—decía el primero — almorzar como un rey». «Un excelente almuerzo me bastaría»—exclamó el otro. «En cuanto á mí—agregó el tercero—cualquier almuerzo me agradaría.»

Sumaron los fondos comunes, que no pasaban de un franco; pero uno de ellos gritó: «Síganme, se me ha ocurrido una idea.»

Los llevó á una casa de ediciones, y se dirigió al dueño: «Venimos á proponerle una romanza. El señor ha escrito las palabras, el señor ha compuesto la música; yo soy de los tres el único que tiene un poco de voz y voy á cantarla.»

El editor la oyó, y pagó inmediatamente quince francos. Los tres amigos, radiosos, corrieron á un restaurante.

El poeta, se llamaba Alfredo de Musset; el músico, Monpou; el tenor, Dupré.

La romanza llevaba por título: *La Andaluza,* y empezaba así:

Connaissez-vous dans Barcelone
Une andalouse au sein brun?

¿Por qué esta anécdota resulta tan simpática? Porque ese mismo muchacho, que decidió al editor, encantó al público de París y compuso la *Juana de Arco.* Porque ese Monpou, muerto antes de los cuarenta años, escribió *Le Planteur* y *Les Deux Reines.* Porque ese Alfredo de Musset, fué Musset. Porque no se pasaron la vida hablando de obras maestras en eterna gestación, y encontrando mal á todo artista, toda ópera, y todo poema, aunque el artista sea Tamberlick, la ópera *Carmen* y el poema *La Leyenda de los Siglos!*

MICROBIOS Y NOTAS

Los descubrimientos actuales forman un cuento de las *Mil y una noches:* lo real codea lo ilusorio, con ímpetu que es un frenesí de alas. No sólo hay alas en el aeroplano: las hay en la luz Röetgen y en el teléfono; las hay en todo lo que pone los flúidos al servicio del hombre. Cierta parte de la ciencia se torna en reino de la fantasía. Nos acostumbramos pronto á las cosas; y luego se nos antojan naturales. El cinematógrafo pasa ya por ordinario, siendo tan sorprendente como el telégrafo de Marconi. Supongamos la resurrección de Aristóteles: es posible que, después de leer á Kant y á Hégel, considerase su propio talento igual ó superior al de estos filósofos, y no daría en ello pruebas de orgullo; es posible que con ávido interés se detuviera en la biología y que, melancólico comprendiese inmediatamente sus límites.

Supongamos la resurrección de un simple artista, y no de la época de Aristóteles, sino un contemporáneo: Gautier, por ejemplo. Y supongamos que France, desde Blois, le hablara por teléfono anunciándole un mensaje: el mensaje le llega en un fonógrafo con la voz del maestro, y le invita á ver el Japón en un segundo; acepta por telégrafo sin hilos y parte en aeroplano. Luego, sobre la muralla del castillo de Francisco I mira dibujarse las colinas de Tokío, y el cinematógrafo despliega templos, palacios, jardines, calles. ¡Qué página resplandeciente de verba asombrada no hubiese escrito el relator de las maravillas de *Fortunio !..* Así pensamos en la Escuela Sarmiento asistiendo á las vistas de Buenos Aires en los días del Centenario. Si los films se conservan, en la ciudad extraordinaria que nuestra mente sueña, se contemplará en 2010, dentro de su exacto marco, la febril multitud de ahora. Febril, ardiente, jubilosa: ¡cuán extraña sensación la de imaginar nuestro entusiasmo con formas de pensamientos y acciones, moviéndose viviente sobre el polvo de nuestros huesos! Y cómo para señalarnos la miseria de los términos temidos, entre el rumor de la orquesta, cambia el film y se dibuja en el lienzo un

ratón, que bien podría ser un hombre, con la enfermedad del sueño.

El operador le extrae una gota de sangre, en la cual estalla un combate de monstruos. En el reflejo palpitan los microbios, como elásticas serpientes, multiplicándose terribles, acreciéndose voraces, bebiendo los glóbulos rojos, insomnes y encarnizados. Á intervalos aparece el animal con fatiga intensa, y concluye en alucinante pesadilla la visión interna de su cuerpo. Hombres, mujeres, niños, siguen el espectáculo, cual si fuese el de sus propias venas. Las serpientes elásticas, con indómito impulso aprovechan del último grumo líquido para nadar, asaltarse y destruirse. La falta de movimiento anuncia el fin; la gota se proyecta enorme en el lienzo, como una luna vacía. Se antoja que el genio de las antiguas danzas macabras, en vez de su reloj esgrime aquella linterna. Pero la orquesta toca un lánguido vals: en sus moribundas armonías un deseo frenético de amor se mezcla á una onda envolvente de ilusión; de modo que con lo que se oye quiere borrar lo que se ve; y los reflejos de la muerte y las notas de la vida al encontrarse en el alma, luchan como en nueva gota de sangre. Repentinamente el salón

se ilumina: la sensación se corta, los rostros se sonríen, y salimos de la realidad, como del fondo de una cueva fantástica.

LECTURA DE BOSSUET

Saint-Simón decía en su época: «Á Bossuet le faltan varios siglos de existencia, para que se le considere como á un Padre de la Iglesia». La posteridad empieza á subscribir la frase, después de saludarle como á uno de los más elocuentes expositores del verbo divino.

En un teatrejo de segundo orden acabamos de ver y de sentir una escena grandiosa. Un mismo escalofrío agitó plateas y palcos con un relámpago de emoción, que llevaba en su luz su propia belleza. Mounet-Sully durante un momento ha sido el gran obispo. Cuando se lee un discurso de O'Connell ó de Mirabeau, de Donoso Cortés ó de Demóstenes, se busca el acento de la voz ausente, se imagina la acción, se resucita la asamblea. El trabajo difícil, resulta en muchos casos imposible:

con lavas ya endurecidas es menester recalentar volcanes.

El trágico francés ha encontrado lo que huye de la palabra, y el edificio de andamios vibrantes se ha vestido de períodos vivientes... Un horizonte impesado, descórrese á los ojos, en el centellear de las frases. Se trata de un fragmento de cuaresma del Louvre. Jesús comparece delante de Caifás. El cuadro, sencillo, invade el ánimo con el dolor, la piedad, la angustia. Á poco somos sus testigos oculares. Las imprecaciones animan la escena. Se oye la voz divina, y el movimiento con que Jesús yergue la cabeza para recibir la bofetada, estremece: todo el mundo le sigue y la emoción olvida el aplauso. Hemos visto á Mounet-Sully, ridículo ó admirable, y en *Edipo-Rey,* sublime; pero nunca nos ha dado un segundo superior.

De seguida, Cristo aparece junto á Pilatos. Los profetas invisibles asisten á la profanación. Ya el Rey de los Judíos, flagelado, diviniza la túnica de su propia sangre. El pretor contempla al pueblo y quiere hablar. El tumulto se lo impide. Resuena la voz de los hombres: « Que su sangre caiga sobre nuestros hijos ». Responde la del ora-

dor: «No te agites, serás escuchada, ¡raza deicida»! La transición corta el discurso como un hachazo; y el actor, haciéndola con acentos diversos: el de Israel, y el de Bossuet; despliega fulgurante en dos gritos, la sinceridad del ruego y el oprobio de los siglos... Ciertamente, la oratoria entrega muy á menudo al Tiempo su agonía, como ciertas montañas que empezaron en fuego para acabar en nieve: no es el caso de Bossuet; pero, por lo mismo, temerario resulta mover las armas del paladín. En esta resurrección la garra del Águila, llamea con sus rayos, y se forma el ambiente: cuando Mounet se sienta, los espectros del rey y de su corte se disipan entre nubes de púrpura!

SANTO TOMAS DE ÁVILA

Claustros largos y misteriosos, en que las figuras se hacen pensativas; ferradas puertas, escaleras pétreas, donde las sombras de los sayales tocan el impalpable dejo de las sombras de las armaduras; ambiente de plegaria, muros de

paz, celdas de recogimiento: la antigua España palpita en vuestro reino, y en mi alma.

En la iglesia los arcos románicos se confunden á las ojivas góticas. En el coro, los tronos de Isabel y Fernando tienden sus escudos de fuerza y sus coronas de esplendor. Los lambrequines de las sillas repiten el motivo de la granada. Los encajes forman un nido á la paloma del Santo Espíritu, que bate las alas, inspira los pensamientos y recoge las plegarias.

Más abajo, se adivinan muros que no se esculpen en los ojos. Un arco sustenta un altar. Se abren rosas y brillan cirios. Un Cristo de bronce recibe los perfumes y los reflejos. Las rosas, viven un día, como las de hace cuatro siglos; los cirios, iluminan una noche, como los de hace cuatrocientos años; pero la tumba que cubren, perdura como la gloria y la muerte. En ella descansa don Juan, el hijo de los Reyes Católicos, severo en su armadura. Romances de bronce mecen su sueño, sin estallar vibrantes: la penumbra religiosa apacigua sus palabras con un tapiz de épico silencio.

Recorro los claustros. Los novicios cantan envueltos en sus hábitos blancos. Otros monjes

cruzan callados: la Orden les prohibe hablar. Por allí paseó la meditación de su alma ardiente y férrea, Torquemada, principal creador del convento. Y el convento es iglesia, universidad, palacio: tiene bibliotecas, historias, leyendas: tiene patios cubiertos de cipreses, y cipreses llenos de murmurios. ¡Ah, los murmurios armoniosos que acarician los pensares místicos, desde verduras seculares que hablan de los vientos antiguos! ¡Ah, la voz de las campanas! ¡Ah, los bronces viejos como los troncos de los árboles! ¡Ah, los acentos nacientes como las savias de las hojas! ¡Ah, el son incorruptible del vaso herrumbroso, que sale á morir ahogado en otra eterna juventud: el azul del cielo! ¡Cómo infundir palabras á su vaguedad! Cada repique borra los muros y da á los patios cerrados, horizontes de infinito.

Los patios se suceden entre los claustros. Algunos, sin plantas, muestran cisternas en su centro; y muchos vegetación humilde entre las piedras. En el último turba el silencio el alegre timbre de un reloj musical... La Hora cristalina, envuelta en gloria y regocijo, se abate en tumba luminosa de meditación y ensueño; y la Nueva, de que no gozaré aquí, se yergue sobre su cruz de

rayos de oro. La visita ha concluído, y ya en la puerta, siento la nostalgia de los cipreses pensativos, de las campanas rumorosas, de las almas de plegaria, de las cisternas de dura piedra gris, con el éter azul de su cielo cercano!

MESINA

La vieja colonia griega ha desaparecido en medio del espanto, como una ciudad antigua de la Escritura. Un estremecimiento de curiosidad y una corriente de simpatía, va de París hacia Italia. Se han levantado subscripciones; pero nadie deja de ir al teatro. No se ha suspendido un solo baile. El primero de año es, como siempre, un día de fiesta. La noche del *réveillon* lejos de las familias, infunde una onda de frenesí á los barrios trasnochadores. Se leen las dramáticas noticias con interés; se evoca el mar, que ha cubierto á Reggio, arrebatándolo al volver contra Mesina. Se habla de los cráteres de fuego vomitando llamas de incendio. La Catedral se ha hundido; y también los

señoriales palacios que daban grandioso marco á la multitud bullente, especie de borde clásico que enaltecía el río de la moderna existencia... Nosotros pensamos en la ciudad del tiempo de Don Juan de Austria, en la Mesina de Cervantes. En un atardecer, cuando alzaba sus torres y sus clivosos caseríos, como entre una apoteosis de fuegos de Bengala, la vimos por la primera vez, complaciéndonos en perseguir la sombra del Manco de Lepanto. Por sus calles había errado el grande hombre, aunque joven, y lleno de ilusiones, mísero ya, convaleciente de fiebres y de heridas, preparándose, sin saberlo, para su heroico cautiverio de Argel... Á estas horas todo el mundo sigue evocando la inmensa ruina. El olor de los muertos hace irrespirable el ambiente. Los bandidos saquean los escombros. Perros famélicos buscan los cadáveres que dejan los buitres siniestros. La peste se prepara á volar, en el primer viento, sobre la ciudad jubilosa, que fué encanto de la vida.

Y París oye, comenta, sin dejar de reir, y en medio de la multitud entramos en un restaurante. Los que llegan saludan á los amigos con votos de felicidad. De las arañas penden racimos de muérdago llenos de flores. Cada vez que un hombre ó

una mujer pasa, una mujer ó un hombre se precipitan á darle un beso, lo que se cree presagio de ventura. La orquesta suena, y las bromas asaltan espejos y guirnaldas: el regocijo chispea, como la espuma del champagne cintilante.

Repentinamente, tras de un vals cigano, se oye el preludio de una romanza. Un barítono entona: *Che bella cosa e n'a iurnata e sole.*

Cruza el soplo de la brisa napolitana rebosante de sol, entre gracia melancólica y voluptuosidad ardiente. Se hace un silencio profundo, y una mujer murmura: *¡Pauvre Italie!* Sus ojos están llenos de lágrimas. La canción concluye y nadie aplaude. Un nuevo vals se lleva el respetuoso mutismo. No importa. Bendito sea el arte, que humildemente acaba de recoger para la tierra de la melodía, una emoción que no figurará en los periódicos, pero que, como homenaje de amor alado, vivirá siempre en nuestra memoria!

EL DÍA DEL JUICIO

Siguen llegando los detalles de la catástrofe de Mesina. La destrucción ha envuelto las aldeas de la costa. Los templos ruinosos, que desafiaron á los siglos, se han llevado, desplomándose, los últimos recuerdos griegos. Caribdis ha desaparecido frente á Scila. Homero puso en boca de Ulises la descripción del escollo: « La ola sube hasta la cima, y cuando de nuevo el monstruo la traga, el interior bulle; en torno de la roca suena un espantoso ruido, y en el fondo del abismo, la tierra deja ver azuladas arenas. Los marineros tiemblan»... Hoy, los tiburones, reemplazantes de las antiguas sirenas, buscan á los cadáveres en las aguas. Las conmociones prosiguen y se estremecen los espectros apenas vestidos. Los hombres que tienen aun fuerza se matan en las orillas, por un pedazo de pan. El cataclismo sorprendió á la

población durmiendo: y del sueño la precipitó en el espanto. Los sobrevivientes asisten en una comarca del mundo, á una reducción del Apocalipsis.

Los buques de guerra rusos están en la rada de Mesina. Por un contraste de nuestra civilización, sus proyectores, construídos para guiar los combates, iluminan piadosamente los escombros. Y ante el fondo de la ciudad pulverizada, cien fantasmas desnudos, en grupo real que no pintó Delacroix, prorrumpen en salvajes aullidos cada vez que se alejan las pantallas eléctricas. No claman en la sombra por la luz del progreso, claman por la luz natural, por la luz esencia, por la luz sentimiento, por la luz idea. Necesitan ver en medio de la muerte.

El Dante no sobrepujó ese cuadro, y la *Divina Comedia* nació bajo los auspicios del supremo poder, como los templos griegos caídos, como la Catedral cristiana destruída... El hombre, derrumbándose en medio del horror, remonta los siglos y anhela la fuente primitiva: pidiendo luz, implora á la mano de Dios, vuelta rayo de sol, en el primer día del mundo.

LA TUMBA DE STENDHAL

El puente colosal de Montmartre forma una gruta húmeda y sonora, bajo cuyos arcos se apeñuscan los sepulcros. El tumulto incesante de ómnibus y coches estremece el cementerio. No se antoja aquel sitio un lugar de reposo, sino una estación de ferrocarril: quizá el muerto que lo ilustra, hubiese encontrado una concordancia con su existencia de errante cosmopolita.

La tumba de Beyle produce una doble impresión. Entre la indiferencia ó la hostilidad de sus contemporáneos, él exclamó alguna vez: «se me leerá en 1880». Y su lápida, renovada, tiene una dedicatoria: «Á Stendhal, sus amigos de 1892». Fué profeta de sí mismo, no obstante la predicción contraria del amable Sainte-Beuve, y he ahí un gran placer. Mas á ese placer mézclase la pena. Su medallón obscuro resalta en el granito

claro; y dice una placa de mármol níveo: «Milanese». Se declaraba extranjero en una sociedad de esplendor; en el país de su lengua, que iba á ser el de su gloria. Odiado de su familia, á quien pagaba en idéntica moneda, siguió un día á Napoleón, más jubiloso que Sigfrido con su espada de liberto. ¿Sus análisis, en realidad, brotan como fibras de acero de un corazón insensible? Para el que lea inteligentemente sus romances, y comprenda bien sus anécdotas, y observe claro en sus cartas, memorias, anotaciones, la respuesta es contraria. En Stendhal, fuente inagotable de ideas generales, la sensibilidad oculta, comunicaba al agua el temblor que hacía múltiple el reflejo.

Milán le recordaba días felices, apareciéndosele en su existencia nómade, como su cuna. ¿Pero eso basta?... Las letras no son un perfecto consuelo. Carlyle explicaba á su mujer: «la literatura, vino de la vida, no resulta alimento»; y con todo era un apasionado de su arte. ¿Basta el pasajero amor? La juventud que se abreva de su savia, siente en el hastío de la madurez las amarguras del recuerdo... Hay enfermos de inquietud devorados por el germen que dilata el anhelo de otros horizontes. Á esas aves, de alas insaciables

de espacio y libertad, sálvalas á menudo el amor de la peña primitiva. El árbol que durante años fué como reloj de las estaciones; el beso ó la evocación del beso de la madre; el consejo y la mirada paternal; el sepulcro de los mayores; la calle de la primera novia; la afección del camarada de colegio; el campanario que dió sombra á los juegos infantiles; una amable tertulia; los graves retratos pensativos; un piano amigo; un viejo mueble; todo existe, vibra, habla, atrae, aunque alguna vez se dejasen allá, lejos, pedazos del corazón ó de la mente. La humana y delicada flor, transformándose en escudo, muchas veces regado con llanto, impide adulterar los epitafios... «Arrigo Beyle, Milanese». Milán es interesante, su Catedral espléndida, sus cuadros admirables, sus mujeres bellas y sus «Metildes» deliciosas; ¡pero, pobre, gran Stendhal! ¡Paz en su sepulcro!

LA TUMBA DE BANVILLE

En Montparnasse, vagando al azar, leemos en una estela funeraria el nombre de Theodore de Banville.

Si independientemente de una vida, de la que hablan los amigos, sobre la cual se leen mil anécdotas y de que conocemos los detalles, se irguiese el espíritu de los poetas con una forma, difícil nos sería imaginar aquí, un cadáver devorado y descompuesto.

La musa de Banville es un genio de las *Mil y una Noches:* genio de la aurora que trae en sus manos la lámpara de Aladino. Frotan á la lámpara músicas sonantes que demandan flores como pedrerías, y pedrerías como estrellas. La llamarada fiel las descubre en su alma misma, y las luce al sol entre las hermosuras del verbo. El genio armonioso del color y la luz, engendra también el

movimiento y salta á las nubes, entre los caprichos del aire. Necesita un rostro, y se encarna en el rostro lunático de un Pierrot; necesita alimentarse, y come en las mesas de Francia, bebiendo el zumo que robó á las viñas de Grecia. ¡Lírica embriaguez, que acaba por mostrar al Pierrot, bajo el resplandor de su lámpara de Oriente, apoyándose en un tirso de Versalles, con las abejas áticas en el pámpano de los cabellos!

¡Sí! Imposible imaginarle muerto, envuelto quizás en un antiestético saco. No han plantado sobre su losa el laurel que pedía Anatole France; pero le cubre una enredadera con palio de flores. El medallón de su efigie irradia el fulgor del oro, palabra dominante en sus estrofas, y una rama de laurel le envuelve la frente como á un César del Ritmo.

LA TUMBA DE BARBEY D'AUREVILLY

Un sarcófago de piedra. Sólo su nombre. Ni un epitafio, ni una estatua, ni un busto, ni una corona de flores.

Dos fechas marcan un largo sendero de ochenta años, por donde cruzó un alma superior, honrando al hombre y á las letras. La injusticia vela sus despojos, quizá porque no se le perdona á su vez la injusticia de su áspera crítica; pero pelean la buena batalla, *L'Ensorcelée*, *Le Chevalier des Touches*, *Une Vieille Maîtresse*, *Les Diaboliques*, y muchas páginas *d'un Prête Marié* y de *Ce qui ne meurt pas*. El águila vengadora de su talento sacude sobre el Tiempo sus alas intangibles... Duerme en paz, inquebrantable luchador; muchas estatuas de en torno parecen ridículas ante la desnudez de tu sepulcro. En el silencio de la muerte, reflejo augusto de la dignidad altiva de tu

existencia, resplandecen mejor tu cruz y tu gloria. La cruz es una pobre cruz de hierro disonante con tu pétrea lápida. No importa. El símbolo divino es aquí símbolo humano. Evoca, con el recuerdo de tu amor á Cristo, tu larga crucifixión de incomprendido. Evoca tus luchas con la miseria; evoca tu fe de hierro, que fué espada y arado... Tus mieses renacen al pie de esta tumba. Maduras en vasto campo, tiemblan al soplo de vientos épicos. Y después de mirar el cielo, quien las recorre y las venera, se pregunta si no han transformado al sol en viviente espiga!

UN LECHO

En una sala del castillo de Pau hay un lecho de Luis XIV. Es cual tienda hospitalaria en un campo de galantes batallas: sus tapices de Beauvais asilan falanges de Amores. En sus púrpuras, los dibujos se complican, se buscan y se enlazan. El crepúsculo del alma flota en ese crepúsculo feral, antes de abandonarse á la noche de su

cansancio. El hombre puede soñar con las cosas que tejen los espectros en el duermevela de los bordados. Y un dios pagano, á quien coronan en el fondo, puede ser en el sueño la forma real de la aspiración del alma despierta.

Madame de Maintenón mandó construir el lecho. La viuda del poeta cómico, la simple d'Aubignè, la extraordinaria ambiciosa, vencedora de una corte, no quería solamente ver al Rey-Sol como primera figura de una pavana: ese cuadro, para ella, era la apoteosis de un orgullo, que no debía declinar ni aún dormido.

HOMBRES Y ÁRBOLES

En el paseo de «Les Eaux Vives», en Ginebra, alguien nos cuenta los actuales días del príncipe de Sagán. El magnífico rey de la moda, señor de todos los placeres, en cuanto sitio de Europa la juventud se divierte, sueña paralítico con sus juegos de niño, en un parque familiar de Alemania. Lo vemos aún en las noches del Gran Café de

París, ó en las tardes del Palais de Glace, rodeado de su corte de mundanos, dandy francés de severidad inglesa, con los cabellos blancos, y los ojos extraordinariamente vivaces; lo vemos haciendo feliz á una mujer con una atención, ó bastándole una frase para lanzar á un tipo exótico. Y pensamos en la muerte de *Iván Iliitch,* condensada obra maestra de Tolstoy. Allí también el moribundo olvida su vivir entero, deseando comer en una propiedad de familia, entre las faldas de su madre, ciertas frutas venidas de Francia.

La sensación es una en todos los países; como que brota de una misma fuente: la naturaleza humana. El espíritu, cansado en el cuerpo decaído, evoca con transporte tocante, la fuerza del hogar, que defendía al débil niño, comparable al pobre enfermo. Y el recuerdo, que sería un consuelo, resulta un dolor, por lo irrealizable, para el que ya no pide canciones que le mezcan el sueño, sino palabras que le endulcen la muerte... Pensando así, miramos un árbol del paseo. Árbol lanzado hace cien años, en la atmósfera propicia, frente al monte Blanco. La verde copa, anheló tocar aquellas nieves, camino del Sol; hoy, sus ramas roídas, se vuelven á la tierra maternal, y á semejanza

del hombre, abandonan las glorias de la luz, y buscan cerca de las raíces, en la cuna olvidada, consoladoras reminiscencias!

AGAR Y COPPÉE

Á la sombra del viejo molino de Montparnasse, cuya veleta herrumbrosa gira á los golpes del viento, más allá de sus hiedras que, al rizarse, se adhieren para no ser arrastradas, veo sobre una columna de piedra roja, un busto de mármol blanco. Es Agar, radiante, en el esplendor de su juventud madura.

Al lado reposa Coppée. La casualidad los ha reunido, junto con la madre del poeta y su hermana Annet. Allí están los seres que más estremeció el júbilo en la primera noche del *Passant*. Una simple palma de bronce, ofrecida por los amigos, corona el nombre del simpático anciano. Alguna vez le he oído contar á él mismo esa representación de su Silvia y de su Zanetto, que Melchor de Vogüe describiera triunfal al recibir á Rostand

en la Academia. Sentía no haber oído los versos y los aplausos desde la sala; y recordaba el grito del viejo Dumas: *Tutoie moi, homme de talent!;* y su respuesta oportuna: *Je n'oserai jamais homme de gènie!* Aquel acto fué el alba de su gloria, tan parisiense y tan francesa, y evocamos la dedicatoria de su poema: «Á mademoiselle Agar, la magníficamente bella, y la noblemente patética.»

La frase pudiera sonar, como protesta de la acción, si la paz del cementerio, aislada de los tumultos contemporánéos, no cubriese, piadosa, á estos seres que fueron almas de armonía. Todo es aquí tranquilidad: la veleta del viejo molino, girando con ruidos de herrumbre, entre el estremecimiento de sus hiedras, parece lamentarse de abandonar el reposo!

MEILLAC

Leo por la mañana en *Le Figaro* que cuatro mujeres de Montmartre, encontrando amarga la existencia, tapiaron las rendijas de su cuarto y se

entregaron al ácido carbónico como á un dulce ajenjo. En la quincena pasada, dos suicidios colectivos, han juntado á padres y á hijos para morir en familia. El periodista se pregunta la causa de estos extravíos, y pide que el Gobierno estudie el problema y libre á París de tales horrores.

Dos horas después asisto al entierro de Meillac. Gastón Boissier representa á la Academia. Frente al sepulcro se levanta una tribuna. El sol matinal pone discos de oro hasta en las colgaduras negras, arrebolando con chispas alegres los haces de rosas. Los árboles, llenos de pájaros, son un viviente rumor. El viejo latinista sube, oyendo, sin duda, las odas más rítmicas de Horacio, y en vez de inclinarse hacia el ataúd, sonríe á las alas de los gorriones en las verduras. Sus canas le dan el aspecto de un pastor clásico que va á levantar el canto de la aurora. La muerte está tan lejos de su pensamiento como la sombra del sol, y la tristeza de los pájaros. Sonríe el amigo de Cicerón, aunque Cicerón dijo, ya en su época, cosas graves sobre la despedida de las almas. En lo alto de la tribuna evoca el *esprit* del autor, y á su vez sonríen los circunstantes. Alguien me observa que, dado el carácter de la obra de Meillac,

otra clase de funerales sería falta de elegancia. Yo, más simple, más primitivo, pienso que el alma del muerto tiene ganas de aparecerse y decirnos que las Sombras pierden las ganas de oir las operetas de Offenbach... Luego habla el ministro Rambaud, en tono más grave, pero con el mismo espíritu. Se deja á aquel hombre, no desprovisto de talento, como entre las risueñas riberas de una isla de rosas, para volverlo á saludar mañana con bandas de música.

Si la vida es perpetua alegría, y remata en un buen momento, con amable amenidad, no es extraño que los burlados en el dolor, le busquen una solución trágica. Si en el espíritu de una vasta metrópoli, la clase pensante, reduce el problema superior y filosófico de la muerte, á una consecuencia física sin importancia, no es raro que los infelices la llamen en la primera amargura. Como no es raro tampoco, que la criminalidad aumente en jóvenes y en niños, si se niega en absoluto la noción de Dios; y hasta de las fábulas en verso, en que su nombre fué empleado, se le suprime con perífrasis ridículas. Es el reino de la botica de Homais, preparando venenos; abandonando lo grotesco para entrar en lo dramático.

Sin leyes fundamentales, toda sociedad resulta simple choque de apetitos. No basta que esas leyes, nacidas de una convención humana, se impongan por la fuerza. El respeto que deben inspirar está más alto, está en su cuna divina; y un crimen, violación grave de la armonía moral, lleva entonces en sí mismo, congénito, el horror. Dios ha legislado los mundos, un poco más difíciles que los hombres; y andan por lo infinito en sistemas maravillosos sin tocarse. Felizmente no les dió la inteligencia; pues en estos días tendríamos un cataclismo por hora. Así, el espíritu, que nos hace superiones á la luz de una estrella, nos hace inferiores á su movimiento. ¡Qué los maestros mediten en eso y se aparten de un orgullo, que no tuvo, por ejemplo, un Pasteur, ni tiene un Branly, orgullo que es una forma de cretinismo! Y no es tampoco un caso de policía, el caso de los suicidios: ciertamente son muchas las causas de la miseria, pero la raíz del caso final está en la educación. Alguna vez ha dicho el gran Balzac: «El ateísmo es un esqueleto incapaz de engendrar un hijo»; y pudo añadir: todo hijo es una fuente de esperanza! El autor del artículo de *Le Figaro,* se encuentra, quizá, en el entierro de Meillac, y mañana

escribirá su crónica, alabando la forma de los discursos. Posiblemente pensará en todo menos en su pregunta de hoy: «¿por qué no se estudia la causa de tan rudos males? » En efecto, la anarquía en las ideas y la frivolidad en el análisis pedantesco, caracterizan á menudo nuestra sociedad contemporánea.

GENIO FECUNDO

El anciano rey Aldensor, padecía profunda tristeza. Le desesperaba no dejar el trono á un hijo. La reina era vieja también; la vida les había dado su adiós, y esperaban la tumba. Pero, el genio de una ruina de meditación, que cuidaban cual si fuera su verdadero templo, se les apareció diciéndoles: « Las decrépitas columnas se visten de hiedras. El cierzo toca las hojas; los acordes zumban en intraducibles elegías; y algo queda del armonioso gemir en el color mudo. Avanza la primavera y nacen flores sin nombre, como las notas del viento. La ruina sonríe, y el

ave, con los matices en los ojos, murmura un himno. El cierzo pierde su ráfaga helada en el sol tibio. La vida ha hecho su milagro. Vosotros, más que la estación misma, habéis defendido mi ruina de la absoluta muerte; y yo os digo: os vendrá una hija, bajo su signo de gloria.»

Nació la princesa. El país entero exultó; y los padres desaparecieron más tarde, cuando la niña se hizo mujer. Hermosa y fuerte, sufrió á los quince años de extraña enfermedad; sus rasgos se marchitaban; su tío, el gran chambelán, llamó á los médicos del reino. Luego vinieron los astrólogos: las estrellas no contestaron, y la niña, como un astro, acabó por no responder, perdiendo su luz en la sombra. Su único gozo era cantar en el arpa; y su canto ininteligible tenía el rumor del viento y la sacudida de las hojas.

El chambelán inició hermosas fiestas; y preparó torneos y cortes de Amor. Los príncipes vecinos acudieron, y no hubo magnate ni humilde menestrel, capaz de tocarle el alma.

Como se comprendiera que amaba la soledad, le construyeron jardines llenos de fuentes, con los peces más raros, las flores más variadas, las aves

más curiosas; y ella los abandonaba para descansar en el encanto de la ruina.

Los médicos, con asombro, oyeron al chambelán: «Sino la salváis, seréis azotados». Inútilmente se volvió á la consulta de los astros, y, al fin, exclamó la envejecida princesa: «Lo que deseo es un deseo.»

Se publicaron bandos, pidiendo al reino que imaginara algo, y todo estrellóse en su estéril apatía. Mas de pronto, presentando una flor, adherida á un gajo de hiedra, la misma enferma dijo: «Quiero que hagáis fulgir la púrpura de este pétalo como un rubí; quiero que el rubí resplandezca separado de esta rama.»

Los astrólogos aconsejaron al chambelán: «Señor, deshaced la ruina que sabéis: su mal influjo enloquece á nuestra reina.»

La ruina desapareció en una noche: la niña, en la aurora, dió un grito, las damas acudieron; estaba muerta. Su espíritu debía haberse escapado por los labios, sin sufrir, pues casi sonreía, y la corte entera vió con estupor renacer sus colores. Ni médicos, ni astrólogos, explicaron aquel milagro de la salud primaveral en el joven cadáver; pero cuando sobre su mausuleo el chambelán puso sus

hiedras preferidas, el viento, entre las hojas, recogió estas palabras: «Pobre princesa, su alma tenía cien años.»

LAS DOS ESTATUAS

El pastor de los sueños alados ha muerto en su montaña. Ya el amor no armoniza el ritmo de sus palabras con el ritmo de las fuentes. En su tumba muchas vírgenes se han cortado los cabellos; y los perfumes sutiles de sus hebras se escapan como antiguas confidencias. Y en la estela se ha grabado un epigrama: «Aproxímate, extranjero. Duerme aquí, Creón, hijo de Polixtes, cuya nodriza fué la sagrada tierra de esta isla. Como no puede su Sombra pedir eternas lágrimas á las mujeres de Samos, desea que un rosal nazca, perdure, y que al epitafio lo bañe el sol si una mano le aparta las rosas.»

El rey de la isla llama á Lysleo y ordena: «Toma este trozo de Paros. Quiero que en la tumba de Creón, la mujer que él no concebía inmortal

en la pena, llore eternamente con lágrimas de estatua. »

El artista piensa: « La Musa que yo le esculpiré impedirá que se digan sus versos, pues únicamente sus labios de piedra serán dignos de cantarlos. »

Eucrates, su rival, mira la blancura del bloque, presagia una obra quizá divina, decide matarlo, y en secreto lo envenena.

El rey le confía entonces la Musa. Él responde: « Mi estatua tendrá una doble tristeza: tu dolor por Creón y el que sufro por la muerte del gran Lysleo. »

. . . . . .

El rosal ha crecido ante el alado pastor de los sueños; y cuando una mano aparta las flores, el sol baña las letras del epitafio. Un ciprés lo custodia, y una estatua, siguiendo su propio llanto, mira el suelo. En un crepúsculo apacible, de luz serena, el filósofo Marsilo paséase con el joven Lycias.

Dice el maestro: « La musa de Eucrates no tiene nada de divina. »

El discípulo, responde: « No es extraño; los dioses nunca amaron su cincel. »

El maestro, añade: «Pero ha casi esculpido la tristeza. »

Un ruiseñor canta; Marsilo y Lycias se distraen; por eso, quizá, no oyen la voz de las rosas: « El bloque llora la estatua que hubo de nacer en su mármol. »

LA LÁMPARA

Afuera se desencadenaba una tormenta. Á cubierto de la lluvia, hablaban plácidamente los hombres de sabiduría, envueltos en sus mantos, como en el abrigo de sus propias meditaciones.

Expresaban sus dudas, y el aliento de sus palabras se convertía en brisa: la lámpara oscilaba ante el dios tranquilo.

Fueron más claros: su fe ya no existía: los níveos hábitos, hogares de calor para los profanos, formaban sobre sus hombros sudarios de hielo. El aliento de sus palabras se volvía siempre brisa: oscilaba la lámpara ante el dios tranquilo.

Después, ruidosamente se mofaron del cadáver

de esa imagen que, amortajada, desaparecía en sus almas: la brisa de la palabra se convirtió en viento. La lámpara del dios tranquilo se apagó, y los hombres buscaron la salida entre las tinieblas. Ninguno tenía luz, el templo estaba en un laberinto, y el laberinto era la muerte. Rugía ya la borrasca; una centella se astilló en los muros: pálidos de terror, se estremecieron al respirar las nuevas sombras. Luego encontraron la puerta: una chispa había encendido la lámpara ante el dios tranquilo.

EN EL PARQUE

Fatigada de la fiesta, al borde de la fuente dormía. La frescura de la fronda era caricia para su cuerpo; y su dulce sueño caricia para su espíritu. Dormia, y desde lejos, á través de las alamedas de Compiegne, la buscaban suspirantes los violines. En su pecho de nieve brillaba un clavel de fuego; el sol lo heria; y sobre la flor y el rayo posábase una mariposa. El ritmo del seno,

comunicándose á las alas, fundía el matiz con la luz y el aroma.

Llegó un caballero; hizo un ruido, y la mujer un movimiento. La flor deslizóse al suelo; el rayo cambió de sitio; la mariposa ascendió en los aires. El amante pensó: «Difícil es recoger su corazón, flor que cae; pero imposible perseguir su alma, mariposa que vuela»... El insecto traspasó la fuente camino de la orquesta. El caballero siguió pensando: «Si mis manos te tomasen, ¿me dejarías en tu polvo de oro algo del sol del perfume y del ritmo?»... La mariposa llegó á los violines; sus alas vibraron como las cuerdas, y fué, por un instante, arpegio de luz en la armonía. El caballero murmuró aún: «Gira, voluble, más intangible que el suspirante acorde»... Sobre el sueño de la dormida, cerníase sed inefable, superior al agua de la fuente. El amante, alejándose, miró en el fondo ilusorio de los reflejos al cielo infinito: y sintió profunda tristeza... la mariposa ya no se veía.

EL LAUREL ROSA

El sol baña al laurel cubierto de flores. Parece árbol de una apoteosis de ópera. Ha nacido para la ficción de las noches en la realidad de las albas. Hace pensar en la gloria. Tiene en sus hojas verdes, la amargura infinita de los mares. Los matices de sus flores, en que el rosa es rubor del blanco, ocultan ponzoñosos alientos. Con la gracia juvenil de su vida, llama á las abejas de los cármenes vecinos, que, ebrias de sol, símbolo furtivo de los poetas, transforman en miel, el veneno de la muerte.

FAUNO

El fauno melancólico, canta en un boscaje de laureles:

«El cuerpo de las ninfas no me atrae. Pan me hizo aciago don. Mis ojos han perdido la alegría. Los bosques están mustios: mi flauta, ociosa, no despierta sus ágiles ecos.

Un caracol de las Cícladas fué el regalo. Le aplico mis velludas orejas y sufro. En su rumor gime la voz del mar. El perfume de las flores me irrita, el murmullo de las frondas me exaspera. Aspiro la brisa salada, oigo la risa de las espumas y veo una mano entre las olas.

Aun en la noche más negra, el sonrosado nácar es aurora de la luna. Y bajo el sol ó la luna, me llama la mano conmovida.

Pertenece á una sirena que canta el amor en la luz de oro, y en la luz de plata, ya melancólica,

ya jubilosa, y siempre vibrante. Inútil ilusión: vano esperar. Mientras los bosques se marchitan y un sátiro arrebata á una ninfa, sueño ansiosamente sobre el caracol, y muero, sin morir de pena...»

El fauno, calla: un Hermes, más enigmático que una esfinge, le mira silencioso: los pensativos laureles se querellan con la brisa.

CANCIÓN DE PERGOLESE

Suena la siciliana de Pergolese. La música envuelve la palabra en alas de tristeza. Es ternura con ritmos de plegaria: simple como un verso, grande como un poema: gota de agua que refleja lo infinito en un lamento de armonía.

Sobre el Erard estremecido, se despetalan las rosas que sonríen en un vaso. Así los pétalos luníneos, granos purpúreos de un reloj de gracia, señalan dolorosos minutos en la canción sonora. Descienden, buscan el alma de Nina, que sube en las notas, y la perfuman al vuelo; las otras flores del salón sueñan con cubrir mortajas, y los más hermosos ojos desean ser de llanto...

SENSACIÓN

En el claro de luna palidece la púrpura de las rosas. Voluptuosamente divagan sus perfumes en sutil caricia. Se oye, lejana, una canción. El jardín concentra un silencio extático para que cruce la armonía. Las modulaciones tocan los floridos rosales y se suspenden en la luz del astro. Después se desvanecen camino del cielo. Canto, perfumes, destellos, remueven en lo hondo memorias que suben y que sueñan. La noche, cual infinito ser de nostalgia, se duerme también soñando: el silencio vuelve y se espera sobrecogido que un ¡ay! de dolor la despierte...

TRES FLORES

Vagaba Eva en los primeros días del mundo por los bordes de un terso manantial. Sus pensares, cristalinos como las aguas, tocaban con luz el verdor de los arbustos. Vió que rozaba el suelo una sombra estremecida: un ángel se posó á su lado. Le traía dos flores nuevas de su rincón en el Paraíso. Luego bañó sus pies en el manantial: era un resplandor buscando frescura. También las aguas bañaban un naranjo, y un pájaro arrancó una de sus flores para el celeste jardinero, que á su vez se la pasó á Eva.

La mujer aspiró la primera flor de oro; sonrisas de júbilo dibujáronsele en los labios. El pájaro, cual voz de su pensamiento, dijo: « Rosa ». « Así se llamará — replicó el ángel — la flor hecha con rayos de sol. »

La mujer aspiró la segunda: sonrisas turbadas

hermoseáronle el rostro. El pájaro, cual voz de su pensamiento, dijo: « Azahar ». « Así se llamará — replicó el ángel — la flor hecha con rayos de luna.»

La mujer aspiró la tercera: sonrisas melancólicas erraron entre sus labios y sus ojos. El pájaro, cual voz de su pensamiento, dijo: « Violeta ». « Así se llamará — replicó el ángel — la flor hecha con rayos del crepúsculo. »

. . . . . .

Eva ya no existe, y los ángeles no descienden á la tierra mientras los pájaros cantan; pero, desde entonces, en las tres divinas flores hay un secreto: sus nombres inefables son la lengua de sus colores con el ritmo de sus perfumes.

AL BORDE DEL AGUA

Desde la montaña cae en el río una piedra: grandes círculos tocan las flores de la orilla, y los chispeos de plata escriben su epitafio. Las ondulaciones se borran, y la clara armonía del cristal vuelve á reflejar el cielo.

De un plátano próximo despréndese una hoja: no turba con fuerza el agua, ni se hunde rápida, pero vuela en la corriente con gracia melancólica.

Un pastor, exclama: «Todo se va lo mismo; la piedra pesada, la hoja leve». Después se considera, y dejando de pensar quiere olvidarse de vivir, mecido por el murmurio de las aguas, insólito reloj del Tiempo.

INVIERNO

Es de noche. En el salón crepita el fuego. Vuela una mosca insomne en el ambiente tibio. Las flores artificiales parecen adquirir savias y matices verdaderos. Un vals suena y el alma persigue su alegre giro. En la calle los plátanos tiritan, mientras caen sus últimas hojas. La música, que no oyen, les da á través del cristal un tinte más melancólico. Las aceras están desiertas. Los focos eléctricos entre los árboles no calientan sus esqueletos; son congeladas lunas. Los caballos de un fiacre duermen, tan ateridos,

que no los despierta el pantanoso bullir del asfalto. Á cada pestañeo de los focos, con mayor expresión de sombra, las ramas dibujan sobre los muros espectrales siluetas. El alma, en los júbilos del vals, sale, vuela tras las hojas, y vuelve transida, pidiendo abrigo al cuerpo hospitalario.

LA TORRE DE EIFFEL

En el crepúsculo invernal de una tarde de enero, brilla en la cúspide de la torre de Eiffel, una estrella de oro, que tiende la cauda de un cometa. Nada falta para fingirlo; no es hijo de la fantasía; boga realmente más allá de las nubes.

Sin embargo, no impresiona. Sentimos que nos pertenece, sin que sea necesario decirse que en vez de inmensidad, pequeña, porque se aleja, es pequeñez, grande, porque se aproxima.

Así pasa con los talentos superiores mientras están en su torre. Pero la muerte los bautiza genios. El tiempo, que los distancia, al evitarles el roce contemporáneo, los convierte de focos manejables en astros intangibles.

ALTO RELIEVE DE RUDE

Dos capitanes presentan sus espadas. Otros dos traen sobre el escudo al guerrero muerto. La madre, de rodillas, abre los brazos y recibe el cadáver. Créese sentir en el movimiento el son del escudo, postrer eco del combate.

El cuerpo pasa del duro bronce al blando pecho, y á semejanza de la vid, se pliega al olmo. La vibración marcial arranca un sollozo, y el épico rumor remata en queja agonizante. El artista, espiritualizando los contornos, convierte así las líneas en sonidos; y el placer de la hermosura plástica se funde con el dolor de la sensación desgarradora. ¡Grande cosa es ascender hacia esa altura! Y más grande aun pisar su cumbre, donde un transporte de Belleza penetra en los abismos del espíritu, para con colores, ideas y sonidos, hacer una real lágrima. Desgraciadamente si tales

artistas no abundan en la tierra, no brillan tampoco de estos últimos ojos en todas las caras.

EN LA MALMAISON

El salón de música, sin su decoración antigua, llorando la ausencia de los seres y de las cosas, conserva en su centro el arpa de Josefina. Ese objeto basta: alumbra su época, y un Emperador de leyenda, que, vestido de acero, con el rayo en la mano, sē vuelve hombre, oyendo la inquietud amorosa de su alma, nos murmura: «El Dolor, que echa raíces de encina, da el fruto incorpóreo de la tristeza impalpable»... En tanto, sobre el arpa célica se yergue el águila épica. Apolo, en sus bajos relieves saluda á la Armonía, y Minerva, en un blasón, levanta la cifra de la Emperatriz. Sus incrustaciones de nácar se enlazan á figuras de bronce, y ágiles abejas vuelan entre estrellas de oro... El silencio de la cámara desmantelada adquiere voz bajo la alucinación de las cuerdas conmovidas. Manos ebúrneas, de sangre

roja, pulsan los cantos. Un ritmo febril presta al impetuoso ardor lánguida ternura. Y el águila imperial, de alas potentes y pico de gloria, no evoca á las Pirámides, ni recuerda á Austerlitz: suspira y se estremece con un corazón de paloma.

VENUS

La tormenta de una tarde sofocante se abate sobre el manicomio. Las rosas del jardín, encogidas por el bochorno estival, se abren á las primeras gotas de lluvia, y estremecidas voluptuosamente, dejan en su gratitud escapar sus perfumes. Las ráfagas de flores y tierra húmeda invaden las celdas de los enfermos, que reciben en los nervios la electricidad del aire. Súbitamente gritos y frases se resumen en un ¡ay! de pavor. La imagen imperiosa de Venus pasa. Una sola conciencia coincidente en un minuto da un único lamento: después, desasociándose, vuelve á perderse en cada ser, siguiendo los impulsos de sus manías.

El agua, en tanto, ahoga á torrentes el perfume de las flores, las arrebata de sus tallos, las aja sobre el suelo y las entierra en colchones de lodo.

LA CANCIÓN DE NAUCRATE

« No me corono de verdes mirtos: no perfumo mis dedos en los flexibles laureles. No busco la sonrisa de la diosa entre nubes de incienso. Al son de risueños himnos no me brindan los panales la miel de oro. Amarga como su cera está mi alma: huyóse la dulzura por invisibles grietas... Adonis vuelve de los infiernos y canta el día triunfal de la primavera. Le responden con ecos armoniosos el collado, el río, la selva. Todo es fulgor, y en mi huerto no hay palomas. Las venusinas palomas se fueron á lejanas cumbres, y no me quedó de ellas sino un recuerdo. Ved, al llevarse el rubí de fuego, que enciende el corazón desde sus picos, me dejaron en los cabellos la nieve de sus alas! »

LA CANCIÓN DE NEREO

« Real y fantasmagórica me hizo un mal profundo. Vino de región inaccesible y echó en mi pensar hondas raíces. La evoco palpitante y se me esfuma impalpable.

Su cabello tenía chispas áureas; cubríala un manto de nieve, ceñido con broches de rosas. Un aire suave de voluptuoso volar despetaló sus flores; los broches se deshicieron, la túnica pegada al cuerpo, onda de fuente ideal, desprendiósele ágil como velo de niebla.

La mujer, de pie, brilló desnuda. En sus ojos la inteligencia se convertía en amor. Era estatua en que los reflejos de las rosas destruídas, fundíanse con la nieve de la túnica evaporada.

Después la envolvió la sombra. Mas desde entonces, realidad y ensueño, vívida flor del jardín, creación quimérica del sol, despierta anhelos imposibles, aunque haya muerto cual desvanecido perfume.»

LA CANCIÓN DE EUDORO

« Junto á la cruz de mi tumba, poned una fúnebre copa. Tú, Glauco de Corinto, ilustre artífice, hazla. Que la llenen los rocíos y las lluvias. Que el ave se repose en sus bordes y beba anhelos en sus aguas. Que piense en la nube deshecha al llorar, y en la gota que gloriosa reasciende en el júbilo del sol. Así querrá volverse también nube, y sus inútiles ansias se convertirán en himnos. Cantará entonces á las flores que perfuman su nido, y será, sin buscarlo, voz de la primavera, reloj del tiempo, alma sonora de las estaciones... Cuando la hoja arrastre, amarillenta, la inquietud de la muerte, pedirá piedad al viento para la moribunda que pecó por bella. Más tarde, al ver en la copa de hielo el antiguo azul en silente sombra, dirá la esperanza de las nuevas armonías. La dirá en sus gorjeos desde la cruz,

cruz de piedra, reflejadora del sol, mensaje de lo infinito.

Poned ¡oh amigos! la copa sobre mi tumba. Que la burile Glauco de Corinto; y que atraiga con las alas de los pájaros, los ojos de los que adoran la Belleza. »

LA ESTATUA DE CERVANTES

Un escritor español me pide para una estatua de Cervantes en Buenos Aires. Tentado estoy de responderle: sũ estatua es el *Quijote*. No quiere, ni necesita otra. Los siglos desaparecen y viven al mismo tiempo el hombre y el monumento. No arropa el bronce la carne del pobre soldado inválido: ni da con su frío calor á su alma dolorosa.

Cervantes es el más noble de los escritores, por haber hecho de una cárcel de oprobio un palacio de alegría; por no haber maldecido, en nombre de sus penurias, el mundo que abandonaba, y haber escrito antes de expirar: « Adiós, burlas; adiós, gracias; adiós, amigos alegres; que ya

me voy muriendo, sin más deseos que los de veros felices en la otra vida. »

Él, quizá, no ignoraba que su tumba lo iba á devolver á los combates. Las Parcas le armaron Capitán. Su espada fué el *Quijote* y el libro ha peleado la buena batalla, poniendo sobre el silencio de la muerte las armonías de la gloria.

No todos tienen su genio, ni su fe, ni su heroísmo: España debe recordarlo. La mejor estatua de Cervantes será cuando aparezca un Zorrilla, por ejemplo, acabar con su miseria, y hacer feliz el verdor de sus laureles.

NEVADA

Nieva, nieva sin cesar. Viñas celestes en las brumas de los cielos desprenden millares de flores. El espíritu encuentra en el torbellino de sus copos las alas de sus sueños. La nieve dibuja sobre las cosas estelas divinas, y transforma las líneas en esqueletos de fantasmas. Añade á la blancura místicas gracias, y sobre los edificios y los árboles,

como sobre el lago y los arroyos, inmola cisnes. No se oye un canto de pájaro, ni el suspiro de una fuente, ni el más leve rumor... Detrás de un cristal, una niña sonríe: piensa, ante las alburas, en su manto de desposada. Su abuelo evoca los linos del sudario; y un poeta se dice: « Todo es contraste y relación en el mundo. La Muerte pone en los rostros inmaculados lirios, luz de alabastro, pureza angélica; después, tinte terroso y podredumbre. La nieve, cadáver caído del cielo, luce un momento albores deslumbrantes, y cambia en fango su belleza misteriosa! »

OSO BLANCO

Juega el pie de Carmen con una piel de oso blanco, y se contempla en su espejo. Es bella, pero se encuentra fea, y tira displicente el dije donde sus ojos acaban de indicar una cosa, mientras su boca murmura lo contrario. En un rincón un mirlo canta: « Mírate en la piel del oso y te verás mejor que en la luna desdeñada. El felino, violento,

tuvo ojos de *dulzura*. Más albo que los armiños adoró la sangre. Por sus narices frígidas despedía llamas. La muerte negra no pudo vencer su blancura. Entre las orquídeas de colores, no evoca bancos de coral, sino témpanos de hielo: entre las suaves lámparas obliga á pensar en faros deslumbrantes perdidos en costas de borrasca; entre las sedas y las muselinas recuerda zamarras hirsutas de grasientos esquimales... ¿No me oyes? ¿No me haces caso? ¿No quieres mirarte en la piel caprichosa? »

Carmen oye, pero no comprende. El canto del mirlo la fastidia; le manda callar. Después, incomodada por el silencio, ella misma tararea:

L'Amour est enfant de Bohême
Il n'a jamais connu de loi;

y se acuesta sonriente sobre la piel del oso blanco.

MAUPASSANT

Camino de un *baile de embajada*, *cruzo el parque* Monceau. Abro un instante el cristal del coche: los plátanos, en la noche, forman, cubiertos

de escarcha, cuevas estalactíticas. Hasta la dureza de los troncos parece fundirse en lágrimas. Evoco los versos de un poeta, que, en los inmateriales abismos del ser, vió grutas impalpables de llantos congelados. Los cisnes duermen como sombras petrificadas bajo el templete corintio. El agua que ayer rizaron con misteriosa armonía es inhospitalario hielo: el frío de la tristeza, anticipo de la muerte, les hace perder en la inmovilidad su gracia. Mas nadie piensa en ello, mientras pasan otros coches. En sus recintos íntimos, como en ambientes cariñosos, van las mujeres arrebujadas en pieles y muselinas: fantasmas de fiebre, á través de vidrios perlados, llevan la ansiedad gozosa que precede á las grandes fiestas. Y de pronto, entre los esqueletos de los árboles, el busto de Maupassant se dibuja en un claroscuro de sombra húmeda, resplandor eléctrico y aliento azulado.

¡Nadie amó más que él, á esas mujeres que rozan su monumento! Yérguese el espectro marmóreo como expresión de lo irreparable, dando adiós á la elegancia seductora, al placer de los perfumes, al encanto de la música; y ante las impasibles estrellas que, inconscientes miran los árboles escarchados, parece la inmortalidad hecha frío

con la voz sensible de la nada. La desolación de la noche agita el cuerpo; la estatua hiela el espíritu; y suena el lamento del anciano Varennes: «Pensar que millones de seres nacerán con una nariz, dos ojos, una frente, una boca, en algunos centímetros cuadrados, con un alma como la mía, sin que yo vuelva nunca, sin que jamás aparezca algo reconocible de mí, en tan diversas y semejantes criaturas.»

Maupassant escribía eso en pleno triunfo, sonriendo al sol y á la vida; y si su estatua pudiera hablar, no recordaría que, en nombre de la Gloria, ha salvado un rostro: repetiría á las mujeres las mismas palabras con más tristeza... Los coches siguen rodando bajo el cielo de invierno, entre las lágrimas de los árboles y los fantasmas del parque.

GLOBOS

En las Tullerías se ha lanzado un enjambre de globos: van á disputarse un premio de distancia.

La muchedumbre se retira como marea que se

vuelve; y de sus olas fatigadas sale un vasto rumor de comentarios.

Más allá de los hombres, de los árboles, de los edificios, y de la torre de Eiffel, el sol poniente, cual roja y gigantesca medalla, se incrusta en el tablero de una nube.

Más abajo, dos de los globos de la tierra, bogan, semejantes á medusas de marfil, en un mar de fantásticas algas.

Y un tercero, hostia pálida de aliento humano, asciende como luna, hasta fulgir en apoteosis de belleza, sobre el disco solar, en la inmensa gloria de púrpura. Los intrépidos navegantes dan, sin querer, la sensación grandiosa de buscar á Dios, con un espíritu de ciencia y de plegaria.

LA MUÑECA

De manera insólita, en una infantil comedia japonesa acabamos de ver corporizada la fatalidad indiferente.

La gheisa protagonista, viste con traje igual

al suyo una muñeca, que es su retrato. El caballero Ozana llega, y confundiéndola, se le declara. Prosternado, no obtiene respuesta. Habla de nuevo con más pasión. Idéntico mutismo. El amante se agita, al fin llora, y el silencio prosigue. Entonces, colérico, pega un salto de bestia herida, y blandiendo el puñal ataca á un nuevo espectador, el hermano de la gheisa. Éste, en la rapidez de la escena, no ha observado el equívoco: batallan como dos monstruos broncíneos de Ritzou, y heridos á un tiempo caen muertos. La gheisa acude y se hace el hahari víctima también de su insensata broma. Al jadeo de las respiraciones, á los rugidos de los hombres, á las quejas de la mujer suicida, sucede un silencio horrorizado. Y bajo un cerezo en flor, la muñeca inmóvil, que desencadenó la tormenta; entre alegres garzas de oro, sobre las lacas rotas, los kakemonos tumbados, y los tres cadáveres; sonríe picaresca, llena de gracia gentil, cual la vida renovada ante la muerte, y la Fatalidad sorda á todos los dolores!

VERSALLES

Las estatuas de la Galería de los Reyes viven en el recogimiento y en la tristeza. Toda estatua inmóvil parece rezar, aunque se llame Venus: se adora á sí misma, y es su silencio plegaria mental á la Belleza que la ha vestido. Estas de Versalles ante el amigo de climas lejanos, tienen aire de meditar dos veces. Envuélvenlas los reflejos tenues de sus músculos: sus ojos muertos, que se clavan en puntos invisibles, buscan en el espacio la vaguedad de su propio ensueño. Y el hálito de todos los cuerpos las cerca en la diáfana irradiación de un quimérico claro de luna. ¡Ah! la luna, fulgor espiritualizado de tristeza, más que como destello del mármol, surge cual reflejo blanco del sol de oro de su gloria... Desciendo hasta el parque, entre los árboles augustos. ¡Salve, oh, ilustre sitio! Tu recuerdo, que alguna vez quise fijar, me ha acom-

pañado siempre. Eres dueño de una forma de hermosura. El amor, el heroísmo, la gracia, el genio, que duermen en tus jardines eclipsan los lunares de tu época... He aquí el templo de Proserpina, el boscaje del rey, la fuente de Latona, la gruta de Apolo: el sagrado sueño señorial de las cosas penetra con su armonía, y se lleva las miserias del alma en silente acorde... El viento pasa. Un solo golpe de alas estremece el bosque. Vuelan enjambres de hojas secas. Giran en el ambiente otoñal, y rozando las estatuas, caen lamentables sobre las fuentes y los senderos. Pronto son miles en ráfaga, y crujen bajo los pies. El melancólico sudario, aunque mustio, muestra en el oro purpúreo un resto del antiguo esplendor; mas no recibirá como las estatuas el claro de luna de la gloria: menos lo recibirá quien, meditabundo por el parque, le deja nostalgias y cantos sin poder hechizar con sus sueños!

PANTOMIMA

Paseando por una feria de Amiens, entro en un circo: impresión insólita y desagradable, macabra y cómica.

La pestilencia de las caballerías, de los perros, de los tigres, unida al olor de las pipas y al vaho sudoroso de la multitud, torna irrespirable el aire. Un velo de humo brota del graderío, fúndese á la exhalación de los quinqués y al palpitar volante del aserrín, de modo que las figuras de la pista se debaten borrosas, como en las honduras de un acuario.

La multitud ríe á carcajadas. Mis ojos se habitúan. Sobre una cama yace un perro. Una perra, bajo los largos velos negros de su toca de viuda, aúlla erizada. Un tony, que trata de alejarla del cadáver, se seca el propio llanto con una esponja. Entra el carro fúnebre: lo guía un mono

vestido de sepulturero. Tira de su tren un chivato. Ponen en el ataúd al muerto; la perra se desmaya; el convoy parte entre risas y aplausos. Al recorrer la pista, el mono, martirizado por su enorme tricornio, pierde la malicia de sus ojos y mira con impresión de ferocidad. Envuelto en las nubes del tabaco y de los reverberos, de las emanaciones humanas y del aserrín, el carro traspasa la puerta. Estalla el regocijo de la multitud y el chillar de una murga fúnebre: no es esto un circo, sino una pesadilla, en que la risa degradada del hombre hace realmente lúgubre la farsa!

RUINA

En la hendedura de una ruina que cubren hiedras, se levanta un rosal. Sobre las pequeñas ramas, un zorzal ha colgado su nido. El pájaro, que rima con la planta, se estremece gorjeante. Entre las modulaciones, la ruina se diseña doblemente pensativa: las rosas inspiran el canto. Los trinos les arrancan sus alas invisibles; sus matices

encendidos se reflejan en los arpegios de alegría; mas, al interpretar sus contentos, el pájaro las agita y muchos pétalos se desprenden: las flores se mueren de oir la voz de su hermosura.

Un poema sin palabras, presta á la sombría grieta, inquietante misterio. ¿Qué amoroso transporte, qué ansia íntima de la savia, irguió en el duelo de la hiedra, y en el muro herido, la sonrisa espléndida de la flor?... El canto del zorzal no lo dice. Sus escalas siguen conmoviendo la ruina. Otros pétalos caen. Las nubes se rasgan, un rayo de sol se filtra y escribe sobre una piedra: ¡las cosas tienen secretos, las cosas son esfinges!

SAMAIN

Los muros del Pequeño Palacio, están cubiertos de tapicerías. Los baña la luz de los Campos Elíseos. En uno de los gobelinos, dibújase Apolo coronado por las ninfas en su gruta de Girardón. Desde su boscaje se divisa la fachada de Versalles.

Ó Palais, horizon suprême des terrasses,
Un peu de vos beautés coule dans notre sang;
Et c'est ce qui vous donne un indicible accent,
Quand un couchant sublime illumine vos glaces!

Al pie de los tapices aparecen trineos: tigres cuyas espaldas se abren y dejan ver asientos de sedas, con agonizantes espectros de flores; conchas tiradas por el Tiempo y por monstruos de alas de ángel y senos de esfinge; palanquines dirigidos por grifos de lenguas rojas, sobre escamas violáceas; y en las cajas de todos, la ilustración de los clásicos idilios.

Grand air. Urbanité des façons anciennes.
Haut cérémonial. Révérences sans fin.
Crèqui, Fronsac, beaux noms chatoyants de satin,
Mains ducales dans les vieilles valenciennes.

Los trineos tienen idéntico matiz; el oro purpúreo, envejecido en atmósferas principescas, exhala en el fondo de las decoraciones el lejano fulgor de un poniente otoñal.

Le bosquet de Vertumne est délaissè des Grâces.
Cette ombre, qui, de marbre en marbre gemissant,
Se traîne et se retient d'un beau bras languissant,
Hélas! c'est le Génie en deuil des vieilles races!

Los versos del pobre Samain, que acaba de morir, van y vienen, como natural melodía de las cosas. Muchos otros poemas murmuran y se alejan con vocablos que sugieren más que dicen. Alientos de boscajes, ritmos de fuente, almas de perfumes, se llevan también ideas y cantos, que no serán en su numen ni sollozos de la noche... Los trineos se animan. En uno, deslumbrante, surge el espectro de la reina, melancólico. Hace imperceptibles señas á la princesa Lamballe, más ligera, con el recuerdo de que fué más graciosa. Se inclinan sobre el palanquín, donde va silencioso el poeta rígido. El cortejo ideal se mueve. Todos los fantasmas del amor y el dolor, al son de lánguidos violines cruzan el estanque helado de Versalles, mientras los árboles de la vieja Francia dejan caer sus hojas, como flores de gloria, ofrecidas por la muerte!

SUEÑO

Sobre una pradera de rosas de fuego, un sol de ocaso llueve centellas de rubí. Súbitamente se apaga. La sombra invade la tierra, y extraña, troncha las flores: en la muerte del matiz expira el perfume.

Después, en los aires, flota una estrella. La forman los aromas y los colores mientras sucumben: es así el alma de la pradera. Las lágrimas de nuestros ojos reciben sus rayos, y esas lágrimas brotan porque cada flor evocaba un recuerdo.

El astro se eleva en el cielo; misteriosa brisa lo impele, y un hilo lo sujeta con manos invisibles. De toda la llanura se alza un suspiro pidiendo que no se corte el impalpable lazo; pero las manos se abren y la estrella se aleja rápida. Entonces el pobre ser, se lanza tras la vida de sus memorias. El silencio del astro produce pavor. Des-

ciende sin pararse, roza las llanuras, y el efluvio milagroso, luz en lo alto, se muere de haber tocado su fuente. Se ignora el lugar de la caída; la sombra intensa nos penetra y perdemos de vista hasta nuestra alma.

INQUIETUD

Siempre sitibundo buscaba el peregrino la fuente ignorada. Cuando un pájaro mágico le decía «es esa», el manantial á sus ojos perdía la frescura. Tendía á la Quimera en vuelo, la red impalpable: el desvanecimiento le dejaba angustioso vacío. Marchaba sin mirar las piedras que le ensangrentaban, por perseguir los astros que le huían. El infinito de la Verdad, sonreíale en un círculo de Ilusión, nuevo desengaño del vivir anhelante. Para él eran realidades lo brotado de una tela, de un perfume, de un celaje de la tarde, de un viso de la aurora, de un poema, de un gesto, de un canto. Sus noches fueron de alucinación y sus días de amargura. ¡Oh, el buscar en lo que existe lo

que no es, y el perseguir en el amor humano la plenitud divina! ¡Oh, el mal de fabricarse un destino doloroso por un fantasma de sueño!

LA DIOSA DE LAS PALMERAS

Al pie de una montaña de Río Janeiro, trasunto de biselado diamante, cubierto de vegetaciones, fulge en su templo, la diosa. En su imperio, los vibrantes bambúes sonoros, trenzan bóvedas erizadas por sus propios gemidos. Á sus voces responden los cantos de ocultos manantiales y de visibles fuentes. Los juegos de las espumas palpables persiguen las notas de las espumas escondidas. Los ojos, tras el rumor, buscan también el agua: esa armonía discreta, frágil pedal, hace sensible el silencio.

El sueño de la noche anterior boga diluído en los aires, y, encantado, espera que el crepúsculo lo anime y, lo lance en caricia de amor sobre los seres y las cosas. Se piensa en el Paraíso. Eva y Adán, ante la espada del ángel, se fueron, con

sus dolores, dejando en el seno de tal hermosura la paz de sus almas.

El jardín se complica. Calles de palmeras se alínean gigantescas; y plantas de colores ornan las prominencias de sus raíces, cual con ardientes fuegos de Bengala embalsamados. Las flores perfuman tan fragantes, que se las cree abiertas por la misma explosión de sus perfumes. En tanto, á colosal altura los penachos verdes dan la idea de nenúfares que flotan en ideales lagos de zafiro. Y parecen pulir realmente el cielo, y si una nube se acerca, estremécense para borrar la mancha del terso azul... Más allá, el sol se prende como fruto de la mayor copa, lámpara que domina las columnas de los troncos. Evocamos á Karnac, á Luksor, á Medinet-Abut; el bosque teje la apoteosis del lejano Egipto. Poetas, sacerdotes y arquitectos, imaginaron estas palmeras al mirar las del Nilo, y al construir á su imagen la maravilla de sus templos y palacios. Cuando la tarde cae, la luna finge entre los árboles fantásticas pirámides; la diosa brasileña anímase en su templo como la Isis de Filœ; y sonríe á sombras hieráticas, porque son sus jardines los Campos Elíseos de los Faraones!

LA CANCIÓN DE LOS ASFÓDELOS

« Somos las flores tristes de la tierra gozosa: ensueño de la savia de la sombra, hecho flor en la claridad de la lumbre. Nos alzamos como fúlgidas plegarias. Pálidas, sonreímos dulcemente; el llanto del hombre nos reanima sin lluvias ni rocíos. Tenemos un aroma sobrehumano, inefable en su esencia; no pedimos á los sufrientes que nos embalsamen como mortajas. Inspiramos piedades delicadas; el corazón se emociona tocado por ojos llenos de nuestra blancura; y con soplo de terneza arrojamos paz en los dolores. Al que fué digno de las rosas, en el imperio del sol, le cubrimos en la tumba; y nuestras voces sutiles se conciertan, murmurando: « Duerme tranquilo, la luna te envía un asfódelo. »

EN LA CALLE

Pasan sepultureros. Pasan acompañantes. Cruza el séquito. Por la ventana de una casa un hombre lo contempla; y el niño que alza en sus brazos llora. Llega el féretro. Los caballos tienen ricas mantas: el niño calla. El coche lleva vistosas plumas: el niño sonríe. Viene una cruz dorada: el niño aplaude. Se aleja el ataúd y aparecen las coronas: el niño pide á gritos la de más flores, la más grande, la que brilla más bella... Una mujer, desde un coche, lo oye sin comprender, lo observa sin mirar, con ojos dolorosos, inmensamente abiertos.

AURORA

Las ramas se despiertan; las sombras huyen de sus ojos abiertos; las hojas se sacuden, y desean libertarse de los sueños tristes. La aurora avanza; la realidad palpita; la ficción se esfuma; el poeta se ensombrece, y una lágrima es rocío de su noche.

El espacio se refleja en una fuente, libre de todo cieno. ¡Oh, nube que cruzas la hondura, revela el secreto de tus alas!... La blanca ilusión, impalpable, se va más ligera. El agua refulge con el azul intangible. La lágrima ha caído en la fuente: parece que la nube, llevándosela, adquiriera un alma. El sol ríe, el pájaro canta, la mies se columpia...

VASO

¡Oh, Dafne de la raza de los Eneades, olvida un momento tu ilustre sangre y mira este humilde vaso! Lo hizo Telesforo Alticos, que duerme ya en la isla afortunada donde reina Cronos. La ninfa de su pintura aspiró un rosal junto á una fuente: el perfume de las flores le infundió imposibles anhelos, y al ver la nube sobre el agua, quiso darle caza en los aires. Cupido, que la vigilaba alerta, le envió ágil su certero dardo.

Ofrece, ¡oh! altiva virgen, á Venus propicia, tus más blancas palomas. Quema en el altar de la diosa el mejor incienso: exalta á tu corazón entre los olores, y pide alas para seguir su nube. El vaso de Telesforo, nos enseña, que sólo cuando Psiquis vuela, el Amor la hiere!

SARASATE

No hemos visto nunca muchedumbre más dominada. Su propio silencio, augusto á fuer de absoluto, parece inmutarla. Confundidos hombres y mujeres, forman un monte de humanidad vibrante. En el vacío de concentrada atención, gime prolongado un acorde que, no siendo visible, resulta más fugitivo que un hilo cadente de agua.

Palpita el espíritu de la multitud en la punta inefable de la nota, ya desenvuelta hasta estallar, ya afilándose hasta desvanecerse, ya adquiriendo en el arpegio muerto alas imperceptibles. Y al renacer la sensación en la espiral de su hechizo, vuelve ese espíritu á través de relámpagos de gozo y de lamentos sollozantes.

Por fin, sobre una pausa estupefacta, rompe un volcán de aplausos, gritos ahogados, saludos espasmódicos, movimientos, delirio, locura. Sara-

sate, en tanto, mira como sorprendido su violín, y desde arriba parece un muñeco teniendo en la mano el carozo de una fruta.

Beethoven, el interpretado, no supo, en realidad, á qué fuerza obedeció al combinar las notas: ni el intérprete, por qué impulsos halla tales sonidos; ni el público, por qué, vociferante, se levanta sin análisis, como el mar ante la luna. ¡Ah! el enigma de todas las concordancias. Espectáculo de títeres, unos sublimes, otros humildes: los hilos de sus miembros se antojan ser los rayos de sol que, por una claraboya, caen desde lo infinito. Y nos preguntamos aún, qué hay detrás del hombre, y por qué Dios sonando en una cuerda, sin decir palabra de su misterio, ha despertado una tempestad en las almas, burlándose de sus escalofríos y de sus inconscientes ideas.

EPITAFIO

Extranjero que pasas, oye la voz de Eulépolis de Delfos. Si no adoras el canto prosigue tu camino; no reposes tu frente sobre este collado; ni

leas á la sombra del laurel, el nombre de la que duerme á tus plantas. Pero si el canto te cautiva, detente y no olvides más ese nombre de Lysimaca.

Nació como la alondra, y el viejo cielo fué nota juvenil en su garganta.

Vivió como el ruiseñor, y la obscuridad de la noche halló por ella un eco de la primera aurora del mundo.

Murió como el cisne, y su último himno, mortaja transparente de su espíritu, dejó una nube al júbilo del día.

¡Oh, tú que adoras el canto, imagina el dolor de mi destino! Ya no existe la voz, consuelo del hijo del bosque, que hacía nacer en la más densa sombra una luciente estrella... Pasajero, quienquiera que seas, compadece al que vaga por la tierra solitario.

BAJO LA NIEVE

La nieve suspende en los arbustos de Lyon caireles inmaculados con lumbres melancólicas. Un ciego canta en la calle; canta sobre la acera

solitaria; y ningún eco responde á su armonioso lamento. Lo envuelve el reflejo cinerario de una necrópolis fantástica. El hombre llora. El órgano llora. La soledad llora. Y lloran los arroyos, los árboles, las nubes... Ha muerto el lazarillo que fué mirada en los ojos sin pupila. Estridente el engranaje, comunica su angustia. El sol mismo, tras las nubes, pierde sus llamas, y su fuego helado cae en nieve. En el turbión de los copos, vibra extraño el gemido de un alma en pena. Alma en pena que no infunde fulgor de esperanza al espejo de las alburas. Alma en pena que se absorbe la infinita congoja... En la frigidez de los livores, los sones tiritantes dan al espectro una serenata de amor. Son las bodas de la Muerte y de la Miseria: son las nupcias en el tálamo blanco de hálito sepulcral... Canta el ciego; llora el árbol; gime el órgano; llora el mundo...

MEDITACIÓN

Los pájaros gorjean, las fuentes gimen, las brisas murmuran. En el plinto de la Venus de Versalles reclínase Helena. Semejante á la estatua impasible, se dibuja olímpica. Su ensueño extático se enlaza á la diosa con vida de misterio. En sus labios vibra sin hablar la emoción plácida. Las ondas de profunda inquietud se adormecen en su tristeza. Las sensaciones en los reflejos de sus ojos forman un abismo. Bajo el mármol de su frente, el silencio de sus ideas, augusto como el del cielo, se puebla de astros que marchan y alumbran sin hacer ruido... Los pájaros la miran, las fuentes la arrullan, las brisas la besan. Brisas, fuentes, pájaros, se callan, y, más que la estatua, es la mujer el alma de la muda universal armonía!

BAILE

Huyendo del baile de disfraz nos refugiamos en el jardín. La alegría brutal hiere en su regocijo. Nadie se conoce. Hombres y mujeres gritan. No es un manicomio que se viste, es un hato de imbéciles que se desnuda: aquel mundo, poniéndose la careta, se quita la máscara... Soplos de frescura juguetean entre los árboles. Un círculo de eucaliptos finge legión de fantasmas.

Las araucarias muestran los diversos pisos de sus hojas cadentes, como pagoda en que las alas y los cantos de los pájaros, fueran á substituir en el alba las gloriosas campanillas. Un bosque de sauces desfloca cabelleras como de náyades pensativas, petrificadas por la noche, sobre un lago de cristal semejante á una niebla de luz. Y más allá dos palmeras dormidas inclinan sus ramas al peso del sueño. Aparece una máscara japonesa.

Alzamos los ojos. La luna, entre las hojas de ambas copas, teje divina tela de araña: y el astro mismo en el centro de la red se cimbra, como un insecto... La gheisa cruza el oquedal, y solitaria, se pierde por el borde del agua. Bendecimos á la noche tristemente. ¿Qué Hokousaï sería capaz de superar el paisaje? ¡De ahí la bendición! Y qué efímero el insólito cuadro: ¡de ahí la tristeza!

RODODENDROS

Eclipsan en las Serres de la Reina á los tulipanes y á las hortensias: divina tierra de ilusión engendró los ensueños de su matiz. No son bellas cosas, son seres de misterio. Fuegos embalsamados que, en sus pétalos, quieren estallar en llamas, finalizan en frescas visiones. En carnes aéreas, que tienen la gracia de extrañas mariposas, los nervios de su vida cobran alas... Los rayos del sol caen sobre su hermosura, y tornan su postrer elegía en apoteosis: la lumbre de oro, antes de morir encuentra la aurora, y en el color prismático su tumba, y en el perfume sutil su epitafio.

ESPECTROS

El hombre pálido, que llevaba en la frente el beso de mil tristezas; el hombre solitario, que guardaba en el corazón las heridas de mil dolores; el hombre desesperado, que tenía en el espíritu la tumba de mil sueños; se puso á hablar de pronto á los viajeros en la mesa de la hospedería:

« Soñéme anoche en mi casa de hace cincuenta años. La persona de una abuela que yo no conocí, ocultaba un lecho. En él yacía mi madre. Entre sus lamentos, oíase la voz de un médico. Mi padre, enloquecido, oraba en un rincón del cuarto. Yo sabía muy bien quién causaba tanta angustia; y tiritando con frío sudor: « ¡Ah! — pensaba — que á lo menos nazca muerto! ». La anciana sonrió feliz. Cesaron los ayes de mi madre. El médico gritó gozoso. Mi padre elevó una acción de

gracias. Yo temblé horrorizado: mi propio llanto me hacía saber que estaba vivo »... Y diciendo el forastero se fué, casi como una luz, perdiéndose en la sombra del bosque. Reinó en la mesa profundo silencio: un hilo de cristal marcaba el tiempo invisible con sus palpables lágrimas.

LA SOMBRA DE LA NINFA

Partió Eros en aquella tarde, alegre, ágil, feliz, llevando en sus alas la música de un arpa divina. Partió camino del bosque, después de recibir un beso de su madre y de afilar una flecha en el tronco de un naranjo vestido de flores. Partió con la idea de sorprender á una ninfa. Venus, celosa, admirándola bella, sabiéndola astuta, y temiendo que su amado la mirase complaciente, enseñó á su hijo: « Clávale esta flecha cuando vea á Nereo, que tanto se parece á Adonis. »

La diosa no ignoraba cómo el amor enceguece, sin preguntarse las consecuencias de sus engaños. Nereo bebía en la fuente, tranquilo, y en el mo-

mento de llegar Eros la ninfa le admiraba, y se decia: « ¿No es este aquel efebo que ilumina las espesuras y que guía un ciervo de cuernos de oro? ». De pronto recibió una flecha, y el mancebo halló todas las gracias del mundo á sus ojos. Después avanzó sin cautela, emocionada y febril, hasta beber en sus labios las frescuras de la fuente. Á sus ardorosas palabras repuso el pastor sorprendido, y ella, no reconociendo la voz, prorrumpió: «¿Cómo te llamas?». El otro murmuróle: « Nereo »; y luego, al comprender su congoja: « ya lo sé, me confundes con Adonis. »

La ninfa le agradeció mucho que la dejase; pero, una vez sola, el llanto desatósele sin consuelo. Gimió de tal manera, que Eros se puso á temblar al borde de las aguas. Ella avanzó, y como su sombra se dibujase bajo el sol, pronunció la palabra de un conjuro.

Huyó en seguida, gritando desde la puerta de su gruta: « Arrópate con mi sombra. »

El niño vió á esa sombra, inmóvil en el suelo, tangible y mágica: tenía el calor del sol que la había engendrado; pero, al echársela sobre los hombros, la sintió con el hielo del cuerpo de que se desprendiera.

Y entre la caverna, silenciosa como un sepulcro, y la fuente, cantante como una cuna, Eros, en aquella tarde, se murió de frío.

LA CATEDRAL DE MEAUX

El sol, desde los vidrios claros inunda las ojivas blancas y las sillerías obscuras. No vibra un solo rumor: cruzaron alas, y el silencio reina, para oirlas perderse en el espacio. Los lampadarios de oro alumbran mudos, la vasta soledad. El espectro grandioso de Bossuet alienta bajo las bóvedas. Cumbre del catolicismo, que hizo á la Francia, no se alberga en su vecino palacio, donde crece el musgo y se acumula el polvo ante un guardián, delegado del Parlamento. En la nación dominada por un poder sectario, sus correligionarios son los parias; mas la tiranía, á veces violenta y casi siempre hipócrita, no barre las sombras de los muertos.

En el altar del coro arden dos cirios. En el fondo del ábside, tres vidrieras entre el blancor

de las ojivas, muestran el sueño místico de las figuras seráficas. El fantasma humano se hinca y reza: la dulzura de un carácter que atestiguaron sus contemporáneos, anima su rostro melancólico; la gloria de su alma no lo consuela de la persecución á su templo. Muchas cosas aletean en torno de su frente: los relámpagos iluminantes de la historia universal; los pensamientos de sus Elevaciones y Meditaciones; las luchas con los jansenistas; las controversias sobre la Reforma; la refutación del quietismo; la magnificencia doliente de sus oraciones fúnebres; toda su carrera de águila de Dios, que no perdió su corazón de hombre. Si su verbo pudiese vibrar en el órgano, las notas estallarían con los fulgores de los salmos. Mas no gemiría con el Kinnor del antiguo Israel, suspendido en las ramas de los sauces: sin caer en estéril tristeza, la nube del Desierto, brotando de su mente ígnea, tomaría las formas de estrella nacional y guiadora... Los profetas subían á las cumbres de las montañas para traer las leyes de divino soplo: hoy los templos elevan monumentos y los monumentos abrigan sombras, cuyas almas desde la gloria impalpable, mandan reflejos de acción sobre la tierra tangible. Las tumbas tienen

en sus silencios, armónicos rumores; en su esterilidad fecundas ideas; en su reposo sentimientos militantes; en su muerte lecciones de vida: la de Bossuet es un escudo que ofrece una espada.

El obispo, en lo alto de una roca, se apoya en el cuello de un águila. Abajo, meditan una religiosa, una princesa, un gentilhombre y un soldado; el pueblo y la corte, la fe y la Francia. Las penas de su mármol parecen actualizarse. Alce el pueblo de San Luis la cerviz humillada; renazca, ore, luche, y las figuras de los abuelos sentirán un estremecimiento de júbilo, y el obispo se eternizará bendiciendo desde la roca, sin que su espectro vuelva melancólico á sorprender al viajero, bajo la Catedral blanca!

LA FUENTE DE SOISSONS

Los olmos duermen bajo el sol del mediodía, á la hora de la siesta. Sobre los bancos solitarios, caen aquí y allá silenciosos discos de oro. Herméticamente cerrado, un hotel del siglo XVII

muestra un blasón esculpido y el cuadrante de las horas. Dos geranios lucen flores de fuego en las urnas de las rejas. Los edificios de la plazuela yerguen hastiales llenos de trepadoras juveniles, que realzan la vejez calcinada de los muros. Por la ventana abierta de una escuela, el acento salmodiante de una institutriz acentúa el silencio: forma el ritmo del Tiempo mudo, dando voz al reloj solar de la morada maciza, mientras, tranquilo en el centro de la plaza, responde el murmurio de la fuente.

Un perro bebe en ésta, y sigue su marcha jadeante, el hocico hacia el suelo, cual huyendo del sol al buscar su sombra. El rincón aparece, entonces, más solitario, en su absoluto reposo. Allá, en lo alto, Venus, en bronce ennegrecido, adelanta esbelta con una espiga. La obscuridad de la estatua, el verdor de una rama y el azul del cielo, se escalonan y se atraen, en un arpegio de belleza minúscula y de espacio infinito. Abajo, la fresca caricia invisible que exhala la fronda verde, adquiere en los chorros de agua, como dedos de cristal. En cada ángulo de la fuente un Amor arranca un pez negro á la espuma blanca. Pero el último abandona la linfa, sonríe, se dirige al aire

y aprisiona un pájaro. Las doncellas, deben llamarle heraldo de real primavera: lo que caza es una golondrina. Así simboliza el anhelo de un feliz matrimonio, único romance de sus vidas apacibles.

Oyendo la voz de la escuela, gozando del reposo de la plaza, no anatematizamos el hastío de la villa provinciana: su paz nos encanta. Y ante el palacio que, hermético se defiende de la calle, y su cuadrante que, sin sobresaltos marca las horas, murmuramos con la inquietud de las almas nómades, un viejo verso, leído no sabemos dónde:

Naître vivre et mourir dans la même maison...

SAINT-MEDAR L'ABBAYE

De las dos gigantescas torres que se levantaron sobre el puente levadizo, quedan montículos de escombros junto á una capilla. Los árboles centenarios de un jardín les prestan tupida sombra. En el centro, un niño conduce un ángel. Vestiglos del antiguo esplendor, recorren los espec-

trales sitios que fueron un tiempo evocación del primitivo Paraíso: la terracota antigua de sus cuerpos empieza á suspirar por el polvo de los muertos.

Hasta hace dos siglos, claustros con logias enrejadas abrían sus glorietas entre macizos de flores, estatuas y fuentes. La gracia de esas imágenes sonreía ante el duro gesto de las murallas. Hoy, una cripta señala apenas el fundamento de las fábricas de Clovis y Carlomagno.

La ruina simula una caverna. Sus ventanillas, en lo alto, entre muros de sombra, filtran la luz verdeante de los ramajes: se cree estar en un fondo marino. El frío intenso da la sensación de un baño de humedades. Se delinean abiertos, varios sarcófagos. Clovis venció cerca de Soissons al romano Syagrius. Aquí empezó su fortuna y su gloria; la Francia, como lo dice de Maistre, con la ayuda de Gibbon, se fundó también por el esfuerzo de los obispos. No es extraño que en el abandono que el gobierno actual ha hecho de la Abadía, se convierta una caja de mármol en osario común de sayales y armaduras.

Las capillas de la cripta aparecen desmanteladas. Fragmentos de estatuas siembran el suelo

Algunas piedras muestran las flores de lis con los báculos. Se leen inscripciones en idioma bárbaro y en latín elegante: son fe de bautismo del templo, actas de propiedad, memorias elocuentes de los cimientos de una civilización. Salimos de la frialdad desolada y nos envuelven caricias luminosas. Marchamos entre olmos centenarios y cipreses pensativos. Una escalera cubierta de musgos nos lleva á la torre que sirvió de prisión á Luis le Debonnaire. Y siempre resulta así: la inquietud y el dolor viven en la paz de las ruinas. La historia, animándose, no se amortaja en sus hiedras: dice las melancolías del mundo, y murmura que los ojos de reyes y de siervos, fueron una misma fuente de llanto.

En la cumbre de la torre hay una terraza; en la terraza vegetaciones salvajes; y entre mastranzos y parasitarias, se levanta, de tamaño natural, un Cristo crucificado. Su insólita visión sorprende y estremece. Los pájaros anidan en su corona y las espinas defienden las plumas llenas de canto. Los ojos del mártir se inclinan hacia la tierra; pero la cruz, proyectándose en el cielo, ofrece su cabeza al beso de las nubes.

En aquel Calvario del reino de San Luis, alientan

angustiosos pensamientos. Las aves vuelan alegres en la atmósfera de sol: el alma triste no las sigue; se posa en el rostro del Dios de los Cruzados. Vibra el grito de una gran cristiana: «en Francia, la corona de espinas ha salido de su frente, para caer sobre su corazón»... Á lo lejos, el Aisne, sierpe de plata, brilla entre trigos, remolachas y avenas verdes, que bordan tapices amarillentos y purpúreos. La fecundidad alaba al Dios de las mieses: la bendición antigua renace para el sudor del trabajo, y la Redención vuelve á gemir en el espíritu de Cristo... Dos hilos del telégrafo casi tocan la cruz, perdiéndose en el horizonte. No se piensa en los mensajes de amor á que pudo sonreir, ni en los del sufrimiento que pudo iluminar con la eterna esperanza: se evocan las ráfagas de odio y guerra que lo sacudieron en la lucha de los inventarios. Y ante esa chispa, ignorada de Palestina y Roma, chispa que lo encuentra inmortal, desde que todo se hace por herirlo, el Nazareno murmura: «Los gobiernos pasan como las nubes; yo permanezco como el cielo»... Entre los horrores de la próxima revolución, cuando el Evangelio sea el único refugio de la tolerancia, sobre las ruinas humeantes y los

hombres amedrentados, nos parece ver la sombra del obispo de Reims diciéndole á Francia como á Clovis en su bautismo: « *Baisse la tête, Sicambre adouci, adore ce que as brûlé, brûle ce que tu as adoré.* »

LUIS DE LINIERS

Hojeo el viejo libro en la biblioteca de Pont-Jarnó. Á través de los cristales del castillo, la selva de Segontigni se dibuja en el horizonte. En el parque las verduras juveniles brillan al sol: los árboles contrastan con el volumen que no reverdece; y una invocación á la noche, exhálase de la silenciosa vihuela, envuelta en polvo melodioso de luna.

Déese á l'amour secourable
O nuit, propice á mon ardeur,
Permets qu'un amant misérable
Te parle encor de sa douleur.
Jadis ton retour favorable
Ne m'anonçoit que le bonheur,
O nuit paisible
Voile épais
Cachez bien les regrets
Et les voeux d'un cœur trop sensible.

El canto ligero, en su dolor, me estremece, cual un magnífico coro de Racine: quizá por la instantánea melancólica sensación de que, de aquí á cien años no vibrará una partícula mía en otro espíritu: quizá por el sentimiento de oir el ritmo, en su propia cuna, en el país de Francia, sobre tierra que maternal asila tumbas de cruzados... Mis dedos hacen girar las páginas. Se escapa un papel amarillento. La mano que escribió los versos pintó sus flores. En los ángulos cuatro *bleuets,* agonizan dulcemente, en el rayo de sol entrante, como espectros matizados en un arpegio de Lulli. En el centro se lee una canción de envío: el conde de Liniers regala una linterna á mademoiselle de Lachainage:

Avec un meuble tout pareil
Dans Athènes, certain cinique,
Poussé par son humeur caustique
Cherchoit un homme au grand soleil.

El mueble debe servir á la dama, para buscar al prometido de sus ilusiones. Vemos llegar la linterna á su destino, y entre las citas clásicas del gusto de la época, iluminar los Amores de Boucher: la vemos favorecer en la silla de manos por la noche, el arreglo de un lunar empolvado:

la vemos alumbrar una alegría ó un dolor, y apagarse en seguida como dos ojos, en la eterna sombra de la muerte.

Sigo recorriendo las páginas: *Madame et tres chère epouse.* El primer párrafo, lleno de la antigua cortesanía, precede el relato de un viaje á Viena. Luego se suceden poemas compuestos sobre un aire á la moda: *J'ai vu la Meunière en passant.* Son flechas irónicas al número 3 de la masonería. Algunas canciones evocan otro aire: *Le plaisir couronnè de fleurs.*

Ahora, el poeta, saluda á su amada Iseult:

La belle Iseult dans la prairie
Disoit en son tendre depit:
A quoi me sert d'etre jolie
Si mon ami ne me le dit?

Después, se querella con una coqueta. La reina de Mariveaux, pintada por Nattier, se le aparece real y amenazante:

Le dieu dont vous êtez l'image
M'a trop seduit pour mon malheur,
Les chaines d'un tendre esclavage
Vont encor peser sur mon cœur;
S'il faut, en vous rendand les armes,
Gemir de vôtre cruauté;
Par pitié cachez-moi vos charmes
Et rendez moi la liberté.

Mas allá su verba ágil se inflama y sonríe amablemente al comentar este caso. Los capuchinos de la plaza Saint-Ovide (hoy Vendôme) pidieron al embajador de Roma, el duque de Nivernois, una reliquia de su santo. Al propio tiempo, el mariscal de Richelieu reclamaba al mismo señor, unos embutidos de Bolonia. La posta equivocó las direcciones; y el poeta consuela á los monjes:

Fait du hazard n'est rien que providence!

El castellano de Pont-Jarnó, interrumpe mi lectura para advertirme que nuestro tío abuelo compuso tres dramas que obtuvieron gran éxito en Burdeos. Las obras se han perdido cual más tarde las ilusiones del curioso caballero, que acabó por convertir su espada en báculo peregrinante de amoríos y quimeras... Vuelvo á abrir sus páginas; desfilan las carrozas de Luis XV en que tomó asiento, y llega el soplo de la juventud del poeta; vibra el encanto de la Pompadour, y me parece oir á Saint-Victor: «Tocaban las artes delicadamente con trompas de abejas y alas de pájaros»... Y los pájaros cantan la primavera en el parque, y sobre los vetustos caracteres se alza un Cupido. Se anima, gentil y rosado, pero hojas

otoñales tejen la venda de sus ojos. Se calienta en el rayo de sol y murmura: «Estos versos no ocultan, como las plantas, brotes en el invierno: llevan el luto de flores que no retornarán nunca». El rayo de sol le contesta: «Ha muerto, sin duda, la fuente de su savia, pero sobrevive la espiritualidad del sentimiento. Son el sepulcro de una voz, y la voz no se corrompe: embalsamada en un ritmo, la salva su armonía». Déjoles discutir, ya que no puedo expresar la sensación que producen entre muros que aun encierran los espectros antiguos. Mejor es leerlos, identificándose con el vecino clavicordio, que no se analiza cuando suena los minués abolidos. Mas el rayo de sol sigue diciendo: «Me penetra la melancolía de algunos poemas; hasta los alegres la exhalan: tienen la tristeza de un grano de incienso que supiese que la nube de su aroma, hace inevitable su muerte.»

Vuelva el ligero, amable libro, á dormir bajo el peso de los grandes volúmenes. Vuelva hasta que una mano menos ruda que la mía, despierte armoniosamente á su Cupido primaveral, que tiene por venda las hojas del otoño.

LA MUSA DEL PUEBLO

Marcha el pueblo de Nancy hacia el parque de la Pepinière. La noche de verano, calurosa, exhala, mientras los plátanos respiran, singular dulzura. Los edificios de las dos grandes plazas, el arco de triunfo y la estatua de Stanilás, toman aires de fiesta. Las fuentes, llenas de figuras y de aguas espumantes, entre las rejas de oro, traen el recuerdo de Versalles. Los palacios simétricos, con el blasón de su gracia armoniosa, obra de Emmanuel Dere y de sus colaboradores lorenos, plasman una de las páginas más elegantes del siglo XVIII. La espiritualidad de sus formas hunde sus raíces en tierra cultivada por un gusto de siglos. La multitud sigue pasando y llena el parque, donde se celebrará el misterio de Gustavo Charpentier, la Musa del Pueblo.

Los focos eléctricos se apagan: sobre las ma-

sas enormes de verdores sombríos, flotan difusas vislumbres, estremecidas por los movimientos de la multitud nerviosa. De pronto se enciende un castillo de vegetaciones. Resplandece su puente en la altura de las copas de los plátanos. Brilla cual si una luna de apoteosis estallase coloreándose en sus contornos.

Entre arpas que arrojan destellos de oro en el resplandor de plata, salen los heraldos, anuncian á la Musa del Pueblo y llaman á los poetas de los cuatros horizontes.

Fiesta de lujo, de placer y ensueño, anima el centro del castillo. Las bailarinas, aladas, aparecen, como Willis, de los ramajes encantados; y aéreas, graciosas, persiguiéndose en un mundo irreal, dan la sensación de subir, vibrantes, á prender sus tules en las estrellas.

La música las acompaña, pero la orquesta no se ve: sólo las arpistas albean entre las cuerdas como fuente fantástica de sus juegos. En tanto, blanca también y también hermosa, sonríe la Musa popular, apoyándose en el cielo, desde su alto trono. El baile de las hadas se complica en un rapto de júbilo, pues la imagen de la Belleza, mezclándose á sus coros, aumenta el remolino de los

tules, de los rostros, de las alas. Luego, levanta los ojos, y mirando á la solitaria Musa, escala ágil la gradería y le ciñe la frente con su diadema de rosas.

Al mismo tiempo un poeta de amargura, negro Pierrot, más tenebroso que la sombra, agita sus dolores entre el raudal de las nieves deslumbrantes. Es el hijo de alabastro de la luna, vuelto carbón en las realidades de la tierra. Las vaporosas hadas lo rechazan: quieren risas y contentos. La Belleza, piadosamente lo toma de la mano, y lo levanta hasta la Musa: el hijo del dolor se besa con la hija del pueblo. Pierrot renace á la esperanza: evoca el brillo primitivo de la luna; el carbón se transfigura en diamante.. El canto de los coros estalla en himno; palpitan los ámbitos de sombra; y la fanfarria triunfal, mientras el castillo se extingue, inunda de luces el parque... La multitud, entusiasta, se escurre por las calles y las plazas. Desfila al pie de los monumentos, entre los árboles tallados y las fuentes parleras: es el inquieto pueblo francés que, como el ateniense, lleva en sus entrañas la aurora de todas las musas!

LA CATEDRAL DE ESTRASBURGO

Al pasar Avricourt los funcionarios de la estación reciben con uniformes de soldados y con aire de generales. Nos echan de la plataforma y del andén; nos encierran á gritos en una empalizada de hierro: estamos en Alemania. Cuando después el tren marcha, el paisaje aparece cubierto de cuarteles. Bajo cascos puntiagudos y casquetes chatos, muchos ojos toman tras los teodolitos distancias y alturas. Vemos los accidentes de los terrenos; las aristas fundidas en ondulantes armonías; los colores tendiéndose vaporosos en una atmósfera de Corot; y los árboles siguen hablando francés como nosotros. Las disertaciones sobre el prejuicio de las razas, para probar que no existen puras, y que un español no se acerca á un francés, porque en realidad no son latinos, se nos presentan de pronto como ridículas. En

España, nos sentimos en país propio. En Italia, á más de Italia, una nube que pasa nos habla del cielo de la Grecia. Aquí nos es imposible sofocar un hostil movimiento contra los conquistadores de Francia. El respeto por un Kant ó un Hégel, la admiración por un Goethe ó un Schiller, el amor por un Beethoven ó un Wágner; toda la indiscutible grandeza de este fuerte pueblo, no nos cautiva. Y al descender en Estrasburgo, miramos la Catedral y no podemos dejar de mirar también la plaza en que se confunden letreros franceses y alemanes. Preferimos las ciudades netamente teutonas, donde no cruzan alsacianas con sus grandes tocas negras. He aquí una vieja que acompaña á una niña: las al parecer alas de una mariposa de duelo, se inclinan sobre las otras más pequeñas de la cabeza infantil. Entre la que lleva su luto á la tumba, y la que con él sonríe á la vida, pasa el espíritu del suelo natal con un soplo de inútil epopeya. Mientras domine á la Francia el régimen que la condujo á Fachoda y Algeciras, no puede pensar la nación, en una política de más allá de sus fronteras.

Al pie de la Catedral nos sentamos en una mesa; una chicuela de nariz respingada y labios

finos, se nos acerca ágil y amable. No trae toca, pero su gracia natural anuncia su origen. Á la derecha se alza una taberna de maderas labradas, negras y rojas, con sus lucientes vidrios biselados.

— Hermosa casa — le decimos. Y colocando el te, nos responde:

— ¡Ah, señor: es un verdadero edificio alsaciano!

— Pero, ¿hay en la ciudad — agregamos — muchos otros buenos y modernos?

— Sí; por ejemplo, el monumental palacio del Emperador, tan horroroso.

Y es de ver su mueca gentil, en que el gusto heredado de la raza, se abre en su humildad como una flor altiva.

La Catedral se levanta majestuosa, hablándonos en diverso tono. Hecha por arquitectos alemanes, principalmente por Erwin, luce, á pesar de sus características líneas rectas, modalidades francesas. El que visita sus naves y conoce á Saint-Denis, no encuentra difícil adivinar su cuna: es una hermana mayor de la abadía de los reyes. Su fondo, sin embargo, pertenece aún al románico. En honda cueva de plegaria, todos los dolores

se juntan, abrumados hacia la tierra, como las bóvedas pesantes y húmedas. Pero en la gran nave gótica, las ojivas, las rosas, las vidrieras, exaltadas por la fe, disipan esa sombra de amargura: las lágrimas de los arcos se vuelven luces, las luces, colores, y los colores alas, para perseguir el repique de las campanas en el espacio infinito.

Las reminiscencias de Saint-Denis en la fachada, toman aún contornos más grandiosos. El recuerdo se hermosea, como todos los recuerdos, y, matizándose sublime, se petrifica augusto. Solamente la flecha de Rouen puede competir con la de Estrasburgo, al clavarse en el corazón de los cielos abiertos. Pero en la iglesia normanda, se yergue en su centro, viéndosela á través de una perspectiva, mientras aquí, perpendicular al atrio, hace aérea su masa colosal, juega con las nubes, y, en vez de abrumar, eleva en su movimiento. Por sobre las pirámides y los hastiales verdes de los techos, más allá de las torres y los balcones de piedra, levanta las estatuas. Vanse así tras ella los patriarcas pensativos, con las vírgenes sabias y las vírgenes locas, y los ángeles que renuncian á sus alas en el empuje del vuelo. La siguen los Dagobertos y los Augs-

burgos en torno de Clovis, fundador de la fábrica; y se lanzan en su arrebato, redes, molduras, calados, tréboles, veletas, mientras la tierra maternal la detiene con un esfuerzo de su entraña pujante.

¡Inolvidable y poderosa sensación! El silente tumulto que la cúspide arrastra, luce un matiz sombrío de sangre y un verdor alegre de esperanza, bañándose en la aplacante armonía del azul sereno.

Las efigies empiezan en Clovis y acaban en Luis XIV. Á la impresión de la fe de Cristo, exaltada por la grandeza divina, se une la del afán de la patria, sostenido por la grandeza de un pueblo. Toda Catedral gótica hace pensar en Francia cuando se conoce el país en que la hermosura agota á la piedra. Y nos parece que, custodiando la de Estrasburgo, adelanta imponente la procesión de las torres. Las vemos desfilar desde Saint Denis hasta Aigues-Mortes, ligeras ó majestuosas. Llegan las cuatro redondas de Laón, las dos simétricas de Nôtre-Dame, las desiguales de Chartres, las incompletas y melancólicas de Amiens, las concluídas y triunfales de Reims, la violenta de Rouen, las del Renacimiento de Orleans, las coronadas de Tours, las medioevales de Carcasone, las con baluartes de Albi; todas, y cien más,

cruzan y dominan el espacio como atalayas del mundo. Por sobre ellas vislúmbrase otra alemana, donde la piedra tombal de Carlomagno evoca los apóstrofes de Hugo. Carlos V, bajo las bóvedas de Aix-la-Chapelle, ante el sarcófago formidable, habla con el soplo del poeta, y Francia palpita, en la musa, cuando las bóvedas devuelven en ecos las viriles palabras:

Charlemagne! c'est toi!
Ah! puisque Dieu, pour qui tout obstacle s'efface,
Prend nos deux majestés et les met face à face,
Verse-moi dans le cœur, du fond de ce tombeau,
Quelque chose de grand, de sublime et de beau!

¡Sí! Francia palpita, porque, también sin querer, se aparece la sombra de Napoleón, que miró sobre las cúspides góticas el símbolo de su pujanza: «La victoria marchará á paso de carga. Y el águila, con los colores nacionales, irá de campanario en campanario, á posarse en las torres de Nuestra Señora.»

EL RELOJ DE ESTRASBURGO

Son, sin duda, una maravilla de mecánica y cálculo, las combinaciones de este reloj, cuyo globo astronómico da los movimientos de estrellas y planetas, sobre el grado geográfico de la ciudad, como sus calendarios señalan los días del año, el orden de la liturgia y los equinoccios en las estaciones.

Cada 31 de diciembre á media noche, los cientos de engranajes, agitando sus indicadores, se regularizan solos: la invisible mano que mueve astros y aguas, oculta un reflejo de su omnipotencia entre ruedas y cilindros.

Sin embargo, más atrae aún, en la combinación de sus figuras, el sonoro yunque del Tiempo. Hay allí gracia, y un soplo de arte se mezcla al cálculo. Varias figuras: la Infancia, la Juventud, la Madurez, la Ancianidad, señalan los cuartos de

hora. Así, el minuto inmaterial se colorea, casi tangible, y nace, triunfa, decae, muere, como un ala que se deshiciera en éter. Y antes de que la flecha marque la nueva hora, desaparece el armonioso emblema al son del golpe de un esqueleto, que señala el número efímero de su vida.

Se piensa en las multitudes que durante siglos admiraron el reloj sufrientes ó gozosas; y en un soplo de desaliento, nuestras pasiones, nuestras ideas, todo, sin arraigo, sin color, sin interés, se va cual los segundos, que cobran visible existencia porque cuatro muñecos los ritman, bajo la mirada de la Muerte!

EL MARISCAL DE SAXE

En la iglesia de Santo Tomás se eleva el monumento del mariscal de Saxe. El triunfador de Fontenoy, que dió á la Francia los Países Bajos, yace bajo una pirámide de inscripción latina.

Luis XV, testigo de las victorias del hijo de Augusto, dice el epitafio, pidió á Pigalle la cons-

trucción de la tumba. El mariscal aparece entre desgarrados estandartes, mientras se agitan los suyos en un viento de gloria. Sobre los pabellones vencidos muerden el polvo, el león de Holanda, el águila de Austria y el leopardo de Inglaterra: bajo el despliegue de los de Francia, un amor griego, símbolo del dolor, vuelca su antorcha.

Al pie del monumento, un Hércules apenado, altivo y varonil, se apoya en su clava. En su centro, el mariscal, esbelto, adelanta hacia el sarcófago, que abre la Muerte. La Francia, desolada, se interpone; y la mayor hermosura de la obra reside en el gesto, elegante y melancólico, con que estrecha la mano de la mujer, mirando el reloj de la Muerte, que sólo tiene un resto de arena. El monumento se antoja de Versalles, y no de Estrasburgo. Pensamos en el estudio de Taine sobre Racine. No es de los mejores del gran escritor: hay deficiencias en el cuadro de la época, el poeta sale empequeñecido de las deducciones, pero se habla allí admirablemente de los climas del mundo moral, semejantes á los del mundo físico. Y sin duda este mausoleo pertenece á lo que llamaríamos el clima de Luis XIV, prolongando sus calores de creación hasta el siguiente siglo.

La arquitectura y las otras artes se armonizan con la oratoria y el teatro, como con el jardín y la plaza. Así, se puede dejar de leer un discurso de Bossuet ó una tragedia de Racine y mirar estos mármoles: las imágenes se enlazan á la voz de un noble conjuro, porque el blancor pétreo no pierde el ritmo.

EN UNA TABERNA

La taberna inmensa recuerda una estación de ferrocarril. Las copas de cristal, especies de magnolias abiertas, se tienden rebosantes. Una luna biliosa se disuelve en lluvia de luz sobre las flores. Todas las mesas están ocupadas y reina un silencio sepulcral: simula aquello un templo en que se dice misa, y no es sino una casa en que los alemanes beben cerveza. Las camareras, vestidas con faldas blancas y corpiños rojos, obedecen á signos, y también en silencio llenan los cristales.

En un muro de mayólicas se dibuja un torreón.

De pronto una orquesta rompe á tocar un vals. No se agita una sola cabeza: la música pasa sobre los hombres como sobre los vasos. En el muro, Froshilda alza los ojos. Sus halcones se precipitan hacia una banda de palomas. El conde Ulrico contempla, apoyado en su espada, mudo cual un guerrero de piedra. Surgen buitres, y dice la mujer á dos halcones más fuertes: «Id contra los que enturbian el ambiente de mis fantásticos palacios»... Los halcones suben. La lucha se traba. Pronto se agitan las plumas flotantes. Froshilda, ardiente, grita violenta: « Ven, tú, mi halcón preferido: relámpago de mis iras, rayo de mis borrascas, zarpa de la muerte. Asciende como flecha de la venganza. Forja un canto de trompa épica. Acude. Guerrea. Mata. »

El ave limpia el espacio. Vuelve triunfante. La castellana ruge: «Torna á los aires. Mira esa nube. Dilata mi reino. Barre esa mancha. Deja fulgurante el azur de mis heredades ». El bravo halcón se lanza. Domina al viento. Muerde la nube, se envuelve en ella, y, asfixiado, no puede cazar el resplandor. Cae á la torre y una flecha lo mata: Froshilda, sarcástica, ríe con el arco en la mano. El guerrero de piedra se estremece, los labios ha-

blan: « Ave noble, símbolo de mi corazón, duerme en paz »... El vals cesa. Con el sonido que se esfuma, el muro se despoja de sus colores y palidecen las imágenes. Los parroquianos siguen meditabundos; las camareras se aproximan; la luna, amarillenta, vuelve á deshacerse en lluvia de luz sobre el cristal de las magnolias. Sólo el viajero que pasa piensa en los trovadores de las pinturas: Heine tenía razón en amarlos más cuando los cantaba lejos de sus ciudades.

EN TORNO DE KEHL

Entre mirtos, cipreses y un verde césped cubierto de rosales, se lee en letras de oro, sobre una placa negra: « *Au General Desaix, l'Armee du Rhin* ». Se honra allí al defensor de Kehl, después de la retirada de Moreau, conquistador del Alto Egipto, y héroe de Marengo. Vemos el monumento en la tarde, bajo la luz de un día de bochorno, en que los hombres y las plantas esperan como bendición el reposo de la sombra.

Hachas de lictores se entremezclan en un cubo inmenso de granito rojo, y varios genios coronan de rosas á la imagen de Francia. Un casco monumental cubre la columna, y en el casco hay nidos de pájaros, y los pájaros pían alegremente en su cimera.

Luego aparece un puente de hierro, y entre álamos que se pierden en el horizonte, el Rin se desenvuelve majestuoso. No brilla como al Norte, con sus castillos encantados, sus ruinas románticas, sus leyendas sonantes en las alas de los versos y en los acordes de las músicas: se nos presenta guerrero, evocando las contiendas, y viene á nuestros labios el apóstrofe de Becker: «No tendrán el libre Rin, aunque lo pidan sus gritos de cuervos ávidos»... Al otro lado del puente sonríe la ciudad de Kehl, y los árboles melancólicos de Desaix murmuran la altiva respuesta de Musset: «Lo hemos tenido cuando Condé y Napoleón desgarraron sus verdes túnicas:

Qu'il coule en paix vôtre Rhin allemand,
Que vos cathédrales gothiques
S'y reflétent modestement;
Mais craignez que vos airs bachiques
Ne réveillent les morts de leur repos sanglant!

Los muertos se despertaron para aumentar las cenizas de los que hoy claman sobre las rutas y dentro de los baluartes. El apóstrofe de Byron ha sido el no escuchado: « Salud, ¡oh río imponente!, cuyas ondas dan felicidad fecunda á las riberas. Tus atractivos serían durables si el hombre respetase tus creaciones y no destruyese tus promesas con la hoz cortante de las batallas ». Antes del monumento de Desaix, se yergue humilde entre los fuertes destruídos, la columna conmemorativa del 70. En este mismo mes de agosto, se bombardeó á la ciudad que se perfila contra el sol poniente. En la noche del 24, los gritos de los centinelas de la Catedral señalaron los edificios que tomaban fuego. Al principio se los protegió; después hubo que abandonarlos: Estrasburgo todo, era un haz de centellas. Así, en medio de un espectáculo terrible, se perdieron bibliotecas y museos. La resistencia duró hasta el 28 de septiembre; Werder, triunfante, no pudo menos de abrazar á Uhrich vencido; y un poeta popular escribió sobre las ruinas:

Passant, va dire au monde avec quelle constance
Strasbourg à su soufrir pour rester á la France.

La caída de la ciudad significaba la pérdida de la Alsacia, es decir, la realización de un viejo y grande anhelo alemán. Al ir á Ferrières, Jules Fabre no pensaba que Bismarck, conscientemente, había preparado la guerra, como las de Dinamarca y Austria; y engañado quizá por una proclama de Guillermo, creía que, suprimido el emperador, los invasores se atendrían á sus laureles. La Alemania deseaba la propiedad absoluta de Estrasburgo. Y Thiers, en su misión infructuosa á las cortes extranjeras, oyó á su amigo Ranke explicarle sin ambajes: «La guerra no es contra Napoleón ni contra su pueblo. Combatimos la política de Luis XIV, que, aprovechando nuestra impotencia, se apoderó de Estrasburgo; reparemos esta vieja injusticia y seamos amigos.»

La amistad no se ha rehecho; la ciudad, francesa, por dos siglos de influencia, no analiza la historia y se considera cautiva. El sentimiento se perpetúa, aunque algún torpe partido combata la idea de la revancha. Cada vez que en la plaza de la Concordia los patriotas llevan flores á las estatuas, el corazón de la Alsacia y de la Lorena late como en los días bélicos; y el cementerio de Chambrières, en Metz, y la columna

que acabamos de saludar, adquieren con la voz de los muertos, aspecto de cosas vivas y sufrientes.

Desandamos el camino. Una ciudad nueva, entre Kehl y Estrasburgo, levanta enormes inmuebles y villas coquetas. Las alamedas se cruzan y se abren al paso de los coches y de los automóviles; pero detiene la expansión de la vida el muro de las fortalezas. Los cuarteles se suceden á los cuarteles, y un cinturón de hierro y un anillo de cañones se disimulan bajo la alegría del césped, que se antoja manto pacífico de un parque. En la extensión, aquí y allá, jóvenes jugadoras de tennis, llenan la tarde con sus blancas siluetas, sus gritos y movimientos. ¿Resonará alguna vez en los paisajes la canción del Rin entre incendios y ruinas? ¿La lengua de los epitafios de los vencidos perderá su ceño de tristeza, grabándose triunfal en nuevas tumbas heroicas?... Las pelotas vuelan de raqueta á raqueta; la llegada de la noche anima á las combatientes con un último entusiasmo. En la inmensidad del Tiempo y de la Muerte, esos trastornos no tienen más importancia que las disputas de estos juegos. Pero, ¿cómo sofocar el misterio de la sangre que arde en las ideas y arma y apasiona el instinto? ¿Cómo im-

pedir que nuevamente, á causa de los vivos, no perturben los aires báquicos el reposo sangriento de los muertos? En cada fortaleza donde el pabellón imperial ondea, una voz insomne murmura en francés: ¡Esperanza!

VISIÓN

Una claridad difusa, niebla que se esclarece, anima el horizonte. Los árboles, cual si produjeran la luz, se dibujan en ese despertar sobre las altas pendientes. Luego avanzan en falanges: son los bosques de Turingia. Fulgen las últimas estrellas; Venus conduce la procesión de los faros huyentes. Al pie de las colinas, donde reina una fúnebre atmósfera y donde los pinos siguen ocultos en el reposo de la tiniebla, se esfuma por los precipicios una forma de nieve.

Otra figura la ve alejarse con tristeza infinita, y levanta los ojos con la emoción profunda de la esperanza mística. Wolfran llora á la mujer que va á morir en la tierra, y contempla el astro que

va también á desaparecer en los cielos... El crepúsculo sombrío del valle está lleno de terrores. La estrella se los disipa: su dulce rayo señala el camino de la muerte; y allá, en la altura, sentirá pasar el inconsútil espíritu que en un hermoso cuerpo fué amor, llama, perfume... El trovador, acompañándose en el arpa, gime: «¡Oh, estrella!, dile adiós en mi nombre, cuando por la esfera inmortal el ángel santo tienda sus alas»... Desaparece á nuestros ojos la escena evocada del teatro. Su acento acaricia nuestra alma cual partícula brillante y también sonora, en la onda de su melodía. No es un espectro el trovador solitario del valle, como no son espectros ni el valle ni la estrella. Las ramas, cadentes cual caireles trémulos; las flores salvajes de las brozas, cubiertas de rocío; las vegetaciones montantes hacia las cimas; todo se anima y todo canta. La plegaria, serena, sube hasta el astro: es su espíritu, y se envuelve en su párpadeo; luego, luces y notas en un acorde, mueren sobre el día, que adelanta y borra trovador y estrella... Las ficciones acaban: las realidades empiezan. Vemos desde un tren esos montes y esas figuras. El rumor vertiginoso de la máquina se convierte en viento so-

nante, arrancando la sarcástica risa de hierro de un ríspido puente. En tanto, como Tannhäuser, el caballero víctima de Venus, que la santa quería redimir, ó como el místico Wolfran, van siempre los peregrinos de los altos ideales, entre abismos y pasiones, con el sólo cambio de llevar las arpas invisibles!

NUREMBERG

Ascendemos á la Bourg, pétreo monte de Nuremberg. El aspecto gris de las murallas y de las torres se confunde al verdor de las plantas y al tinte rojizo de la tierra. Tras el pintoresco enjambre de las callejuelas y de los canales, de los templos, de las fuentes, de las tabernas, la enorme fortaleza es ruda apoteosis de otras edades.

Esos baluartes, ya elevados en tiempos de Barbarroja, aumentaron después, construídos por los burgraves para defenderse de los emperadores, y por los burgueses libres para defenderse de los burgraves. Intrincadas sendas suben y descienden

á través de puentes y abismos; y las vegetaciones, que se lanzan al cielo, se precipitan al fin en los resquicios de las más negras honduras.

Ante la masa cuadrangular de la Hasembourg, una bóveda cubre un pozo: en pasados siglos espantó á los prisioneros. Se ven espesas sombras profundas. Su atmósfera, de vibrante cristal, devuelve los gritos como flechazos, y sonoras las palabras quedas. Hacen bajar una antorcha: las tinieblas se rasgan temblando, el pozo se ahonda violento y se siente el vértigo, cual cayendo con la lumbre.

En las escaleras de la torre cilíndrica de Sinwellturm, el aire falta; en un alto compartimento, las jaulas de hierro aumentan la seguridad de los muros. Copiado de un retrato del tiempo, está allí, en cera, la figura de Eppelein, especie de *condottieri*, que se tiró al foso y sin ahogarse pudo salvar la vida. Hachas de ejecución, mecedoras con puñales, potros de descuartizamiento, lechos de Procrusto, botines trituradores, collares de clavos, forman el séquito de *La Doncella de Hierro*. Su toca le construye un nimbo; el pelo se abre elegante sobre su frente; una collarina la cubre hasta el peto. Su traje le cae como manto

en paralelogramo que tiende á circunferencia. Y la rudeza metálica del atavío dulcifícase al llegar á su rostro, casi sonriente en la sombra. Abierta, tiene la forma de un ataúd de momia. Sobre los goznes que giran, se levantan las dos tapas que componen su cuerpo. El condenado asentaba su espalda contra el interior de la espalda de la virgen. «Ya estás casado», podía murmurarle el verdugo. Las puertas se cerraban violentas: dos estiletes clavados en el anverso de los ojos, y otros en la dirección de las entrañas, cruzaban al reo. Estas fúnebres bodas, no más bárbaras en realidad que otras muertes de la época, producen un efecto macabro: el fantasma de hierro ríe en la desolación de la tiniebla. Se ignora el nombre del artífice. Quisiera conocerse algo de su carácter. Quizá en sus últimas fiebres se le apareció la virgen, animada, en pesadilla vengadora. El muro que, rasgándose, traza una línea de cielo azul, alumbra listas de presos políticos, sacrificados en su seno. Como carecen de interés en la historia, para conocerlos hay que hacer la visita: el silencio de su amargura se ha vuelto de piedad y olvido.

En la torre de los Paganos, nos reciben dos

capillas romanas: la baja, con cuatro columnas apenas visibles en la sombría cripta; la alta, con un blanco amarillento del Tirol, y también con cuatro columnas, pero esbeltas, monolitas y volantes. Por entre pesados arcos, se llega á las salas del palacio. Un plafón medioeval es nido azul y oro de águilas negras. Otro del Renacimiento luce las armas de Carlos V en torno de la divisa: *Plus Ultra.* Como en casi todas las obras de Nuremberg, un artista ha trabajado con sus discípulos: el de aquí se llama Springinklee. La ciudad, siguiendo las leyes de los maestros y aprendices, desenvolvía sus talleres, verdaderos hogares de emulación, fraguas de labor, colmenas de hermosura.

Desde los balcones, en la eminencia del palacio, se domina el barrio viejo y gris. Los hastiales, las torrecillas, las esculturas, los techos rojos, se aglomeran; se intrincan los canales que evocan los interiores de Venecia; y échanse de menos en los habitantes los vestidos de las antiguas estampas.

Al pie, la casa de Durero aparece tan intacta, que el artista, va á saludarnos por su ventana, con la toca que trajera del Lido. Allí hemos con-

templado su imagen de Cristo, en un autorretrato, que parece más apacible ante las vecinas torres ceñudas. Pintor, escultor, aguafortista, geómetra, arquitecto, es el Leonardo de Nuremberg. Pensamos en un manuscrito suyo que, junto á los del Vinci se exhibe en el British Museum. Apuntes del natural, problemas geométricos, anotaciones de mecánica, con mezcla de aforismos filosóficos, dan á los cuadernos idéntico aspecto.

Custodia la casa una fuerte muchacha de rostro encendido y labios rojos, en que los dientes se deshacen cual picados por insectos de la misma fruta. En los pequeños cuartos, donde crujen las viejas maderas, hay dibujos originales y copias de los esparcidos en el mundo. Se investiga de cerca cómo el idealista alemán persiguió la verdad; cómo en su violenta lucha por el detalle cierto, no perdió nunca su ingenuidad gótica. El retrato de Holzschuler tiene la entonación vigorosa de un Rembrandt, mientras su barba y su pelo brotan de la mano de un miniaturista. Las ilustraciones de la Pasión brindan sorpresas al que busca la hermosura por la hermosura, y aprendizaje fecundo al técnico que analiza el adelanto del procedimiento. Aquí, sus danzas de paisanos

lo proclaman precursor de la pintura íntima de los holandeses; más allá, abuelo de la fantasía de Goya. Y los esbozos del Caballero de la Muerte, de San Jerónimo en su celda, de su impresionante Melancolía, apasionan cual páginas de filósofo y de poeta. Los estudios de la Trinidad evocan las logias de Rafael, y las túnicas de sus Apóstoles las púrpuras esplendorosas del Ticiano; pero siendo, al parecer, tantos artistas, es uno y completamente alemán: es Alberto Durero. Mirad ahora el retrato de su madre, hecho dos meses antes de que ésta muriera. El hijo halló quizá en el desfallecimiento del ritmo de su corazón, la severa armonía del rostro doloroso. En el centro del taller, el redondo espejo del pintor ofrece una media naranja en cobre: suerte de simbólico reverbero de aquel jardín, refleja á las flores de la realidad en lejanas perspectivas de ensueño.

En la cocina encontramos otra particularidad de Nuremberg: sus cacharros, elevados á la categoría de objetos de arte. Se admiran las cinceladuras de los utensilios de freir y de guisar. El hogar vetusto del cuarto, en penumbra, que no vence la luz de cristales ensombrecidos, se antoja de misterioso laboratorio. Un reloj de arena, roto,

nostálgico en su esterilidad grave, completa la ilusión, y lejos de los pesados platos alemanes, se piensa en las artes ocultas de Cornelio Agripa de Nuremberg, rival de Paracelso. Y los dibujos y las pinturas no aparecen como fruto de un paciente trabajo al sol, sino como inspiración de los minúsculos genios que vibraron entre las lenguas de las llamas.

Luego hay otro cuarto herméticamente cerrado. Una cruz sella la puerta. «No se puede entrar — exclama la cicerone — ahí murió». Y lo dice como si ella lo hubiese conocido, con tanto respeto, que se cree que el cadáver está aún suprimiendo los siglos.

Desde nuestra atalaya seguimos mirando la ciudad. Muy cerca de la casa del artista, la casa de Melanchton, su íntimo amigo, se aproxima á la casa de Lutero. Nuremberg se pasó casi radicalmente al protestantismo. Lazarus Spengler, secretario del Consejo, inició á las autoridades; el humanista Pirkheimer fué excomulgado al mismo tiempo que el jefe; Melanchton inauguró el Gimnasio; y Hans Sachs, con sus canciones hizo penetrar el movimiento en el pueblo. Lo mismo en el arte; así Taine ha podido anotar las con-

cordancias del *Apocalipsis,* de Durero, en sus planchas de madera, con las conversaciones familiares de Fray Martín.

En el centro de las mansiones históricas se levanta la estatua del pintor, y á un paso su taberna predilecta. Las puertas y la calle, conservan sus vetustas cadenas. El techo bajo aplasta la luz: los bebedores se borran y se acentúan entre claroscuros de Rembrandt. La cocina se junta al salón: los antiguos vasos de estaño se alínean sobre las actuales copas. El de Alberto Durero tiene una señal de su mano: los anaqueles se confunden, y á su lado está el que sirvió últimamente á Guillermo II.

Más allá, aparecen las torrecillas rojas del Hôtel de Ville, en torno del patio en filigranas de Beheim el Viejo, donde la fuerza de expresión de los leones monumentales eriza sus melenas de piedra.

Luego se dibuja la pintoresca plaza del Mercado, Nuestra Señora y la *Fuente Hermosa.* En ésta, llamada así por antonomasia, artistas anónimos han reunido estatuas de electores, de apóstoles, de reyes y de profetas. Es un templete octogonal, compuesto de una pirámide, nacida en

el estanque. El vuelo la afila y su manantial no brota á chorros. Sube el agua por dentro, como sangre cristalina de los calados, que al sentirla desean, más aéreos, volverse cantar inmóvil.

En la dirección de Nuestra Señora, Saint-Sebald, decano de los templos de Nuremberg, posee un admirable sepulcro. Peter Vischer, padre de una familia de artistas, lo labró en compañía de uno de sus hijos. Lo forman un zócalo, un sarcófago de plata y una capilla; pero sobre su arquitectura gótica, las ornamentaciones y las figuras elegantes, evocan la belleza itálica y, sobre todo, la perfección de las puertas de Giberti. Las dos corrientes, la antigua y la nueva, se funden en conjunto sintético. Lo sella el humanismo de la ciudad, base del humanismo alemán, á partir de la influencia de Heimbourg y de la coronación del poeta Celtis. Para advertirlo basta mirar la tristeza de Júpiter al oir la voz de San Pablo, y la deliciosa figura de Venus, que, bajo los ojos del demonio, cae en manos de la Muerte. Entre los Apóstoles, y las Virtudes Cardinales del reino del espíritu, y Perseo, Nemrod, Sansón y Hércules, que proclaman el triunfo del hombre sobre la Naturaleza, atrae el escultor con su bonete y

su buril, suerte de firma familiar del monumento.

Fuera del templo, en uno de los pórticos, las Vírgenes sabias y las Vírgenes locas, recuerdan las estampas antiguas. Allí, los padres y los amigos ancianos, esperaban al cortejo nupcial: los novios, con coronas de oro, venían desde la casa, entre la procesión de la juventud, vestida de blanco.

Después de Saint-Sebald, el sombrío San Lorenzo lanza al cielo sus dos torres góticas. Ofrece como arte nacional los vidrios de Wolkamer, los lampadarios en madera de Veit Stoss, las sillas de los burgraves y las sillas de los jefes de las corporaciones. Su tabernáculo es de Adam Krafft, el más fecundo y el más curioso de los escultores de Nuremberg. En él, con gran potencia, la fe religiosa ardiente se une al realismo ingenuo. Huye de toda imitación, y al buscar la originalidad en sí mismo, lo recompensa un tesoro de formas inauditas. Su tabernáculo evoca la Pasión entre falanges de santos y de ángeles. Sus contemporáneos decían: «Funde la piedra dura como si fuese dúctil bronce»; y la expresión no exagera cuando se miran las flores, adhiriéndose á la masa, que asciende fina, casi desmaterializándose, en la espiral de la flecha.

Enfrente de San Lorenzo se abre la cueva de Nassau. La Virgen del retablo, los muros, las ventanas, los baldaquinos, las torrecillas octogonales y las puertas bajas, se envuelven en un soplo del siglo XVI. Una escalera, usada, roída, lleva á la cripta. En su larga mesa apenas se ven las manos moviendo los mortecinos chispazos de las flautas de cristal. Bergantines y goletas penden de los techos: hablan de las navegaciones peligrosas de otros siglos y del placer de los bebedores al oir relatar las audacias de Nuremberg libre.

Á la derecha, la plaza de Hans Sachs muestra su estatua en el centro. La realzan la Sinagoga, la Torre de los Panaderos y las fachadas rojas cubiertas de flores. El zampoñero de Labenwolf toca; los chorros cristalinos de las siete llaves de su instrumento tejen la melodía del silencio de su canto. Oyendo las modulaciones de la frescura encantadora de las cuerdas, entramos en el patio de Hans Sachs. Ya los Pogner, los Vogelgesang, los Beckmesser, los Zorn, todos los maestros de las Gildas, nos han obsesionado con el recuerdo de Wágner. Y en lo alto del patio sombrío, profundo como un foso, sonríe el cielo azul, mientras el llamador de herrumbres de un esquilón asmático

da la bienvenida en nombre de las voces apagadas. Mas no acuden el caballero Wálter, ni el aprendiz David, resplandecientes en sus atavíos de fiesta: una mujer, en jirones, oliendo á cebollas, abre un cuarto estrecho.

Es lo único auténtico de la casa. En un ángulo aparece el maestro delante de su mesa. Lo ilumina una ventana del siglo XV, cuyos vidrios en círculos transforman las nuevas luces en antiguos reflejos. Sobre un sillón, un infolio recuerda el cuarto acto wagneriano: «Busco en la crónica de aquí y otros lugares, la causa que atormenta á los hombres, juguetes de sus furores». En el muro se leen canciones de Hans Sachs, labradas al son del martillo y de la suela, con un amor que ponía el reino del arte «por cima del Santo Imperio». La humedad hace irrespirable el aire; pero su lámpara sin aceite, de corroído hierro, dice en el silencio qué clase de llama encendió en la armonía.

En torno de aquella casa, la histórica de la Reforma, muestra en un patio figuras de Adam Krafft, más finas que sus finas enredaderas. En la de Tuchers nos creemos entre logias de Florencia; en la de Peller, salones venecianos cu-

biertos de vidrios de colores, nos ofrecen vasos vibrantes con notas de copofones. El castillejo de Kutscherof evoca las cacerías de los margraves; y pasando por la Aduana, pintoresca, el viejo convento del Museo se eleva contra las últimas murallas.

Las columnas, las ojivas, las escaleras monumentales, las logias alicatadas, los cuadrantes de sol, los relojes en que señores saludan á Barbarroja, y en que profetas oran á la Virgen, custodian el agua de los estanques. En esos patios, los chorros cadentes de los genios de las repisas, forman el verdadero ritmo de los minutos con alas sobre la mole de las piedras con cadenas. Y en las capillas, en los claustros, en los refectorios, en las celdas, se confunden la religión, el arte y la historia, exhalando el aliento de la vetustez inmortalizada. Las casas y palacios, sus muebles y habitantes; los aldeanos, los reyes, los trovadores, luciendo la evolución del vestido; las pinturas y esculturas de artistas cuyos nombres aprendimos en calles, templos y plazas; los globos terrestres del navegador Behaim; los adelantos astronómicos en los instrumentos de Regiomontamus, y los de la imprenta bajo la protección

de Wálter; las cerámicas en las chimeneas de Hirschovogel; los modelos de mil orfebres en torno del Cellini alemán Wenzel Jamnizert, que lo mismo ejecuta armas y corazas, que llaves de puerta y lápidas de tumbas; todo se amontona, atrae, seduce, con la vida intensa de una ciudad que ella misma, como un objeto, podría tener al pie la firma de un maestro.

Abandonamos nuestra atalaya de evocación, siguiendo los muros de las altas torres y las líneas de los baluartes. Sombrías almenas y hornacinas huecas, se cubren de alegres geranios: la púrpura juvenil de las flores no recuerda la sangre de las víctimas, sino el estío de una fecundidad venturosa.

Llegamos al Pegnitz y al puente del Verdugo. Una isla en el centro tiende á la serenidad de la tarde sus álamos dormidos. Pasajes graníticos la unen á la orilla. La mansión del ajusticiador, tenebrosa y grísea, guarda un cariz trágico; y se miran en el agua las torres redondas, los hastiales puntiagudos, los arcos de los pilotes. Más allá, las murallas ascienden hasta los altos baluartes; luego bajan hacia el río, y envolviendo casas y calabozos, desaparecen en los temblantes re-

flejos. Así, por ventanales de infinito, la visión maciza acaba en intangible sombra; y la ciudad palpable en calidad de modelo, aparece tan incierta, como la retratada en alucinación de sueño. Asalta el pensamiento de Venecia y Brujas: el viajero, en Nuremberg, vive como sobre esos canales otra vida, sintiéndose sonámbulo de la historia entre sus páginas de piedra.

CARDUCCI

El Foro resplandece en la mañana radiante. Sitiales, columnas, capiteles, metopas, bloques de piedra; los arcos de Tito y de Severo; el Coliseo y el Capitolio, todo brilla con los despojos de un naufragio sobre el mar de los siglos... Carducci acaba de morir. Bolonia lo rodea acongojada. Su frente exhala ya el perfume de los laureles que, inmortales, trenzan las Gracias en la sombra. La beldad de su verbo busca sobre los mármoles el frío del sepulcro, y encuentra el lecho entibiado por el sol del firmamento. El Lacio está de duelo.

Las ruinas pensativas se asocian á la tristeza; en los funerales de la imaginación, los dioses cantan el rito simbólico y lloran al poeta que con cerebro de sol tuvo alma de alondra.

Resuenan sus odas en nuestro espíritu; el *Himno de Marzo* nos estremece: «¡Inclinaos sobre el trabajo, oh, robustas espaldas; corazones llenos de juventud, abríos al amor; volad, alas del espíritu, hacia los sueños; deseos insaciables, precipitaos á la lucha!... Todo lo que fué, retorna y volverá en los siglos». En realidad, lo único que sin esperar retorna ya, es la lengua del Petrarca, que él embelleciera con los ritmos de Horacio, proclamando esas luchas, sueños, amores y trabajos, muertos sobre su vida. ¡Cuán enorme silencio y cuán intenso frío deja, al apagarse, acento tan potente!

Miramos las columnas de los templos, los cipreses del Palatino, los arcos del Coliseo: la tribuna de los Rostros resucita las mareas populares. ¡Ah! Carducci conoció también los aplausos y los golpes, entre esas ondas que, como las del mar, empujan ó ahogan. Republicano aclamado, contempló en la sala de Palestrina á una reina inclinada sobre dos flautas: ella quiso saber el empleo de los instrumentos, y él le compuso un canto.

Coro de formas aéreas, semejante al que el Dante vió entre los ornamentos de armónicas estrofas, envolvió á Margarita. La *Canzone,* la *Sirventese,* la *Pastorella,* tiñeron el aire de azur, y evocando el águila guerrera, deshojaron guirnaldas de rosas. El poeta oyó sus voces y las ofreció á la dama de Saboya, allí donde el Dora se despeña en el valle, y donde sus antepasados, descendieron con la espada y la cruz blanca.

Protesta ardiente sacudió la península. Los discípulos silbaron al maestro; alguno profirió: «¡Abajo!»; él imperturbable, respondió magnífico: «Á un hombre de mi valer se le grita á muerte». Quizá para equilibrar tan mal efecto, acrecido por el sillón del Senado, extremó, según dicen, hasta el fin su pasión antirreligiosa. ¡Quién puede penetrar en los secretos intersticios de un espíritu! El estro, que no había encontrado malo el sacrificio de la princesa Lamballe, alababa á Margarita de Saboya; pero el crítico, que joven suprimió de una antología á Manzoni, persistió anciano en idéntico sectarismo. Y esa será su falta cuando la justicia empiece á resplandecer en la crítica. Para llamarse cantor de Italia, no basta su síntesis pagana de armoniosa

belleza, y es imposible llegar á un indiscutible Cavour, ó á un discutible Garibaldi, suprimiendo de la fisonomía secular de un pueblo la cierta luz de su genio católico. No pueden evocarse como él tantas veces se ve obligado á hacerlo, las hermosuras de sus templos, el espíritu de sus poetas, el esplendor de sus artes, sin sentir que el Galileo, no creó «el desierto», según su expresión, sino que poblando de prestigios su sagrada tierra, le devolvió las antiguas grandezas de Júpiter. Y así, odas inmortales de sublime serenidad como las *Fuentes del Clitumno*, aparecen manchadas por torpes reflexiones que no hubiese desdeñado Homais en su botica.

El silencio de la muerte amordaza las disputas; y la prensa del Vaticano saluda respetuosamente á su enemigo irreconciliable. Nosotros sentimos la majestad del Foro llena de su gloria. Sorprendemos á su Musa doliente entre los escombros ilustres; un enjambre de alegres extranjeras la ahuyenta con sus risas. Una, sin embargo, bella y silenciosa, se dibuja rezagada sobre un capitel de las Vestales. Es la Eglé de las *Odas Bárbaras:* « Mira, y delante de su frente, más que delante del sol, las nubes sonríen sobre las tumbas

antiguas »... De pronto, la mujer corre hacia su banda, y ríe más imbécilmente que las otras. En tanto, en el Capitolio, el pabellón, á quien murmura la Italia: « Ondea triste, mientras hijo tan grande se incorpora á las Sombras », flota jubiloso, y la brisa matinal, que juega con sus pliegues, canta casi entre sus colores!

LA CONCIERGERIE

Resuenan los pasos sonoros bajo los arcos góticos del salón de la Guardia de San Luis: arcos de una catedral de las tinieblas, del dolor, de la angustia y del espanto. Después silencio; silencio profundo; silencio infinito; silencio de muerte. ¿Quién ha levantado la cabeza en un lecho de mármol? ¿Quién lanzó un gemido? ¿Qué sombra nació con los rumores, y se desvaneció con sus ecos? Coloreada niebla se filtra entre la lumbre de los barrotes lejanos. Tiene alientos azules; se transforma en bruma blanca y agoniza; no llega hasta nuestros ojos y se muere. Es el incienso

helado de la catedral de las tinieblas, del dolor, de la angustia y del espanto... Afuera, la plaza del Palacio, rebosa de automóviles y coches. Los vapores del Sena mezclan á los ruidos sus silbatos. El mercado de los pájaros y de las flores, despliega cantos, perfumes, y tintas. El sol, que toca la estatua de Enrique IV, fulge sobre los hastiales del Louvre; anima los fastigios del Hôtel de Ville; realza los letreros de la Samaritana, del Chatelet, de la Buena Jardinera. Y en el vasto cuadro se funde la existencia y su bullente hervor, al agua pujante que, volando como un pensamiento, crea en navíos las formas de la esperanza en el trabajo.

De pronto, tras de maciza puerta, en cuyo postigo dibújase el rostro de un guardián, os encontráis en la sombra, que encarcela el granito. Y la sombra saluda, como sobreviviente de otro tiempo: ved, no la puede disipar el claro de los lejanos barrotes en la catedral del dolor, de la angustia y del espanto. Es una tiniebla envolvente que cubre con su velo mágico. Es un velo mágico que, al envolver en su aliento, os viste y manda. Nuestra vida desaparece. La memoria se hace pensamiento, el pensamiento visión, y la visión se ilumina, sufre, gime, espera, odia, ama. La historia

de ayer se actualiza en el presente. Aislado del mundo en el silencio, bajo las bóvedas, sobre el pavimento sonoro, el espíritu se identifica con las cosas. Realidad quimérica y pesadilla real, nos roba á nosotros mismos. El efecto es instántaneo; de ahí la cabeza que se levanta, la voz que se lamenta, la sombra que se vuelve cuerpo engendrada por el rumor y desvanecida en su murmurio... Cruzan los espectros. He aquí la sala donde las mujeres jóvenes de la Revolución ensayaban como en Saint-Lazare el salto de la guillotina, para no mostrar elegantemente sino el pie, tal cual las describió el gran poeta de Stello. He aquí el largo túnel estrecho, á cuya puerta esperaba la carreta fatal. Se antoja que desde los tiempos de la reina nadie ha perturbado el corredor: que los vivos lo respetan; que la calle de la Amargura cual los viejos mastabas egipcios puede ofrecer al viento el polvo de las sandalias antiguas.

Al otro lado del pasadizo hay otro calabozo. Un pico de luz, parpadeante, pinta sombras fantásticas sobre la tiniebla petrificada de los muros. En un ángulo se ve un embudo de cemento, caparazón de tortuosa escalera. Cuenta el guía que á su fin está la celda de Chenier y la cuna de *La*

Joven Cautiva. Equivoca la prisión para tener más que decir. En Saint-Lazare escribió las inmortales estancias; allí, sin duda, estampó, viril, esta noble aseveración de su audacia: «Un llamado A. C. (Andrés Chenier), fué uno de los cinco ó seis hombres á quienes ni el frenesí general, ni la avidez, ni el temor, decidieron á doblar la rodilla ante asesinos coronados, ni á tocar sus manos manchadas por las muertes, ni á sentarse en mesas donde se bebía sangre humana». Luego aumentó sus laureles de poeta, con los laureles cívicos, presentando el cuello á la hoz canallesca...

Aquí, lejos de la ciudad populosa nos creemos en las entrañas de la tierra. En mutismo tan profundo, la palpitación sombría de las llamas del gas parece hacer ruido. En el gran calabozo, abajo, se dibuja un medallón de Isabel de Francia. La peluca en mármol, el perfil en mármol, el pensamiento del rostro en mármol, aspiran en su albura al prestigio inmortal de su virtud diamantina. Dejamos aquel rostro vivo, en aquella muerte de hielo, y aquella sombra alucinante, para caer sobre el calabozo de la reina. Compuesto de dos pequeños cuerpos, se ve su dormitorio y la guarida de los veladores de su sueño. En un ángulo Luis XVIII construyó

un altar; los candelabros de hierro, tienen herrumbres rojas, cual si la luz, emblema de un alma, hubiese dejado residuos de sangre. Al frente la puerta se abre sobre la capilla. El coro muestra aún las rejas de la época de la Revolución.

Volvemos á los calabozos de tiniebla. Los pasos sonoros tornan á despertar los ecos de la catedral del dolor, de las angustias, del espanto. El incienso de hielo, pone otra vez su sombra azulina en las aberturas de la luz impotente. Reflexionamos en los tan citados crímenes de la Bastilla, en este antro evocador de Asambleas y Convenciones que guillotinaron 30.157 personas. Así, la Igualdad, la Libertad, y la Fraternidad, excedieron en seis años á seis siglos de reyecía. Y los pasos sonoros, y los ecos retumbantes, fundiendo el Antiguo y Nuevo Régimen en un solo pensar, iluminan las tinieblas con el grito primitivo y eterno: «Caín, Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?»

UN RINCÓN DEL PERE LACHAISE

Vimos á Versalles, por la primera vez, en un día de invierno. Al mirar las avenidas de árboles escuetos, y las estatuas sobre los estanques helados, nos sorprendió la vida anterior de una región de ensueño. Después reflexionamos. Cuando nuestra madre, en los largos días de estío nos leía las *Veladas de la Quinta,* la prosa de madame Genlis despertaba esas imágenes de contraste. En la quinta paterna, abrasada por el sol, imaginábamos el hielo en torno de un castillo ; y los estanques tenían esa forma, y los árboles formaban esas figuras. Y así el recuerdo de una vislumbre de la imaginación, estremecido ante la realidad, daba á la perspectiva gris el misterio de una anterior existencia.

Hoy, al llegar á un rincón perdido del Père Lachaise, nos decimos con sorpresa: conocíamos ya este sitio ; y un sueño evocado por el paisaje

mismo, nos facilita la clave. Muchas veces hemos visto en él palacios pequeños irradiantes de blancura, sobreponiéndose en terrazas de nieve. En todo ese albor resplandeciente, ni un solo ser: la soledad en el silencio. Silencio tan profundo, y luz tan magnífica, que parecían engendrarse en un mutismo de gloria. Después, los palacios y las terrazas se esfumaban y reaparecían las escaleras blancas, cubiertas de grandes lagartos verdes. Brillaba al sol la húmeda piel escamosa, y dormían, quizá, para no decir nada del origen de aquel cuadro sin sentido... En este rincón del cementerio, el sueño, sin perder sus líneas, adquiere otros colores: se vuelve funerario. Ahí están las terrazas ennegrecidas por los años, y los palacios superpuestos son sepulcros: el paisaje murmura que lo irreal de un sueño concluye transformado en la realidad de la muerte.

¡Oh, el bello sitio, con sus alientos impalpables de paz, y su atracción callada, y su amante silencio! No reina aquí un fantasma agresivo. Su muerte no separa bruscamente de la vida: nos hace un gesto piadoso. No quiere que suframos inquietudes, dolores, angustias, nostalgias. Anhela fundirse con nuestras sensaciones y calmarlas;

ofrece á nuestras ideas un manto que desprende beleño de infinito reposo.

Los árboles, en las terrazas, forman un bosque lleno de luz verde, matiz que ondula y se inmoviliza en esplendor; palio inmaterial de los sepulcros. El sol llega del horizonte. Acaricia las copas sin tocar los troncos; fíltrase, iluminando con oro un epitafio de sombra; y en profundas lejanías se le adivina, porque una red de insectos enciende en flotantes claros torbellinos de alas.

Los pájaros pían en los ramajes; se responden los unos á los otros; los nidos, como estrofas que adquieren voz, tienden sobre el mutismo armoniosos ecos. Los plátanos de verdura metálica, los álamos de verdura blanca, los cipreses de verdura severa, se confunden rientes y pensativos. Las hiedras de tronco á tronco, con savias de amor, vibran en un abrazo de rumores. Las columnas votivas, las simbólicas urnas; las estelas con erguidos epitafios, las lápidas con epitafios acostados; las verjas negras que rodean albas losas; los mármoles blancos sobre sarcófagos grises; los cristales lucientes en las puertas mates; el cielo, las frondas, el fulgor; una estatua que llora junto á la tierra; un corcel y un guerrero que, más

allá de los árboles, se pasean en la gloria de las nubes; las cruces de hierrro y las cruces de granito, tocando cipreses, perdiéndose en la espesura de los plátanos ó destacándose en la claridad de los álamos; las begonias purpúreas poniendo en los sepulcros ojos de llama; las bombas de nieve arrancadas á un fúnebre manto nupcial; las graderías cubiertas de musgo; los hastiales evaporando humedades seculares; las coronas de siempreviva, los ramos de marchitas violetas; todo custodia á la Muerte, que, de pie, embellecida por los geranios, adormeciéndose en los verdores y enamorada de la luz, guarda con avaricia el Silencio.

¡Que nuestra voz no lo rompa! Y cómo ha de romperlo si no se concibe la existencia de París, y ni siquiera se cree que á un paso, en las avenidas centrales, haya gentes que con el Bædeker busquen los monumentos. Este rincón es un pedazo de eternidad hecho tumba y jardín. Una Sombra errante que nadie perturba, pensativa y transparente, con formas de mujer, se sienta sobre las lápidas. La hoja, desprendiéndose del árbol, es grano de arena de un reloj riente, que marca un segundo más de felicidad en el reposo de los dor-

midos. ¡Ah, la ventura del rayo de sol, que perfora los ramajes, besa una cruz, y dulcemente muere, soñando, sin dolor, con el astro que fué su cuna!...

LA TUMBA DE CHOPIN

El 30 de octubre de 1849, como si el otoño se hubiese acordado al fin de un hombre que siempre le había pertenecido, un grupo fiel de mujeres, y una multitud de admiradores, cercaban esta tumba recientemente abierta. Delacroix y Meyerbeer presidían el duelo; y cuando el cuerpo descendió, el conde de Wodjinsky echó sobre el ataúd un puñado de la tierra natal, que el músico guardaba en recuerdo de la patria ausente. Cerca de Bellini, como él lo deseara, al pie del monumento de Clésinger, duerme el divino cantor; y aun hoy el que pasa, deja que su espíritu vibre, y emocionado diga: ¿Qué angustia del hombre, no se sublimiza en una de tus penas? ¿En qué nota tuya no vibra, ennobleciéndose, un nervio

de nuestro ser? ¿Qué alegría inexplicable no ha salido de tu abismo, á estremecer los teclados con su profundo misterio?

¿Quién puso esas humildes violetas sobre tu efigie? ¿Quién esas orquídeas lujosas sobre tu musa? ¿Son los genios de la noche, que las reciben de manos de amorosos espectros?... Descansa poeta de las nieblas del Norte en una tierra de sol. La estatua de tu musa de mármol está envejecida en plena juventud, cual si sintiese el roce de tu alma dolorosa. Ella fué la musa de tu mente. Otra de carne fué la de tu corazón, ya también vuelta polvo, con sus transportes y crueldades. La de mármol, la buena, la de tu genio, fulge viviente en la amplitud reconcentrada de tus armonías. Y su cabeza se abate estremecida por su sollozo de piedra. Su sollozo de piedra, es sollozo de inmortalidad: tu espíritu, desde París ha conquistado el mundo... El pelo de tu Musa, como red de luto, envuelve tu lira rota y busca la cabeza de un ángel. El símbolo es verdadero. Los pájaros lo saben y no pían sobre tu losa. Callan. Sagrado silencio entumece sus alas; religioso respeto amordaza sus voces. Las hiedras, los cipreses, los álamos, las verjas, las cruces forman arpegios

de impresionante mutismo. Siéntese el contraste de tu sueño de muerte, con la agitación de tu vida. Y sólo se oye el tranquilo gotear de una fuente. Las lágrimas que fecundan las flores, evocan las que fecundaron tus cantos. Por eso una montaña vaporosa de más allá de la colina, anhela cruzar los árboles y llegar á tu estatua. Y la montaña, alimentando vegetaciones, disolviéndose también en llanto, recordará que el tuyo, hijo del humano dolor, se convirtió á su vez en nube, para subir como incienso, no á un llameante sol triunfal, sino á una luna de melancólica gloria!

LA TRISTEZA DEL POETA

El poeta tuvo un sueño antes de lanzarse á la vida. Vió una montaña enorme. Un águila voló de una caverna profunda, que parecía albergar la sombra de todas las meditaciones. Rugía la tormenta, y en sus ojos chispeaban llamas. Y lanzó salvajes gritos de conquista. La lluvia no empapaba sus alas, pues con sus chasquidos la devolvía al viento. Tocó una nube; zigzagueó un relámpago; estalló un rayo; y sobre el águila destrozada se precipitó un genio. Fulgía cual un solo rubí incandescente, y dijo al poeta: «Para ti le he arrancado esta pluma.»

Vió un bosque de cipreses. Los laureles en su centro daban sombra á un altar de Venus. Y una virgen, envuelta en albo chitón, se acercó con una paloma de nieve. Y la adolescente murmuró: «Divina diosa de Chipre, sufro de un amor que me mata. Haz que el púgil de Argos piense en la

doncella de Mitilene ». Y la hermosa virgen, que aspiraba á convertirse en mujer, sacrificó la paloma. Y la paloma transformó su queja melodiosa en gemido moribundo. Y un genio se precipitó sobre ella, y era verde como el laurel en que sonreía la Esperanza, y dijo al poeta: « Para ti le he arrancado esta pluma. »

Vió un bosque de tilos. Y en la fronda un ruiseñor cantaba. Y oyó el amor de la primavera, entre notas de cristal, tejido por la melancolía, en un sonoro tul de ensueño. Y como al ruiseñor lo habían cegado, para aumentar sus fervores, el ruiseñor se moría de tristeza. Y un genio se precipitó sobre él, y era negro como su plumaje, y llevaba en la cabeza un airón, hecho con un rayo de luna, y ceñía al cinto una espada hecha con un rayo de sol, y dijo al poeta: « Toma, para ti le he arrancado esta pluma. »

Vió el parque de un castillo. Y en él habitaba una falange de aves del paraíso. Y una tenía en sus alas vibrantes todas las piedras preciosas de la tierra. Y sin cantar, lanzaba su himno en la armonía de sus colores. Y damas y caballeros aparecieron sobre corceles armados de jabalinas. Y la primera que cayó fué la reina de

aquellas aves. Y un genio se precipitó sobre la muerta, y era brillante como un arco iris, y dijo al poeta: « Para ti le he arrancado esta pluma.»

Vió un estanque. Un cisne se paseaba sobre las aguas, bajo los sauces, blanco como los lirios, misterioso y gran señor: el mutismo sereno de su elegancia encerraba un principio de música. Y un genio que, envuelto en un sudario, traía una hoz, dijo al poeta: « Toda esa hermosura ha nacido para dar al morir una nota. Oye ». Y el cisne degollado exhaló un himno que parecía un resplandor de nieve, con la tibieza dulce de su sangre. Y el genio agregó: « Toma, para ti le he arrancado esta pluma. »

El poeta sintió en el alma al ruiseñor, al águila, al ave del paraíso, á la paloma, al cisne; y su alma se transformó en lira. Respondiendo á cada cuerda, talló entonces cada pluma. Y escribió con ellas, y su canción pujante, alegreó triste, luchó inútilmente por evocar los cantos de su sueño.

Se quejó al genio y el genio repuso: « Si anhelas la pujanza, la dulzura, la melodía, la belleza y el misterio, no olvides lo que esos cantores sufrieron ». El poeta dejó la caverna de las meditaciones, subió al espacio, quiso conquistar á

Dios, y sufrió; buscó á las mujeres, como la virgen á los hombres, y sufrió; vivió en el bosque solitario, exaltado por las savias de la Naturaleza, y sufrió; se mezcló á los esplendores del mundo, y los hombres le dispararon sus armas, y sufrió; y lanzó luego el grito del águila, la queja de la paloma, y el trino del ruiseñor, desparramando las piedras preciosas de las aves del paraíso. Pero siempre la pluma soñaba en vano con la plenitud del ala; y el genio que tantas formas había tomado, se le apareció vistiendo mortaja; y esgrimiendo una hoz, le dijo: «¿Por qué no mueres cual el cisne?»... El poeta, absorto ante sus recuerdos, se entregó, lleno de esperanza, y sonó el verdadero canto; ¡pero ya no lo oyó con sus sentidos de la tierra!

CANSANCIO

La mano se detiene sobre el calidoscopio. Las últimas cuentas, arrebatadas por movimientos fantásticos, se mezclan á grandiosas perspectivas. ¿Qué son esos matices que perfuman como flores?

¿Qué son esas luces que resplandecen como astros? ¿Qué son esos telones que se corren como nubes? Son nubes, astros, flores, con alas, con ideas, con sentimientos. Ideas y sentimientos divagan en atmósfera resplandeciente: nuestras propias palpitaciones les infunden vida: cada astro, cada flor, cada nube, perfuma, brilla, vuela. Paisajes, monumentos, templos, calles, hombres, todo el espectáculo de abajo agoniza: lo vivido se amortaja en el recuerdo; y más arriba las nubes, los astros, las flores, forman templos, palacios, selvas, que ofrecen nuevos altares, nuevos tronos, nuevas músicas.

¡Asciende alma inaplacable, el universo te llama; nómade eterna abre tus alas; que tu quimera más difícil de abrazar, que los aromas, los vapores, y los sueños, halle realidad como ave de los bosques, flor de los altares, y reina de los palacios!

El alma responde: «La fatiga me abruma. La tierra es también un astro; todavía me encarcelan sus horizontes; y voy á detenérme.»

Allí se alza una encina junto á un rosal: la pujanza del germen, glorificando el misterio de su existencia frente á la gracia del germen, vistiendo en sonrisas su secreto.

El peregrino se duerme en el asiento de las raíces; la gran sombra lo acaricia, lo restaura, y ocultándolo al sol es otro sueño que cae sobre su sueño. El dormido siente la savia de la encina, y rebosante de su fuerza, contempla altivo el campo. Su báculo debe convertirse en nuevo arado. Marcha hacia la tierra obscura, de duro vientre, que le pide matices de fecunda labor. Mas antes oye la voz humilde de las rosas, y aspira en sus perfumes el aliento de la esperanza... ¡Aves anidadas en el árbol, respetad el sueño del viajador fatigado, que ya advierte en las inmóviles raíces la inquietud de los eternos oleajes!

ÍNDICE

	Página
Al Calidoscopio	5
Isadora Duncan	6
Las viudas	10
Exposición de automóviles	14
Berlioz y Wágner	18
Cleopatra	23
Salón de Watts	26
Mendiga	32
La flauta encantada	33
La efigie de Isabel	34
La casa de Carlyle	37
Hacia Berwick	45
Edimburgo	49
La Canongate	56
La casa de Wálter Scott	60
La tumba de Wálter Scott	66
Los primeros fríos	71
Alas	73
La fuente	74
Año Nuevo	76
Los últimos copos	78
Noche de Carnaval	79
Salomé	81
La tumba de los Goncourt	86
Patio	92
El reloj de Meaux	94

	Páginas
Saint-Jean des Vignes	96
La abadesa de la Rochefoucauld	99
Molino	101
Los bueyes de Laón	103
En San Martín de Laón	105
El órgano de la Catedral de Laón	106
Corazón invernal	108
La tumba de Heine	111
Oyendo el «Cid»	114
Las dos hermanas	117
El ahogado	118
La lágrima armoniosa	119
Su Divina Majestad	120
El estío	122
La muerte de Beethoven	124
Blancuras	128
Ei palacio	129
La serenata de Braga	131
La tristeza del ermitaño	134
Cráneos	135
Alas bíblicas	137
La victoria de Samotracia	140
La Venus de Milo	143
La tumba de Baudelaire	147
La Pskovitaine	156
La piedra filosofal	159
Doña Berta	161
El poeta á la nube	162
La fuente envenenada	164
En la Academia	166
Luisa Michel	171
La muerte de la Gioconda	175
Dos retratos	177
El jardín hechizado	179
La tumba de Gautier	181
El diputado por la Saint-Barthélemy	202
Clésinger	212
Almanaques	215
Los sellos	217

Páginas

Las vistas..... 219
Idealismo..... 222
El microscopio..... 224
La rosa y el lirio. 226
En Luján..... 228
El amor labriego..... 230
La virgen antigua..... 232
Apóstrofe mudo..... 233
La Sixtina..... 234
En el Janículo..... 235
El «Hermafrodita», del Costanzi..... 238
La «Santa Teresa», del Bernin..... 241
Cautiva..... 242
La Musa..... 243
El reloj..... 245
Medalla..... 247
Aeroplanos..... 248
El «Moisés»..... 251
Ferney..... 252
Exposición culinaria..... 258
Bohemios..... 262
Microbios y notas..... 264
Lectura de Bossuet..... 267
Santo Tomás de Ávila..... 269
Mesina..... 272
El día del Juicio..... 275
La tumba de Stendhal..... 277
La tumba de Banville..... 280
La tumba de Barbey D'Aurevilly..... 282
Un lecho..... 283
Hombres y árboles..... 284
Agar y Coppée..... 286
Meillac..... 287
Genio fecundo..... 291
Las dos estatuas..... 294
La lámpara..... 296
En el Parque..... 297
El laurel rosa..... 299
Fauno..... 300

Páginas

Canción de Pergolese..... 301
Sensación..... 302
Tres flores..... 303
Al borde del agua..... 304
Invierno..... 305
La torre de Eiffel..... 306
Alto relieve de Rude..... 307
En la Malmaison..... 308
Venus..... 309
La canción de Naucrate..... 310
La canción de Nereo..... 311
La estatua de Cervantes..... 313
Nevada..... 314
Oso blanco..... 315
Maupassant..... 316
Globos..... 318
La muñeca..... 319
Versalles..... 321
Pantomima..... 323
Ruina..... 324
Samain..... 325
Sueño..... 328
La diosa de las palmeras..... 330
La canción de los asfódelos..... 332
En la calle..... 333
Aurora..... 334
Vaso..... 335
Sarasate..... 336
Epitafio..... 337
Bajo la nieve..... 338
Meditación..... 340
Baile..... 341
Rododendros..... 342
La sombra de la ninfa..... 344
La Catedral de Meaux..... 346
La fuente de Soissons..... 348
Saint-Medar L'Abbaye..... 350
Luis de Liniers..... 354
La Musa del Pueblo..... 359

	Página
La Catedral de Estrasburgo	362
El reloj de Estrasburgo	368
El mariscal de Saxe	369
En una taberna	371
En torno de Kehl	373
Visión	378
Nuremberg	380
Carducci	394
La Conciergerie	398
Un rincón del Père Lachaise	403
La tumba de Chopin	407
La tristeza del poeta	410
Cansancio	413